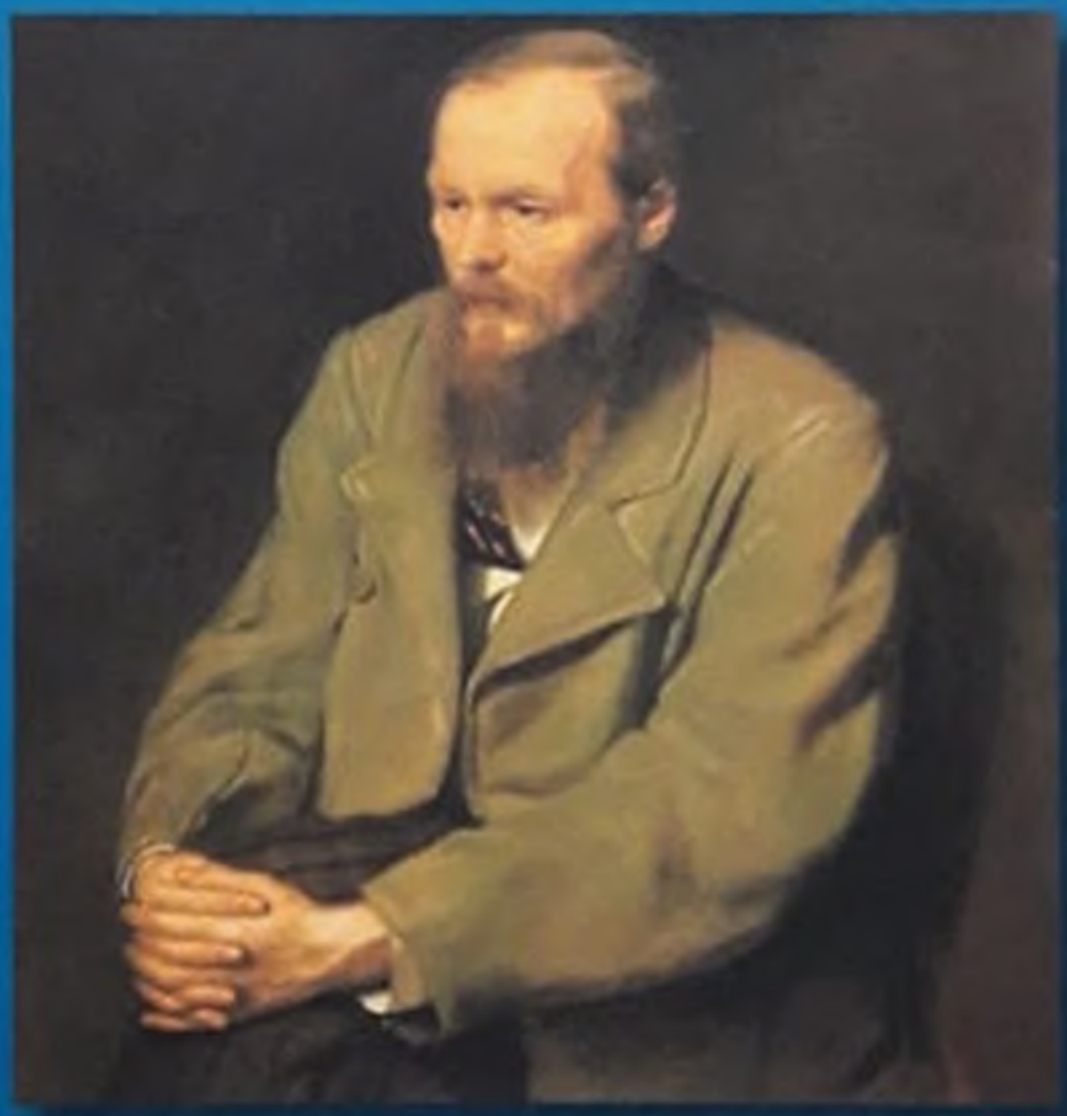
ALFREDO SÁENZ

RUSIA Y SU MISIÓN EN LA HISTORIA



1

LA HISTORIA Y EL ALMA DE RUSIA

GLADIUS

P. Alfredo Sáenz

RUSIA Y SU MISIÓN EN LA HISTORIA

(Edición actualizada del libro *De la Rus' de Vladímir al "hombre nuevo" soviético*)

Volumen I
La historia y el alma de Rusia

GLADIUS
2011

ILUSTRACIÓN DE TAPA

Retrato del escritor Fiodor Dostoievski, por VASILY PEROV
Galería Tretiakov, Moscú (1872)

ILUSTRACIÓN DE CONTRATAPA

Icono de San Vladímir

1ª edición: 1989, Gladius, Buenos Aires
2ª edición: 2002, APC, Guadalajara

DIAGRAMACIÓN Y ARMADO INTERIOR: Prof. Raquel Radis

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.
© 2011 by Ediciones Gladius.
Con las debidas licencias.

Alfredo Sáenz
Rusia y su misión en la historia : edición actualizada del libro
De la Rus' de Vladímir al Hombre Nuevo Soviético:
La historia y el alma de Rusia. - 1ª ed. -
Buenos Aires - Gladius, 2011.
v. 1, 272 p. - 22x15 cm.
ISBN 978-987-659-024-2
1. Rusia. 2. Historia.
CDD 947

Fecha de catalogación: 26/05/2011

Índice

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN 9
PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN 13
PRESENTACIÓN DE LA ACTUAL EDICIÓN 23

Capítulo primero
LAS CINCO RUSIAS 27
I. La primera Rusia o la Rusia de Kiev 29
1. Los orígenes 30
a. La presencia de Bizancio 30
b. Los varegos fundadores 32
2. Vladímir, el sol de Rusia. 37
a. Vladímir en busca de la religión verdadera 37
b. El bautismo en el Dnieper 45
c. Vladímir, el nuevo Constantino 48
d. Vladímir y Europa 50
3. El legado de Vladímir 54
II. La segunda Rusia o la Rusia bajo el yugo mogol 60
1. El Imperio mogol 60
2. El dominio mogol sobre Rusia 63
III. La tercera Rusia o la Rusia moscovita 66
1. Surgimiento de Moscú 67
2. La Tercera Roma 70
a. Iván III 70
b. Iván IV 74
3. La crisis o «Smuta» y los primeros Romanov 77
IV. La cuarta Rusia o la Rusia de San Petersburgo 81
1. El siglo XVIII 81
a. Pedro el Grande 81
b. Catalina la Grande 87
2. El siglo XIX 90

V. La quinta Rusia o la Rusia soviética. 97
1. Prolegómenos de la Revolución 97
2. Lenin 102
3. La guerra civil 105
4. Stalin 114

Capítulo segundo
EL ALMA RUSA 125

I. El análisis de Walter Schubart 127
II. Influjo de la geografía y el clima en el alma rusa 131
III. Psicología extremosa del hombre ruso 134
IV. Espíritu bohemio del hombre ruso 135
V. Capacidad de sufrimiento y humilde compasión del hombre ruso... 142
VI. Autocracia, nobleza y pueblo 147
VII. El aldeano ruso 151
VIII. El antirracionalismo del hombre ruso 159
IX. El sobrenaturalismo del hombre ruso 163
X. La religiosidad del hombre ruso 165
XI. La cultura rusa 170
XII. Mesianismo y nihilismo del hombre ruso 174
XIII. El escatologismo del hombre ruso 177
XIV. Rusia y España 180

Capítulo tercero
LA IGLESIA RUSA 189

I. Los antecedentes bizantinos 191
II. La vida monástica y la figura de San Sergio 196
III. Autocefalía religiosa y Tercera Roma 202
1. Isidoro y la Unión de Florencia 202
2. La Iglesia Rusa se independiza de Bizancio 205
3. Contactos de la Rusia cismática con la Iglesia de Roma 208

IV. El «Raskol» o cisma ruso 215
1. Origen del Raskol 215
2. Evolución del Raskol 219
V. La política religiosa en la Rusia de San Petersburgo 224
1. La reforma de Pedro el Grande 224
2. Relación de los Zares con el catolicismo y la Santa Sede 229
VI. Características del cristianismo ruso 235
1. La cultura religiosa 237
2. La liturgia rusa 245
a. Acción simbólica más que palabra dogmática 245
b. La centralidad de la Resurrección de Cristo 247
c. Un espacio sagrado: el templo ruso 250
3. La figura del stáretz 255
4. La mística rusa 262

Prólogo de la primera edición

La paradójica situación de la historia, en este crepúsculo del siglo XX que vivimos, es la de una "ciencia" que acumula cada vez más conocimientos pero de la que nadie sabe para qué sirve. En efecto, la pretensión decimonónica de hacer de la historia una ciencia, la arrastra al fracaso estruendoso de todas las "ciencias del hombre". Fracaso que es necesario comprender: no se trata de que la inmensa masa de datos acumulada en un siglo sea deleznable. Es más bien la grandiosa ilusión progresista la que ha fracasado. Es decir, que la historia, como las demás "ciencias del hombre", no ha logrado ni constituirse en una ciencia única a ejemplo de las naturales ni ha imitado de éstas la operatividad. No hay, tras más de cien años de esfuerzos, una descripción única del hombre, de su *psiquis,* de su sociedad ni de su pasado: hay escuelas que se suceden a un ritmo cada vez más vertiginoso y que se refutan entre sí. No hay tampoco un "gobierno científico de los hombres" –como imaginó el positivismo– ni una solución científica de sus verdaderos problemas.

Hoy advertimos con claridad creciente que la sabiduría no se deja reemplazar por conocimientos cuantificables y que si los hombres pueden utilizar estos últimos, no pueden vivir sin aquélla. Y también comprendemos que, como lo sospecharan sus fundadores, la historia es primero una dimensión del hombre concreto –su pasado– y luego un auxiliar para la comprensión del plan divino. Por eso la historia es ante todo la de ese "nosotros" que es un pueblo, una nación, y luego la mirada que restituye su peripecia al tejido complejo de una totalidad. Lo que equivale a

decir que, si no puede entenderse la historia de los hombres sin comenzar por la de las naciones, no puede comprenderse la historia de las naciones sin referirla a la de los hombres.

Este libro del Padre Sáenz, fruto de un "largo estudio y un gran amor" por Rusia, cumple los requisitos de una auténtica historia. Se apoya en un formidable aparato crítico, pero la reconstrucción del pasado que logra tiene mucho más que ver con la poesía –en el sentido pleno de la palabra– que con la ciencia. Sitúa el problema de Rusia en el lugar justo en que tiene que estar: una singularidad, un caso único y al mismo tiempo sólo un trazo del relato con que Dios escribe derecho con líneas torcidas.

Uno termina la lectura de estos dos volúmenes y sabe que ha avanzado un paso en la comprensión del plan divino para los hombres y sus naciones. El injerto de una religión invertida –el marxismo– en un pueblo de profunda raigambre religiosa ha producido un acontecimiento único y ha abierto la posibilidad de un insólito camino de salvación. Al fin y al cabo, también está en la lógica de las cosas humanas que la corrupción de lo peor produzca lo mejor: *"corruptio pessimi, optima"*.

Una última palabra sobre mi presencia en este prólogo. A pesar de mis apellidos paternos, desciendo por línea materna de eslavos y quizás por ello me ha interesado siempre el problema de Rusia y su destino. De allí que tenga en mi biblioteca una bibliografía bastante amplia sobre el tema, que tuve el gusto de facilitar al P. Sáenz, y que es apenas una fracción de la que él ha utilizado.

Vaya esta explicación para justificar un papel, el de prologuista, que me da la oportunidad de colarme sin muchos derechos en una obra que honrará los estudios históricos en la Argentina.

Aníbal D'Angelo Rodríguez

Presentación
de la primera edición

En octubre de 1985 descendía en el aeropuerto internacional de Moscú. Desde siempre me había fascinado "el tema ruso" pero fue sobre todo a raíz de un estudio que estaba realizando sobre el sentido teológico de los iconos y la teología de la belleza, que me vino la idea de ir a conocer ese mundo tan exótico para nosotros, los occidentales.

En dicho viaje visité particularmente Moscú y Leningrado. Nunca me hubiera imaginado encontrar lo que encontré. Me alojé en el hotel "Rossía", sito a unos 400 metros de la Plaza Roja de Moscú. En la pieza que allí me asignaron, cuyas ventanas daban al Kremlin, pude celebrar en secreto y bajo llave el Santo Sacrificio de la Misa, con los mínimos ornamentos requeridos, valiéndome de una patena que llevaba conmigo y de una copa en forma de cáliz que adquirí en un negocio vecino. Como se sabe, la aduana soviética es una especie de puerta del infierno, y no se la deseo ni a mi mayor enemigo. Las mismas guías que edita "*Inturist*", la organización soviética encargada de dirigir todo lo que se refiere al turismo, luego de exaltar las maravillas turísticas de Rusia suelen decir: "Es cierto que la aduana le resultará un tanto enojosa, pero luego..." Y así fue. "¿Por qué trae estos libros?", me preguntaron al ver en mi valija el Oficio Divino y otros libros religiosos. "Bien, sepa que según las leyes soviéticas, Ud. no puede dejar nada de esto aquí". Y al observar la patena que llevaba para celebrar la Misa, el aduanero me preguntó: "¿Esto qué es?". "Un recuerdo de familia", le contesté. Al fin y al cabo, la Iglesia es mi familia. El hecho es que munido de estos objetos

pude celebrar el Santo Sacrificio, tomando como texto cotidiano el común de la Misa de los mártires. ¿No era acaso la más adecuada a esas circunstancias? Y de cara al Kremlin, rogándole a Cristo y a su Santísima Madre el pronto derrocamiento de los ídolos y la victoria de Dios en esa noble tierra regada con la sangre de tantos héroes cristianos.

Al año siguiente, en mayo de 1986, realicé un segundo viaje, mucho más en relación con mis estudios de iconografía sagrada, con la idea de escribir un libro sobre dicho tema que, si Dios quiere, será mi próxima publicación. Esta vez el itinerario fue por las ciudades medievales rusas. Recorrí lugares verdaderamente increíbles como las ciudades de Nóvgorod, Suzdal, Vladímir, el monasterio de la Trinidad y San Sergio (hoy Zagorsk). Difícil me resulta expresar mi impresión ante tanta belleza concentrada. Y si esto es lo que resta de la antigua cristiandad rusa, luego del vandálico saqueo realizado a lo largo de decenios por Lenin, Stalin, Kruschev y sucesores, si esto es lo que queda después del arrasamiento de decenas de miles de iglesias...¡qué sería Rusia en su esplendor! Es cierto que la visión de tantas iglesias con las cruces abatidas, convertidas en depósitos de cereales, bibliotecas, piletas... y hasta Museos del Ateísmo, como la Catedral de Kazán, en Leningrado, daba ganas de llorar. Pero al mismo tiempo resultaba altamente consolador el espectáculo de las pocas iglesias en uso, la piedad de los fieles ortodoxos, apiñados en ellas, la estampa de los ancianos de larga barba, algunos sentados en el piso, cuyos rostros parecían recortados de un icono. Jamás olvidaré el gesto de aquella vieja que en una de esas iglesias, al ver a un soldado del Ejército Rojo que allí había entrado, seguramente para cumplir algún recado, con la gorra puesta, lo increpó duramente, y él, avergonzado, hubo de sacarse la gorra. Todo un símbolo de la fortaleza de esos débiles.

Recorrer a las primeras horas de la mañana los alrededores de Suzdal, y contemplar en medio de la estepa esa ciudad amurallada, brillando con las cúpulas de sus templos en forma de bulbo y ataviada de edificios antiguos, no deja de ser sobrecogedor. Esa ciudad medieval está rodeada, como todas las ciudades antiguas, por numerosos monasterios. Es que en la vieja tradición cultural rusa estaba la idea de que las ciudades habían de ser defendidas no sólo por los hombres de armas sino también por los hombres de Dios. Esos monasterios, una corona en torno a la ciudad, mezclas de convento y fortaleza, eran los bastiones del pueblo ruso frente a los ataques del demonio invisible y de los enemigos visibles de la Santa Rusia. Después supe que esa ciudad había servido de cárcel para numerosos héroes de la fe. Asimismo la espléndida ciudad de Vladímir, en cuya catedral estuvo expuesto durante mucho tiempo un famoso icono de Nuestra Señora, proveniente de Bizancio, que por eso tomó el nombre de "Nuestra Señora de Vladímir". Por las calles de esa ciudad me topé con un grupo de oficiales cubanos que habían sido enviados por Fidel Castro para hacer un curso de postgrado con oficiales del Ejército Rojo. En Vladímir se encuentra una de las cárceles más tétricas de la URSS. Allí se eleva la catedral de Santa Sofía, una verdadera joya arquitectónica, en cuyo interior, que nos abrieron a fuerza de propinas (ya que en la visita no estaba previsto ese templo), pudimos admirar los admirables frescos del inmortal Rublev. Imborrable es también mi recuerdo de la ciudad de Nóvgorod, con sus murallas intactas y su increíble catedral de Santa Sofía, una de cuyas puertas, de factura románica, le fue donada en la Edad Media por el Rey de Francia. En el centro de la gran plaza que da a la catedral, se eleva un enorme monumento de bronce del siglo pasado dedicado a la gloria de Rusia; coronando un bosque de estatuas de santos y guerreros rusos de todos los tiempos, emerge la figura de una mujer postrada a los pies de una cruz sostenida por un ángel: la mujer es Rusia. ¿Y qué decir de Kiev,

"la madre de las ciudades rusas", con su espléndido Monasterio de las Grutas, cuna de la piedad de la vieja Rus', y sus cientos de monjes enterrados en esas catacumbas orientales; qué decir de su magnífica catedral de Santa Sofía, complejo monumental, donde se encuentra ese gran mosaico de la Virgen Orante, en la pared llamada "indestructible", respetada hasta por los rojos; qué decir de esa inmensa estatua de Vladímir, Rey y Santo, en una de las colinas que contornean el Dnieper, sosteniendo una cruz en sus manos, con la mirada fija en el caudaloso río que corre a los pies de la colina, donde hizo bautizar a su pueblo para incorporarlo a la Iglesia de Cristo..?

¡Tantas sorpresas me depararon esos viajes! No fue por cierto una de las menores cuando en Leningrado, visitando el monasterio de San Alexandr Nevski, al término de la larga Perspektiv Nevski –donde Pedro el Grande, fundador de la ciudad a la que dio el nombre de su santo patrono, San Petersburgo (ciudad de San Pedro), hizo poner las reliquias del gran guerrero ruso–, al llegar al cementerio, en que reposan célebres músicos rusos, me encontré nada menos que con la tumba de Dostoievski, uno de los autores que más me marcaron en mi juventud. Poder rezar sobre sus restos un responso con toda mi alma de sacerdote y con toda la gratitud de un hijo en el espíritu que tanto le admira...

En fin, contemplar los preparativos en Moscú para el aniversario de las fiestas de la Revolución, que según el calendario en uso se celebra el 7 de noviembre; ver a los soldados en Leningrado haciendo un ensayo en la plaza que está junto al antiguo Palacio de Invierno de los Zares, hoy museo del Ermitage, uno de los más notables del mundo; observar a los chicos-pioneros, con sus pañuelos rojos al cuello, festejando el 1° de mayo en Kiev; poder ver de cerca los restos de Lenin tras la larga cola habitual...En fin, son todos recuerdos difíciles de olvidar. Recuerdos encontrados,

por cierto, donde se entremezclan los signos de la cultura cristiana de la vieja Rusia y las huellas de la empresa subversiva de la revolución soviética.

Cuando retorné de mi año de estadía en Europa –porque estos dos viajes a Rusia los realicé en su transcurso– a menudo tuve ocasión de relatar a mis amigos dichas experiencias. Y en 1988, a raíz del milenio del bautismo de Vladímir y de la Rusia primitiva, la Rusia de Kiev, me dispuse a pronunciar algunas conferencias. Para mejor prepararlas me aboqué a la lectura de numerosos libros, que me proporcionaron varios amigos, no sólo sobre el tema de Vladímir sino también sobre la historia de Rusia y la revolución soviética. Aprovecho la ocasión para agradecérselos, en especial a Alberto Falcionelli, a Aníbal D'Angelo Rodríguez, a Ignacio Cloppet quien puso a mi alcance la notable colección de libros sobre Rusia que el recordado Juan Carlos Goyeneche tenía en su biblioteca. Y así fui reuniendo una serie de datos que ordené para mi uso personal. Hasta que un día mi amigo, el P. Carlos Lojoya, benemérito párroco de la Visitación, en Buenos Aires, me pidió que pronunciara una serie de conferencias dentro de los ciclos culturales que habitualmente organiza en su parroquia. El elevado número de los asistentes –entre ellos numerosos miembros de la colectividad rusa–, así como la atención que evidenciaron me hicieron comprender que no eran pocos los que se interesaban en estos temas, sea por su contenido intrínseco, sea quizás por el exotismo que entrañan. Asimismo algunos de los concurrentes me insinuaron la conveniencia de publicar dichas conferencias.

De hecho yo contaba con un material mucho más abundante que el que había dado a conocer en aquel ciclo, así que me dediqué a dar forma literaria a mis numerosas lecturas. Y el resultado es el libro que Usted tiene en sus manos. Si algún mérito posee es el de ofrecer una sistematización de lo que se encuentra disperso

en un sinnúmero de ensayos o estudios. Tal es su única originalidad: su carácter sistemático. Por supuesto que siempre citando los autores a los que he recurrido.

Aparece este libro en el segundo centenario de la Revolución Francesa. A lo largo de sus páginas se muestra claramente la filiación de la Revolución Soviética respecto de aquélla, según la conocida expresión de Dostoievski: "de padres liberales, hijos socialistas". El mismo Gramsci sostiene este parentesco del comunismo, que llevó a sus últimas consecuencias las semillas allí plantadas. La Revolución Francesa y la Revolución Soviética son las únicas dos grandes revoluciones de la historia. No "golpes de estado" sino revoluciones, que no es lo mismo. Ambas, contra el orden natural y sobrenatural.

El telón de fondo de todas estas páginas se encuentra en el último capítulo del segundo volumen, donde se expone la misión de Rusia en el plan salvífico de Dios, el posible lugar de Rusia en la teología de la historia.

Termino esta breve presentación evocando un último recuerdo de mi viaje a la URSS. Y es el del Kremlin de Moscú. En el centro de las murallas que lo rodean se encuentran varias catedrales, todas con sus cruces enhiestas, y diversos edificios civiles, coronados de estrellas rojas, enormes e iluminadas por la noche. Allí está el corazón cultual de la antigua Rusia, la Catedral de la Asunción; allí está el corazón político de la Rusia soviética, la sede del gobierno comunista. ¿No habrá en esta especie de yuxtaposición algo de providencial? ¿No será un símbolo de la lucha teológica entablada entre la cruz y la estrella roja? A pesar de tanto odio antirreligioso, las cruces permanecen misteriosamente en su lugar... Un día triunfarán sobre la empresa soviética. Caminando por ese imponente recinto, en medio del Kremlin, se me ocurrió pronun-

ciar en voz alta aquella frase que días antes había escuchado con tanta emoción en Zagorsk, donde llegué precisamente cuando se estaban celebrando las fiestas de Pascua, *Jristós Voskrese*! ¡Cristo ha resucitado! Era no sólo una expresión de fe sino un grito de combate. Y todos respondían: *Voístinu Voskrese*! ¡Verdaderamente ha resucitado!

Buenos Aires, 1989

Presentación
de la actual edición

Más de veinte años han transcurrido desde que por primera vez entregué a la imprenta la presente obra. Veinte años cargados de historia, no sólo en nuestro sufrido Occidente, cada vez más post-cristiano, sino también en Rusia, esa nación por mí tan amada, en cuya cultura no me canso de abrevar, releyendo una y otra vez sus obras literarias, escuchando su inspirada música, en especial sus formidables óperas.

He aquí que hoy, después de cuatro lustros, a sugerencia de la dirección de *Gladius*, la entrego de nuevo para que sea publicada. Debo señalar que en mayo de 2002 una segunda edición apareció en México, por iniciativa de la Universidad Autónoma de Guadalajara, quien con mi consentimiento publicó el voluminoso libro casi tal cual había aparecido por primera vez, pero en dos tomos. Asimismo consentí en cambiarle el título que había elegido para su impresión original: *De la Rus' de Vladímir al "hombre nuevo" soviético*, ya que, como expliqué en la presentación a dicha edición, el libro fue fruto de un curso que dicté en la parroquia del inolvidable P. Carlos Loyola, con motivo del milenio de la conversión de Rusia en la persona de su príncipe Vladímir. El nuevo nombre que elegí es el que encabeza este volumen: *Rusia y su misión en la historia*. No en vano el gran pensador Vladímir Soloviev afirmaba que cada nación tenía una palabra que pronunciar en el concierto de los pueblos, una vocación particular que habría de cumplir en el curso de los siglos y de la que Dios le pediría cuenta el día del juicio postrero.

El contenido del presente libro es casi idéntico al de la edición mexicana, en la cual había omitido algunos temas coyunturales, que hoy, a la distancia, reiterarlos hubiera sido redundante. Entremos en materia.

Capítulo primero

LAS CINCO RUSIAS

La historia de Rusia es en extremo compleja, refractaria a todo intento de sistematización. Según Gonzague de Reynold habría que distinguir cuatro Rusias: la de Kiev, la de Moscú, la de San Petersburgo y la Soviética. A la Rusia de Kiev corresponderían el nacimiento y la formación; a la de Moscú, el desarrollo; a la de San Petersburgo, el imperio; y a la de los Soviets, la potencia mundial. La Rusia de los Soviets destruyó la de San Petersburgo; ésta hizo lo propio con la de Moscú; y la de Moscú con la de Kiev[1].

Preferimos, sin embargo, dividir la historia de Rusia en cinco períodos, cronológicamente concatenados: la Rusia de Kiev, la Rusia del período de la dominación mogólica, la Rusia moscovita, la Rusia de San Petersburgo y la Rusia soviética.

I. LA PRIMERA RUSIA O LA RUSIA DE KIEV

Nos detendremos de manera especial en la consideración de esta primera Rusia, ya que comenzamos a elaborar el presente libro en el año en que se celebró el milenio de su conversión al cristianismo. Por otra parte nadie ignora que el conocimiento de los principios resulta fundamental para una mejor inteligencia del desarrollo ulterior.

1 Cf. *El mundo ruso;* Emecé, Buenos Aires, 1951, pp. 79-80.

1. Los orígenes

La historia de la primera Rusia dice una relación muy especial tanto a Bizancio como a los pueblos del norte de Europa.

a. La presencia de Bizancio

Si nos remontamos muy atrás en el tiempo, a la época en que los bárbaros invadieron Europa, destruyendo el ya alicaído Imperio Romano, advertimos cómo en un principio se creyó que también Bizancio sucumbiría bajo la avalancha, juzgándose que la parte oriental del Imperio no sería capaz de resistir el embate formidable que su parte occidental sufriera, en el transcurso del siglo V, por obra de los visigodos, los hunos, etc. Pero no fue así. Mientras los jefes bárbaros vencedores establecían reinos en los jirones del Imperio de Occidente, al tiempo que el último Emperador romano desaparecía en 476, la invasión resbalaba a lo largo de las fronteras de Oriente casi sin afectarlo. La "Nueva Roma", como desde su fundación era denominada Constantinopla, a cuyo Basileus había remitido el último Emperador romano –por amarga ironía llamado Rómulo Augústulo– las insignias imperiales, quedaba en pie, engrandecida en cierto modo por la catástrofe que ensombrecía a la "Antigua Roma".

Internamente, sin embargo, la vida en Bizancio no se desarrollaba sin preocupantes trastornos. Recordemos el terrible drama iconoclasta, que hizo sangrar el siglo VIII. En el año 725 el emperador León III ordenó retirar los iconos de las iglesias. Tal decisión, que chocó con una gran resistencia en Grecia y en Italia, encontró tres grandes objetores: Germán, patriarca de Constantinopla, el Papa Gregorio II, y San Juan Damasceno. Germán fue expulsado de su sede; contra San Juan Damasceno nada pudo el Emperador por encontrarse aquél en Damasco, zona que escapaba a la jurisdic-

ción bizantina; respecto del Papa, como el Basileus no podía destronarlo, lo castigó de diversas maneras, según sus posibilidades, confiscándole por ejemplo propiedades en Italia. La persecución iconoclasta tuvo consecuencias fatales, ya que contribuyó poderosamente a acrecentar el antagonismo entre la Antigua y la Nueva Roma, poniendo a los Papas en la necesidad de buscar nuevos amigos y protectores, que concretamente serían los galos, con Pipino el Breve y Carlomagno a la cabeza. La restauración del Imperio Occidental, en detrimento de Constantinopla, fue de hecho una inesperada consecuencia de la política de los emperadores iconoclastas.

Bajo el gobierno de la dinastía macedónica (867-1056) el Imperio bizantino alcanzó uno de los pináculos de su larga y gloriosa historia. La eficiencia de su administración civil, la disciplina de sus ejércitos, la pericia de sus artesanos, la habilidad de sus comerciantes hacían de Bizancio la zona más próspera y estable de la Cristiandad. Los bizantinos, impregnados de una cosmovisión poco menos que teocrática, juzgaban que el Imperio era en última instancia gobernado por Jesucristo Rey. El palacio imperial contenía un trono vacío, reservado a la presencia invisible del Emperador celestial, donde se ponía el libro de los Evangelios. Las leyes se promulgaban en nombre de Jesucristo. El Emperador no era sino su representante en la tierra, un icono visible del Rey invisible. Los bizantinos tomaban en serio su religión, tratando de edificar su vida política, social y cultural sobre la base de la soberanía y docencia de Cristo.

Esta impostación tan cristocéntrica estuvo en el origen de muchas realizaciones admirables. Pero, como todas las cosas humanas, tenía sus aspectos negativos. Se establecía por ejemplo una identificación demasiado estrecha entre el prototipo divino y su imperfecta equivalencia humana. Cualquier oposición contra el Basileus era considerada como una especie de sacrilegio. El Imperio y la Iglesia estaban tan estrechamente aliados, que a

veces apenas si se los podía distinguir. Semejante fusión hizo a la Iglesia cada vez más vulnerable y dependiente del apoyo estatal.

Resulta imprescindible tener en cuenta estos datos de la situación de Bizancio durante la época en que la primera Rusia accede a la historia, ya que la proximidad geográfica no podía dejar de ejercer una notable incidencia. Y, desgraciadamente, algo tendrá que ver también el Cisma de Cerulario, que si bien acaeció más adelante, en 1054, ya existía en germen, al menos en cuanto a su espíritu, casi desde el comienzo. La ciudad de Constantinopla, considerándose la heredera política de la vieja Roma vencida, incubaba siempre en su seno la tentación de creerse también la heredera de su primado religioso. No eran pocos los que pensaban que la preeminencia de la antigua Roma se debía tan sólo a su rango de capital del Imperio, pero que siendo ahora Constantinopla la única capital sobreviviente del naufragio, le correspondía consiguientemente el primer lugar, tanto en el campo político como en el religioso. Esto se afirmaba en Bizancio ya en en los siglos VII y VIII, si bien se trataba de voces aisladas. La gran mayoría seguía acatando el primado romano. Pero el punto doloroso estaba ya palpitante.

b. Los varegos fundadores

El territorio de la primera Rusia fue habitado desde épocas muy remotas por tribus de diverso origen, como los escitas, los sármatas, los alanos, los hunos, los kazares. Según antiguas tradiciones, la primitiva Rusia habría sido evangelizada por el apóstol San Andrés, quien habría predicado a los viejos escitas. Una leyenda kieviana nos asegura que se detuvo frente a los cerros que rodean a la actual Kiev: "¿Veis estas colinas? –habría dicho–. El favor de Dios brillará sobre ellas. En este lugar se levantará una poderosa ciudad, y aquí Dios hará construir un gran número de iglesias". Enseguida plantó una cruz para señalar el lugar preciso

del emplazamiento. Dicha tradición perduró a lo largo de los siglos. La Rusia de San Petersburgo instituiría su más alta condecoración bajo el título de "la orden de San Andrés", creada en 1698 por Pedro el Grande, al tiempo que en los pabellones de la Marina Imperial flamearía la llamada "cruz de San Andrés". Sabemos asimismo por la historia que a raíz de las primeras persecuciones de la Iglesia hubo, en la zona de Crimea, cristianos romanos exiliados, entre los cuales se cuenta nada menos que un Papa, a saber, San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, desterrado al Quersoneso, quien el año 100 allí murió mártir, sumergido en el mar.

Pero los que marcaron un hito determinante en la historia de la primera Rusia fueron los *escandinavos*. Pueblo ágil y fascinante, que tenía su hábitat al norte de Europa, los más audaces germanos del mar, navegaban barcas ligeras como el viento, cuyos periplos los llevaban tan pronto a las islas británicas como a las estepas rusas. Los varegos, según dieron en llamarlos los griegos, no estuvieron lejos de constituir un imperio en el norte, que hubiera estado formado por un arco que va de las islas británicas a los tres reinos escandinavos, así como por todas las costas bálticas y la ruta que baja del Báltico al Mar Negro.

Precisamente para llegar a este Mar los escandinavos se adentraron en la actual Rusia, que los vikingos llamaban Gran Suecia. Lo hicieron aprovechando el curso de sus ríos, sobre todo del Dnieper. No era su intención instalarse en las márgenes de dichos ríos, sino seguir su curso hasta la desembocadura, afianzando de manera permanente la seguridad de la ruta del Báltico al Mar Negro, a fin de poder instalarse algún día quizás en el corazón mismo del Imperio bizantino. Porque, no hay que engañarse, su sueño escondido fue siempre Constantinopla.

Concretemos mejor nombres y hechos. Según la tradición, el caudillo de los varegos, el fundador de una dinastía que no se ex-

tinguiría hasta 1598, con la desaparición del hijo menor de Iván el Temible, habría sido *Rurik*. Nos encontramos, por cierto, en el comienzo de una saga. Pero no olvidemos que las sagas descansan sobre un fondo histórico, si bien mezclado con elementos legendarios. Esta saga fue incluida en un escrito posterior titulado "Crónica de Néstor", o "Relato de los años pasados", cuyo autor fue un monje llamado Néstor, de la Laura Pechérskaja, sita en Kiev. Allí se lee que, en el año 862, las tribus que habitaban el pueblo de Nóvgorod se dirigieron a Rurik rogándole los protegiera contra los nómadas que obstaculizaban constantemente sus expediciones comerciales. "Nuestro país es grande –le dijeron–, y lo posee todo en abundancia, pero en él no hay orden ni justicia. Ven a tomar posesión de él y a gobernarnos". Y así fue cómo Rurik, con un grupo de guerreros, descendió hasta Nóvgorod, una de las ciudades más antiguas de Rusia, instalando allí la sede de su gobierno. Tras un período de tiempo indeterminado, murió en Nóvgorod, donde le sucedió *Oleg*, probablemente su hermano, asumiendo la tutela del heredero, el joven Igor. Rurik había recorrido la primera etapa, desde el lago Ladoga hasta Nóvgorod. Oleg recorrerá la segunda, descendiendo hasta Smolensk y luego hasta Kiev, donde se estableció, poniendo allí su capital. La figura de Oleg, aunque todavía oscura, se destaca como la de un verdadero hombre de Estado, ocupando un lugar prominente en la galería de los germanos del mar, fundadores de naciones, digno de ser comparado con el noruego Haraldo, el sajón Alfredo, el danés Canuto. Los cuatro, de una misma sangre, son contemporáneos. Tras un reinado de 33 años, muere Oleg en el año 912. Por lo que antecede se ve cómo la primitiva Rusia no fue conquistada por los escandinavos sino más bien nació de ellos, aun cuando éstos acabaron siendo absorbidos por la masa de sus súbditos eslavos.

La primera Rusia se formó, pues, en torno a tres centros: Nóvgorod, en el norte, a orillas del lago Ilmen; Kiev, en el sur, sobre

el Dnieper; y entre los dos, Smolensk, también junto al Dnieper. Para los escandinavos la primera etapa era Nóvgorod, donde se organizaban las caravanas, la segunda Smolensk, a partir de la cual se empezaba a descender por el Dnieper, y la tercera Kiev, desde donde se ganaba el Mar Negro. El origen varego de la primera Rusia muestra a las clàras que desde el comienzo Rusia formó parte del organismo europeo[2], expuesta, eso sí, a dos influencias concretas y contrarias: la del norte, de Escandinavia, y la del sur, de Constantinopla. El pueblo principal de la región del norte era Nóvgorod, el gran centro del sur era Kiev. Dos ciudades muy distintas entre sí. Kiev sería desde el principio una ciudad más religiosa y cultural, llegando con el tiempo a convertirse en una segunda Constantinopla, por su apariencia monumental, el esplendor de las cúpulas de las iglesias, y sobre todo por su cultura, su arte y sus letras. Nóvgorod es su antítesis, una ciudad autónoma, abocada principalmente al comercio, al estilo de la "*polis*" helénica, la "*urbs*" romana, o la ciudad medieval, una comunidad que se gobierna a sí misma, con su justicia, su diplomacia, su moneda y su ejército propios, algo así como Berna, Pisa o Venecia, ciudad esta última con la que no deja de tener cierta semejanza. Nóvgorod, que se llamaría a sí misma "Señor Nóvgorod el Grande", jamás olvidaría que fue de allí de donde partió Oleg en su descenso hacia el sur, hasta Kiev.

En 941, entra en escena *Igor*, sucesor de Oleg, quien se casa con *Olga*. Si bien no fue ella su única esposa, se dice que fue la que más respetó "por causa de su sabiduría". A la muerte del príncipe Igor, en 945, siendo su hijo Sviatoslav menor de edad, Olga tomó a su cargo la regencia del Estado de Kiev. Según fuentes confia-

2 Algunos historiadores rusos, por nacionalismo estrecho, se resisten a admitir la proveniencia escandinava de los primeros príncipes rusos. Pero el origen normando o escandinavo ya no es discutido seriamente por nadie. No lo es siquiera respecto a la proveniencia del nombre: *Rus'*. Los mismos escandinavos se daban a sí dicho nombre. Los suecos fueron llamados por los fineses: *Ruotsi, Rots, Rotsi.*

bles, habría viajado en 955 a Constantinopla, donde tras haber sido instruida en la fe de Cristo, se habría hecho bautizar, regresando luego a Kiev. El hecho es que, en 959, deseosa de convertir a su pueblo, se dirigió a Otón I, Emperador del Sacro Imperio, para pedirle el envío de un obispo y de sacerdotes católicos. Otón transmitió la solicitud al arzobispo de Maguncia, quien escogió del monasterio de San Máximo de Tréveris a un excelente monje llamado Adalberto. Consagrado obispo en 962, partió enseguida para el nuevo destino juntamente con un grupo de monjes. Pero el pueblo y una parte de la aristocracia kieviana estaban lejos de hallarse, con respecto al cristianismo, en la misma disposición de ánimo que su soberana. Adalberto sólo recibió malos tratos. Varios de sus compañeros fueron asesinados y él mismo obligado a retornar a Alemania. A pesar de este fracaso, hay que reconocer que fue Olga la primera que intentó introducir el cristianismo en Rus'. Cuando en 957 la recibió en Constantinopla el patriarca Proiectus la había saludado de manera profética: "Bendita tú entre las mujeres rusas, porque amaste la luz y expulsaste las tinieblas. Por tanto los hijos de Rusia te bendecirán hasta la última generación". Olga murió en 969 y la Iglesia la proclamó Santa. Juan Pablo II, en su Carta Apostólica "*Euntes in mundum*", con motivo del milenio de la conversión de Rusia, le ha rendido justiciero homenaje[3].

Santa Olga ha sido, pues, la precursora de la conversión de Rusia a la fe católica. Si nos referimos a los países eslavos en general hemos de decir que la introducción del mensaje evangélico siguió varios caminos y conoció distintas etapas. En 864, el rey Boris de Bulgaria adhería a la fe de Cristo en el rito bizantino. Pero de inmediato buscó acercarse más a Roma. A los búlgaros siguieron los servios, croatas, eslovacos, checos, polacos y otros. En este proceso expansivo ha de destacarse muy especialmente

3 Cf. Carta Apostólica "*Euntes in mundum*", 1988, n. 3.

el admirable apostolado de los Santos Cirilo y Metodio, a lo largo del siglo IX. Dichos santos misioneros, hermanos de sangre, provenientes de Salónica, si bien eran de extracción griega, conocían a la perfección el idioma eslavo antiguo. Tras realizar sus estudios en Bizancio, se hicieron monjes, y en el año 863 fueron enviados como misioneros a Moravia donde, además de predicar en lengua eslava, tradujeron a ese idioma, con autorización del Papa, buena parte de las Sagradas Escrituras, los libros litúrgicos, etc. Luego de una vida preñada de vicisitudes, Cirilo murió en 869 y Metodio en 885. Al parecer, el influjo de los dos santos se hizo sentir en tierras de la primitiva Rusia, lo que explicaría que ya durante el principado de Igor existieran algunas comunidades cristianas en Kiev y una iglesia dedicada a San Elías. Pero, como dijimos, fue sin duda Santa Olga la que dio decisivo impulso a este germen.

2. Vladímir, el sol de Rusia

Al morir la princesa Olga, subió al poder su hijo Sviatoslav, durante cuyo breve gobierno se produjo una reacción pagana. Pronto murió Sviatoslav, en una batalla contra los pecheneques, y el principado quedó dividido entre sus tres hijos: Iaropolk, Olej y Vladímir. Tras una guerra fratricida, Vladímir, que estaba en el principado de Nóvgorod, quedó en 980 como señor de todos los territorios de la Rus'.

a. Vladímir en busca de la religión verdadera

Vladímir, que era un príncipe de tendencias religiosas, había hecho coronar las alturas que rodean a Kiev con inmensas estatuas de dioses. El más importante de ellos era Perun, dios guerrero, variante eslava del Thor vikingo, y uno de los preferidos de Vladímir. Ordenó asimismo construir templos para el culto

de esos dioses, en los cuales, según una vieja saga, ejercía gustosamente el oficio de sacerdote y sacrificador.

Pero un día entra en duda. La "Crónica de Néstor" nos cuenta el proceso de su evolución sobre la base de un episodio en extremo original y simpático. Lo relataremos según nos lo transmite V. Volkoff en su espléndido libro "*Vladimir le Soleil Rouge*". El príncipe había llegado a una conclusión: era preciso renunciar a sus dioses paganos. Pero ¿cuál religión elegir en vez de la que abandonaba? Para resolver este interrogante convocó a los representantes de varias religiones. La "Crónica" aborda la historia en 986, el año en que sus respectivos emisarios arriban a Kiev.

Los primeros en llegar fueron los *musulmanes*, un grupo de búlgaros provenientes del Volga. Ya en la presencia del príncipe le resumieron su fe: creían en Alá, Dios único que reina sobre todo el mundo, y reverenciaban a Mahoma, su Profeta. Vladímir se entusiasmó cuando oyó que aprobaban la poligamia y le abrían halagüeños horizontes para el otro mundo: "Después de nuestra muerte –le dijeron–, Mahoma nos presenta a cada uno setenta mujeres muy hermosas, luego elige a la más linda, le transfiere toda la belleza de las demás, y entonces la convierte en nuestra esposa". Por cierto que otros puntos de la ley de Mahoma no le agradaron tanto, por ejemplo la prohibición de comer cerdo. Pero de golpe todo se truncó. En un momento de la conversación, Vladímir, hospitalario como era, ofreció de beber a los muftis. Rehusáronse éstos aduciendo que les estaba terminantemente prohibido tomar vino. Entonces Vladímir, indignado, pronunció una frase que pasaría a la historia: "La alegría de los rusos consiste en beber; no podríamos prescindir de ello". ¡Fue, pues, el vino lo que salvó a Rusia de acabar musulmana! Los búlgaros se retiraron desconcertados...

Luego entraron en escena los representantes de los *católicos*, oriundos de Alemania. "Nuestra fe es la luz –le dijeron al prín-

cipe– adoramos al Dios que creó el cielo y la tierra, las estrellas, la luna y todo lo que respira". Pero a Vladímir no le gustó el género de vida que le proponían. El texto de la "Crónica" es acá evidentemente parcial y defectuoso: al parecer lo que Vladímir reprochó a los occidentales fueron sus costumbres, sus ayunos, o sus maneras un tanto melifluas.

Tocó entonces el turno a los *judíos*, representados por un grupo de sus vecinos, los kazares, convertidos al judaísmo cien años atrás, provenientes de una zona comprendida entre el Mar Caspio y el Mar Negro. "Los cristianos –le explicaron desdeñosamente– adoran a aquel a quien nosotros hemos crucificado". Luego los rabinos le expusieron sus costumbres, que no podían comer cerdo, que practicaban la circuncisión... A Vladímir no le iba gustando la cosa. "Y ustedes ¿de dónde vienen?", les preguntó. "De Jerusalén", le respondieron. "¿Y el país de ustedes todavía existe?". Los rabinos se miraron entre sí, se mesaron la barba, y se vieron obligados a confesar que Dios, irritados contra sus antepasados por causa de sus pecados, había dispersado a los judíos por todo el mundo, entregando su tierra a los gentiles. Vladímir no iba a correr semejante riesgo. Su reacción brotó como una flecha: "¿Quiénes son entonces ustedes para enseñar a los demás, si Dios los ha rechazado? Si Dios los amara, si su fe le fuese agradable, no los habría dispersado por toda la tierra. ¿Es ésa la suerte que desean para nosotros?". Retiráronse los rabinos con paso apresurado.

Entraron después los *griegos*. Cual portavoz de ellos se adelanta un griego anónimo a quien el cronista, en un hermoso anacronismo, confunde al parecer con San Cirilo y al que llama simplemente "el Filósofo". Éste comenzó su discurso desacreditando a los búlgaros del Volga, y criticando luego la manera romana de administrar la comunión bajo forma de hostia más que de pan y con una sola especie sacramental. Tales argumentos interesaron muy poco a Vladímir, quien preguntó: "¿Es cierto que los alema-

nes y los griegos adoran a aquel que los judíos hicieron crucificar?". El Filósofo respondió afirmativamente, y a continuación le hizo un resumen del Antiguo Testamento, sobre todo de las profecías, que se habían cumplido, le dijo, en el Nuevo Testamento. Las raíces de la verdad la tenían, sí, los judíos, pero su concreción los cristianos. Vladímir, que empezaba a interesarse, le dirigió tres preguntas: "¿Por qué Dios nació de una mujer? ¿Por qué lo clavaron en una cruz? ¿Por qué lo bautizaron con agua?". El Filósofo le expuso entonces los grandes temas de la historia de la salvación, a lo que el cronista consagra no menos de veinte páginas de su relato. Cristo nació de una mujer para rescatar el pecado de la primera mujer; sufrió sobre el madero de la cruz para que los justos pudiesen gozar del fruto del árbol de la vida; en cuanto al agua, ésta constituye el elemento primordial, sobre ella reposó el Espíritu Santo según relata el Génesis, esa misma agua sirvió para destruir la humanidad pecadora en tiempo de Noé y ahora sirve para purificar del pecado; el mismo Espíritu Santo que reposó sobre la superficie de las aguas en la creación incuba hoy la piscina donde los catecúmenos son bautizados precisamente en el agua y el Espíritu.

Como puede verse, la "Crónica" trasunta un agudo contraste entre la erudita disertación de los griegos sobre la redención del hombre –un espléndido trozo de literatura teológica y patrística– y los temas mezquinos expuestos por los representantes de los judíos y de los alemanes. El Filósofo cerró su discurso desenrollando ante el príncipe una tela donde estaba representado el juicio final con los justos a la derecha, dirigiéndose gozosos hacia el cielo, y los réprobos a la izquierda, empujados hacia el infierno. Vladímir expresó su deseo de encontrarse entonces a la derecha, lo que el griego aprovechó para decirle: "¡Si quieres estar a la derecha hazte bautizar!". Pero el príncipe tenía un carácter desconfiado. Necesitaba constatar todo lo que había oído.

Reunió entonces el gran consejo de su principado, les contó el resultado de las conversaciones y resolvió enviar emisarios rusos al extranjero para ver sobre el campo cómo allí eran las cosas en realidad. Sería mejor que fiarse en las solas palabras. La investigación requirió varios meses. El Islam disgustó a los enviados: "No vimos alegría entre los fieles"; además no entendieron los ritos, ¡las mezquitas no tenían muy buen olor! Informe igualmente negativo sobre Alemania: "No encontramos belleza". Tal juicio llama la atención porque si bien la arquitectura alemana aún no era espléndida a fines del siglo IX, pareciera que por lo menos el canto gregoriano hubiera debido agradar a los oídos rusos. De cualquier modo, lo importante aquí no es su gusto, siempre discutible, sino su apreciación: buscaban la alegría y la belleza. Tales eran para ellos los criterios de la verdad religiosa.

Constantinopla, en cambio, los dejó fascinados. El propio Emperador los invitó a su Palacio y los llenó de regalos. Luego los condujo a la basílica de Santa Sofía, cuya sola arquitectura es ya un tratado de teología, para que asistieran al culto pontifical, que en la ocasión fue oficiado por el Patriarca en persona, flanqueado por un despliegue impresionante de sacerdotes, diáconos, subdiáconos, en medio de coros maravillosos, que se alternaban en las tribunas, y de nubes de incienso. Una verdadera conspiración celestial. "No sabíamos –dijeron los emisarios a su vuelta– si estábamos en el cielo o en la tierra... No existe sobre la tierra ninguna belleza, ningún esplendor comparable, no encontramos palabras para describir lo que vimos u oímos. La única cosa que sabemos es que allí Dios reside entre los hombres". Tres temas teológicos se entrelazan en esta declaración: el de la belleza, que es central para la Iglesia de Oriente, y que se emparenta con el de la "Sofía", Sabiduría de Dios; el de la irrupción del más allá en este mundo; y el de la teología llamada apofática, es decir, la imposibilidad de describir lo que es inefable. Pero destaquemos sobre todo la idea de la alegría y

de la belleza propias del culto divino, que no son sino reflejo de la alegría y belleza del mismo Dios. Se perfila acá toda la riqueza de la tradición ortodoxa rusa, que llega hasta Dostoievski, Bulgákov y tantos otros. El mundo entero aspira a ser transfigurado, y la liturgia es el primer ámbito de dicha transfiguración. La Iglesia en su totalidad es un icono, que desde ya comienza a ser iluminado por las luces del Tabor[4]. El Príncipe y sus nobles comprendieron que algo les había acontecido a sus emisarios quienes, para colmo, querían volverse para siempre a Constantinopla: estaban transformados, ya no eran los mismos, eran hombres nuevos, transfigurados.

Finalmente, uno de los boyardos, expresando la opinión general, se volvió hacia el Príncipe y le dijo: "Si la religión griega hubiese sido mala, tu abuela Olga, la más sabia de todas las personas, no la habría hecho suya". Ya Vladímir no tenía necesidad de conducir a su pueblo. Su pueblo le precedía, le indicaba el camino. Siempre hombre de acción, preguntó decididamente: "Bueno ¿dónde nos vamos a hacer bautizar?". Los consejeros le dejaron el cuidado de disponerlo. "Donde quieras", le dijeron[5].

Tal la versión de la Crónica. Es cierto que, más allá de su ingenuidad y belleza, se revela un tanto tendenciosa, tratando de mostrar a un Vladímir que opta por Bizancio contra Roma, por la ortodoxia bizantina contra el catolicismo romano. Y ello no fue así. Vladímir no pudo haber sido llevado a "elegir" entre la fe griega y la romana, simplemente porque entonces no había cisma, sino una sola Iglesia universal. Lo que sí hubo fue una elección en el

4 Según la *"Crónica"*, esta liturgia que dejó encandilados a los emisarios rusos tuvo lugar el día de la Dormición o Asunción de Nuestra Señora. El misterio de la "transfiguración" de la Madre de Dios es medular en la Ortodoxia, que ve en la Santísima Virgen el preludio de la transfiguración final del pueblo de Dios y del cosmos. Los rusos no pueden sino alegrarse al saber que la evangelización de su pueblo comenzó bajo el signo del acceso de María al reino de los cielos.

5 Cf. V. Volkoff, *Vladimir, le Soleil Rouge*, Julliard / L' Âge d'Homme, Paris, 1981, pp. 191-210.

terreno de los ritos, dado que ya se habían manifestado diferencias litúrgicas entre Oriente y Occidente. Hecha esta salvedad, lo esencial del relato es perfectamente rescatable: los primitivos eslavos paganos y sus príncipes guerreros no poseían, por cierto, los conocimientos necesarios para proferir un juicio adecuado sobre las profundidades teológicas de la fe cristiana ni sus argumentaciones doctrinales, mas a través de la liturgia tuvieron acceso a un orden sobrenatural de cosas expresado en términos de belleza. Esa fue su primera visión del cristianismo, y dicha visión quedaría grabada para siempre en el alma del pueblo ruso[6]. Donde está la belleza –¡y semejante belleza!– no puede menos que estar la verdad. He aquí por qué, desde sus comienzos, la Iglesia greco-rusa fue un culto, una liturgia, mucho más que una enseñanza.

Volkoff destaca la capacidad de discernimiento de Vladímir al oponerse al Islam y al judaísmo, abrazando el cristianismo. Porque el Islam no sólo rechaza el vino, sino también los sacramentos, los iconos, el clero, en suma, todo lo que es mediación; es una religión iconoclasta en el sentido más absoluto del término. El judaísmo se ha traicionado a sí mismo a partir del día en que, como pueblo, se negó a reconocer a su propio Mesías. Vladímir optó por la confesión que a su juicio aseguraba la mejor interpenetración entre este mundo y el otro, aquella que a través de la Iglesia que la encarnaba, sus sacramentos, sus sacerdotes y

6 Cf. H. Iswolski, *El alma de Rusia,* Emecé, Buenos Aires, 1946, pp. 14-16. A este respecto, aporta Volkoff una observación interesante: "En la belleza, el ruso busca en primer lugar, conscientemente o no, la impronta del Espíritu Santo. Que un hombre tan fácilmente libertino como Pushkin, que un Tchaikovsky fascinado por el panteísmo romántico, hayan llegado a la Iglesia ortodoxa, que casi ninguno de los grandes artistas rusos haya permanecido indiferente a la autoridad y la seducción de la ortodoxia, es signo de dos cosas: que en toda belleza los rusos ven un reflejo de la Sofía divina; y que la Sofía divina es tan poco concebible para ellos sin belleza como para Platón lo era disociar lo Bello de lo Bueno y de la Verdad": El Bautismo de Rusia, en el suplemento literario "Artes y Letras" de El Mercurio, Santiago de Chile, 26 de junio de 1988, p. 8.

sus ritos, parecía ser la que mejor establecía vasos comunicantes entre la Jerusalén celeste y la Jerusalén terrestre.

Aluden los cronistas a un hecho misterioso que habría dado el toque final a la conversión íntima del mismo Vladímir. Según esas crónicas, habiéndose el Príncipe quedado ciego, le habrían recomendado hacerse bautizar cuanto antes, saliendo curado de la fuente bautismal. Pregúntase Volkoff si hay que tomar literal o metafóricamente la descripción de la caída de las escamas que cubrían los ojos de Vladímir. Pero lo que en el fondo verdaderamente interesa no son los detalles anecdóticos sino el simbolismo que tras ellos se recubre. Es cierto, en cualquier caso, que desde San Pablo, si no desde las curaciones milagrosas del Evangelio, la ceguera física ha sido el símbolo de la ceguera espiritual, por lo que el bautismo era llamado "iluminación". Una de las crónicas relata que cuando el obispo que debía bautizar al príncipe ciego puso sus manos sobre él, Vladímir exclamó: "¡He visto al verdadero Dios!" y recuperó la vista. El acento se pone claramente en la iluminación por la verdad, sean cuales fueren los detalles circunstanciales. El tema de la luz será una constante en la doctrina espiritual y mística de los rusos.

Pero intercede también un hecho político y dinástico nada desdeñable. El mismo día en que los primitivos rusos encontraban la luz en Santa Sofía, un general llamado Focas desencadenaba una rebelión en Asia Menor contra el Emperador Basilio. Apremiado por el conflicto, el Basileus envió una misión secreta a Kiev, para pedirle al Príncipe que acudiese en su ayuda. He aquí la atrevida respuesta de Vladímir: el Príncipe de Kiev estaba dispuesto a enviar 6.000 soldados aguerridos con la condición de que el Emperador le concediese la mano de su hermana, la princesa porfirogénita Ana, de 25 años. Vladímir se mostró inflexible: si no hay princesa,

no hay guerreros. Que una princesa porfirogénita[7], hermana de un Basileus porfirogénito, se desposase con un bárbaro era algo inaudito e insoportable. Veinte años antes de Vladímir, había pedido la mano de una princesa bizantina nada menos que Otón, el primer Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Las condiciones que en dicho caso puso la corona bizantina fueron tales como para disuadir al Germano. Y he aquí que ahora un oscuro principúsculo escita ambicionaba ser nada menos que el cuñado del Emperador de Bizancio. El Basileus creyó encontrar la mejor excusa: una princesa cristiana no podía desposarse con un pagano. Basilio pensaba que le estaba imponiendo una condición insuperable. Vladímir sonrió. El Basileus no sabía que en su interior ya se había resuelto a aceptar el bautismo. El hecho es que Vladímir envió sus soldados en ayuda de Basilio quien así logró derrotar a Focas.

Sin embargo, ahora el Emperador trataba de sustraerse a su compromiso, máxime que en modo alguno la princesa se mostraba dispuesta a inmolarse en aras de la política de su hermano convirtiéndose en la esposa de un príncipe bárbaro. Pero Vladímir jamás permitiría que Basilio no cumpliera su parte del tratado. Se dirigió, pues, decididamente a Kherson, en la llanura del Mar Negro, ciudad dependiente de Constantinopla, la asedió y la ocupó. Basilio debió cumplir su promesa. Y así fue como la princesa Ana, acompañada de una brillante comitiva, llegó a Kiev.

b. El bautismo en el Dnieper

Según los relatos de la época el bautismo de los kievianos se llevó a cabo de una manera un tanto militar. Ya Vladímir se ha-

7 Hay dos versiones del adjetivo "porfirogénito": 1) nacido en la sala de pórfido del Palacio imperial; 2) nacido en la púrpura, ya que los hijos de los emperadores, al ver la luz, eran recibidos en un paño de púrpura.

bía hecho bautizar previamente, quizás en Kherson, después de la conquista de esa ciudad, o más probablemente en la misma Kiev, un tiempo antes de la toma de Kherson.

Lo primero que hizo el Príncipe fue saldar cuentas con sus viejos favoritos, los ídolos paganos. Sin más trámite ordenó la destrucción de sus estatuas; éstas debían ser arrancadas de cuajo y hechas pedazos. Fueron, pues, desmontadas, una a una, las estatuas enormes que dominaban las colinas que rodean al Dnieper. La última en caer fue la del ídolo principal, el dios Perun. Apoyaron escaleras sobre su inmensa mole de madera, ataron cuerdas en torno a su cabeza de plata y sus bigotes de oro, y luego la derribaron, arrastrándola por un largo trecho mientras doce hombres la golpeaban con látigos y garrotes. Luego fue arrojada al río, llevada por el oleaje, pero tras pasar unas cataratas, el viento la empujó hasta la playa, debiendo ser finalmente quemada.

A continuación Vladímir envió heraldos con el encargo de proclamar por las calles de la ciudad la orden de encontrarse todos al día siguiente en las orillas del Dnieper para hacerse bautizar. "Quien no venga mañana, considérese como mi enemigo personal", amenazó el Príncipe. Decenas de miles de personas se congregaron así en las orillas del río madre. Y a la hora convenida comenzaron las ceremonias, según el rito bizantino, a cargo de sacerdotes griegos que Vladímir había traído consigo del Quersoneso. Los cantos y el incienso se elevaban en el aire puro de la mañana. "Dígnate, Señor –rogaban los sacerdotes señalando al nuevo rebaño–, librarlos de sus antiguos errores, y llénalos de fe, esperanza y caridad para que sepan que tú eres el verdadero Dios, con tu Hijo único nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo...". "¡Respondan *Amén*!", ordenó Vladímir, y por primera vez, millares de lenguas rusas dijeron esa palabra hebrea.

Luego se pronunciaron los exorcismos contra el Príncipe de este mundo: "Deja en paz a estos guerreros recién enrolados en el ejército de Cristo, nuestro Dios...Retírate de los que se preparan para recibir la santa iluminación". Todos respondieron el recién aprendido *Amén*. "¿Renunciáis a Satanás, a sus obras, a sus ángeles, a su servicio, a su orgullo?", preguntó el obispo. Vladímir, hablando en nombre de su pueblo, respondió: "Renunciamos", y el pueblo, haciéndole eco, repitió tras él: "Renunciamos". El obispo retomó la palabra: "¿Habéis renunciado a Satanás?". Y Vladímir, cual padrino de su pueblo, respondió: "Hemos renunciado". "¡Respira y escupe!", mandó el obispo. Vladímir respiró y escupió, y todos los kievianos lo imitaron. "¿Os unís a Cristo?", preguntó el obispo. "Nos unimos". "¿Creéis en Él?". "Creemos en Él como Rey y como Dios".

Tras este impresionante rito de renuncia y de adhesión, de aspirar al Espíritu divino y de escupir al espíritu diabólico, de dar la espalda al oeste, zona de las tinieblas satánicas, y de volverse hacia el este, región de la luz, los sacerdotes se dirigieron a las vastas orillas del Dnieper, bendijeron sus aguas, según un solemne ritual semejante al de nuestra Vigilia Pascual, y entonces el pueblo entero entró en él, sumergiéndose tres veces, en el nombre del Padre la primera, en el del Hijo la segunda, y en el del Espíritu Santo la tercera, mientras los sacerdotes pronunciaban la fórmula sacramental.

Embargado de una intensa emoción, el Príncipe de Kiev levantó sus ojos al cielo, y extendiendo los brazos sobre su pueblo, sobre ese pueblo suyo que acababa de confiar a un Príncipe más grande que él, dijo: "Señor, Tú que has creado el cielo, la tierra, el mar y todo lo que contiene, mira con benevolencia a estos hombres nuevos, tus siervos, y haz que aprendan a conocerte, a ti que eres el verdadero Dios, como te conocen las otras naciones cristianas..."[8].

8 El relato detallado puede leerse en V. Volkoff, *Vladimir, le Soleil Rouge...*, pp. 261-270.

Las voces de un Dostoievski o de un Sergio Bulgákov, a cerca de mil años de distancia, hacen aún eco a la alegría sobrenatural que invadió a Kiev en este día del año 988, en que Vladímir hizo del Dnieper un nuevo Jordán para los pueblos de su Principado.

c. *Vladímir, el nuevo Constantino*

La Iglesia ortodoxa tanto como la católica gustan compararlo con Constantino. Vladímir encarna la vocación de la tierra rusa, según la teología de la vocación de las naciones, de impronta bíblica y patrística, aplicada al mundo eslavo especialmente por los santos Cirilo y Metodio. Si como enseña el teólogo bizantino del siglo XIV, Nicolás Cabásilas, el crecimiento espiritual del cristiano está en continuidad con la gracia recibida en su bautismo, de manera semejante puede afirmarse que el bautismo de una nación está en el origen de su vocación, que de algún modo despliega el germen de su bautismo nacional a lo largo de todo el curso de su historia. Soloviev, conmemorando los nueve siglos del bautismo de la antigua Rus', que había incorporado esa nación a la Cristiandad, escribía: "Hace 900 años que hemos sido bautizados por San Vladímir en nombre de la Trinidad vivificante... La idea rusa, el deber histórico de Rusia nos pide reconocernos solidarios con la familia universal de Cristo"[9].

Es cierto que el pasado pagano de Vladímir no es demasiado edificante que digamos. Un autor lo califica de "*fornicator immensus et crudelis*"[10]. Mantenía, al parecer, un verdadero harén, con no menos de 40 mujeres. Pero la verdad es que no sólo tomó a su cargo la conversión de su pueblo, sino que también él personal-

9 *L'idée russe,* Paris, 1888, p. 46. Cf. al respecto el art. de T. Spidlik, La pienezza del tempo, en L'Oss. Rom., Vaticano, 13 de abril de 1988, pp. 1 y 6.

10 Cf. Brian-Chaninov, *L'Église russe,* Grasset, Paris, 1928, p. 17.

mente se transformó. De hecho la Iglesia rusa lo canonizaría en el siglo XIII. La Iglesia de Roma haría lo propio en 1634.

Vladímir integra, pues, la galería de los reyes santos de esa época, contemporáneo de San Esteban de Hungría. Por algunos de sus rasgos nos recuerda la figura de San Luis, rey de Francia. "Yo no sabría enumerar todos sus beneficios –escribe de él Jacob el Monje–; no solamente era caritativo con los más próximos, sino también con todos los ciudadanos de Kiev, y de todos los pueblos y aldeas de Rusia; practicaba la caridad en toda circunstancia vistiendo a los que estaban desnudos, alimentando a los que tenían hambre, dando de beber a los que tenían sed, haciendo que los extranjeros se sintiesen cómodos por su hospitalidad..., cuidando de los pobres y de los huérfanos, de las viudas, de los ciegos, de los afligidos, en una palabra, compadeciendo a todos". Cada día su corte se llenaba de mendigos a quienes daba de comer y beber, e incluso a veces dinero y pieles de marta. Para los que siendo demasiado débiles estaban imposibilitados de desplazarse, había organizado un servicio especial: carretas repletas de pan, carne, pescado, fruta, e incluso *kvas*, la clásica bebida refrescante, recorrían la ciudad de Kiev. El cochero –con frecuencia alguno de los propios hijos de Vladímir, por lo general el generoso Boris– gritaba: "¿Hay por allí algún pobre que no pueda caminar?".

Vladímir contribuyó asimismo a la extensión de la fe. El culto de los dioses quedó prohibido y sus santuarios fueron clausurados. En el lugar donde el dios Perun tenía su templo fue construida una iglesia cristiana. Preocupóle también el problema de la educación. Si bien él no era letrado, deseaba hacer de Rusia una nación civilizada, por lo que creó escuelas, recomendando a la nobleza enviar allí a sus hijos[11].

11 Cf. V. Volkoff, *Vladimir, le Soleil Rouge...*, pp. 284-288.

d. Vladímir y Europa

Por las dimensiones de su proyecto político Vladímir reveló las cualidades de un gran monarca. Su Reino cubrió un vasto territorio: la mayor parte de la Rusia europea, los Estados Bálticos y algo de Polonia. Un diestro uso de la diplomacia le permitió lograr un preciso equilibrio entre su inclusión en Occidente y su apego al espíritu oriental. La liturgia adoptada era la eslava, en base a las traducciones de Cirilo y Metodio. Pero al mismo tiempo, en el camino entre Roma y Kiev se sucedían las embajadas que iban de ida y vuelta. Incluso se dice que tras la muerte de Ana, acaecida en 1011, se habría desposado por segunda vez, hacia 1013, con una nieta de Otón II, lo cual le habría abierto las puertas de la otra familia imperial, la de los Emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, familia que, a su vez lograba por aquel entonces anudar lazos nupciales con princesas de la corte bizantina. El acercamiento de Vladímir al Occidente tuvo por efecto contrabalancear la centrífuga influencia religiosa de Constantinopla. Logró así, como dijimos más arriba, un inteligente equilibrio, al estilo del inaugurado por Cirilo y Metodio: fidelidad a Roma en la doctrina y fidelidad a Bizancio en el culto. Oriente y Occidente, todavía unidos, eran, al decir de Juan Pablo II, los "dos pulmones de un mismo cuerpo"[12].

En los años que siguieron al bautismo de Kiev, ocupó mucho a Vladímir la tarea de la evangelización de Rusia. No bastaba con destruir los ídolos y cerrar sus templos. Para propagar el cristianismo de manera adecuada se requerían tres elementos: un ritual, un conjunto de iglesias, un clero propio.

12 Cf. Enc. *"Redemptoris Mater"* n. 24, y Carta Apost. *"Euntes in mundum"*, 1988, n. 12. El documento "Euntes in mundum" atribuye a Vladímir una lúcida percepción de esta realidad: "El príncipe Vladímir mantuvo relaciones no sólo con Constantinopla sino también con el Occidente y con Roma, cuyo obispo era reconocido como quien presidía la comunión de toda la Iglesia": n. 4. Juan Pablo II ha comparado el acontecimiento del Bautismo en el Dnieper con la gesta de Cristóbal Colón.

En cuanto a lo primero, los textos litúrgicos eran por cierto de origen griego, pero se utilizaban las traducciones en eslavón hechas por San Cirilo.

En lo que se refiere a los edificios de culto, al comienzo fue preciso traer arquitectos de Grecia para construir iglesias, y artistas para cubrirlas de frescos y mosaicos. Sin embargo, pronto los rusos aprendieron de sus maestros, y así en pocos años surgió de la tierra rusa un gran número de templos, generalmente de madera, con frecuencia en el emplazamiento que antes ocupaban los recintos de los ídolos. El tío de Vladímir, Dobrynia, levantó en Nóvgorod una iglesia dedicada a Santa Sofía, toda de roble, coronada por trece cúpulas. El propio Vladímir, en un pueblo que fundara al norte de su reino y al que dieron su nombre, hizo construir, en 991, una espléndida iglesia dedicada a Nuestra Señora[13]. La arquitectura de estas iglesias, de estructura evidentemente griega, fue adaptada al alma rusa. La clásica cúpula bizantina de piedra fue suplida por la nueva cúpula rusa, de escamas de madera reunidas en forma de cebolla. La iglesia más grande que Vladímir hizo erigir en Kiev fue dedicada a la Santísima Virgen. Construida en 995, en 1017 la destruyó un incendio. Por los cronistas sabemos que era imponente, con una cúpula central, cuatro cúpulas secundarias, y unas veinte cupulitas menores; las tres naves estaban separadas por columnas de mármol; las paredes eran de piedra, vidrio y jaspe. Vladímir donó a esta iglesia un diezmo de sus riquezas, para atender las necesidades del clero, los huérfanos, viudas y pobres en general, por lo que recibió el nombre de "la Iglesia del Diezmo". Allí depuso las reliquias de

13 Allí fue donde se propuso a la veneración de los fieles el famoso icono de Nuestra Señora, proveniente de Constantinopla, que hoy es llamado la Virgen de Vladímir, por el lugar que lo cobijó durante siglos.

San Clemente que en el año 988 le enviara el Papa desde Roma[14]. La veneración a San Clemente, llamado por la liturgia de Kiev "roca inamovible de la Iglesia de Cristo contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán en la tierra de la Rus' por todos los tiempos", nos permite comprender mejor la cordial relación de Vladímir con Roma. Junto a las reliquias de San Clemente, hizo colocar el cuerpo de Olga, que permanecía incorrupto. También fueron puestos en esta iglesia los patrones de los pesos y medidas de la ciudad de Kiev, detalle que muestra cómo la religión se iba convirtiendo para ellos en la "medida" de todas las cosas.

El tercer aspecto, la instauración de un clero autóctono, no fue difícil. Pronto la antigua Rus' se pobló de sacerdotes. Asimismo, y todavía en vida de Vladímir, fluyeron monasterios por doquier, o al menos casi enseguida de su muerte.

A pesar de estos logros, la evangelización de los pueblos y aldeas de la antigua Rusia resultó bastante ardua. No siempre el cristianismo fue recibido con los brazos abiertos. En el Norte y Este de Rusia, región poblada por gente de espíritu descontentadizo y nada flexible, la resistencia fue fuerte y prolongada, tanto más que desde hacía tiempo existían allí colegios de sacerdotes muy bien organizados y numerosos templos de los cultos paganos. Caso típico fue el de Nóvgorod, donde debió emplearse cierta violencia. Allí actuó el tío de Vladímir, Dobrynia, quien creyó suficiente un úkase para convertir al pueblo novgorodiense, lo que provocó tumultos, reacciones de los paganos, saqueos, y hasta muertes. También en Rostov los primeros momentos fueron dolorosos, con crueles represalias. El clero debió obrar con gran

14 Como dijimos más arriba, Clemente había muerto en Kherson el año 100. San Cirilo, quien halló milagrosamente sus reliquias, las había llevado consigo a Roma. Ahora retornaban a la tierra de su martirio.

tacto, asumiendo todo lo rescatable de las viejas tradiciones paganas. El proceso fue necesariamente muy lento.

Vladímir murió en 1015, hacia los 55 años de edad. Había reinado 37 (11 como pagano y 26 como cristiano) sobre una tierra a la que transformó por completo. Espiritualmente le dio una religión que iba a incorporarse tan bien a su espíritu que luego se llamaría "la Santa Rusia". Geográficamente multiplicó al menos por dos su superficie, que se extendía desde las orillas meridionales del lago Ladoga hasta las caídas del Dnieper, y desde las laderas septentrionales de los Cárpatos hasta la confluencia del Volga y del Oka. Puso asimismo los fundamentos de una civilización auténticamente rusa, fecundada por Grecia, pero independiente de ella. Resulta verdaderamente admirable la facilidad con que la civilización clásica se injertó en el tronco bárbaro. De hecho, durante el período de Kiev, Rusia alcanzó un alto nivel. Su capital fue la segunda, después de Constantinopla[15].

La figura de Vladímir se convirtió para los rusos en el arquetipo nacional por excelencia, como el rey Arturo lo fue para los ingleses, Carlomagno para los franceses, Fernando para los españoles y Barbarroja para los alemanes. Los bardos del ciclo kieviano hacen de él una figura legendaria, bajo los rasgos de un personaje paternal, lleno de majestad y benevolencia, organizador de banquetes pantagruélicos, misericordioso y hospitalario, fácilmente dispuesto a escuchar a los trovadores o beber una copa de buen vino, siempre preocupado por los problemas de sus súbditos. Su sobrenombre mismo de *Krasnoe Solnychko,* literalmente "Sol Rojo", Radiante o Hermoso, sol bienamado,

15 Cf. N. Zernov, *Cristianismo Oriental. Orígenes y desarrollo de la Iglesia Ortodoxa Oriental,* Guadarrama, Madrid, 1962, pp. 130-131.

que el pueblo le confirió espontáneamente, lo señala como una figura verdaderamente solar, que irradia luz y calor[16].

Sobre una de las colinas que corona a la "madre de las ciudades rusas", como fue llamada Kiev, se levanta una estatua de bronce negro que enarbola en sus brazos la Cruz del Cristianismo. Es Vladímir, el Santo, dirigiendo su mirada hacia el Dnieper querido, que corre a los pies del cerro, el príncipe que integró a su pueblo en la familia de la Cristiandad. Los mismos comunistas la han respetado.

3. El legado de Vladímir

Durante su largo gobierno el Príncipe de Kiev tuvo la situación perfectamente controlada. De un amasijo de tribus había creado una nación. Pero mucho quedaba por hacer.

En 1015 Vladímir vivía como un patriarca en medio de sus nueve hijos, en quienes se había hecho carne esa mezcla original de ingredientes eslavos, vikingos y griegos, cada uno de los cuales gobernaba una de las provincias del Reino. A su muerte, tres candidatos posibles se presentaban para sucederlo: Iaroslav, que residía en Nóvgorod; Boris, quien se hallaba al este, enfrentando a los pecheneques; y Sviatopolk, que estaba cerca de Kiev. Mientras boyardos y mendigos lloraban la muerte de su padre y señor, Sviatopolk entraba en acción. Al tiempo que despachaba correos a Boris para asegurarle de sus intenciones pacíficas mandó cuatro hombres con el encargo de asesinarlo. A pesar de la suavidad de su carácter y de su rostro casi imberbe, Boris era príncipe y guerrero de los pies a la cabeza; bien lo sabían los terribles pecheneques que tanto le temían. Al enterarse de los siniestros planes de su

16 Cf. V. Volkoff, *Vladimir, le Soleil Rouge...*, pp. 347-348.

hermano, con sorpresa de todos, se negó a enfrentarlo en el campo de batalla: su deber –dijo– era luchar por la nación, no contra su hermano; prefería morir antes que ocasionar la muerte, sobre todo cuando ésta era evitable. Y así licenció a su ejército, prosiguiendo el largo viaje hacia Kiev. Una noche, aun sabiendo que los asesinos estaban cerca, se detuvo para descansar; tras rezar y cantar el oficio divino con su capellán, se dispuso serenamente para la muerte. Su última mirada fue a un crucifijo: "Señor, Tú has aceptado tu pasión por nuestros pecados, concédeme aceptar la mía".

En cuanto a Gleb, que se encontraba en su sede, la lejana Murom, le mandaron decir que se dirigiera a Kiev inmediatamente, porque su padre se estaba muriendo. En vano sus amigos intentaron disuadirlo asegurándole que su padre ya había muerto y que Sviatopolk había asesinado a su hermano Boris, a quien Gleb amaba entrañablemente. Y así, mientras navegaba en una barca, fue también él ultimado. Boris y Gleb fueron canonizados por la Iglesia rusa, con el título de "*strastoterptsi*", es decir, mártires, o aquellos que han sufrido en sí la Pasión de Cristo. Ambos asesinatos acacieron en 1015, el mismo año de la muerte de Vladímir, conmoviendo profundamente a la nación.

Tras diversas vicisitudes, Sviatopolk fue finalmente derrotado, subiendo al poder otro de los hijos de Vladímir, *Iaroslav*, quien gobernó desde 1019 a 1054. Durante su largo reinado la Rus' de Vladímir conoció un auge extraordinario. Se emitía moneda, se traducían libros religiosos, se fundaban nuevos pueblos, se abrían colegios, se promulgó un código de leyes al que se dio por título "Verdad Rusa", y así poco a poco se fue afirmando una cultura auténticamente rusa bajo el impulso de un príncipe que, a diferencia de su padre, era él mismo un letrado políglota. Iaroslav consolidó aún más los vínculos de Rusia con Occidente: desposado con Ingigerd de Suecia, unió matrimonialmente a sus hijos e hijas con las principales casas europeas. La princesa

Ana de Rusia, nieta de Vladímir, convirtióse en la reina de Francia, llevándole a su esposo, Enrique I, el Evangeliario eslavón de Reims, sobre el que, durante varios siglos, los reyes de Francia prestarían el juramento real el día de su entronización. Kiev se estaba convirtiendo en la Constantinopla del norte.

Iaroslav dio un gran sostén al desarrollo de la vida cristiana. En 1037 mandó construir en Kiev la espléndida catedral de Santa Sofía, todavía hoy en pie, semejante a su homónima de Constantinopla. En esa catedral se encuentra el admirable mosaico de la Virgen "Orante", sobre el muro del presbiterio llamada ahora "Pared Inamovible" por haberse conservado intacta durante los saqueos de los tátaros, que destruyeron varias veces la ciudad, y haber sobrevivido las depredaciones de los bolcheviques. No en vano Iaroslav consagró la ciudad de Kiev y a todo el pueblo a la Madre de Dios, "solícita auxiliadora de los cristianos". Edificó también otras catedrales e iglesias en diversas ciudades. Convocó asimismo un Sínodo donde los obispos eligieron al primer metropolitano, Hilarión, que sería uno de los grandes prelados de la Rusia primitiva, con lo que impidió la ingerencia de los bizantinos, salvaguardando de este modo la universalidad y particularidad de la Iglesia en el Principado de Kiev.

Junto al florecimiento de la vida diocesana, también el monaquismo conoció un notable desarrollo. El monasterio más importante fue el de Kiev, llamada de las Grutas (*Kíevo-Pechérskaja Lavra*). Fue precisamente Hilarión, párroco por aquel entonces en un pueblo de los alrededores de Kiev, quien sintiéndose llamado a la vida eremítica, eligió las orillas escarpadas del Dnieper, para vivir en una especie de gruta. Al ser elegido metropolitano de Kiev, según relatamos más arriba, la gruta abandonada fue ocupada por un monje llamado Antonio, llegado poco antes de Monte Athos, hombre ascético, lleno de humildad y de fe. En torno a él congregóse un grupo de generosos jóvenes, entre los

que se distinguía uno por nombre Teodosio. Como el número de monjes iba aumentando sin cesar y ya estaban demasiado apretados, se vieron constreñidos a abandonar las grutas, construyendo encima un conjunto de celdas y una iglesia consagrada a la Asunción. Los dos eremitas principales, Antonio (+1073) y Teodosio (+1074), son santos de la Iglesia rusa. Ese monasterio llegó a ser un centro de inmensa irradiación espiritual donde los príncipes y nobles acudían con frecuencia para pedir consejos a los monjes.

Iaroslav fue, pues, un digno sucesor de su padre Vladímir, proporcionando a Rusia una época de esplendor cultural y religioso. No por nada sus contemporáneos lo apodaron Iaroslav el Sabio. Si Vladímir fue llamado "el nuevo Constantino", Iaroslav podría ser considerado "el nuevo Carlomagno".

En 1054 acaecieron dos catástrofes. La primera fue la muerte del gran Iaroslav; para la Rus', el comienzo de su decadencia. La segunda, el cisma de Miguel Cerulario. Esta ruptura de tran graves consecuencias, no impediría, sin embargo, el mantenimiento de las relaciones entre la Rus' y Roma. Todo sucedió como si se la hubiese ignorado. El arzobispo ruso Hilarión seguía expresándose como un católico. Tal actitud se prolongaría por mucho tiempo. Todavía en el siglo XII, Vladímir Monómaco, nieto de Iaroslav, se casaría con una princesa inglesa y desposaría a su hija con el emperador Enrique V. El distanciamiento se fue, por cierto, produciendo pero de manera imperceptible e implícita. Las alternativas de las relaciones de la Rus' con la Santa Sede revelan que, a partir de 1054, Rusia fue lentamente llevada al cisma de un modo pasivo por la corriente bizantina. Como bien dice el P. Pierling, jesuita ruso muerto en Bruselas en 1922, autor de una obra magistral, en 5 volúmenes, que lleva por título "La Rusie et la Saint-Siège": "Se buscaría en vano una fecha precisa o un hecho ostentoso que pudiese ser señalado como punto de partida de la separación entre Rusia y el centro de unión. Ella se hizo implíci-

tamente, sin sacudida, sin motivo aparente, en virtud de la sumisión jerárquica de la Iglesia rusa al patriarcado de Constantinopla, pero sin que los Rusos hayan tenido parte alguna sea en las luchas doctrinales, sea en las luchas políticas de los bizantinos"[17].

El gran ciclo histórico de la primera Rusia se cerró con grandes vicisitudes. Además de Nóvgorod, Smolensk y Kiev, habían surgido varios centros más. Vladímir había fundado la ciudad que lleva su nombre, Iaroslav la que tiene el suyo. Poco a poco la hegemonía fue pasando de Kiev a Vladímir y de Vladímir a Suzdal. El príncipe ruso de Suzdal, Andrés Bogoluvsky, que veía con malos ojos a los rusos de Kiev, tomó esta ciudad en 1164, permitió su saqueo, y llevó todas sus riquezas a Suzdal. Al comenzar el siglo XIII, la gran Rus' estaba dividida en pequeños principados. En el ambiente norteño de Suzdal, región de bosques abiertos, con islotes de llanuras y pantanos, se iba gestando la aparición de un nuevo centro, el de Moscú. Pero primero debían acaecer las terribles invasiones de los mogoles.

***

Cerremos este apartado sobre la primera Rusia reseñando los diversos elementos que la compusieron.

El primero procede de *Bizancio*, y es la componente más obvia. Vladímir construye su capital en Kiev como una réplica de Constantinopla, y Iaroslav la termina tan acabadamente que se diría in-

17 Cit. en Brian-Chaninov, *L' Église russe...*, p.8. La separación de Cerulario no afectó a la Iglesia kieviana por largo tiempo. Tras la ruptura de Constantinopla, varios Legados Pontificios se trasladaron a Ucrania para reforzar sus lazos con Roma. Los Príncipes de Kiev reconocían expresamente la autoridad del Papa, lo mismo que San Teodosio y todos sus monjes; hasta 1075 los Príncipes pagaron el tributo convenido a la Santa Sede. Por su parte Gregorio VII (1073-1085) envió la corona real al Príncipe de Kiev.

tentó emularla. Esta semejanza, ya señalada por viajeros de aquel tiempo, que se advierte claramente en el campo del arte y la arquitectura, es también perceptible en el ámbito de la vida intelectual. Hubo príncipes, nobles y hasta mercaderes suficientemente cultos como para conocer la literatura bizantina de la época y percibir, a través de ella, algo del acervo de la antigua Grecia. Se nota, por ejemplo, cómo el autor de "El cantar de Igor" o, más poéticamente, "El cantar de la hueste de Igor"[18] no ignora la mitología griega y se complace en buscarle concomitancias con la mitología rusa.

El segundo elemento de la civilización rusa es el *escandinavo*, que tiene prioridad, al menos en el tiempo, puesto que penetró allí antes que el elemento bizantino. Representa la cultura de los fundadores de la primera Rusia, de su dinastía política, y origina su inserción en Europa. Hasta la eslavización de los príncipes varegos, hasta después de Iaroslav –hijo de una escandinava y esposo de una escandinava– la corriente del espíritu nórdico impregnó el alma de Rusia. Nóvgorod, ciudad casi escandinava, fue el foco transmisor de la cultura nórdica, antes de que Kiev lo fuera de la influencia bizantina.

El tercer elemento es el *asiático*. Mucho antes de la llegada de los varegos, mucho antes asimismo de que los bizantinos supiesen de la existencia de los eslavos, había ya penetrado en la región. Los escitas, los sármatas, los alanos, los hunos y los kazares, orientales todos ellos, iranios en su mayoría, con reminiscencias griegas y germánicas, están en el origen de la civilización cuyo foco principal habría de ser Kiev. Tales influencias entraron por la ruta del Volga.

18 El "Cantar de la hueste de Igor" es uno de los textos más notables de la literatura rusa medieval donde se narra, en forma poética, una expedición contra los polovtzianos, en 1184, a raíz de la cual el príncipe Igor Swiatoslavich fue hecho prisionero.

Existe, finalmente, un elemento *occidental*, cuya importancia se acrecentaría sin cesar.

Reunamos ese conjunto de elementos, y podremos comprender de manera aproximativa lo que fue la primera Rusia. La resultante no fue un pueblo agrícola sino más bien un pueblo artista, un pueblo proclive a la música y a la poesía, que gusta del canto, la danza y los juegos. Una raza de cultura[19].

II. LA SEGUNDA RUSIA O LA RUSIA BAJO EL YUGO MOGOL

Entre la Rusia de Kiev y la Rusia de Moscú no es posible obviar este período de oscuridad generalizada, que constituye una etapa muy específica, si bien sombría, en la historia de Rusia.

1. El Imperio mogol

Mientras Europa emprendía las Cruzadas contra el poder de los musulmanes, estando la Cristiandad en una actitud ofensiva, en Asia se desencadenaba un acontecimiento espantoso, que no dejaría de tener alguna conexión con la Cruzada. Pues en el mismo momento en que los Cruzados se apoderaban de Constantinopla, desde las profundidades del Asia se incubaba un proyecto de inmensos alcances. Como antaño los hunos, nuevos jinetes de las estepas se habían lanzado al asalto de las ciudades de China, de

19 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 93-94.

Persia y de Occidente. Eran *los mogoles*, joven pueblo que retomaba los antiguos sueños de Atila, bajo un jefe llamado Temudjin, que pasaría a la historia con el nombre de Gengis-Khan (1155-1226).

Este guerrero, quizá de origen turco, sucedió a su padre en 1189 como Khan de una tribu mogola con autoridad sobre unas 40.000 familias. Tras someter a otras tribus se hizo proclamar Gran Khan, cambiando su nombre por el de *Gengis-Khan*, que significa "príncipe invencible".

Los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre la etimología de la palabra "mogol". Lo que generalmente se cree es que proviene del vocablo chino "mong", que significa "bravo". El hecho es que partiendo de las mesetas próximas al lago Baikal, los mogoles habían sentido el ancestral instinto que los pueblos amarillos experimentan de lanzarse a la aventura de la conquista. Sabemos que eran robustos, de rostro ancho, nariz chata, ojos rasgados y con pocos pelos en la mejilla. Llevaban la cabeza afeitada, salvo una corona de cabellos anudados en trenza hacia atrás, vestidos con casaca de pieles de animales apenas curtidas. Montaban caballos robustos, sin gracia, pero rápidos y de un increíble aguante; cual jinetes diestrísimos, aparecían repentinamente en lugares separados por enormes distancias. Los precedía una reputación siniestra, ya que solían hacer matanzas que llegaban hasta la destrucción de una población entera, incluidos niños y mujeres, y hasta gatos y perros. Pero desde otro punto de vista no eran nada salvajes ya que dieron muestras de una admirable capacidad organizativa, planificando excelentemente las finanzas, y contando con una notable red de correos y servicios de avituallamiento. El sueño asiático de dominación había encontrado nuevos protagonistas.

En 1202, Gengis-Khan saldaba cuentas con los tátaros de Manchuria, aquellos tátaros cuyo nombre, deformado en "tártaros", había de aplicar el Occidente, por una rara confusión, a

los mismos mogoles[20]. En siete años, Gengis-Khan terminaba la conquista de Mogolia.

Dos años después lanzaba sus soldados sobre la fértil China, sometía a la dinastía Song, arrasaba Pekín, e imponía impuestos a los agricultores sobrevivientes. Luego se lanzó hacia el Oeste, sobre el Turkestán, el Afganistán y Persia, conquistó Bukhara y Samarkanda en medio de horrores indecibles, cruzó los Urales y bordeó el Mar Caspio. En 1223 se lanzó al sur de Rusia donde aplastó a la caballería de los Príncipes de Kiev. Sólo la muerte lo detuvo en 1226. Dejaba el imperio más gigantesco que haya conocido el Asia, desde Corea hasta el Volga, desde el Baikal hasta el Tibet. Junto a ese Imperio el de Bizancio parecía una broma, no menos que el Imperio Romano Germánico.

Tras él, sus hijos, herederos del mismo proyecto imperial, continuaron su obra con el deseo de que su capital, *Karakorum*, al sur del lago Baikal, llegase a ser el ombligo del mundo. Uno de ellos, el Khan Batú, volvió a partir hacia Europa; en 1236 cayó sobre Kiev, y la destruyó casi completamente: 600 iglesias, 20 monasterios y otros edificios fueron arrasados. Luego se lanzó hacia Pereiaslav, pasó a Pest en Hungría y, por su lugarteniente, Mantu, llegó hasta Silesia.

Sólo la noticia de la muerte de Ogdai, hijo de Gengis-Khan y sucesor suyo, logró detenerlo y hacerlo retornar a su país, instalándose en su confortable Karakorum, capital del Imperio de la Horda de Oro, que ahora se extendía desde el Ural hasta el Danubio. Cuatro años después, los jinetes amarillos volvieron a montar sobre sus caballos y partieron hacia el oeste. Polonia, Ucrania y Hungría fueron atacadas y Viena se vio amenazada. Pero no sólo

20 Se debe decir "tátaros" y no "tártaros". La letra r fue introducida arbitrariamente por los europeos. Inocencio IV, por ejemplo, escribe: *"Ad sua Tartara Tartari detrudentur"*.

Europa sufrió el embate; los hijos de Temudjin gobernaban uno las estepas de Asia, otro Turkestán y el tercero Persia, arrebatados al Islam. El Imperio Bizantino, el Imperio Germánico y el mismo Imperio de Mahoma sentían pesar sobre ellos la común amenaza.

2. El dominio mogol sobre Rusia

Pero vayamos a lo que ahora más nos interesa. La invasión de Rusia por parte de los mogoles fue fulminante y su ulterior dominación constituyó un acontecimiento decisivo que se prolongó por más de un siglo, a tal punto que no hemos vacilado en denominar a este período de sangre y polvareda el de la segunda Rusia. Para ser más precisos podríamos decir que duró desde 1240, año de la invasión generalizada, hasta 1380, fecha de la victoria de Kulikovo, con que comenzó el receso mogol, o incluso hasta 1480, año en que Iván III puso fin a la última apariencia de aquel dominio.

El orden de la ofensiva sobre Rusia se desarrolló más o menos como sigue. En 1223 los ejércitos rusos fueron derrotados por dos lugartenientes de Gengis-Khan. Luego, en 1225, Batú se apoderó de Moscú, que por aquel entonces no era más que una pequeña aldea, sin importancia política. Su próxima victoria fue sobre la ciudad de Vladímir. Hacia fines del siglo XII esta ciudad, a raíz de la decadencia de Kiev, se había convertido en la capital. Cuando Rusia entró en el período sombrío de la invasión mogólica, apenas habían pasado cincuenta años del eclipse de Kiev. Los mogoles triunfan, pues, sobre Vladímir; tras su captura, queman la catedral, y el metropolitano perece en la llamas. La muerte de Yury, el príncipe que gobernaba Vladímir, en 1238, significó la derrota final de los rusos. En 1240, Batú devastó Kiev y pueblos aledaños.

La invasión mogólica hizo estragos en Rusia, impidiendo su desarrollo normal durante dos siglos. Las clases dirigentes, el clero y los monjes debieron huir de las ciudades. Los príncipes, convertidos en vasallos de los nuevos señores, se vieron en la obligación de rendir homenaje a los conquistadores y en algunas oportunidades se avinieron a adorar a los dioses paganos. En caso contrario, les esperaba la muerte, frecuentemente por envenenamiento. Sin embargo, hay que reconocer que los mogoles no trataron de "mogolizar" a sus nuevos vasallos. Permaneciendo indiferentes ante los asuntos internos de los principados, respetaron el principio dinástico de los caudillos rusos, reservándose tan sólo el derecho de sancionar cada cambio de soberano. Todos los príncipes rusos estaban obligados a presentarse periódicamente en la Horda y, a veces, en la corte misma del Khan supremo, en la lejana Karakorum, para rendirle pleitesía, o también someterle sus diferendos. Ésa era la primera carga. La segunda consistía en el tributo: un impuesto de capitación, que se saldaba en dinero o en pieles; impuesto harto pesado, por cuanto los recaudadores, sarracenos, chinos y también judíos, eran minuciosos e implacables. La tercera carga era el impuesto de sangre: los príncipes debían suministrar a los mogoles contingentes militares, sobre todo de infantería, que era lo que más necesitaba aquel ejército de jinetes.

¿Cuál fue la actitud de los príncipes rusos? Los notamos serviles respecto de sus nuevos amos. Montaigne, en el primer libro de sus "Ensayos", nos ha dejado la siguiente anécdota: "El duque de Moscovia debía antiguamente esta reverencia a los tártaros, cuando éstos le enviaban embajadores; que iba ante ellos a pie y les presentaba un jarro de leche de yegua (brevaje que les es delicioso), y si al beber, alguna gota caía sobre la crin de sus caballos, estaba obligado a lamerla con la lengua"[21].

21 Cit. en G. de Reynold, *El mundo ruso...*, p. 162.

Catorce años después de la derrota del príncipe Yury, Alexandr fue elevado al principado de Vladímir. Este caudillo, que pasaría a la historia bajo el nombre de *Alexandr Nevski*, canonizado por la Iglesia rusa, personificó, en épocas tan aciagas, las altas virtudes que caracterizan al príncipe cristiano. Resulta curioso, pero Alexandr no se volvió tanto contra los mogoles cuanto contra los cristianos de Occidente, concretamente los suecos, que intentaban invadir Rusia, y a quienes venció en 1240, a orillas del Neva, de donde su sobrenombre de "Nevski". Asimismo luchó contra los Caballeros de la Orden Teutónica. En cambio su actitud en relación con los mogoles fue pasiva. Rusia les estaba totalmente sometida y él nada podía hacer excepto asegurar la supervivencia de su pueblo. No deja, con todo, de ser triste saber que en 1249, el año mismo en que San Luis organizaba una cruzada para combatir a los infieles, un santo de la Iglesia rusa, Alexandr Nevski, triunfador de los suecos y de los teutónicos, se presentase en la Horda y besase el estribo de Batú para obtener de él ayuda militar.

Este período, signado por el establecimiento, la dominación y la influencia de la Horda de Oro, el período de la Rusia sojuzgada, tuvo una consecuencia muy grave, a saber, que la cristiana Rusia, la Rusia bautizada por Vladímir, se aisló de la Cristiandad, se cerró al Occidente. Fue la primera de las "cortinas de hierro" de su historia. El aislamiento de los rusos se volvió hermético. Ello ocurrió precisamente durante los siglos en los cuales la civilización europea alcanzaba la cúspide religiosa y cultural de la Edad Media, su época de las Sumas y de las Catedrales, y se dirigía hacia el Renacimiento; los siglos en los que se desarrollaban las ciudades municipales y empezaban a formarse los Estados modernos; los siglos, en fin, durante los cuales los europeos se lanzaban a través de los océanos, descubrían el Nuevo Mundo y bordeaban el África. Rusia, en cambio, la Rusia de entonces, inspira piedad, recluida en su prisión, aherrojada por los asiáticos, vigilada al oeste

por los suecos, teutónicos y lituanos, que le cierran el paso al Báltico y por tanto la comunicación con Occidente. Apenas si puede mantener sus vínculos con Bizancio, precisamente en momentos en que ésta declina y su civilización se esteriliza.

¿Cuál es el balance de la ocupación mogola? Es natural que los rusos sólo hayan retenido los horrores de la conquista, las matanzas, las torturas, las destrucciones y las humillaciones. Para el ruso, el mogol era tres veces enemigo: como dominador, como asiático y como infiel. Pero hay que reconocer que los mogoles, además de no haber perseguido a los rusos por su religión, acabaron por ser de algún modo sus educadores, ya que hicieron escuela entre ellos, enseñándoles el arte de la guerra, de la administración y de la política. De ellos los rusos aprendieron lo que debe ser un ejército, cómo organizar las rutas, el correo y los medios de transporte, cómo formar una policía capaz de asegurar el orden y la seguridad, cómo percibir regularmente los impuestos. Finalmente los mogoles les inspiraron un nuevo tipo de política, que para los moscovitas significaría la iniciación en el absolutismo.

III. LA TERCERA RUSIA O LA RUSIA MOSCOVITA

La segunda Rusia, dominada por los ejércitos y la administración de los mogoles, había concentrado el centro de interés en el norte de Rusia, en detrimento de Kiev, arrasada por aquéllos. Primero fue en la ciudad de Vladímir, como dijimos más arriba. Y luego en Suzdal, centro muy importante del norte que, aprovechando la decadencia de Kiev, se convirtió no sólo en centro político sino también religioso. Pero tampoco esta ciudad pudo go-

zar de un largo tiempo de paz, pues la inmediata presencia de los mogoles hizo que perdiera el dominio nord-oriental. En su lugar surgiría el Principado moscovita que, con el pasar de los años, llegaría a centralizar todos los territorios nórdicos de la vieja Rusia.

1. Surgimiento de Moscú

El lugar en que se encuentra ubicado Moscú era realmente privilegiado: una alta colina boscosa, desde donde se domina el río Moscova. Constituía, pues, una fortaleza natural, un punto estratégico, al tiempo que una auténtica encrucijada ya que las rutas interiores de la segunda Rusia parecían convergir hacia ella. Finalmente, la geografía nos revela su principal ventaja: Moscú está emplazada entre las cuencas de cuatro mares, el Caspio, el Azov, el Negro y el Báltico.

En 1147, Moscú, mencionado por primera vez, sólo es una residencia de verano, perteneciente a una familia de la nobleza. Hacia 1170 es ya un pequeño pueblo, con casas de madera, una iglesia, y en torno, fortificaciones de madera con sus puertas respectivas.

Sólo tardíamente Moscú se convertirá en la sede de un principado particular. Su dinastía comienza con Daniel (1260-1303), hijo de Alexandr Nevski. En este sentido, se puede decir que Alexandr es el fundador del pequeño principado de Moscú. Este principado prosperará bajo la dominación mogola si bien su historia no es demasiado digna de encomio. Sus príncipes supieron maniobrar con "habilidad", apoyándose en los distintos Khanes, a veces enfrentados entre sí, para elevarse a un rango superior. En este tipo de estrategia se destacó el príncipe *Iván*, a quien llamaron *Kalita*, nombre que significa "bolsa", en homenaje a su riqueza y a su generosidad . Kalita, hijo de Daniel y por tanto nieto de Alexandr, pronto comenzaría a autodenominarse

Gran Príncipe, no ya de Moscú, sino de Rusia. Sus sucesores conservarían dicho título por derecho de primogenitura.

Moscú triunfó dos veces sobre Vladímir: una, arrebatándole el rango de capital política; otra, el de capital religiosa. Tocó a un griego, el metropolitano Theognosto, llevar a cabo esa segunda transferencia. Moscú se convirtió así en el centro religioso de la tercera Rusia, llenándose de iglesias y monasterios, y adquiriendo a los ojos del pueblo el carácter de una ciudad santa.

Refiriéndose a esta caracterización G. de Reynold señala que Rusia es tanto un fenómeno político como un fenómeno religioso. La fórmula "Santa Rusia" prueba dicho aserto. La expresión es reciente, pero la idea, antigua.

La expresión es reciente: proviene de los románticos y de los eslavófilos. Ya los primeros, por oposición a la obra de Pedro el Grande –fundador de una nueva Rusia con sede en San Petersburgo– y al espíritu de esa obra, calificaron de santa a la Rusia de Kiev y de Moscú, a la que idealizaban. Los segundos popularizaron la expresión. En oposición al grupo de los "occidentalistas", afirmaban que la esencia de la civilización rusa era el cristianismo ortodoxo. La tríada oficial –autocracia, ortodoxia, nación– no hizo más que acentuar, en beneficio del zarismo, el contenido de la expresión "Santa Rusia".

La idea es antigua, y tiene relación con el tema de la cruzada. Apenas vuelta cristiana, Rusia se halló bajo la amenaza del Asia nómada y pagana. Era su propia existencia político-religiosa lo que debía defender contra los mogolo-tátaros. Fue precisamente entonces cuando surgió la admirable figura de *San Sergio*, al que nos referiremos ampliamente más adelante. A pocos kilómetros de Moscú, en un lugar que en aquel tiempo estaba cubierto de bosques infranqueables, instaló su celda de oración y penitencia,

dando origen al célebre monasterio de la Trinidad. Pero Sergio no sólo fue un gran santo, sino también un ardiente patriota, que anhelaba la grandeza de Rusia. Cuando el gran príncipe de Moscú, *Dimitri*, por sobrenombre *Donskoi*, tuvo las primeras veleidades de enfrentarse con los mogoles, fue a consultar a Sergio, quien no sólo lo animó sino que en cierto modo lo equipó para la lucha contra los invasores y lo hizo acompañar por dos de sus mejores monjes-soldados. La cruz en una mano, la espada en la otra, cubiertos con una cota de malla, la visera del casco levantada, se pusieron éstos a la cabeza de las tropas moscovitas y las llevaron a la victoria.

Debemos decir, además, que juntamente con la fe ortodoxa, Bizancio había transmitido a Rusia, concentrada ahora en Moscú, la idea de misión. Religión y nacionalidad se identificaron inmediatamente en el espíritu y en el corazón del pueblo ruso. A pesar de que los príncipes estaban divididos y se la pasaban combatiendo entre sí, había algo de fondo que los cohesionaba, ya desde la primera Rusia, y era la fe común, que mantenía la unidad del pueblo. La fe alimentaba el patriotismo, y fundaba la convicción de que Rusia no podía ser más que santa. "Morir por la Santa Rusia" o "por Rusia y por la fe", tales son los gritos de guerra que resuenan frecuentemente en las crónicas. La liberación del yugo mogol constituyó para ellos una cruzada al mismo tiempo que una guerra nacional. A menudo los ejércitos marchaban detrás de los iconos enarbolados. Luego, cuando los mogoles y tátaros dejaron de ser un peligro, cuando fueron sometidos y conquistados, el proyecto de cruzada se volvería contra los turcos.

La idea de la Santa Rusia perduraría hasta 1917. El propio Stalin la reflotaría, si bien a su modo, para galvanizar a su pueblo contra la invasión alemana[22].

22 Cf. ibid., pp. 247-248.

2. La Tercera Roma

Bizancio cayó bajo el yugo otomano en 1453. Moscú juzgó que estaba llamada a sucederla en su papel protagónico. Dos príncipes sobresalen en estos siglos decisivos.

a. Iván III

Iván procedió a reunir las tierras rusas, enarbolando la imagen de la Gran Rusia. A los príncipes lituanos se lo hizo saber en forma taxativa: "Toda la tierra rusa de nuestros antepasados, desde los tiempos antiguos, constituye nuestro patrimonio". La vieja ciudad del norte, "Señor Nóvgorod el Grande", como se autollamaba con gallardía, que preocupada por la política de Iván intentó buscar ahora el apoyo de los lituanos, atrajo sobre su cabeza un castigo terrible, al mejor estilo asiático. No en vano en el ejército que Iván reclutó contra ella, había jinetes tátaros. Obligada a someterse incondicionalmente, fue tratada sin misericordia. A sus prisioneros les cortaron la nariz y los labios. Sus instituciones y franquicias quedaron suprimidas. La campana de su *vieche*, es decir, el Consejo del principado, símbolo de su poder, fue llevada a Moscú, al tiempo que ésta se anexaba el vasto dominio colonial de Nóvgorod junto con la misma ciudad.

Iván puso también término a la dominación mogola. Cierto es que no debía enfrentarse ya con la Horda, sino con los fragmentos que de ella quedaban. A partir de 1480 se niega a pagar el tributo. Poco después, añade a sus títulos el de príncipe de Bulgaria.

Bajo Iván III, Rusia llega por fin a los codiciados mares, aunque en grado todavía insuficiente. La conquista de los dominios novgorodienses le valen el Mar Blanco, una costa extensa sobre el Océano Glacial y una salida sobre el Golfo de Finlandia, si

bien las costas de este Golfo estaban en manos de los suecos por una parte, y de los teutones por otra, los viejos enemigos de la Rusia norteña. Con todo Iván logró establecerse no lejos del Báltico y, a través del Don, introdujo una punta de lanza hacia el Mar de Azov y el Mar Negro.

Por entonces, para Moscú el Occidente era Lituania, cuyo príncipe, Alejandro, se vio obligado a reconocer a Iván como soberano de toda Rusia. Un resultado indirecto de este logro fue que Rusia ingresase nuevamente en la política europea, estableciendo relaciones diplomáticas con Dinamarca, el Sacro Imperio, Hungría y Venecia. Más aún, Iván intentó injertar en Moscú la civilización de la Europa de su tiempo, trayendo arquitectos y artistas de Italia para que trabajasen sobre todo en el Kremlin. Bajo su reinado se hubiera podido creer que Rusia habría de conocer el Renacimiento europeo.

Pero encaminémonos a señalar el parentesco entre la figura de Iván III y el concepto de la Tercera Roma, si bien volveremos sobre el tema en el capítulo que dedicaremos a la Iglesia rusa. Al recibir de Bizancio el cristianismo, los rusos habían asimismo heredado dos ideas político-religiosas. La primera es que el Basileus –representante de Dios en la tierra– está revestido de carácter sagrado, tiene una misión apostólica y es el guardián de la fe. La segunda, que siendo el Imperio Romano una creación de la voluntad divina, jamás podría desaparecer en la historia.

De hecho, la Segunda Roma se derrumbó en 1453. Los bizantinos no estuvieron, ni de lejos, a la altura de la gravedad de las circunstancias. El drama que en esos tiempos trascendentales conmovía a los corazones constantinopolitanos no era la inminencia de las huestes turcas sino el peligro de la Unión con Roma promovida por el gran obispo Isidoro. Y así los que "preferían la Media Luna a la Tiara Pontificia", como decían, se

salieron con la suya. Ya que a este asunto nos referiremos después detenidamente, sólo lo dejamos acá insinuado. El hecho es que la gloriosa basílica de Santa Sofía, cuya belleza teológica había antaño fascinado a los emisarios de Vladímir, provocando la conversión de los primeros rusos, había sido ahora convertida por los turcos vencedores en una importante mezquita.

La Segunda Roma, pues, había desaparecido. Pero ¿daba ello derecho a creer que tal suceso significaba el fin del Imperio Romano? No; al igual que la Segunda Roma sucedió a la Primera, una Tercera sucederá a la Segunda. Así se pensaba en Moscú. De hecho, el último Emperador bizantino, Constantino XI, perteneciente a la familia de los Paleólogos, que sucumbió junto a las murallas con las armas en la mano, no había dejado hijos, sino dos sobrinos y una sobrina, esta última llamada Zoé. El Papa Pío II los acogió a todos en Roma. Enterado de ello, Iván III envió una embajada para solicitar del Papa la mano de aquella princesa. El Papa aceptó gustosamente, con la esperanza de que a través de dicho enlace la Iglesia de Rusia se uniese de nuevo con la Santa Sede, ya que la Paleóloga que vivía en Roma se había declarado católica. Un legado pontificio la condujo hasta Moscú, mas Zoé, a quien los rusos habían dado el nombre de Sofía, se diluyó en el ambiente del Kremlin, sin lograrse, por supuesto, lo que Papa había imaginado.

Pero ¿por qué Iván había resuelto este matrimonio? Porque al tomar por esposa al último de los Paleólogos, asumía la sucesión de los emperadores bizantinos y, a través de ellos, la de los emperadores romanos. De hecho, no bien Iván se desposó con su Paleóloga, revistió las insignias imperiales, escogiendo como emblema el águila bicéfala[23]. Esta pretensión de los príncipes

23 Es sabido que el símbolo de Roma era el águila imperial. Cuando se funda Constantinopla, la Nueva Roma asume aquel emblema del águila pero con dos cabezas, una que mira hacia el Oriente y otra hacia el Occidente.

rusos de reivindicar la herencia bizantina no fue seriamente objetada por nadie. Hubo incluso Estados que, por razones diversas, lo reconocieron espontáneamente y sin ningún trámite por parte de Moscú. Así, en 1473, escribe el P. Pierling, "el Senado de Venecia, siempre prudente y mesurado, reconocía por propia iniciativa los derechos de Iván III sobre el Imperio de Bizancio a falta de sucesión masculina en la línea de los Paleólogos. El Dogo no temía expresarle abiertamente esta convicción al gran príncipe en sus cartas"[24].

Y como si esto no bastase para justificar las pretensiones de Moscú, ha de agregarse todo un ciclo de leyendas que le atribuían el principado universal, civil e incluso religioso. Entre otras, la que establecía el parentesco de Rurik, cabeza de la dinastía reinante en Moscú, nada menos que con un hermano del emperador Augusto. El hecho es que esta idea, por la cual se elevaba a Rusia al rango de potencia imperial, es decir, supranacional, ya que por aquel entonces no se conocían imperios nacionales, se fue apoderando de los espíritus, volviéndose poco menos que un dogma. No podía haber otro Imperio que el concebido sobre el modelo romano. Rusia heredaba así una misión político-religiosa: mantener la continuidad e integridad del Imperio, defender y propagar la ortodoxia; lo que implicaba para ella la existencia de dos enemigos: el Turco infiel y el Occidente católico. El monje Filoteo se lo diría claramente a Iván III: "Escucha, Zar bendito: dos Romas han caído, la Tercera existe, y no habrá una Cuarta. Tu reino cristiano no pasará a ningún otro"[25].

24 Cit. en Brian-Chaninov, *L'Église russe...*, p. 115.

25 Cit. en H. Gómez, *La Iglesia Rusa. Su historia y su dogmática*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1948, p. 10.

b. Iván IV

El nieto de Iván III, que tomó el nombre de Iván IV, reinó de 1533 a 1584. El juicio sobre su personalidad es difícil ya que faltan elementos para hablar con suficiente conocimiento de causa. Si bien se lo llama "el Terrible", la palabra original rusa debería traducirse por "el Temible", en cuanto que por su grandeza infundía temor en sus enemigos. Los rusos no dejarían de recordarlo por siglos en sus cantos épicos. Iván estaba dotado de una gran inteligencia e incluso era letrado, pues poseía cierta cultura humanística, citaba a Virgilio, hablaba diversas lenguas extranjeras y tenía el don de la elocuencia. Se destacaba asimismo como caudillo militar.

Consciente de la grandeza de su posición, en 1547 comienza a usar el título de *Zar*, palabra que viene de César; con lo cual, continuando la línea de su abuelo Iván III, quiso afirmarse como sucesor de los emperadores romanos de Oriente.

Durante su reinado se inició la trayectoria rusa hacia el Este. En 1552 los rusos tomaron definitivamente Kazán, atravesando de este modo la barrera tátara que les había impedido extender sus dominios en esa dirección. En 1556, Astrakán se rindió a Moscú, y todo el curso del río Volga se abrió a la navegación rusa. Invadieron asimismo Siberia (en menos de un siglo los moscovitas llegarían al Océano Pacífico). Estas conquistas fueron conmemoradas con la erección de una de las más originales iglesias rusas, la de San Basilio, en la Plaza Roja de Moscú. Los arquitectos, dando a cada una de las siete cupulitas su propio dibujo y color, y entrelazando motivos arquitectónicos persas, turcos e indios, con el diseño lígneo de estructura rusa, quisieron visualizar la conversión del Asia al cristianismo por medio de la Iglesia rusa. El templo de San Basilio revela la fusión de

los elementos orientales y bizantinos en el arte y la cultura de la Rusia posterior a los mogoles[26].

Iván quería quebrantar a los boyardos. Había tomado esta decisión en 1564, a consecuencia de una traición ocurrida durante la guerra contra Livonia y Lituania. Recurrió para ello a una estratagema. Luego de trasladarse a una aldea cercana al monasterio de San Sergio, hasta donde lo acompañaron su familia y sus fieles, anunció su decisión de abdicar, al tiempo que declaraba a los mercaderes, artesanos y campesinos que nada tenían que temer de él. Es que, primeramente, deseaba asegurarse la fidelidad del pueblo. Había calculado bien: el pueblo exigió su retorno. Pero Iván puso condiciones. El cuerpo policial que formó con este motivo hizo perecer a 3.470 boyardos y altos funcionarios...

Dos regímenes se enfrentaban y luchaban en la Rusia de Moscú. El antiguo era el de los príncipes y boyardos. El nuevo, aquel que Iván se empeñaba por instaurar. El antiguo, patriarcal, pero sometido aún a las tradiciones varegas, prolongaba en Suzdalia a la Rusia de Kiev. Era eslavo al tiempo que ostentaba el sello germánico. El conflicto entre ambos era inevitable. El nuevo triunfó sobre el antiguo, aplastándolo con su peso, pero sin lograr extinguirlo. Como no podía menos de ocurrir, en el curso de esta lucha cada uno de los antagonistas exhibió su veta extremista: tendencia a la anarquía el antiguo, y al absolutismo el nuevo. Los príncipes boyardos encarnaban al primero; el soberano encarnaba al segundo[27].

Entre los siglos XIV y XVII se va perfilando en el seno de la sociedad rusa una nueva clase, la de los *hombres de servicio*, formada por soldados y funcionarios. Asimismo se tiende a unir a los

26 Cf. N. Zernov, *Cristianismo Oriental...*, pp. 168-169.

27 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, p. 165.

campesinos con la tierra cuya propiedad es transferida a aquellos hombres de servicio. Por estos dos medios el Estado se aseguraba, de un lado, un material humano del que podía disponer inmediatamente, y de otro, la conservación de ese material mediante el trabajo del campesino. De este modo, los soldados, los administradores, los jueces, eran alimentados por los campesinos establecidos en sus tierras, de los cuales no necesitaba preocuparse el Estado, y cuyo rendimiento fiscal garantizaba el propietario. A menudo se ha comparado este sistema en su conjunto con el sistema feudal de Occidente. Sin embargo, difieren no poco, ya que la sociedad feudal se desarrolló más o menos espontáneamente; el sistema ruso, por el contrario, se debió enteramente a medidas artificiales y puramente utilitarias del Estado.

La reacción de los súbditos frente a las medidas tomadas por los gobernantes basta para demostrar hasta qué punto se las recibió como indebidas y arbitrarias. En muchos esta reacción significó la huida. Las estepas del sur constituían un buen refugio tanto para los hombres de servicio que no deseaban servir a la corona como para los siervos sublevados contra la servidumbre. Éste fue, al parecer, el origen de los *cosacos*, hombres libres, organizados en una especie de comunidad militar, que durante largo tiempo y por su propia cuenta guerrearían contra turcos y polacos. La historia nos ha dejado dos ejemplos clásicos de grandes insurrecciones sin objeto preciso, sin programa visible: la del cosaco Stenka Rasin, y la de Temelian Pugatchev; el primero acabó descuartizado, en 1671, bajo el zar Alexis, y el segundo decapitado, unos cien años después, durante el reinado de Catalina II. En ambos casos el gobierno logró, no sin trabajo, sofocar la rebelión, pero la imagen de Rasin vive aún en un abundante número de canciones y leyendas populares, y, por otra parte, J. de Maistre no fue tan mal profeta cuando previó en Rusia la posibilidad de una nueva revolución, victoriosa esta vez, a cuya cabeza se encontraría un "Pugatchev de universidad".

3. La crisis o "Smuta" y los primeros Romanov

Tras la desaparición de Iván IV sigue un período que los rusos llaman *Smuta*. Se divide en tres fases. La primera comprende la crisis dinástica, con el compás de espera que representa el gobierno de Boris Godunov. La segunda, la aventura del falso Dimitri. La tercera, la guerra civil y la intervención extranjera. El conjunto abarca desde 1584, fecha de la muerte de Iván el Temible, hasta 1613, año de la elección de Miguel Romanov.

Iván IV, en un acceso de cólera, había asesinado a su hijo primogénito. El hijo menor desapareció luego de la escena pública de manera misteriosa. Fue, pues, el segundo, llamado Fedor, quien subió al trono a la muerte de su padre, pero era incapaz. Un boyardo de origen tátaro, Boris Godunov, tomó entonces el gobierno y, en 1598, a la muerte de Fedor, que no dejó descendencia, fue elevado al rango de Zar.

El hijo menor de Iván IV, al que antes aludimos, se llamaba Dimitri, y había sido llevado a Uglich, al norte de Moscú, en un exilio confortable, donde su madre y sus tíos lo educaban a su manera. Pero el 15 de mayo de 1591, cuando tenía sólo 8 años, fue encontrado muerto, con la garganta abierta. Un rumor, ampliamente difundido, atribuyó tan horrendo crimen a Boris Godunov. Pasó un tiempo, y en 1601 apareció en Kiev un apuesto joven ruso, que vestía al sayal de los monjes de San Basilio; dos años después, cruzó la frontera polaca y reveló que era el pequeño Dimitri, que había escapado por milagro a los asesinos; al tiempo que se declaraba dispuesto a convertirse al catolicismo, abjuró a escondidas de la ortodoxia. Al enterarse de ello el rey de Polonia, Segismundo, advirtiendo inmediatamente la ventaja que podría sacar de aquel pretendiente al trono de Moscú, lo recibió en audiencia en 1604 y así comenzó la gran aventura.

Dimitri atravesó el Dnieper al frente de un pequeño ejército compuesto por polacos y cosacos, logrando victoria tras victoria. En abril de 1605 murió Boris, y Dimitri hizo su entrada triunfal en Moscú. Su madre, llamada del exilio, lo reconoció públicamente como hijo suyo. Sin embargo no pocos rusos se mostraban descontentos al advertir que Dimitri había traído consigo a varios jesuitas, al tiempo que se rodeaba de polacos, quienes se comportaban como los verdaderos amos del Kremlin. El nuevo Zar comenzó a gobernar promulgando varios decretos que aliviaban la situación de los siervos. Ello suscitó el descontento de los boyardos; uno de ellos, el intrigante Basilio Chuiski, excitó al populacho contra Dimitri. El 27 de mayo de 1606 los conjurados invadieron el palacio y Dimitri, que intentaba escapar, fue ultimado de un balazo. Tal asesinato provocó la guerra civil. Tras diversas alternativas, Ladislao, hijo de Segismundo III, rey de Polonia y de Suecia, fue entronizado en 1610 como Zar de Moscú. Prodújose entonces la reacción nacional, que triunfó en 1612. Al año siguiente, Miguel fue proclamado Zar. Pertenecía a una familia de boyardos que había aparecido en Rusia en el siglo XVI; el jefe de la casa se llamaba Román Iurevitch Kochkin. Por eso la dinastía tomó el nombre de Romanov. Al parecer, esa familia tenía algún parentesco con la antigua dinastía por lo cual el pueblo no consideró su entronización como un cambio dinástico, sino tan sólo como una restauración de la dinastía por transmisión de la Corona a los colaterales.

Los tres primeros Romanov, Miguel, Alexis y Fedor, cubren 70 años de historia. Este período representa una transición entre la Rusia de Moscú y la Rusia de San Petersburgo.

***

Antes de entrar en el análisis de la cuarta Rusia, señalemos las diferencias que se observan entre la Rusia de Kiev y la Rusia de Moscú. En lo que toca a la geografía, advertimos que la tierra de la Rusia kieviana era, en conjunto, amable y fértil, y el clima relativamente suave. El suelo de la Rusia moscovita es duro y estéril, y su clima riguroso.

En la primera Rusia se produjo el encuentro de dos grandes civilizaciones, la europea y la bizantina. Aquí, la vecindad de los fineses, la proximidad del Asia nómada. Allí, una gran ruta comercial, jalonada de ciudades; aquí, el alejamiento de las vías de comunicación. No existe en Moscú ese espíritu de ciudad que animaba a Kiev y también a Nóvgorod. Acá predomina la pequeña aldea aislada entre bosques y pantanos. La Rusia de Moscú es, pues, un país pobre, de carácter rural, pero donde el campesino está mal arraigado y no puede sustentarse con el producto exclusivo del campo, de donde su falta de estabilidad.

Rudeza de clima, dificultad para subsistir, inestabilidad: he aquí descrita la Rusia de Moscú. En ella se formará un nuevo tipo de ruso. Trataremos en el próximo capítulo del "alma rusa", teniendo en cuenta especialmente este nuevo tipo de hombre.

En lo que toca a la organización social, si atendemos ante todo a los príncipes, hemos de decir que aun cuando la dinastía de Moscú siga ligada, por filiación, a la de Kiev, su monarquía poco tiene que ver con la kieviana. Algo semejante acaece en la estructuración de la sociedad. La población que se agolpa en torno al príncipe se divide en dos categorías: la que sirve al príncipe y la que lo paga.

La primera categoría se establece en base a una cierta jerarquía. Por debajo de los príncipes están los boyardos, con sus tierras de beneficio, convertidas en posesión hereditaria. Pero los

boyardos no son vasallos, no están ligados al príncipe por un juramento recíproco de servicio y de protección, como sucede en el feudalismo de Occidente. Por debajo de los boyardos están los hombres libres, a los que se denomina tanto servidores como gente de los boyardos. En un plano inferior aún están los campesinos, que cultivan las tierras de propiedad personal de los príncipes y boyardos. Finalmente los siervos, que no tienen el derecho de abandonar a sus señores.

En cuanto a la segunda categoría, la de los contribuyentes, abarca a los mercaderes y al grueso de los campesinos.

Entre los diversos estamentos de la sociedad llama la atención la libertad de movimiento, una fluidez próxima a la anarquía. Sólo el siervo permanece atado a la tierra y al señor. Todo esto confiere a la población de la Rusia de Moscú ese aspecto flotante, tan diverso de las poblaciones europeas.

El paso de la Rusia de Kiev a la de Moscú entraña también consecuencias religiosas. Se observa una creciente rusificación de la Iglesia, ya que el metropolitano de Moscú se siente cada vez más alejado de Bizancio, no sólo por la distancia sino también por los peligros del viaje. Este aislamiento de Bizancio y más aún de Occidente, cuya religión se considera herética, trae como consecuencia un retroceso de la vida intelectual que la Iglesia kieviana había recibido de Bizancio, el replegamiento, la ignorancia, la rutina.

El influjo asiático sobre Moscú es mucho mayor que sobre Kiev. De todos modos no se puede decir que la Rusia de Moscú sea puramente asiática. En la vida nacional de la tercera Rusia las regiones de Nóvgorod y Pskov tuvieron un papel mucho más significativo que Kazán o Ufa. Y después de todo, Moscú estuvo siempre mucho más cerca de Viena o de París que de los centros culturales de la India o de la China.

IV. LA CUARTA RUSIA O LA RUSIA DE SAN PETERSBURGO

Con el ingreso de los Romanov al poder el curso de la historia va a sufrir un golpe de timón, particularmente por obra de uno de sus representantes, Pedro I. A partir de él, Rusia se abriría a una nueva época, sustancialmente distinta de las anteriores.

1. El siglo XVIII

Este siglo se inaugura con el cambio de capital que resuelve la Corona, en un acto de inmensos alcances. Como no es nuestro intento exponer puntualmente la historia de Rusia sino limitarnos a sus jalones principales, destacaremos dos figuras en el siglo XVIII: un Zar y una Zarina.

a. Pedro el Grande (1682-1725)

Pedro tomó una decisión trascendental: trasladar la capital a otro lugar. Para ello se lanzó a la aventura de construir una nueva ciudad, a la que llamaría San Petersburgo, bien al norte del país, en las orillas del Neva, sobre pilotes enclavados en el barro y las ciénagas. Trabajaron en su edificación no menos de cuarenta mil obreros reclutados a la fuerza en las aldeas, la mayoría de los cuales pereció en la empresa. San Petersburgo nació de un cementerio y sobre él. Pedro, según todas las apariencias, se nos muestra como un hombre cruel y, sin embargo –una más de las paradojas rusas–, dicho emperador moriría a consecuencia de un enfriamiento que experimentó por haberse arrojado al agua helada para salvar a los tripulantes de un barco en peligro.

Al desplazar la capital del centro a la periferia, al situarla en la frontera, el Emperador procedía con una audacia calculada. Entendía así convertir a San Petersburgo en el gran puerto intermediario entre Asia y Occidente. Pero, más allá de un mero cambio geopolítico, se trató realmente de una revolución. El joven Zar tomó la iniciativa y la responsabilidad de romper con la Rusia de Moscú. La dejó de lado para construir otra, diferente, opuesta. Así como la Rusia de Moscú destruyó la Rusia de Kiev, la Rusia de San Petersburgo destruiría la Rusia de Moscú, a la espera de ser destruida, a su vez, por la de los Soviets. Es siempre el ritmo interno de la historia rusa: ruptura de la continuidad, y recomienzo desde cero en algún otro lugar. Pedro construyó la capital en otra parte, y empezando desde cero. El cero es el pantano de donde su voluntad hizo surgir la orgullosa ciudad.

La diferencia entre la nueva y la vieja capital es patente a cualquier viajero advertido. La nueva está cubierta de severos y magníficos palacios, al estilo europeo; la antigua parece menos geométrica, más familiar y descuidada; sus casas recuerdan las viejas mansiones señoriales del campo ruso. Porque Moscú ha estado siempre más cerca de ese campo que Petersburgo, ciudad de funcionarios y cortesanos[28].

La reforma de Pedro no se limitó al cambio de la capital. Se trató de una reforma de la sociedad misma. Ante todo puso a Rusia en pie de guerra y en estado de movilización perpetua. Para ello levantó un ejército poderoso, y aleccionado por la experiencia holandesa hizo construir una gran flota, logrando establecer por ese medio su imperio sobre el Báltico. Asimismo reorganizó el Estado, dividiendo el territorio en doce gobiernos, y éstos, a su vez, en provincias y distritos. El Imperio empezó a ser un

28 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente,* Emecé, Buenos Aires, 1950, pp.89-90.

Estado centralista y burocratizado, un Estado de funcionarios. Privilegió dos clases de la sociedad: la nobleza y la burguesía; la nobleza, porque tenía necesidad de funcionarios y de oficiales; y la burguesía, porque precisaba dinero, que sólo era capaz de proporcionárselo una burguesía comercial rica. Pedro pagaba a la nobleza en tierras, no en dinero, lo que resulta comprensible, ya que la tierra era ilimitada. Pero el emperador no daba tiempo a los nobles para que pudiesen residir en sus posesiones, en razón de la larga duración del servicio a la corte. Entonces los nobles se hicieron reemplazar por mayordomos, con todo lo que ello significa de desarraigo. Por eso la nobleza rusa no fue jamás, como la nobleza europea, una nobleza de la tierra, hereditaria, enlace entre el pueblo y el Estado. La carencia de una sociedad bien estructurada fue siempre la gran debilidad de Rusia. En cuanto a la clase campesina, enorme mayoría del pueblo, Pedro la dejó librada a la tierra, a su trabajo y a sus tradiciones; sin despreciar al *mujik,* se concentró en la ciudad.

El creador de San Petersburgo puede ser considerado como el fundador del moderno imperio ruso. En 1713 promulgó un úkase por el cual su Estado, antes conocido bajo el nombre de Moscovia, fue rebautizado con el de Rusia (*Rossiya*), convirtiéndose sus súbditos en *Russkiye*. El nuevo nombre de *Rossiya* había sido usado por los griegos para designar el antiguo estado de Kiev: Rus'. Era la "Pequeña Rusia", la Rusia propiamente dicha, mientras que la "Gran Rusia" designaba a las colonias que dependían de la "Pequeña Rusia". Ahora Moscovia quería apropiarse de la historia y las tradiciones de Kiev, al tiempo que negaba la existencia del pueblo ucranio como región autónoma. El plan de Pedro era formar una nación rusa única con los moscovitas, ucranios y bielorrusos, no sólo en el sentido político de un Estado, sino también desde el punto de vista cultural.

En lo que toca a la política exterior, Pedro trató de conectar a Rusia con el mundo europeo. Casó a su sobrina Ana con el duque de Curlandia, y a Catalina, su otra sobrina, con el duque de Mecklemburgo. En 1712, al término de la guerra con Suecia, las tropas rusas entraron en el norte de Alemania. A la sazón, Alemania estaba dominada por el extranjero, bajo la tutela de cuatro países, Francia, Austria, Inglaterra y Suecia. Y he aquí que Pedro, vencedor de esta última, la apartó de un codazo y ocupó prepotentemente su lugar en aquel consejo de Grandes. Pero su política imperial no se limitó tan sólo a Europa, sino que apuntó también al Asia, haciendo pie en Turquestán y penetrando en Persia. Su obra más importante en el campo geopolítico consistió en el descentramiento de Rusia hacia el Báltico, al tiempo que se establecía sobre el Caspio. El Báltico y el Caspio llegaron a ser los dos grandes puertos de la Rusia de San Petersburgo; el primero para su comercio con Occidente, y el segundo, para su comercio con Oriente. Entre uno y otro se extendía el eje económico del Imperio: el curso del Volga.

Hemos de decir, sin embargo, que lo principal en los cambios instaurados por Pedro dice relación a la concepción misma de la vida. Pedro adhería al ideal político y cultural de la Europa del siglo XVIII, el de los llamados "filósofos", el del despotismo ilustrado, con el consiguiente detrimento del espíritu cristiano. Porque de lo que se trataba no era de una mera reforma geopolítica o social. Lo que se estaba librando era una batalla entre la vieja Rusia, que se daba a sí propia el nombre de santa, y la Rusia nueva, cortada según el patrón occidental del Iluminismo.

En Rusia la civilización occidental se introdujo por decreto, desde arriba, con toda la furiosa intransigencia de un neófito tan genial como cruel. El Zar en persona blandió las tijeras y empezó a cortar las patriarcales barbas de sus cortesanos, al tiempo que ordenaba a todos sus súbditos, con excepción de los sacerdotes y

campesinos, que se afeitasen la cara y se vistiesen según la moda occidental. Burlábase asimismo de la religión, complaciéndose en organizar parodias de procesiones eclesiásticas en las que tomaba parte, y donde su antiguo preceptor, con una mitra en la cabeza, llevaba una imagen obscena de Baco, forzado a desempeñar el papel de "patriarca muy cómico y muy ebrio".

Pedro, el primer tecnócrata de la historia, quiso convertirse en el "educador" de su pueblo. Cual gran reformador comprendió que sin un cambio paralelo de la instrucción, en el sentido antedicho, abortarían sus reformas políticas, y resultaría inoperante la potencia militar de su Imperio. Y así, después de haberse hecho comerciante, industrial, diplomático, soldado y marino, se hizo también pedagogo. Pero la pedagogía que privilegió fue la propia de las escuelas especializadas: contabilidad, ingeniería, técnica marítima, etc., no los estudios clásicos, y menos los filósoficos. Como carecía de técnicos y especialistas para dicho cometido hubo de recurrir a Europa trayendo de allí un número considerable de ellos.

En lo que toca al orden religioso su acto más revolucionario fue la supresión del Patriarcado. Su tendencia al absolutismo le impedía aceptar que frente a él existiese un hombre con tanto poder como el Patriarca. El común de la gente, argumentaba, no entiende la distinción de las dos potestades; el pueblo, deslumbrado por la magnificencia externa de los jerarcas de la Iglesia, fácilmente se imagina que el Patriarca es un segundo soberano, equiparable en un todo con el Zar. Más aún, si estalla alguna discrepancia entre ambos, es capaz de atribuirle más autoridad que al Zar por el hecho de que aquél aparece como luchando por la causa de Dios[29].

29 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, p. 824.

De hecho, Pedro sumergió a Rusia en un verdadero drama con ribetes de tragedia al pretender que saltase bruscamente a la "modernidad" de una Europa, por otra parte, decadente, sin haber recibido la herencia completa de la cultura europea. Como escribe Pardo Bazán, en Rusia no hubo ni feudalismo, ni nobleza –como se entiende en Europa–, ni flor de caballería, ni arquitectura ojival, ni trovadores, ni paladines. Le faltó la marejada intelectual de las aulas medievales, el varonil ejercicio de las disputas escolásticas, la elucidación de los problemas de la razón humana, que sin vanos temores propuso el siglo XIII; le faltaron las órdenes religiosas y las militares; le faltaron los Concilios, maestros y legisladores de derecho nuevo, después de la irrupción bárbara; hasta le faltaron los brillantes herejes de Occidente, los sutiles racionalistas y panteístas; sus sectarios fueron iluminados ignorantes o rancios fanáticos; le faltó el Renacimiento que alegró la faz de Europa al fenecer la Edad Media[30].

No habiendo pasado, pues, por las experiencias de la Edad Media, del Renacimiento y del Barroco, Rusia fue repentina y casi violentamente impelida a asimilar las corrientes intelectuales emanadas de la Europa moderna, como el racionalismo protestante y el enciclopedismo de los franceses. Ese tipo de intelectualismo animó a la generación que debía desempeñar la parte más importante en la construcción del nuevo Imperio. Pedro pensaba que Rusia no podía seguir siendo un reino cerrado, que debía superar su propio aislamiento, participando en la vida universal, jugando en ella su propio papel. Y así se abrió al Occidente concreto, el de su tiempo, sin tener en cuenta la tiranía que implicaba la introducción de tales reformas, realizadas al

30 Cf. E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1961, p. 63.

precio de una inmensa violencia impuesta al alma rusa, a sus creencias y a sus más arraigadas tradiciones.

El pueblo respondió a dicho proyecto con un evidente rechazo. Al comienzo de su reinado Pedro había hecho un viaje de incógnito por Europa. A su regreso la gente decía: "Fue Pedro y volvió Anticristo". Merced a su reforma, Pedro despertó el alma apocalíptica rusa, pululando por aquel entonces los rumores de un próximo fin del mundo. Berdiaev ha señalado la semejanza de los procedimientos de Pedro para terminar con la vieja Rusia moscovita, con los procedimientos bolcheviques[31]. Para alcanzar los fines que se había propuesto no retrocedió ante nada, ni siquiera ante la ejecución de su propio hijo, en torno al cual se habían agrupado los partidarios de la resistencia y de las tradiciones rusas. Cuando estuve en San Petersburgo, visitando la catedral de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde se encuentran las tumbas de los Zares a partir de Pedro, me llamó la atención observar sobre la tumba de este último un ramo de flores. El que hacía de guía nos explicó que quienes contraían matrimonio tenían la costumbre de llevar un ramo de flores ante la estatua de Lenin y otro a la tumba de Pedro. ¡Por algo los soviéticos, enemigos jurados del régimen zarista, han perdonado a Pedro!

b. Catalina la Grande (1762-1796)

El estado de opresión inaugurado por Pedro I alcanzó su clímax bajo el largo reinado de Catalina II, que tomó el poder al morir su marido Pedro III. Esta dotada y ambiciosa alemana se consideraba la gobernante ilustrada y benévola de un pueblo

31 Cf. N. Berdiaeff, *Orígenes y espíritu del comunismo ruso,* Fomento de Cultura, Valencia, 1958, pp. 16-18.

bárbaro. Profesaba el racionalismo escéptico de Voltaire, el cual, en cierta ocasión, la saludó como la "Semíramis del norte", y le dedicó su "Filosofía de la Historia", publicada en 1765.

Discípula de Montesquieu, corresponsal de Voltaire y protectora de Diderot, Catalina dio una suerte de aval oficial a las ideas de los "filósofos". En su tiempo ingresó también en Rusia la francmasonería, importada de Inglaterra, reclutando sus primeros adherentes entre la nobleza, especialmente en la corte. Y así en la segunda mitad del siglo XVIII, las clases superiores de Rusia empezaron a abandonar la Iglesia en busca de otros modos de vida, algunos emancipándose por completo de la fe y moral cristianas, otros declarándose discípulos de Voltaire, otros afiliándose a la masonería. Si bien estos desertores eran pocos al comienzo, el hecho de que todos perteneciesen a la nobleza no dejaría de tener, con el tiempo, graves consecuencias en el conjunto de la sociedad.

La reforma estatal de Pedro y Catalina transformó la única clase cultivada, la nobleza. Pero esa nobleza, como bien advierte de Reynold, acabaría por volverse contra el Poder. La oposición que la nobleza haría al Poder sería, pues, profundamente revolucionaria, como revolucionaria era la influencia de aquellas ideas europeas: influencia de la Enciclopedia, influencia de la francmasonería, influencia de las instituciones inglesas, influencia de la misma Revolución francesa[32].

Por otra parte la nobleza se fue alejando progresivamente del pueblo. La cultura del siglo XVIII permaneció ignorada por el pueblo. Al tiempo que la nobleza sufría la influencia del volterianismo y de la masonería, el pueblo continuaba viviendo en sus viejas creencias religiosas y mirando a esos extraños señores

32 Cf. G. Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 360-361.

como si pertenecieran a una raza extranjera. Señala Berdiaev que el abismo entre las distintas capas de la sociedad tal vez en ninguna parte haya sido tan hondo como en esa Rusia imperial[33].

Catalina atacó asimismo la religión dominante. Ella despreciaba la Iglesia ortodoxa a la que consideraba minada por la ignorancia y la superstición. Fue en su época que la palabra "*pope*" (del griego "*papas*"= padre), empezó a adquirir un carácter desdeñoso, casi insultante.

En el campo de la política, sobre todo internacional, Catalina representa la continuación y culminación de lo actuado por Pedro. Cuando en 1796, el Sha invadió Georgia, entonces bajo protectorado ruso, ella ordenó a sus tropas que conquistasen Persia. Si bien Persia no sería conquistada, de hecho habría de caer cada vez más bajo la influencia rusa. Al mismo tiempo, dispuso que se incentivase la colonización de Siberia y llevó sus vanguardias a las puertas de Mogolia. Fue también durante su reinado cuando los rusos, tras cruzar el estrecho de Bering, se instalaron en Alaska. Catalina fundó un gran número de ciudades, nada menos que 216. No todas prosperaron, aunque sí buena parte de ellas, y en algunas se reconoce su nombre, como Ekaterinemburgo, Ekaterinoslav, y otras. Sus conquistas y anexiones, sobre todo en Polonia, agregaron 12 millones de súbditos a la población del Imperio, en su mayoría católicos.

A pesar de ser alemana, Catalina no fue inerme a la influencia del espíritu paradojal que caracteriza a los rusos. Al tiempo que mostraba su inclinación por los "filósofos", retomó la idea de cruzada que había animado a la vieja Moscú, soñando con arrebatar Constantinopla de manos de los turcos y plantar nuevamente la cruz sobre la cúpula de Santa Sofía. Ya su antecesor Pedro, con el

33 Cf. N. Berdiaeff, *Orígenes y espíritu del comunismo ruso...*, p. 20.

fin de justificar su insólito viaje a Europa, le había dado por finalidad un entendimiento con las potencias occidentales "acerca de los medios para debilitar a los enemigos de la cruz del Señor". Extraño aquel Emperador: parecía tanto un precursor de los "sin-dios" como un sucesor de los cruzados. La Emperatriz librepensadora fue más lejos, llegando a proponer al Emperador José II el desmembramiento de Turquía y el restablecimiento del antiguo Imperio griego, naturalmente con un duque como Basileus. Sin una reacción enérgica de la Puerta, el proyecto habría tomado vuelo.

2. El siglo XIX

El siglo XVIII significó para Rusia un verdadero maremoto: ola tras ola se volcaron sobre ella las ideas "filosóficas" de Francia, el liberalismo a la inglesa, las teorías políticas a lo Montesquieu, el espíritu volteriano, la sensiblería humanitarista, el jacobinismo con su biblia *El contrato social*. Todo ello era extraño al genio ruso, sólo accesible a una ínfima minoría de grandes señores y de pequeños escritores acomodados a las modas de París o de Londres. El alma de la Santa Rusia seguía siendo impermeable al escepticismo y al ateísmo. Señala G. de Reynold que Rusia necesitaba de un antídoto: sentimientos, o sistemas adecuadamente preparados para asimilar sentimientos. Esto lo encontró en el romanticismo, con su tendencia lírica y evocativa, y especialmente en la filosofía alemana, que le ofrecía sus "Weltanschauungen". En suma, la Rusia del siglo XIX se buscó a sí misma en Europa, y lo que pidió de Europa fue una religión[34]. Enseguida veremos cómo ello se concretó.

El siglo XIX es en Rusia un siglo invertebrado. La ausencia de unidad que lo caracteriza es tal que sería preciso considerar

34 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 348-349.

década por década, señalando las corrientes que dominan en cada una de ellas, nociones y tendencias ignoradas en la década precedente; sin embargo, y a pesar de ello, la síntesis de todas esas corrientes ha dado a luz uno de los pensamientos más vigorosos y originales que Rusia haya conocido.

Socialmente hablando, observa Berdiaev que en este siglo Rusia se presenta como un inmenso imperio agrícola, compuesto de siervos analfabetos, que mantienen sus tradiciones populares, basadas en la fe; más arriba, una clase dirigente compuesta de nobles perezosos y sin gran cultura, que perdieron sus creencias y su carácter nacional; una capa cultural extremadamente fina y una gran burocracia; en la cumbre, el Zar. En ese edificio, apenas si existen los pisos intermedios. No hay más que dos elementos verdaderamente fuertes: de una parte, la monarquía absoluta, y de otra, el pueblo[35].

Aludamos ahora brevemente a los sucesivos Zares de este siglo.

El primero de ellos es *Alejandro I* (1801-1825), quien gobierna tras el breve reinado de *Pablo I* (1796-1801), Zar este último que trató de volver a los valores tradicionales. Lo trascendente en el gobierno de Alejandro es su enfrentamiento con Napoleón. Según W. Schubart, el año 1812 es el año más importante de la historia moderna. Atraído por el Oriente, las victorias de Napoleón desde 1805 parecen breves estaciones en un camino que termina finalmente en Moscú. El hecho es que la mentalidad de la Revolución francesa, que iba en la punta de las bayonetas del ejército napoleónico, se estrelló contra Rusia[36]. Sin embargo, hay que decir también que las campañas de Alejandro I, que condujeron a las tropas rusas a través de Europa hasta París, obtuvieron el re-

35 Cf. N. Berdiaeff, *Orígenes y espíritu del comunismo ruso...*, pp. 22-24.

36 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente*, Studium, Madrid, 1946, pp. 46-47.

sultado contrario al que buscaba el "Ángel de la Santa Alianza". Muchos de sus oficiales más brillantes se dejaron contaminar al contacto del pensamiento jacobino y, vueltos a Rusia, conspiraron en el secreto de las sociedades masónicas para instaurar en su patria un régimen concebido según el modelo de aquel que acababan de derrotar en el campo de batalla.

Con todo, este contagio jacobino fue restringido. Bajo el influjo del romanticismo, que reemplazó al de la "filosofía", bajo la impresión de acontecimientos como la Revolución francesa y la campaña de 1812, se produjo un resurgimiento, una recuperación, si bien parcial, del alma rusa. Rusia volvió a adquirir conciencia de sí, buscando de nuevo lo que en ella había de más original y más sólido para tomarlo como punto de apoyo, a saber, la religión rusa.

Sube luego al poder *Nicolás I* (1825-1855), Zar fuertemente autoritario, de estilo casi prusiano. En el mismo año de su ascenso al gobierno, estalló la revolución de diciembre, llamada por ello de los "decembristas" o "decabristas" (en ruso *dekabr* significa diciembre). Durante su reinado surgió una pléyade de escritores de primer nivel, como Pushkin, Gógol, Dostoievski y otros.

Tras Nicolás asciende *Alejandro II* (1855-1881), que pasó a la historia como el Zar libertador, el que propugnó la emancipación de los siervos, exhortando a la aristocracia para que llevase a la práctica dicho proyecto. Ya hemos dicho cómo en la Rusia kieviana, y al principio en Suzdalia, el hombre que trabajaba la tierra era libre, y que, en cambio, el imperio moscovita, que contaba con escasa y dispersa población y, para colmo, dotada de espíritu aventurero, emigrante y expansivo, se vio obligado a fijar el campesino a su tierra. Sostienen algunos que el origen del carácter nómada, que provocó esta medida, proviene de que en Rusia las casas no son de piedra (hay en ella muy poca piedra) sino de madera, y éstas arden, por término medio, cada siete años, lo

que favorece la inexistencia de un hogar estable. El labriego, hacha en cinto, se construirá otra vivienda donde lo lleve el anhelo de nuevos horizontes. Fue Boris Godunov quien remachó los hierros de la servidumbre, enclavando el campesino al terruño, a tal punto que la palabra rusa que traducimos por siervo significa consolidado, adherido. El hecho es que Alejandro II firmó en 1861 el decreto por el cual la servidumbre quedaba abolida. Este acto declaraba libres a los campesinos, sin que tuviesen que pagar indemnización a sus antiguos propietarios. La tierra siguió siendo de los señores, pero los campesinos emancipados tenían su propio domicilio, con la extensión y dependencias necesarias.

Hagamos ahora un *balance general* del siglo XIX. Desde el punto de vista moral, sus emperadores son los mejores que haya tenido Rusia. Pero su historia es trágica. La era se inaugura con un asesinato, el de Pablo I, y se cierra con una matanza: la de Nicolás II y su familia, ya en el siglo XX, por parte de los bolcheviques. Asimismo Alejandro II fue vilmente asesinado. El pueblo, por su parte, seguía viendo en el Zar al elegido de Dios, el guardián de la ortodoxia. Esta creencia, tan arraigada en Rusia, se consolidó más aún a partir de la supresión del Patriarcado por decisión de Pedro. La Iglesia se hallaba sin cabeza. Entonces el pueblo, que experimentaba la necesidad de amar a alguien, de ver en alguien al representante de Dios sobre la tierra, puso su afecto, su confianza, sus esperanzas en el Emperador. Hasta el final del régimen, los rusos supieron distinguir a la persona del Zar de su mismo régimen, del Estado gravoso, de las autoridades tan temidas, de los funcionarios tan detestados y de la Iglesia tan despreciada. Si al final, el pueblo, el campesino, abandonó al Zar, y hasta se volvió contra él, lo hizo, como sostiene de Reynold, por piedad desilusionada[37].

37 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 281-282.

Desde el punto de vista cultural, el siglo XIX es para Rusia lo que el Renacimiento fue para Italia, lo que el Siglo de Oro para España, lo que para Alemania representa su época clásica y romántica. Rusia exhibe en este siglo una extraordinaria riqueza: el pensamiento de un Soloviev, la música de un Mussorgsky, el arte de un Gógol. Dostoievski es típicamente ruso como Shakespeare es inglés, y Calderón español, pero al igual que ellos, cuanto más se arraiga en su nación, más pertenece a Europa, a toda Europa. La obra de Pushkin, a principios del siglo, es un compendio de la Europa moderna y medieval. Especialmente el movimiento cultural y político de los eslavófilos en oposición al espíritu de los occidentalistas, calcadores de Europa, implica un resurgir auténtico de los grandes valores tradicionales rusos.

Hombres de la talla de Dostoievski entendieron bien la auténtica relación de Rusia con Europa. En su *Diario de un escritor* escribe: "Así como Rusia es nuestra madre, Europa toda es nuestra segunda madre. Le debemos ya mucho, y le deberemos todavía más. No quisiéramos mostrarnos ingratos con ella".

La última esperanza de Dostoievski, su última visión profética, es el mesianismo ruso, pero un mesianismo que saca su fuerza de una profunda fe en la vocación europea de Rusia. Para Dostoievski, Rusia es una Europa mejor, o si se quiere, una cristiandad mejor, llamada a salvar a la otra, regenerándola[38].

Pero también hay que constatar un hecho que tendrá graves consecuencias. Desde el reinado de Alejandro II, la juventud se precipita fuera de Rusia, poblando las universidades alemanas, suizas y francesas; formando colonias en Zurich, Berna, Ginebra, París y Londres. Una nueva Rusia se va organizando en el

38 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, pp. 76-80.

extranjero, una Rusia revolucionaria, materialista. Nuevamente, escribe de Reynold, y de manera trágica, se nos revela la desgracia de Rusia: haber sido separada demasiado pronto de Europa, y haberse reunido nuevamente a ella, pero demasiado tarde, no habiendo atravesado las grandes fases de la civilización occidental. La Rusia de Kiev desaparece en momentos en que la civilización medieval, la época de la cristiandad, alcanza su plenitud. La Rusia de Moscú es apenas rozada, bajo Iván III, por un reflejo sin calor del Renacimiento italiano. La Rusia de San Petersburgo, tosca todavía, se incorpora a Europa cuando el pensamiento occidental se va descomponiendo, cuando ya son visibles los signos de su decadencia espiritual y su disgregación política. Rusia, cuyo espíritu no ha madurado aún, después de haber sufrido la influencia de las ideas "filosóficas" y luego la del romanticismo, padece ahora la del cientificismo y del materialismo. El hecho de que el reinado del cientificismo y del materialismo europeos haya coincidido con el momento en que la juventud rusa se sentía devorada por esa hambre súbita de insurrección y ese frenesí revolucionario, significó un desastre para Rusia y para el mundo. Su juventud aceptó el materialismo en sus tres formas: económica, histórica y científica. Pero como esa juventud era rusa, lo apuró hasta sus últimas consecuencias, hasta el nihilismo[39].

En lo que toca al campo religioso hemos de decir que la vida de la Iglesia siguió un curso difícil en el siglo XIX. Pese a progresos innegables en la vida e instrucción del clero, la Iglesia no llegaría a liberarse de la organización que le impusiera Pedro. Es cierto que en el siglo XIX, los zares abandonaron el espíritu del siglo XVIII, el espíritu de Pedro y de Catalina, retomando su misión de protectores de la Iglesia y defensores de la ortodoxia. Sin embargo, el mal ya estaba hecho. Forzada la Iglesia durante

39 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 354-356.

mucho tiempo a ser un auxiliar de la organización política del Imperio, obligada a inclinarse siempre ante los representantes del poder civil, perdió buena parte de su prestigio e influencia.

A lo largo del siglo XIX se puede seguir también, por la curva de las opiniones, el curso de la Revolución en marcha. Bajo Catalina y Pablo I se es "filósofo", francmasón, jacobino. Bajo Alejandro I se es romántico y liberal. Bajo Nicolás I, radical y demócrata, en evolución hacia el socialismo. Bajo Alejandro II se es socialista, terrorista, nihilista. Bajo Nicolás II se es comunista.

Cerremos estas consideraciones remitiéndonos al juicio lúcido de José de Maistre quien en su tiempo tuvo de Rusia un conocimiento por pocos igualado. Durante doce años vivió en San Petersburgo, de 1805 a 1817, como representante del rey de Cerdeña, lo que le proporcionó una gran independencia de movimiento y de palabra, permitiéndole vivir la vida rusa e incluso aprender su lengua, que tanto admiraba. De Maistre hubiera querido escribir un libro sobre Rusia, pero le faltó tiempo ya que la muerte le sorprendió antes que hubiese concretado su propósito. ¿Adónde va este imperio? –se preguntaba–. A la revolución, respondía. "Pedro –escribe al rey de Cerdeña– fue el asesino de su nación; le faltó al respeto, la insultó, le enseñó a despreciarse a sí misma (bella obra de legislador). La despojó de sus vestidos, de sus costumbres, de su carácter, de su contemplación, de su religión, entregándola a los charlatanes extranjeros y a variaciones eternas". Y más adelante: "La revolución que se anuncia superará en mucho a la Revolución Francesa: hay que prepararse a una gran revolución, de la cual la que acaba de terminar (según se dice), no era más que el prólogo". La imagen de esa revolución lo llena de temor: "Nunca encaro este tema sin una especie de temblor en el que hay buena parte de ternura", pues el gran saboyano amaba a Rusia. "...Si algún Pugatchev de universidad viniera a ponerse a la cabeza de un partido; si alguna vez el pueblo

fuese excitado y empezara, en lugar de las expediciones asiáticas, una revolución a la europea, no hallo expresiones para deciros lo que podría temerse". Y su última frase: "Rusia es un gran espectáculo que yo no contemplaría jamás sin amor y sin terror"[40].

V. LA QUINTA RUSIA O LA RUSIA SOVIÉTICA

Ya hemos dicho repetidas veces que cada una de las Rusias nació sobre las ruinas de la anterior. La Rusia de Moscú destruyó la de Kiev; la Rusia de San Petersburgo la de Moscú; la Rusia soviética barrerá con la de San Petersburgo. Pero esta última destrucción será terrible, catastrófica.

1. Prolegómenos de la Revolución

Es falsa la idea de que la Rusia de los Zares era la capital de la injusticia y del atraso, cosa que explicaría el estallido de la Revolución.

El economista francés Edmond Théry publicó, seis meses antes del comienzo de la primera guerra, un libro titulado *La transformación económica de Rusia*, donde ofrece cifras elocuentes: en el período 1908-1912, la producción de carbón aumentó el 79,3% en relación a los cinco años precedentes, la de hierro 45,9%. La longitud de la red ferroviaria que en 1890 era de 26.600 verstas (cada versta es poco más de un kilómetro), alcanzó a 64.500 en 1915. La agricul-

40 Cit. en ibid., pp. 415-419.

tura rusa hizo tantos adelantos como la industria: la producción de trigo se acrecentó en un 37,5% en 1908-1912, respecto a los cinco años anteriores. Progresos importantes fueron también obtenidos en el campo de la instrucción pública. En 1908 se promulgó una ley introduciendo la enseñanza primaria obligatoria. Su cumplimiento fue interrumpido por la Revolución y demorado hasta 1930[41].

Escribe Solzhenitsyn: "Antes del estallido de la guerra de 1914, Rusia podía ufanarse de una floreciente industria manufacturera, de un crecimiento rápido y de una economía flexible y descentralizada; sus habitantes no se encontraban restringidos en la elección de sus actividades económicas, se habían realizado progresos significativos en el campo de la legislación obrera, y el bienestar material de los campesinos se encontraba en un nivel que nunca ha sido alcanzado bajo el régimen soviético. Los diarios se encontraban libres de la censura política preliminar (incluso durante la guerra), existía una libertad cultural completa, los intelectuales no se encontraban restringidos en su actividad...Rusia, con sus tantas nacionalidades, no conocía nada de deportaciones de pueblos enteros ni de movimientos separatistas armados. Este retrato no es meramente diferente al de la era comunista, sino que es directamente su antítesis en todos los aspectos"[42].

A pesar de todo se venía preparando la gran revolución en los espíritus, principalmente por impulso de la social-democracia. La escisión de la misma entre bolcheviques y mencheviques tuvo lugar en Londres en 1903, en el Congreso del Partido Social-demócrata. Los bolcheviques fueron cuantitativamente "mayoritarios", y los mencheviques "minoritarios". No deja de ser interesante el

41 Cf. M. Heller-A. Nekrich, *L' utopie au pouvoir. Histoire de l'U.R.S.S. de 1917 à nos jours*, Calmann-Lévy, Paris , 1982, pp. 11-12.

42 Los conceptos errados acerca de Rusia constituyen una amenaza para Norteamérica, en *Denuncia*, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Santiago de Chile, 1981, p. 159.

destino de la palabra *bolchevique*. En principio era una palabra perfectamente incolora que designaba simplemente un "miembro de la mayoría". Pero enseguida revistió un sentido simbólico. A la palabra "bolchevismo" se asoció una noción de fuerza, así como al adjetivo "menchevique" una noción de debilidad. En el torbellino de la revolución de 1917, los grupos insurrectos fueron captados por el "bolchevismo" como por una fuerza que debe dar *más*, mientras que el "menchevismo", más débil, debía dar *menos*. Así la palabra, que en su comienzo significaba poca cosa, algo meramente cuantitativo, tomó valor de emblema, de bandera[43].

Los mencheviques no pretendían enarbolar una concepción *integral* del mundo; el materialismo dialéctico no era para ellos un acto de fe; algunos eran simples positivistas y, lo que era completamente horrorizante, neokantianos, es decir, representantes de una filosofía "burguesa". Para Lenin, el marxismo era ante todo la doctrina de la dictadura del proletariado. Los mencheviques no la creían viable en un país de economía rural. Querían apoyarse en las masas, ser demócratas, cosa que Lenin no fue jamás, ya que no reconocía el principio de la mayoría, sino el de una minoría elegida. La meta de Lenin, a la que tendió con una perseverancia extraordinaria, era la creación de un partido fuerte, encarnado en una minoría bien organizada y con una disciplina de hierro, sostenida por una concepción integral del mundo[44].

En lo que hace al desencadenamiento histórico de la Revolución, hemos de destacar el papel cumplido por Alemania. Fue el gobierno alemán el que, por razones militares y políticas, contribuyó decisivamente al derrumbe del Zar. Ante todo promovió la sospecha de que la familia de Zar tenía tendencias germanófilas, sobre

43 Cf. N. Berdiaeff, *Orígenes y espíritu del comunismo ruso...*, pp. 160-161.

44 Cf. ibid., pp. 173-174.

todo la Zarina, que era alemana (si bien hoy sabemos perfectamente que no quería saber nada con Alemania; habiendo sido educada en Inglaterra, se negaba a hablar alemán, se había hecho rusa de alma, dejando incluso su religión para abrazar la ortodoxia), y también el mismo Zar (hoy también se sabe con certeza que jamás tuvo la menor tentación de firmar una paz por separado con Alemania, como se hizo correr para malquistarlo con el ejército y el pueblo).

Al mismo tiempo Alemania apoyó a los bolcheviques, sobre la base de que no eran "nacionalistas" y por consiguiente harían la paz a toda costa con Alemania. Los bolcheviques pensaban que esa guerra era una "guerra burguesa"; la única guerra verdadera era la guerra del proletariado, de la clase obrera internacional contra sus opresores. Y así fue como los alemanes metieron a Lenin, que estaba a la sazón en Europa, junto con varios de sus correligionarios en un tren blindado y los fletaron hacia Rusia.

Ludendorff, por su parte, afirma que también los Aliados influyeron en los acontecimientos: "En marzo de 1917 una revolución, provocada por los Aliados, derribó al Zar". Ello tampoco deja dudas, lo que no obsta a lo anteriormente afirmado. El mismo Ludendorff señala cuáles fueron sus consecuencias inmediatas para Alemania: "La revolución traía consigo fatalmente una disminución del valor militar ruso, debilitaba la Entente y aliviaba considerablemente nuestra pesada tarea. El G. Q. G. pudo realizar, sin dilación, una economía importante de tropas y municiones, pudo también emprender en mayor escala el cambio de divisiones". Y más adelante: "En abril y en mayo de 1917, aparte de nuestra victoria sobre el Aisne y el Champagne, es la revolución rusa la que nos salvó"[45].

45 *Recuerdos de guerra,* ed. franc., t. II, pp. 20-23.

El hecho es que la Revolución fue servida en bandeja. El mismo Lenin se asombró de la vertiginosidad de los acontecimientos. Ni siquiera había un programa elaborado. Refiriéndose a ello citaba con gusto a Napoleón: "*On s'engage et puis l'on voit*". Tras más de 70 años, la historiografía soviética mantiene la leyenda de un golpe de Estado –el de octubre– que habría sido una operación cuidadosamente planificada, un modelo de "arte insurreccional", leyenda que para nada tiene en cuenta los hechos[46].

La caída del Zar en Rusia coincidió con el derrocamiento de varias monarquías en Europa. El Kaiser Guillermo II fue despedido el 9 de noviembre de 1918, cuando se comprendió que una república alemana podía obtener un tratado de paz más favorable. El último de los Habsburgos, el Emperador Carlos, abdicó tres días más tarde, lo que puso fin a un milenio de poder. El 16 de julio, los Romanov eran asesinados y sepultados en una tumba anónima. Así fue cómo las tres monarquías imperiales de Europa central y oriental desaparecieron en el espacio de un año.

Podría decirse que tres fueron los hombres que hicieron la Revolución: Lenin, Stalin y Trotski. Son los que la encarnaron y le dieron forma. Como en el segundo tomo de la presente obra trataremos ampliamente el fenómeno de la revolución soviética, su contenido ideológico y sus métodos, limitémonos aquí a la consideración de sus principales figuras fundacionales, entendiendo que los cabecillas que vinieron después no fueron sino los continuadores de las líneas ya tendidas.

46 Cf. M. Heller-A. Nekrich, *L'utopie au pouvoir...*, p. 30.

2. Lenin

Gracias a los inesperados apoyos recibidos, Lenin y sus camaradas, luego del breve interregno de Kerenski, subieron al poder. Los alemanes, que habían contribuido a elevarlos, teniendo ahora ante sí a este conjunto de rusos descastados y antipatriotas, exigieron una paz por separado al tiempo que ricos territorios: Polonia, Lituania, una parte de Letonia y de Bielorrusia. Cuando Lenin fue informado de dichas condiciones, exhortó a sus compañeros a aceptar inmediatamente la paz, apresurándose por acallar sus escrúpulos: "Si los alemanes –explicó– hubiesen dicho que exigían la abolición del poder bolchevique, entonces, sin duda, habría que batirse". En otras palabras: la guerra debía proseguirse sólo en el caso de que estuviese en peligro el poder, pero en modo alguno si era para retener territorios o por otras nociones "perimidas" y burguesas.

El 3 de marzo de 1918, la delegación soviética firmó un tratado de paz en Brest-Litovsk –"una paz vergonzosa", según la expresión del mismo Lenin– concediendo a los alemanes la ocupación de los Países Bálticos, una parte de Bielorrusia y la totalidad de Ucrania. La república soviética se comprometía a pagarles una enorme contribución, bajo forma de víveres, de oro, de materias primas. Pero Lenin conservaba el poder. "La paz de Brest-Litovsk –explica la *Pequeña Enciclopedia Soviética*– cumplió su tarea esencial que era conservar la dictadura del proletariado"[47].

Ahora se trataba de consolidar la revolución. Persuadido de que la violencia era un elemento esencial de la misma, Lenin no dudó en recurrir al terror. Años atrás, en 1869, había aparecido un libro terrible, que muy pronto se hizo célebre en el mundo entero: el *Catecismo del revolucionario*. Era un proyecto de revolución social

47 Cf. ibid., pp. 42-43.

basado en la conjura de un grupo, de un partido. Ese Catecismo apareció estrechamente vinculado con el nombre de Serguéi Necháiev. Pues bien, se sabe que Lenin lo meditaba con frecuencia. "¿A quién de la Casa Real hay que liquidar?", se preguntaba allí uno de los personajes. Necháiev –dice Lenin– da la contestación adecuada: "¡A toda la gran letanía!". La "gran letanía" era la plegaria dirigida a Dios por la familia imperial. "La cosa está muy clara para cualquier lector, por sencillo que sea –concluye Lenin, fascinado–: hay que exterminar la Casa de los Romanov"[48]. Lenin estaba impresionado por dos antecedentes históricos: el de los jacobinos, que habían sido vencidos por no haber guillotinado suficiente número de gente; y el de los comunardos, igualmente derrotados porque no habían fusilado como hubiera correspondido. Había que evitar estos errores y el terror no podía ir sino *in crescendo*[49].

Lenin creó una sección especial, colocada bajo la responsabilidad de Félix Dzerjinski, polaco fanático, que llamó la *Tcheka*[50], y que sería utilizada de manera despiadada y en gran escala desde el comienzo. Se ha querido equiparar el terror leninista con el de la época de los Zares. Pero ello es completamente falso. La policía secreta del Zar, el *Okhrana*, tenía 1500 agentes; en el espacio de tres años, la Tcheka alcanzó un efectivo de 250.000 miembros permanentes. Durante los 80 años que precedieron a 1917, el número de ejecuciones en el Imperio ruso fue de una media de 17 por año. Entre 1918 y 1919 la Tcheka ordenó alrededor de 1000 ejecuciones por mes y únicamente por razones políticas. Ya en los meses iniciales de su actividad la Tcheka planeó los primeros campos de concentración y de trabajo. La aparición de esos campos siguió

48 M. Heller, *El hombre nuevo soviético,* Sudamérica-Planeta, Buenos Aires, 1986, pp. 19-20. 23-24.

49 Cf. M. Heller-A. Nekrich, *L'utopie au pouvoir...*, p. 549.

50 Sigla de "Comisión extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución, la Explotación y el Sabotaje".

a un decreto por el cual se ordenaba que "los burgueses, hombres y mujeres" debían ser reunidos y enviados a Petrogrado a cavar trincheras para la defensa. Vivirían en campos contiguos a esa ciudad, bajo vigilancia permanente. Una vez que la Tcheka obtuvo el control del programa de trabajo obligatorio, los campos comenzaron a proliferar en los accesos de las ciudades. Fue el comienzo del Archipiélago Gulag. Asimismo junto a la Plaza Lubianka de Moscú, en los antiguos locales de una importante compañía de seguros, se instaló una "prisión interna" para sospechosos políticos. Lenin gritaba: "Sin merced, sin dar cuartel, mataremos a nuestros enemigos por centenares, por millares; que se aneguen en su propia sangre..., que la sangre de los burgueses corra a raudales". Y así fueron liquidando no sólo a personas sino a grupos enteros: propietarios de inmuebles, profesores de escuelas superiores, sacerdotes y monjas, todos ellos etiquetados como "individuos del pasado". Luego de Dzerjinski, la figura más influyente de la Tcheka fue el feroz letón M.Y. Latsis, quien definió así el terror leninista: "La Comisión Extraordinaria no es una comisión de investigación ni un tribunal. Es un órgano de combate, cuya acción se sitúa en el frente interior de la guerra civil. No juzga al enemigo, lo golpea. No combatimos enemigos. Exterminamos la burguesía en cuanto clase... La primera pregunta que hacemos a un individuo es: ¿a qué clase perteneces, cuáles son tus orígenes, tu educación, tus estudios o tu profesión? Sus respuestas deciden de su suerte. Tal es la esencia del Terror Rojo"[51].

Se ha querido ver en Lenin a un típico exponente del tradicional despotismo ruso. Alexandr Kerenski, que tiene tanta responsabilidad en todo lo que sucedió, levanta dicha acusación afirmando que Lenin no fue así por el hecho de ser ruso. Él también lo

51 P. Johnson, *Une histoire du monde moderne*. I. *La fin de la vieille Europe* (1917-1945), Robert Laffont, Paris, 1985, pp. 78-83.

era y nació en el mismo pueblo de Lenin, a orillas del Volga: "Que nadie diga que Lenin es la expresión de una especie de «fuerza rusa elemental» pretendidamente asiática. Yo nací bajo el mismo cielo, respiré el mismo aire, oí las mismas canciones de campesinos y jugué en el mismo patio de colegio. He visto los mismos ilimitados horizontes desde la misma alta ribera del Volga y sé en mi cuerpo y en mi sangre que solamente perdiendo todo contacto con nuestro país natal, arrancando todos los sentimientos naturales que se pueden experimentar por él, puede hacerse lo que hizo Lenin mutilando cruel y deliberadamente a Rusia"[52].

3. La guerra civil

Al poco tiempo de estallar el golpe democrático de Kerenski y viendo el cariz que iban tomando los acontecimientos, el general Kornilov, comandante en jefe de los ejércitos rusos, intentó un contragolpe. Pero fue detenido por el gobierno, junto con otros seis generales.

Tras esta insurrección abortada, y estando ya Lenin en el poder, estalló el gran levantamiento. Fue una verdadera epopeya. La mayoría de los rusos, pobres o ricos, nobles o campesinos, se habían alimentado desde la cuna con los relatos de las hazañas de los *bogatyris* de antes. Especie de caballeros errantes, esos *bogatyris*, bravos como leones, perseguían a los malvados, protegían a las viudas y a los huérfanos. La iconografía los representaba atornillados a sus caballos, altos y fuertes, de rostro amplio, piel y cabello claros. Por cierto que Kornilov no era así, sino pequeño, delgado, de labios apretados, oídos extravagantemente bajos, cabellos y barba negros. Apareció, sin embargo, en Rusia como

52 Cit. en B. Wolfe, *Tres que hicieron una Revolución*, Janés, Barcelona, 1956, p. 52.

la reencarnación moderna de aquellos *bogatyris* que despertaban tanta nostalgia. Se parecía ciertamente a ellos por su coraje indomable, su amor apasionado por la Patria, su culto al servicio, su integridad, así como su obstinación en defender causas que parecían perdidas. Kornilov acabó por creer firmemente en el carácter providencial de su "misión", si bien para llevarla a cabo no contaba sino con su honor, su lealtad, su sinceridad y su coraje.

Sigamos a grandes pasos los principales momentos de esta epopeya, tan poco conocida en Occidente. Lo haremos recurriendo a un notable libro, escrito por dos autores, uno de los cuales, Marina Grey, es hija del general Denikin, uno de los principales jefes del movimiento[53].

La palabra de orden: "Punto de encuentro: el Don" no fue lanzada al azar. El Don, rico territorio cosaco de cuatro millones de habitantes era todavía, a fines de 1917, una de las zonas que escapaban al control del poder bolchevique. Si bien algo ya hemos escrito de los cosacos, conviene abundar aquí sobre ellos. El término "cosaco" proviene de la palabra tátara *kasak*, que significa algo así como "caballero andante". Sus tribus, siempre más numerosas, se formaron aparentemente por el encuentro, en los límites del reino de Moscovia, de fugitivos o vagabundos de toda clase resueltos a escapar, por una u otra razón, al puño de la autoridad central. En algunos lugares esos grupos espontáneos se formaron con elementos venidos del Asia, pero resulta indiscutible que, en la mayoría de los territorios cosacos, la dominante étnica es eslava. A pesar de verse obligados a vivir al margen de la sociedad, eligiendo sus propios caudillos, los "atamanes", y creando pueblos y plazas fuertes, los cosacos no tardaron en establecer, si no una civilización, al menos un género de vida parti-

53 M. Grey y J. Bourdier, *Les Armées Blanches*, Stock, Paris, 1968.

cular y una organización social autónoma, que persistieron, con vicisitudes, hasta la Revolución. Desde comienzos del siglo, los revolucionarios de izquierda, con los bolcheviques a la cabeza, se esforzaron por dispersarlos o al menos denigrarlos. "Cosaco igual a sirviente de la reacción": tal la expresión que corría en los ambientes de izquierda desde 1905. Tampoco faltaron intentos para dividirlos o ganarlos. Miles de propagandistas bolcheviques repartieron entre ellos toneladas de literatura revolucionaria.

Precisamente en ese tiempo los cosacos debían elegir a un nuevo jefe. Sus predilecciones recaían en el general Kaledin, auténtico hijo de cosaco, pero oficial fiel a la idea de una Rusia fuerte y unificada. "Estoy presto a dar mi vida por los cosacos del Don –decía a un confidente suyo–, pero sé lo que le espera a su próximo atamán: soviets, comités, subsoviets, subcomités. De eso nada puede salir. Que otros se hagan elegir. Yo, jamás". Sin embargo, debió ceder a la presión general de sus hombres. "He aceptado el poder como una pesada cruz –confiaría luego al general Denikin–. He llegado al Don con la reputación limpia y sin mancha de un guerrero". Cuando Kerenski subió al poder, no se entendió con él, estallando un abierto conflicto entre Kaledin, representante del territorio del Don, y Kerenski, jefe del gobierno provisional. Kerenski mandó detener a Kaledin por rebelión, pero luego hubo de inclinarse ante él, enviando un emisario que pidió excusas oficiales al "círculo militar cosaco". Así Kaledin se puso a gobernar su tierra y a poner en pie de guerra el mayor número de hombres posible, prometiendo ayuda a los primeros jefes de la resistencia, Kornilov y Alexéiev.

Pero no sólo en el Don estalló el levantamiento. También en otras partes de Rusia surgieron grupos de resistencia, algunos de ellos militarmente desorganizados. Así, entre 1918 y 1922, una multitud de campesinos armados a veces con horquetas (e incluso en algunos casos llevando tan sólo iconos), marcharon por miles de kilómetros a través de toda Rusia, sin temer las ametra-

lladoras del enemigo; veían en el bolchevismo una fuerza hostil a la naturaleza de su nación[54]. Y fueron masacrados por millares. Junto a estos grupos de resistencia espontáneos se organizaron también ejércitos más disciplinados. Los que lograron constituirse fueron cuatro: el primero, bajo el mando de Yudiénitch, quien en 1919 llegó a los suburbios de Petrogrado, siendo allí finalmente rechazado; el segundo, el de Denikin, que operaba desde el sur; el tercero, bajo el mando de Koltchak, que atacaba desde el este, desde Siberia; y el cuarto, bajo Wrangel, que operaba desde Crimea y luego sucedería a Denikin.

El lector se preguntará quizá qué se había hecho del Ejército regular, del Ejército del Zar, que había combatido en la Guerra Mundial. Dicho ejército no logró sobrevivir, en cuanto fuerza homogénea y coherente, a la famosa "Orden del día N° 1" del soviet de Petrogrado que, desde marzo de 1917, había dispuesto la formación de "comités de soldados" en todas las unidades, la vigilancia de los oficiales por parte de sus subordinados y la supresión de las señales exteriores de autoridad. Si, gracias a la personalidad de sus jefes, algunos cuerpos pudieron durante cierto tiempo escapar a la anarquía, la disgregación fue rápida y casi total en la mayor parte del ejército. Lo cual muestra que le había faltado consistencia interior, que no había logrado crear una mística castrense. El hecho es que al día siguiente del tratado de Brest-Litovsk, fue decidida la desmovilización general de todo lo que quedaba del antiguo ejército regular.

54 Es verdad que en el ejército que luego se llamaría "blanco" abundaban los antiguos oficiales del ejército zarista, pero también eran numerosos los voluntarios de extracción menos elevada, incluidos nutridos grupos de campesinos y trabajadores que, como escribe Falcionelli, frente al ejército de clase, creado por Trotski, permitía a los jefes de ese tan quijotesco conjunto suponer que el ejército voluntario constituía una especie de microcosmos viviente de la entera nación rusa: A. Falcionelli, *Historia de la Rusia Soviética*, Acies, Madrid, 1958, pp. 79-80. Para el tema de la guerra civil recomendamos efusivamente los capítulos 3° y 4° de este magnífico libro.

Sin embargo, Lenin no podía contentarse con la destrucción del ejército regular, especialmente al ver surgir frente a sí un ejército rebelde. Era preciso disponer de un instrumento militar apto, de un ejército clásico, "capaz de luchar con armas iguales contra los ejércitos capitalistas". La formación del Ejército de los Voluntarios lo obligó a ir más rápido de lo que había previsto. Fue Trotski quien recibió el encargo de formar el nuevo ejército, el Ejército soviético, y lo proyectó así: para los cuadros de los jefes, los antiguos oficiales imperiales –aquellos, al menos, "recuperables"–, y para la masa de efectivos, la conscripción.

En lo que concierne a la primera parte del plan, los oficiales "recuperables" fueron, por desgracia, numerosos, más de lo que se hubiera podido imaginar. A pesar del rostro terrible que iba tomando la Revolución, muchos militares de carrera –jefes y oficiales, profesores de la Escuela de Guerra, etc.– no medían aún exactamente su grado de perversidad y alimentaban la ilusión de que se estaban poniendo al servicio de un gobierno ruso "un poco como los demás"... Otros oficiales se creyeron obligados a tomar esta actitud por la necesidad de sobrevivir o de no poner en peligro a los miembros de sus familias, que eran fatalmente fusilados si el jefe de familia se pasaba a los rebeldes. En cuanto a la segunda parte del plan, las cosas se hicieron con la misma rapidez. Trotski firmó un decreto por el que se declaraba obligatoria la instrucción militar y, poco después, la movilización general. Al fin del año, el Ejército contaría con cerca de 600.000 hombres.

Por cierto que el Ejército soviético sufrió inicialmente de una grave falta de ardor combativo. Sólo los bolcheviques convencidos –es decir, la minoría– veían una razón de combatir contra sus hermanos. Para los otros, nada había reemplazado a ese estimulante natural de los ejércitos que es el patriotismo.

Los soldados que se rebelaron pasaron a la historia con el nombre de "blancos" y los soviéticos con el de "rojos". ¿Cómo aparecieron estos calificativos? Fue a raíz de que en vísperas de una batalla, Kornilov ordenó a todos sus Voluntarios que cosieran una tira blanca sobre sus gorras o sus *papakhas*, a fin de que se pudiese distinguir fácilmente a los heridos o muertos propios de los heridos y muertos pertenecientes al enemigo. Desde entonces los bolcheviques llamaron "Blancos" a todos aquellos que tomaban las armas para combatirlos, expresión peyorativa con que los opusieron a los "Rojos". Siempre el rojo ha sido el color favorito de los rusos; la palabra que significa rojo: *krasno, krasnoie* es sinónimo de: bello. La plaza más importante de Moscú se llamaba "Plaza Roja" ya desde antes de la revolución bolchevique, Plaza Roja o Plaza Hermosa. Los Voluntarios aceptaron el desafío; aceptaron ser en adelante "los Blancos", que entendieron en el sentido de "los Puros". Y cuando más tarde aparecieron otros ejércitos antibolcheviques, como por ejemplo en Siberia, bajo el mando del Almirante Koltchak; en el norte y el noroeste, bajo las órdenes de Miller y Yudiénitch; y también en el sur, todos enarbolarían con orgullo este apelativo común: eran los Ejércitos Blancos.

Se trataba de dos Ejércitos diametralmente opuestos, cada uno con sus propias motivaciones. Comparemos sólo las dos versiones de una melodía adoptada a la vez por los Blancos y por los Rojos, tomada de una famosa romanza del año 1914: "Las flores olorosas de las acacias blancas". En su versión blanca, el refrán era el siguiente:

"Bravamente al combate iremos
por la Santa Rusia
y gozosos moriremos
por la Bienamada".

La versión roja, que se cantó bajo el título de "Marchemos al combate", era así:

"Bravamente al combate iremos
por el poder de los soviets
y gozosos derramaremos
la sangre de los cadetes".

¡Resultaba, sin duda, mucho menos exaltante luchar por derramar la sangre de los cadetes de los liceos militares que se habían plegado en masa al Ejército Blanco, que hacerlo "por la Santa Rusia"![55].

Dándose cuenta Trotski de que necesitaba un ejército disciplinado, ya en 1918 restableció los grados y las voces de mando en el Ejército Rojo. Con todo, Rusia nunca estuvo presente en sus arengas. Al contrario. La misma palabra "Rusia" fue prohibida en el bando rojo. Bastaba pronunciarla para ser arrestado.

El 3 de mayo de 1918, la asamblea de los cosacos del Don eligió su nuevo jefe: el general Krasnov, atamán de vieja familia cosaca. Ardiente antibolchevique, Krasnov, hecho atamán, se fijó dos objetivos: vencer a los soviets y restaurar la monarquía. Si la primera parte del plan contó con la aprobación sin reservas de Denikin, no sucedió lo mismo con la segunda. Denikin era más bien republicano. Estas divergencias no eran de poca monta ya que revelaban distintas concepciones de la política que había de seguirse. Algunos se contentaban con una revolución de tipo democratizante, que luego llamaría a elecciones, etc... otros eran monárquicos y verticales. Las divergencias se acentuaban cuando se trataba de los medios que habían de emplearse. Para Krasnov no era posible vencer a los bolcheviques sino aliándose con los alemanes, que ya para entonces lamentaban amargamente la ayuda que antes habían otorgado a Lenin...Patriotas rusos, cada

55 Los Blancos se lanzaban a la batalla exclamando: "Por Kornilov, la Patria y la Fe, gritemos juntos un fuerte Hurra". Antes se decía: "Por el Zar, la Patria y la Fe...".

uno a su manera, Denikin y Krasnov permanecerían hasta el fin de su vida fieles a sus ideas. Cuando durante la Segunda Guerra Mundial, el Alto Mando Alemán solicitara a ambos –que por aquel entonces vivían en el exilio– su colaboración para luchar contra los bolcheviques, Denikin se negaría terminantemente, mientras que Krasnov no dudaría en abocarse a la formación de unidades cosacas antisoviéticas. Al fin de la guerra sería entregado por los Aliados y en 1947 moriría ahorcado en Moscú.

La causa principal de la derrota de la contrarrevolución rusa fue, según algunos, que sus dirigentes no llegaron a comprender el carácter político de la guerra civil[56]. La Revolución soviética estaba dirigida por hombres políticos, mientras que la Contrarrevolución lo era por militares químicamente puros, sin posición tomada en los temas que dicen relación al orden económico, político y social. En su primer llamado a la población, el Almirante Koltchak declaraba: "Yo me doy por tarea esencial crear un ejército combatiente, vencer al bolchevismo e instaurar el orden y la legalidad, para que el pueblo pueda elegir libremente el modo de gobierno que desee, y realizar las grandes ideas de la libertad proclamadas en nuestros días en el mundo entero". Al parecer no se desplegaron grandes banderas por las cuales valiese la pena dar la vida. Más aún, la ausencia de un programa definido de parte de los Blancos permitía a los propagandistas rojos inventar a su gusto un "programa blanco". En el programa de la "contrarrevolución", el pueblo no era incitado a ver sino un retorno al pasado. El programa revolucionario, en cambio, se mostraba dinámico y preñado de esperanzas. Para la mayoría de la población, la novedad desconocida era preferible a un pasado caduco.

56 No opina así A. Falcionelli: "Es falso decir que los Blancos no podían ganar porque no alimentaban ningún concepto político preciso, o porque se habían revelado incapaces de gobernar sus territorios según las normas de una buena administración": *Historia de la Rusia Soviética...*, p. 110.

Sostiene Falcionelli que si el elemento nacionalista fracasó en su tentativa desesperada de reconquistar el Estado, ello se debió mucho más a las vacilaciones de los ex-aliados, atraídos por el espejismo de una Rusia democrática –atracción que les impidió ayudar adecuadamente a los únicos elementos activos de la contrarrevolución– que al genio de los generales rojos y la combatividad de las fuerzas soviéticas. "Si bien los generales blancos y sus voluntarios estaban animados por una fe dinástica –que coincidía con su fe patriótica y con su fe religiosa–, se vieron siempre en la imposibilidad de intentar la restauración de la monarquía, a su vez, ya porque Lloyd George, como buen súbdito del rey de Inglaterra, enemigo tradicional de la dinastía de los Románov, Clémenceau, como buen jacobino, enemigo de toda monarquía cristiana, y Wilson, como puritano utópico que soñaba con un sistema democrático universal, no querían oír hablar... Desde el comienzo, la de los blancos fue más bien una lucha desesperada, emprendida por el honor de las banderas, que una empresa con miras a la victoria"[57].

El movimiento blanco no llegó a tener tampoco un caudillo incontestado. Las divergencias, no sólo políticas sino también estratégicas, entre sus jefes fueron numerosas y constantes[58]. No apareció entre ellos un caudillo que hubiese sabido maniobrar como Lenin, teniendo bien en cuenta los fines del combate. Asimismo los bolcheviques hicieron propaganda en torno al llamado "terror blanco". Hubo, por cierto, de parte de los Blancos, actos de crueldad, pero hay que decir que siempre se trataron de acciones indi-

57 Ibid., pp. 59-60.

58 A ello se agrega que los ucranios de Petliura hacían su propia batalla, en tres frentes distintos: contra los bolcheviques, contra los polacos y contra Denikin. Si bien los países de la Entente no apoyaban al ejército ucranio, éste tuvo poder como para hostilizar con eficacia a Denikin. "El territorio evacuado por Denikin volvió a pasar a manos de las fuerzas rojas, pues las fuerzas armadas ucranias no estaban en condiciones de hacerse cargo de él": O. Martóvych, *Por la libertad de Ucrania,* Instituto Informativo Editorial Ucranio, Buenos Aires, 1952, p. 80.

viduales. El terror rojo, en cambio, fue metódico, tuvo carácter de Estado. El "miedo", que Trotski consideraba como el instrumento más eficaz en la política, fue aplicado en una escala de la que los Blancos no tenían la menor idea. "Ahora –dijo del jefe de la Tcheka en 1919– nos vemos obligados a cometer muchas crueldades... Pero cuando venzamos...". La alianza de promesas utópicas y de un terror de masa despiadado fue la mezcla inteligente que permitió a los bolcheviques lograr la victoria en la guerra civil. La presencia de un jefe que hábilmente supo dosificar las componentes de esa mezcla según las circunstancias fue el factor esencial.

A pesar de los pesares, hemos de decir con Falcionelli, que la empresa de Denikin y de sus voluntarios es parangonable a la Vendée francesa o a la cruzada de los Cristeros mejicanos. Como ambas hazañas, tuvo sus héroes y sus santos, pero también sus traidores y sus mercaderes, sus triunfos milagrosos y su amargo fracaso final: falsos aliados y, finalmente, su diáspora sin consuelo ni esperanza[59].

4. Stalin

Solía decirse en la Unión Soviética, y con buenas razones, que "Stalin es Lenin hoy". En la actualidad se tiende a calificar la época stalinista como un período especialmente cruel que hizo añorar la época de Lenin. Con todo, según advierte Solzhenitsyn, el completo período staliniano es una continuación directa de la era de Lenin. "Jamás existió el stalinismo –afirma–. Éste fue ideado por Kruschev y su grupo para endosarle al stalinismo todas las características y los principales defectos del comunismo. Fue una movida muy eficaz. Pero, en realidad, Lenin había logrado dar

59 Cf. A. Falcionelli, *Historia de la Rusia Soviética...*, p. 83.

forma a todos los aspectos principales antes que Stalin se presentara en escena. Fue Lenin el que engañó a los campesinos respecto de sus tierras. Él fue quien convirtió a los sindicatos en órganos de opresión. Él fue quien creó la Tcheka, la policía secreta. Él fue quien creó los campos de concentración... La única cosa nueva que Stalin hizo estaba basada en la desconfianza. En donde habría bastado –para infundir un temor general– con encarcelar a dos personas, arrestaba a cien. Y los que siguieron a Stalin sencillamente han vuelto a la táctica anterior: si hay que mandar a dos personas a la cárcel, entonces mandaban dos, no cien"[60].

La hija de Stalin lo dejó dicho con absoluta claridad: "Mi padre fue el instrumento de una ideología. Pero los fundamentos del sistema de partido único, de terror, de la prohibición de albergar otras opiniones, son obra de Lenin. Él es el verdadero padre de todo lo que Stalin, más tarde, desarrolló hasta los máximos límites. Todas las tentativas de blanquear a Lenin, de hacer de él un santo, son inútiles: han quedado 50 años de historia atrás para probarnos lo contrario. Stalin no descubrió nada, ni siquiera «combinó». Recibió de Lenin, como herencia, un régimen comunista totalitario, del cual fue él la encarnación ideal, personificación completa de un poder sin control del pueblo, basado en la supresión de millones de seres humanos"[61]. El concepto de "stalinismo", que nunca existió, ni en la teoría ni en la práctica, fue, pues, un hábil expediente de Kruschev, enarbolado con posterioridad al año 1956 por los intelectuales de la izquierda europea, como un modo de rescatar los presuntos "ideales" del comunismo[62].

60 Mensaje a los trabajadores norteamericanos, en *Denuncia...*, pp. 69-70. La otra diferencia entre Lenin y Stalin es que el primero persiguió preferentemente a los que él llamaba "enemigos de clase", mientras que el segundo aniquiló a los de su propio Partido.

61 S. Alliluyeva, *Vivir como un ser libre,* Aymá, Barcelona, 1970, pp. 163-164.

62 Cf. A. Solzhenitsyn, Los conceptos errados acerca de Rusia constituyen una amenaza para Norteamérica, en *Denuncia...*, pp. 157-158.

La época de Stalin fue terriblemente cruel. Baste con recordar cómo, en tiempo de paz, creó artificialmente una espantosa hambruna colectiva, causando la muerte de 6 millones de personas en Ucrania durante los años 1932 y 1933. Tuvo, al menos, la habilidad de ocultarlo, ya que murieron en las mismas orillas de Europa, y Europa ni siquiera se dio por enterada. Fue asimismo un período de crueles e interminables purgas y autocríticas. Ya no hubo discusiones públicas y los Congresos sólo fueron grandes paradas perfectamente preestablecidas en sus conclusiones. Las convergencias políticas se arreglaban en el interior del aparato. Desaparecidas las tendencias, ya no hubo discusiones políticas sino meros arreglos de cuentas[63].

Durante el largo gobierno de Stalin tuvo lugar la Segunda Guerra Mundial. Los ejércitos alemanes invadieron Rusia, avanzando por territorio soviético a gran velocidad. En 1941, Alfred Rosenberg, autor del *Mito del siglo XX*, ministro de Estado para los territorios ocupados del Este, urdió en Berlín un proyecto inteligente de desmembramiento de la URSS: consistía en jugar la carta de las nacionalidades como medio para despedazar a la Unión Soviética, cercando al Estado ruso con una red de Estados nacionales creados por Alemania y dependientes de la misma. En el Cáucaso se realizó dicha experiencia al replegarse el Ejército Rojo. Pero las ideas de Rosenberg fueron combatidas desde dos flancos. De una parte por el mando militar del General Jodl, para quien promover a esas naciones dispersas significaba provocar a la nación más importante, la nación rusa, mientras que lo razonable era apelar al patriotismo de ésta y separarla de sus dirigentes en orden a destruir el Estado soviético desde adentro. De otra parte nada menos que por el mismo Hitler, según el cual Alemania tenía que colonizar todo el espacio soviético indistin-

63 Cf. P. Broue, *El Partido Bolchevique*, Ayuso, Madrid, 1974, p. 391.

tamente; la creación de gobiernos nacionales no haría más que hipotecar el futuro y complicar la tarea de los colonizadores del mañana; los ciudadanos de la URSS, fueran ucranios o rusos, no eran para Hitler más que "Untermenschen".

La impresionante derrota sufrida por los ejércitos soviéticos en 1941 mostró claramente a Stalin que no bastaba con recurrir a los slogans comunistas y que el recuerdo de los héroes que en el pasado defendieron la patria rusa era infinitamente más movilizador que los nombres de Marx y de Lenin. Y así, tras constatar el escaso eco que encontraron sus convocatorias a la solidaridad internacional, tuvo que sustituirlas por recursos de otro orden, invocaciones a la historia, a la nación, e incluso a la religión. Todos los elementos emocionales de la tradición y del pasado rusos fueron exhumados, exaltados y enarbolados de manera que sirviesen para movilizar y galvanizar la resistencia con preferencia a los motivos de clase. No volvería a repetirse el llamamiento de Voroshilov a la defensa de Leningrado, "cuna de la revolución de Octubre"; lo que se debía preservar era la tierra sagrada de los antepasados y el glorioso pasado nacional. También la inclinación religiosa del pueblo ruso fue aprovechada en apoyo del régimen: no sólo se toleró de nuevo la Iglesia ortodoxa sino que se fomentó oficialmente su culto; se restableció el Santo Sínodo en forma solemne; en sus plegarias los fieles añadieron el nombre de Stalin. Abandonóse asimismo el himno oficial, la Internacional, para adoptarse en su lugar un canto patriótico[64].

Como puede verse, Stalin intentó una "combinación" increíble de marxismo y patriotismo. Estos dos elementos sólo pudieron ser fusionados en fórmulas mágicas generales, porque la historia

64 Cf. ibid., pp. 566-568. Stalin mantendría por largos años esta tesitura, al punto que aun en 1947, con ocasión del VIII° centenario de la fundación de Moscú, llamaría a esta ciudad "modelo de todas las capitales del mundo, la capital por excelencia, la Ciudad Elegida".

había mostrado que, en la práctica, siempre se oponían diametralmente. No en vano Lenin había declarado en 1915: "Somos antipatriotas". Y eso era la honesta verdad. La palabra "patriota" en Rusia significaba exactamente lo mismo que "guardia blanco".

Refiriéndose a estos acontecimientos escribe Solzhenitsyn: "En 1941 el viejo Stalin había sollozado su atemorizado discurso, y la totalidad de la población obrera de edad adulta, cualquiera fuera su nacionalidad (excepto la generación más joven enferma de cretinismo por causa del marxismo), retenía su aliento expectante: ¡al fin les llegó la hora a nuestros chupasangres! Pronto estaremos libres. ¡Este maldito comunismo ha llegado a su fin! Lituania, Latvia y Estonia dieron a los alemanes una jubilosa bienvenida. Pronto siguieron Bielorrusia, Ucrania occidental, y los primeros territorios rusos ocupados. Pero fue el Ejército Rojo el que demostró más gráficamente el estado de ánimo del pueblo: frente a los ojos de todo el mundo retrocedió a lo largo de un frente de dos mil kilómetros a pie, pero cada uno de sus integrantes haciéndolo tan rápido como una unidad motorizada. No había nada que pudiera ser tan convincente como la forma en que estos hombres, todos ellos en el esplendor de su vida, votaban con sus pies".

Sin embargo, los alemanes, que habían entrado como libertadores, reabriendo las iglesias clausuradas y dando respiro a la población, pronto comenzaron a comportarse con increíble torpeza. Haciendo alarde de autoritarismo, comenzaron a vejar al pueblo e incluso llegaron a restaurar las granjas colectivas, cuyos miembros se habían diseminado en todas direcciones, con el fin de hacer rendir el máximo a los campesinos. "De esta forma –prosigue Solzhenitsyn– el pueblo ruso...enfrentado a dos feroces adversarios, era natural que favoreciera al que hablaba su propio idioma. Fue así como nuestro nacionalismo se vio forzado a dejarse ensillar por el comunismo".

Alude a continuación el gran resistente ruso a aquellos que se enrolaron en la cruzada antibolchevique. "Hubo también un movimiento ruso que buscó un tercer camino intentando sacar alguna ventaja de la guerra, pese a lo dificultoso de la empresa, para liberar a Rusia del comunismo. Esos hombres no fueron, de manera alguna, seguidores de Hitler; su integración al imperio de éste fue involuntaria y en sus corazones sólo consideraban como sus aliados a las naciones de Occidente (más aún, sentían esto sinceramente, sin ninguna duplicidad como los comunistas). No obstante, para Occidente, cualquiera que deseaba liberarse a sí mismo del comunismo en esa guerra era condenado como traidor a la causa de Occidente. Y así fueron sacrificados cientos de miles de estos rusos, junto a cosacos, tártaros y caucasianos; ni siquiera se les permitió rendirse a los norteamericanos, sino que fueron entregados a la Unión Soviética para allí enfrentar los castigos y la ejecución.

"Incluso mucho más horrible es la forma en que los ejércitos norteamericanos y británicos entregaron a las vengativas manos de los comunistas a cientos de miles de pacíficos civiles, convoyes de ancianos, mujeres y niños, al igual que prisioneros de guerra soviéticos y trabajadores forzados utilizados por los alemanes; entregándolos contra la voluntad de ellos e incluso después de haber presenciado el suicidio de algunos. Algunas unidades británicas mataron, pasaron por la bayoneta y golpearon a esta gente, que alguna razón tendría para no desear regresar a su patria...

"De la misma manera, y sin ninguna necesidad real, se sacrificó a Stalin la totalidad de Europa Oriental"[65].

Nikolai Tolstoi, sobrino nieto del gran literato, nos ha dejado el horripilante relato de la entrega, hecha por parte de los ingle-

65 Los conceptos errados acerca de Rusia constituyen una amenaza para Norteamérica, en *Denuncia...*, pp. 172-174.

ses, de cosacos, rusos, croatas ustachis, polacos y eslovenos, a los enemigos de ayer[66].

El hecho es que cuando los ejércitos alemanes se retiraron de los territorios nacionales donde se habían manifestado las tendencias autonomistas, Stalin dio el golpe esperado. Entre octubre de 1943 y junio de 1944 arrancó de su suelo natal a los integrantes de seis pequeñas naciones acusadas de traición y los trasladó en bloque al Asia Central o a Siberia, juntándolos así con los alemanes del Volga, deportados ya en 1941. De esta forma se acusó por lo menos a un millón de personas de un crimen colectivo atribuido a naciones enteras (chechenes, inguches, karachis, balkars, clamicos, tátaros de Crimea, alemanes del Volga). En 1946 un decreto precisará que dichas medidas incluyen la supresión de los territorios nacionales de los chechenes, inguches y tátaros.

De esta manera la Segunda Guerra Mundial significó para Stalin el logro de una enorme victoria en orden a sus proyectos de afianzamiento, tanto en el ámbito exterior, donde llegó a ser uno de "los Cuatro Grandes", como en el interior, donde quedó con las manos libres para aniquilar toda resistencia, siquiera potencial.

Mucho más habría que referir, por supuesto, sobre el gobierno de Stalin. Y también cabría hablar de los que lo sucedieron en el poder. Pero, como dijimos al comienzo de este apartado, hemos preferido limitarnos a "los tres que hicieron la Revolución", ya que en ellos está, como en germen, todo lo que llegó a ser la Rusia soviética. Sin embargo, de sus sucesores algo trataremos más adelante.

Sostiene Falcionelli que estos tres hombres son casi tipológicos. De los tres, Lenin aparece como el más ruso. Habiéndose abrevado en la tradición revolucionaria populista del siglo decimonónico,

66 Cf. N. Tolstoi, *The Minister and the Massacres*, Century Hutchinson Ltd., London, 1986.

está lejos de todo romanticismo revolucionario. Su adhesión al populismo lo condujo a un conocimiento profundo de las necesidades reales y de las condiciones históricas del pueblo ruso, lo que le permitió remediar los errores provocados por la aplicación de las abstracciones del marxismo clásico a la realidad rusa. La idea principal que inspira a Lenin su acción revolucionaria es el sentido de la revolución que había heredado, mucho más que de Marx, de los populistas y del francés George Sorel. Lenin se dirigió particularmente a los analfabetos y tal es el secreto de su éxito con el inculto proletariado ruso y tal es, asimismo, el secreto de su fracaso fuera de Rusia, por ejemplo con el proletariado alemán, bien formado intelectualmente, y el proletariado francés, de antigua procedencia proudhoniana. Mientras para Marx el fin justifica los medios únicamente durante el período de tensión revolucionaria, cuyo final victorioso debe llevar a la instauración de una sociedad jurídicamente constituida, para Lenin aquel axioma es permanente.

Trotski, en cambio, influido no por Sorel sino por el italiano Labriola, hablaba como hombre culto y concebía la revolución permanente como afirmación integral de la conciencia y de la voluntad de pocos hombres sobre la materia pasiva de las masas inconscientes. Trotski pertenece enteramente a la corriente revolucionaria occidental, no habiendo en su obra doctrinal ni el menor rastro de ideología populista. Completamente ajeno al alma rusa, edificó su sistema en función del mundo entero, no tomando en consideración las necesidades nacionales cotidianas, que siempre le parecieron absurdamente regionalistas. Su concepto de "revolución permanente" se incluía en su visión total de la historia. Esta idea de las minorías revolucionarias, que actuaban en un plano universal y eran lanzadas por un estado mayor totalitario al asalto de todas las naciones, la descubrió Trotski en el socialista francés Blanqui, adaptándola e internacionalizándola gracias a la concepción historicista del mundo que Labriola le había revela-

do, según las modalidades propias de su temperamento de judío desarraigado. Coincidió, por cierto, plenamente con Lenin en su aceptación total del axioma de que el fin justifica los medios.

Tras la muerte de Lenin hubo que optar entre dos jefes: o el jefe del ejército rojo o el jefe del ejército burocrático. Stalin entronca en la revolución más con el primitivismo del joven terrorista georgiano que con el bagaje del estudioso de la doctrina marxista. Sólo pretende ser un revolucionario profesional, una "bacteria de la revolución". Para Lenin era un hombre precioso, un hombre leal, dispuesto a la acción, su "administrador fiel", un hombre sin ambición intelectual alguna. En realidad era un oportunista, experto analizador de situaciones, de personalidades, de tendencias. Y así, pese a su minusvalía intelectual, comparado con Trotski, pese a su servilismo obsecuente ante Lenin, llegó a ser, gracias a su paciencia y su capacidad de decisión, el líder indiscutido de la revolución. Ante el choque de los contrarios, que fueron las izquierdas trotskistas (tesis), que consideraban la idea del socialismo en un solo país como un fenómeno de introversión revolucionaria de inspiración nacionalista y pequeño-burguesa, y las derechas bujarinianas (antítesis), según las cuales para llegar al socialismo era preciso pasar por un estadio signado por algo, al menos, de capitalismo, Stalin supo llevar adelante su juego personal, a la manera de síntesis. Y acabó por imponerse[67].

***

67 Cf. A. Falcionelli, *Historia de la Rusia Soviética...*, pp. 212-223. Destaquemos en este volumen el excelente apéndice bibliográfico, donde se da cuenta del contenido de los libros principales, con la inteligencia y el humor que le es típico al A. Cf. pp. 656-693: Historia, problemas generales, biografías de personalidades, memorias y recuerdos, historia diplomática, historia militar, la Revolución y el régimen soviético, cultura, instituciones, vida literaria e intelectual, religión, Iglesias, historia económica y social, revistas y colecciones. Agrega asimismo un apéndice con los términos y siglas más usuales en la Rusia soviética, pp. 694-704.

Vladímir es el nombre del fundador de la Rusia cristiana y católica. Vladímir es, asimismo, el nombre de Lenin, el gran asesino de la fe. Cerremos este capítulo con un texto de V. Volkoff referido a dicha homonimia:

"Rusia comienza con Vladímir el Bautista y acaba con Vladímir el Apóstata... Vladímir Primero y Vladímir Segundo fueron ambos semi-extranjeros; ambos rompieron sus lazos..., ambos injertaron en el cuerpo de Rusia una fe importada; haciendo esto, acabaron ambos por cambiar la faz del mundo. Ambos recibieron la recompensa de sus esfuerzos y fueron canonizados por sus Iglesias respectivas: ortodoxos y católicos honran a Vladímir de Kiev como a un Santo –los rusos en particular lo veneran «al igual que a los Apóstoles»–; Vladímir Lenin, por su parte, ha conocido en los comunistas una especie de apoteosis materialista: sus rasgos son reproducidos por doquier, en los libros, los cuadros, los diarios, los vasos, las monedas, las estampillas, las medallas, los afiches, las banderas; sus obras, traducidas a casi todas las lenguas modernas, constituyen para sus partidarios una especie de Biblia... Los cuerpos terrestres de los dos Vladímir conocieron después de la muerte una suerte análoga: uno, al menos lo que de él quedaba bajo la cara y el disfraz, está metido en el mausoleo de pórfido de la Plaza Roja; el otro fue cortado en trozos que se veneran como reliquias: una mano fue a la catedral de Santa Sofía de Kiev, la cabeza menos la mandíbula fue mandada al monasterio de Pechersk, la mandíbula misma fue enviada por el metropolitano Pedro Mohila al zar Miguel"[68].

Vladímir creó un Estado en que nación y religión fueron indisociables. Lenin creó una nueva Rusia en que Patria Soviética

68 V. Volkoff, *Vladimir, le Soleil Rouge...*, pp. 13-14.

y religión soviética fuesen indisociables. Vladímir Primero salvará a Rusia de Vladímir Segundo.

Los alemanes creen que Federico Barbarroja volverá un día para salvar a Alemania. Los rusos no creen en nada parecido. Pero si uno de sus soberanos debiese tener tal vocación, sería sin duda San Vladímir. Si algún día Rusia ha de ser salvada, lo será por alguien que tenga precisamente los rasgos de Vladímir.

Capítulo segundo

EL ALMA RUSA

Nada fácil resulta intentar una descripción del alma rusa, del espíritu ruso, ya que es prácticamente imposible sistematizar lo que es radicalmente asistemático.

Sin embargo, valiéndonos de los aportes de diversos estudiosos del tema, trataremos de analizar los distintos aspectos del alma rusa. La síntesis correrá ineluctablemente por cuenta del lector, si es que semejante síntesis puede resultar viable.

I. EL ANÁLISIS DE WALTER SCHUBART

W. Schubart, un escritor enamorado del hombre ruso, ha elaborado una teoría bastante original, con el objeto de explicar el devenir de la historia universal y de sus diversas cosmovisiones. Cuatro son, según él, los arquetipos que se han sucedido a lo largo de los siglos, dando vida, conforme a su predominio, al hombre armónico, al heroico, al ascético y al mesiánico. Tales tipos de hombres se distinguen entre sí por la postura fundamental que adoptan frente al universo.

El *hombre armónico* considera el cosmos como animado por una armonía interior, juzgando que no hay que dominarlo sino contemplarlo y amarlo. Semejante actitud está en las antípodas de todo ideal evolucionista. Frente a un mundo que en cierto modo ha llegado a su meta, sólo cabe el reposo y la admiración. Así sentían los griegos de la época de Homero y los cristianos del Medioevo.

El *hombre heroico* o prometeico se siente frente a un caos, que debe modelar con su fuerza ordenadora. Aquí todo es movimiento. El mundo es conducido hacia objetivos señalados por el mismo hombre. Tal era la actitud de los hombres de la Roma antigua y de la Europa prometeica o moderna.

El *hombre ascético* considera la existencia poco menos que como un extravío, del que es menester huir, y así abandona el mundo, sin deseo ni esperanza de mejorarlo. De tal modo conciben las cosas los griegos neoplatónicos y también los hindúes.

Finalmente el *hombre mesiánico* siéntese llamado a establecer en la tierra un orden divino superior, cuya imagen lleva, como cubierta con un velo, en sí mismo. Anhela realizar en torno suyo la armonía que ya experimenta en su interior. Tales son los primeros cristianos y la mayoría de los eslavos.

Los cuatro arquetipos implican sendas actitudes: contemplación del mundo, dominio del mundo, huida del mundo y santificación del mundo.

La imagen que se forma del mundo el hombre armónico y el hombre mesiánico tienen algo en común. Pero lo que el primero ve ya realizado en torno suyo, el segundo lo contempla como meta en una remota lejanía. En ambos casos el cosmos es amado y admirado. En cambio, para el hombre heroico el mundo es como un esclavo, cuyo cuello pisotea; y para el hombre ascético, el tentador, lleno de seducciones. El hombre heroico no se interesa por levantar su mirada sumisa hacia el cielo, sino que mira hacia abajo, hacia la tierra, con ojos torvos, inamistosos, ansioso de dominio. Lleva en sus mismas entrañas la tendencia a alejarse cada vez más de Dios y enzarzarse más y más en el mundo de la materia. Su destino es la secularización. El hombre mesiánico no está animado por el afán de poderío; ve en el hombre, no al enemigo, sino al

hermano; y en el mundo, no la presa, sobre la cual precipitarse, sino la materia que espera ser redimida y santificada[69].

A la luz de estos análisis considera Schubart la época de la Cristiandad, que creó la unidad de Occidente, el concepto mismo de "Europa". No había por aquel entonces Estados nacionales con fronteras delimitadas. Los hombres pertenecían, más allá de sus propias patrias, a la comunidad cultural cristiana que a todos abarcaba. Sobre ellos reinaba la serenidad que caracteriza a las épocas metafísicas. El individuo, si bien interesado en el quehacer cotidiano, se veía incluido en los espacios infinitos de la eternidad, lo cual le comunicaba un sentimiento de amparo y de paz. Sin ese sentimiento vivo del más allá no resultan concebibles las catedrales de la Edad Media, en que trabajaron generaciones enteras, ni las Sumas teológicas o filósoficas.

El sentimiento armónico del mundo admite diversas variedades. El griego homérico y el hombre medieval sólo coinciden en su postura fundamental, en la actitud ofertorial y contemplativa frente al cosmos. Pero en lo demás hay diferencias patentes. El hombre de la catedral gótica se siente arrastrado por el movimiento ascensional y continuo de la piedra, que se lanza hacia Dios; el hombre del templo griego siente reposo en la seguridad de ese edificio que se arraiga sólidamente en el suelo. La armonía griega hinca sus raíces en la tierra, la gótica se ancla en el cielo.

La Reforma introduce el espíritu prometeico, un nuevo modo de ubicarse frente al mundo. Para el hombre nuevo, lo primero no es Dios y el universo, sino él mismo; no el conjunto, sino la parte, el añico perecedero. En lo que atañe al campo religioso, cada cual tiene "su" Dios, a quien dirige "su" oración. Esta

69 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 23-24.

nueva relación del hombre con Dios implica una nueva relación con el cosmos. Para el hombre nuevo la propia entrega carece de aliciente, lo que interesa es la propia conservación. Ya no acepta integrarse en el cosmos, sino que se considera a sí mismo como punto de referencia para el cosmos. El hombre prometeico subjetiviza los valores, concentrando la totalidad en el sujeto que piensa, según las categorías de Kant. Una suerte de miedo instintivo priva sobre la confianza originaria, el amor a la tierra sobre el amor a Dios, el culto de la personalidad sobre el concepto de la fraternidad, el principio de la parte (especialización) sobre el principio de la totalidad (universalismo), el hombre materialista sobre el hombre espiritual, la actividad sobre la contemplación. Y así el mundo, privado de su sostén metafísico, se descompone en átomos. Se resquebraja la Iglesia una, el Sacro Imperio romano se desgaja en Estados particulares, los Estados se disgregan en clases, las clases en individuos, los individuos en cuerpo y alma. Un disolvente proceso de atomización[70].

Lo que separa al hombre prometeico del hombre medieval es lo que lo separa también del ruso. Nunca se había alejado tanto el Occidente del Oriente y de su alma como en el arquetipo prometeico.

70 Cf. ibid., pp. 59-62.

II. INFLUJO DE LA GEOGRAFÍA Y EL CLIMA EN EL ALMA RUSA

Hay que reconocer, sin embargo, que el hombre no es totalmente prisionero del arquetipo dominante. El mismo Schubart reconoce que los pueblos tienen propiedades específicas que perduran a pesar de los cambios de época. Existen caracteres nacionales bien definidos, almas de pueblo que se mantienen invariablemente a través de los tiempos, porque dependen de condicionamientos que exceden el marco de los avatares históricos.

Señala, por ejemplo, el espíritu del paisaje, *genius loci*, que nunca deja de cruzarse con el espíritu de la época. El paisaje modela también el alma de los pueblos, imprimiéndole ciertas propiedades nacionales constantes.

Cuando el hombre vive en llanuras inmensas, sin accidentes geográficos, siente con particular acuidad su propia pequeñez y desamparo. El sentimiento de indigencia lo predispone para el acto religioso. ¡Qué influencia han tenido las estepas de Rusia, las llanuras de la India, los desiertos de Arabia para el destino religioso de la humanidad!

La serranía, por el contrario, da vida a un tipo de hombre completamente distinto. Si en la estepa no existen fronteras ni nombres, en la serranía cada picacho, cada valle tiene su denominación y su individualidad. Tal conformación geográfica no puede sino fomentar el espíritu de independencia, e incluso impulsar a la disgregación. La Hélade y Suiza constituyen un buen ejemplo de este tipo de paisaje[71].

71 Cf. ibid., pp. 27-29.

La geografía del país que nos ocupa puede ser diagramada sobre la base de un eje situado en el medio de dos grandes alas, que se abren hacia el Oeste y el Este. Ese eje inconcluso, puesto que no logra alcanzar el Mar Caspio, lo constituyen los Montes Urales. Las dos alas son Rusia y Siberia. Pero podemos señalar otra división, quizás de carácter más orgánico, y que diversifica el inmenso territorio ruso en tres grandes zonas: la estepa, los bosques y la tundra. Si dejamos de lado esta última, que no es sino la estepa polar de fondo congelado, podría decirse que el bosque es ruso y la estepa tátara. Si bien este esquema adolece de cierta simplificación –de hecho, los mogoles comenzaron por habitar en los bosques, y aun en las montañas, antes de desposarse con la estepa–, con todo en términos generales no carece de asidero. Al principio la estepa dominó al bosque, mas luego los papeles se invirtieron. La unión política de ambos elementos engendró el imperio.

Bosque y estepa son el hábitat original del ruso. El bosque primitivo, en cuya maraña se extraviaba el hombre, estaba poblado de animales hostiles y de genios malignos, y ofrecía reparo a temibles indígenas cuyas flechas rara vez erraban el blanco. En la estepa, donde el horizonte siempre está más allá, aparecían de golpe los jinetes nómadas contra los que en vano se buscaba algún refugio; allí sólo se contaba con el río, el único elemento amigo de los protorrusos y luego de los rusos –la "madre bienamada" del pueblo ruso–, inmortalizado por una de las canciones populares más célebres, la dedicada al Volga[72].

En la psicología del pueblo ruso tuvo asimismo enorme influencia el clima de ese país, de carácter rigurosamente continental, extremado y seco, duro para el hombre. Ese clima se define por sus contrastes agudos, su carencia de términos medios

72 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, p. 44.

y su falta de transición. El invierno es severísimo y durante él se puede atravesar en trineo toda Rusia, de Norte a Sur, desde Arkhangelsk hasta Astrakhán. El corazón nostálgico de los emigrados se expresa en aquella canción que dice: "Estás cubierta de nieve, oh Rusia...". Es indudable que el frío ruso constituye un estimulante para las energías latentes, mas por otra parte incuba bajo su manto de plomo todas las inercias y perezas imaginables. En cuanto al verano es asimismo terrible, canicular y sofocante. Semejante contraste no pudo dejar de incidir en el espíritu del hombre ruso. Un Zar llegó a decir: "El clima soy yo".

No es, pues, obviable la consideración del clima que impera en Rusia si se quiere entender mejor el carácter ruso y sus rasgos más salientes: contrastes y variaciones inesperados, larga pasividad y súbitas rebeliones; inestabilidad, al fin. La historia rusa es como su clima, caracterizada también por saltos de uno a otro extremo sin soluciones de continuidad.

De este modo, la geografía y el clima han modelado al hombre ruso. La infinitud de los espacios engendra "la divagación en el alma"; como escribe Dostoievski en *Los hermanos Karamázov*, "somos anchos, anchos como nuestra Madrecita rusa". Las brusquedades del clima ruso alimentan esa tendencia a los contrastes que resultan tan extraños para el hombre occidental.

Podría quizás decirse que el medio ha desempeñado en Rusia un papel más importante que en parte alguna en la formación y evolución del individuo y la comunidad. Medio geográfico, pero también medio étnico y, por consiguiente, medio histórico, todo ello contribuyó a producir esta mezcla prodigiosa de razas y pueblos heterogéneos cuya resultante es el ruso moderno[73].

73 Cf. al respecto M. Brian-Chaninov, *Historia de Rusia*, Studium, Santiago de Chile, 1938, pp. 7-8.

III. PSICOLOGÍA EXTREMOSA DEL HOMBRE RUSO

Abundemos sobre la tendencia a la extremosidad que esbozamos en el apartado anterior, inclinación innata del hombre ruso, como se manifiesta claramente en su literatura. W. Schubart ha intentado alguna explicación en base a su teoría de los arquetipos. El hombre prometeico, afirma, trata siempre de situarse en un ambiente espiritual intermedio, que juzga de equilibrio. El hecho de ser un "hombre de cultura de medio" lo vuelve frío, objetivo, circunspecto. El ruso no conoce semejante "equilibrio", le falta la pieza intermedia que suavice los choques, el lazo de unión entre los *extremos*. En él los contrastes se suceden sin el colchón de los atenuantes. Rudeza junto a la delicadeza de corazón, brutalidad junto al sentimentalismo, gozo de los sentidos junto a la ascesis, pecado junto a la virtud heroica. Rusia es el país de las ilimitadas posibilidades psíquicas. El ruso pasa inmediatamente y sin motivo aparente de un estado al estado opuesto. ¡En cuántas canciones y bailes rusos se suceden –con salto brusco– la alegría y la melancolía! En sus momentos de exaltación, el ruso es capaz de elevarse a alturas inaccesibles al occidental, pero cuando se hunde, lo hace más a fondo que el occidental medio[74].

En la cultura prometeica, agrega Schubart, el hombre ha pasado fácilmente de héroe a burgués. La cultura occidental, por ser una cultura de medio, engendra hábitos tales como el dominio de sí, la disciplina, la objetividad, la mesura, siempre en relación con el punto medio. Rusia es todo lo contrario: no la proporción sino el impulso hacia el extremo, hacia el fin. El occidental prefiere la "aurea mediocritas", el áureo camino medio ...¡y éste es frecuente-

74 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 94-96.

mente un camino hacia el oro! La seguridad económica, el bienestar económico, se constituye a veces en la meta soñada. Pero ello lo priva de libertad espiritual. Raramente un europeo común daría sus bienes materiales a trueque de valores espirituales[75].

La tendencia rusa al dispendio de lo material ha sido destacada por diversos estudiosos. Nos impresionan sus proverbiales derroches de dinero en las orgías y borracheras inverosímiles en que la alegría más desorbitada se mezcla con las lágrimas más amargas, donde el temperamento ruso se esfuerza por buscar, no sólo el olvido de la realidad, sino la sensación de un "plano diferente" al de la cotidianeidad prosaica; nos impresiona la frecuente mezcla de un ascetismo extremo con el desenfreno de las pasiones más frenéticas (¡pero nunca, y en ningún caso, el ideal mediocre de la burguesía!). Tal el estilo de aquel temperamento, provisto de gigantescas fuerzas potenciales, que siempre pareciera estar pasando por las más monstruosas convulsiones en busca de un ritmo y de un orden superior de cosas donde el vuelo del espíritu no esté encadenado por la ley de la gravedad[76].

IV. ESPÍRITU BOHEMIO DEL HOMBRE RUSO

Los contrastes bruscos en el carácter del hombre ruso, hecho de contradicciones e inclinado a los extremos, no permiten prever cuáles serán sus actos futuros. El mismo ruso no sabe gene-

75 Cf. ibid., pp. 88-89.

76 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso*, Studium, Madrid-Buenos Aires, 1952, p. 181.

ralmente lo que dirá o hará al minuto siguiente. Tampoco sabe de lo que es capaz. Con razón se llama a Rusia "el país de las posibilidades ilimitadas".

En el marco de sus análisis sobre los arquetipos, analiza Schubart esta característica. A su juicio, la vida del hombre prometeico cobra todo su sentido a la luz del *orden*. El europeo busca orden en sí, a través de la autodisciplina, del dominio de la razón sobre los instintos; y lo busca en torno suyo, mediante la legislación política y el dominio de la autoridad sobre los ciudadanos. El europeo moderno vive inmerso en una cultura de normas; el ruso, en cambio, no sabe de normas. Según Schubart, las grandes codificaciones del siglo XIX fueron una consecuencia de la pérdida del sentido religioso que experimentó dicho siglo y el consiguiente olvido de la ley divina. En este campo la figura de Kant es medular, ya que fue él quien exaltó la ética como si fuese la ciencia suprema, quitándole sus religaciones metafísicas y transformándola en mera legislación. Ningún filósofo occidental es tan extraño a los rusos, por no decir tan odiado de ellos, como Kant; de ahí que la crítica de su doctrina sea un tema constante en los pensadores rusos. De algún modo Kant se continúa en Hegel, y por medio de él desemboca en el actual Estado totalitario, que no es sino la victoria de la reglamentación. Los rusos no pueden organizar porque no quieren, por una especie de temor reverencial a lo que les parece infinito. "El derecho es algo que debería hacerse superfluo mediante la religión", tal fue una de las tesis de los eslavófilos, compartida, si bien a su modo, por los anarquistas rusos, estilo Bakunin. Para los pensadores rusos las normas humanas obstruyen la entrada a un mundo más perfecto, el mundo divino[77].

77 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 101-105.

Una característica profundamente rusa es el predominio de las relaciones espontáneas y naturales entre las personas. Toda mecanización, todo orden impuesto desde afuera, toda excesiva normatividad de las relaciones humanas ha espantado siempre al ruso más que a ningún otro, como se puede observar en los geniales libros de Gógol, sobre todo en "El capote". Nada le resulta más abominable que el funcionario, el burócrata. Ana Karénina, cuando empieza a despreciar a su marido, lo llama "máquina ministerial". Para la literatura rusa, casi sin excepción, un servidor del Estado, un *Tchinovnik*, es un ser despreciable u odioso. Esta misma frialdad oficial era lo que achacaban a San Petersburgo, la capital del imperio, los provincianos de Moscú.

El instinto anárquico de Rusia no proviene de un desenfrenado deseo de libertad individual, sino más bien de las costumbres instauradas por una vida comunitaria en que las relaciones entre sus miembros están definidas con menos precisión, son menos etiquetables, más cálidas, más familiares de lo que podrían serlo en un Estado occidental moderno. A la facilidad con que un ruso se apropia del bien ajeno corresponde la prontitud con que se desprende de su propio bien: tan natural en él es dar lo que le pertenece como tomar lo que pertenece a otro. Un ruso tiende a considerar toda deuda como deuda amistosa; e incluso es fácil en disculpar al ladrón a causa de su pobreza.

Cuando un occidental entra en relación con un ruso, nada lo exaspera tanto como este desprecio de la lógica y del derecho en nombre de algo que a lo mejor puede estar por encima de ellos, pero que corre también el riesgo de ser inferior, esta costumbre de sustituir la justicia y hasta el razonamiento por una especie de indulgencia resignada hacia las debilidades humanas propias o ajenas. En la Rusia tradicional se gozaba de una rara seguridad, no contra la injusticia sino más bien contra los excesos de la justicia, sobre la base de que los actos serían juzgados por los demás "según

humanidad", como dicen los rusos, partiendo de la opinión de conjunto que se formaban del individuo en cuanto ser humano y no de la conformidad o divergencia del acto en sí con la ley. Todo esto tiene por cierto poco que ver con "los derechos del hombre", pero no carece de relación con el espíritu de caridad y de compasión[78].

Según Schubart, uno de los ardides auténticos de la desconfianza o miedo originario que signa al hombre moderno, es el recurso al método. Resulta notable, en cambio, el espíritu de fantasía que caracteriza a los rusos: variedad de ocurrencias, atrevimiento de sus puntos de vista, contradicciones, caprichos. Aquel a quien el ruso más desprecia es al que ve trabajando según un plan. Es cosa bien típica de los estudiantes –aquellos a quienes Dostoievski llamaba "los muchachos rusos"– pasar toda la noche en discusiones infructuosas. Por cierto que la riqueza de inventiva se paga con equivocaciones y errores, lo cual no se les oculta a los rusos. De donde a veces tuvieron que recurrir a algún método, pero en ese caso lo importaron de Occidente; no tenían ninguno que les fuese propio[79].

El espíritu bohemio de los rusos se expresa también por una actitud muy generalizada: el desprecio a la acumulación de los bienes materiales. La codicia es una de las marcas del hombre prometeico, del hombre burgués, afirma Schubart. Con el ruso sucede al revés. De ahí sus proverbiales derroches de dinero. El miedo originario que tipifica al hombre moderno, hace irresistiblemente fuerte la necesidad que siente de asegurarse, de donde procede la institución del seguro público, un invento netamente europeo. Mucho más, social y económicamente, lo habría necesitado Rusia. Pero psíquicamente no lo necesitaba, y por esto jamás

78 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, pp. 185-189.

79 Cf. W. Schubart, *Rusia y el alma del Oriente...*, p. 112.

lo estableció. Convencido de la plenitud inagotable del mundo, el ruso no teme prodigarse a sí mismo y cuanto tiene. No le gusta enriquecerse lentamente, "a modo de salchichero", como decía Dostoievski refiriéndose a los expertos de la acumulación occidental del dinero, sino de un solo golpe o nunca. Para el ruso el ahorro no es virtud sino vicio. Mitia Karamázov no consideró como su mayor vergüenza el haber malgastado la mitad del dinero que se le había confiado, sino el haber escondido una parte, para ahorrar. Relata Schubart que cierta vez oyó que una mujer rusa decía, refiriéndose a los alemanes: "Hasta a los niños los acostumbran a ahorrar". Lo dijo asqueada, como si se los estuviese induciendo al robo. La frase de Cristo: "No amontonéis tesoros, presa de la polilla" (Mt. 6, 19) resulta casi instintivamente comprensible para el ruso, mientras que al hombre prometeico le suena escandalosa. El calvinista –tipo prominente del hombre moderno– considera el acrecentamiento de bienes como señal de predilección divina.

Del ansia de lucro y acaparamiento procede el capitalismo liberal europeo, que nunca existió en Rusia. Si hubo allí grandes capitales –por herencia o por juego– ya se cuidó de hacerlos desaparecer a través del derroche en una sola generación. El instinto le dice al ruso que los capitalistas son esclavos. Si hay un punto en que los rusos antes y después de octubre son los mismos es en el desprecio del dinero.

El capitalismo, forma económica de la cultura prometeica, ya que surgió juntamente con ella, es una expresión de decrepitud. Los ancianos, al ver cómo se les va la vida y desaparecen sus fuerzas, se aferran tenazmente a lo suyo, a través de la avaricia y el ahorro, productos del miedo. El hombre económico, trabajador incansable hasta el último aliento, parece casi un asceta. El ruso, en cambio, es un jugador nato. "La ruleta es un juego esencialmente ruso", escribe Dostoievski. El ruso juega porque

ama la casualidad, el hormigueo del riesgo y la embriaguez de lo imprevisible[80].

Otro rasgo del hombre prometeico es su proclividad a la *acción*. Le cuesta estarse quieto, meditar y concentrarse. Trabaja, y no solamente por amor a la ganancia. Trabaja, aun cuando no lo necesite, para evadirse de sí mismo. Frente a su miedo originario no le queda más que esta disyuntiva: trabajar o aturdirse. El trabajo ha de llenar el hueco metafísico de su alma. El ruso, en cambio, no aprecia mayormente el valor de su propia actividad. Incluso teme interferir con ella en la acción ordenadora de Dios. El peligro del europeo es el no poder esperar; el del ruso el esperar demasiado. El miedo originario hace precipitado al hombre; la confianza originaria lo inclina a la indolencia. El vértigo de su dinamismo impide al europeo moderno apreciar el carácter contemplativo del hombre oriental. Para él lo contrario de la acción no es la contemplación y la soberanía interior, sino la holgazanería y la flojera.

De todo lo cual se sigue que los rusos y los occidentales tengan una concepción del tiempo fundamentalmente opuesta. El hombre prometeico recorre vertiginosamente, con el crónometro en la mano, la pequeña órbita de su existencia temporal. Como no

80 Cf. ibid., pp. 121-123. El diálogo siguiente, que encontramos en Dostoievski, no deja de ser aleccionador:

"-Yo creo que la ruleta sólo se ha hecho para los rusos...

-Pues es que en la catequesis de las virtudes y dignidades del hombre occidental civilizado se ha hecho histórico, y poco menos que el punto capital, la capacidad para allegar caudales. Pero el ruso, no sólo es incapaz de reunir caudales, sino que, por el contrario, lo derrocha a tontas y locas y sin ton ni son... Nos alegramos sobremanera de que existan medios, como, por ejemplo, la ruleta, merced a los cuales se puede uno enriquecer, de pronto, en un par de horas, sin tomarse ningún trabajo...

-Tenga la bondad –le contesté–. Aún está por ver qué es peor: si el escándalo ruso o la capacidad germánica para desempeñar un trabajo honrado.

-Yo, por mí, preferiría pasarme toda la vida vagabundeando bajo la tienda de campaña de los quirguises –grité–antes que inclinarme ante el ídolo teutón.

-¿Qué ídolo?, exclamó el general...

-Pues la capacidad germánica para allegar riquezas" (*El Jugador*, cap. IV; en *Obras Completas de Dostoievski*, Aguilar, Madrid, 1943, t. I., p. 1567).

se siente llevado por el río de la eternidad, no tiene tiempo que perder; le roe cada hora no aprovechada, porque representa una pérdida insustituible. "El tiempo es dinero", dice un proverbio inglés. "Inmediatamente, por lo tanto dentro de una hora", reza un dicho ruso. De ahí el nerviosismo que domina al hombre occidental, en contraposición con la calma, casi innata, del hombre oriental. Este vértigo enervante no constituye, sin duda, una señal de madurez; más aún, podría ser considerado como fruto del ateísmo y del espíritu de inmanencia. El ruso tiene por delante tiempo ilimitado, porque lleva en sí la certeza viva de que él es un ser que no tiene fin. Bajo el influjo de ese modo de entender el tiempo, corre la historia rusa con un ritmo mucho más espacioso que el occidental. De ahí que no signifique demasiado el que los bolcheviques se hayan mantenido por tantas décadas en el poder[81].

El comunismo, como lo veremos más adelante, es un fenómeno netamente europeo. El estilo político implantado por los comunistas –planes quinquenales, etc.– choca frontalmente con la naturaleza de los rusos. La aparente disciplina que a los ojos del extranjero imperaba en la URSS, era una disciplina ficticia, impuesta violentamente desde el exterior. Librados a sí mismos, los rusos son, por lo general, despreocupados, desordenados, agradablemente desorganizados y no muy eficaces. No deja de ser significativo que en la lengua tradicional rusa no haya ninguna palabra que exprese "la eficacia", de modo que ha debido tomarla del inglés.

M. Smith, que visitó largamente diversos lugares de la URSS, nos cuenta que si uno entraba por diez minutos en la casa de un amigo, la visita se prolongaba por tres o cuatro horas; un trabajo de una semana tomaba tres. Los rusos se desconciertan siempre de nuevo por la impaciencia de los occidentales, sobre todo de los

81 Cf. ibid., pp. 118-121.

norteamericanos. Bastaron pocos días de estadía en la URSS para aprender que *skoro budet*, literalmente "pronto será", correspondía en realidad a un mañana que se extiende hasta la eternidad. Porque el remitir los asuntos a más tarde es algo inherente al temperamento ruso. Aun cuando los rusos sean capaces de un gran esfuerzo, cuando se los presiona a hacerlo, el trabajo duro de una manera sostenida no es una característica del pueblo ruso. Ausentarse durante las horas de trabajo es un pasatiempo nacional[82].

Se comprende por qué Dostoievski describía su tierra natal como "un caos ordenado".

V. CAPACIDAD DE SUFRIMIENTO Y HUMILDE COMPASIÓN DEL HOMBRE RUSO

La poesía y la canción popular rusa relatan a menudo la conversión de los peores bandidos a la santidad (¡no a la fe, sino a la santidad!). Éstos, frecuentemente en la historia de Rusia, acababan siendo fundadores de monasterios. El ruso ve en el pecado, suprema degradación del ser humano, una situación particularmente propicia para el llamamiento de la gracia, mucho más que la de la clásica "aurea mediocritas" o la del "equilibrio" del burgués. En el espíritu ruso nada suscita mayor aversión que lo que puede comprenderse bajo el término de "fariseísmo". Fueron los fariseos quienes persiguieron y crucificaron a Cristo –piensa el

82 Cf. M. Smith, Les Russes. *La vie de tous les jours en Union Soviétique*, Belfond, Paris, 1976, pp. 232-233.

ruso–, mientras que los vulgares bandoleros llegaron a compartir su crucifixión, e incluso uno de ellos, en un instante, pudo pasar desde el abismo del pecado a la cumbre de la gloria. El sentimiento de fraternidad que caracteriza al ruso es tan fuerte que no vacila ni siquiera frente al pecador. La vista de la culpa ajena le trae al recuerdo la propia y no su presunta superioridad. Todos somos pecadores, siente el ruso, a diferencia del occidental, que por lo general se inclina a considerarse justo cuando se topa con un delincuente. El mismo pecado es visto no tanto como una infracción voluntaria de la ley de Dios, cuanto como un abismo en la desgracia.

En Rusia, más que maldecir al criminal se lo compadece. El delincuente no ha de ser excluido de la familia humana, es capaz de redención, como se puede ver a lo largo de toda la obra literaria de Dostoievski, sobre todo en *Crimen y castigo.* La afirmación de Tolstoi de que los hombres que están en prisión no son peores que los que se encuentran fuera de ella, refleja una opinión general en Rusia. Los rusos se sienten miembros de una cofradía de pecadores. Reconocerse culpables no les cueste lo más mínimo, siendo a veces una verdadera necesidad. "Cada uno de nosotros –dice Zósima en *Los hermanos Karamázov*– es culpable con todos y de todo en este mundo... El comprenderlo es la corona de la vida". El pueblo ha hecho carne aquello que afirma San Pablo de que "todos hemos pecado", y por eso los rusos se sienten fácilmente culpables aun cuando no hayan cometido delito alguno. Esta inclinación, unida a otra característica del alma rusa, su universalismo, los lleva a creer que de un modo u otro pesa sobre ellos la culpabilidad de todo el mundo. Están deseosos de absorber tanto la propia como la ajena culpabilidad. En los campos de concentración de los soviéticos había detenidos que tomaban sobre sí el castigo que en justicia no habían merecido a fin de que el mal del mundo se encontrase en esa forma aminorado.

Cuenta S. Hevia que vio, antes, por supuesto, de la revolución comunista, cómo unos campesinos rusos se quitaban el gorro al paso del tren que conducía a un grupo de condenados a trabajos forzados. Por cierto que luego, toda muestra de compasión o conmiseración respecto del condenado por el infalible régimen soviético se halló estrictamente prohibida. Pero "la misericordia supera el juicio" (Sant. 2, 13), se empeña en afirmar el espíritu ruso, y el despotismo comunista no tuvo poder sobre esta muestra de grandeza del alma rusa[83].

Abundemos un tanto sobre esta consideración social del dolor. La comunidad en el sufrimiento, la compasión, enfatiza un aspecto del amor fraterno: el amor de conmiseración. Observa Schubart que el ruso no suele pensar ni sentir individualmente, sino en comunidad, con toda "la tierra rusa". El europeo tiende a mirar a su prójimo con recelo: "*homo homini lupus*". Cada cual para sí: tal es el estilo común de la convivencia occidental. Siempre en tensión, vigilando como un soldado su puesto de guardia. Si el hombre prometeico ayuda y se sacrifica lo hace contrariando su propio modo de ser. El aislamiento occidental del individuo tiene su asidero metafísico en la doctrina de Fichte sobre el yo absoluto y de Leibniz sobre las mónadas, filosofías siempre rechazadas por los pensadores rusos. De semejante egoísmo brotan dos inclinaciones más comunes en el europeo que en el ruso: la presunción y la envidia, según se sienta superior o inferior a los que lo rodean[84].

83 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, pp. 167-168; cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 140-141.

84 El ruso, escribe Schubart, no parte del yo sino del nosotros. La oposición de las personas no es lo originario; primero ve un todo. Toma parte en los procesos psíquicos del prójimo como si fuesen suyos. Por eso decíamos que una de las notas típicas de su espíritu es el universalismo o fraternidad; se sienten hermanos de todos los seres humanos. La palabra *sobor* significa la idea de camaradería, solidaridad y unión con la humanidad. Por su fraternidad los rusos son uno de los pueblos más hospitalarios de la tierra. El huésped es cosa sagrada. Se le ofrece hasta lo último que se posee; el ruso preferiría pasar hambre antes que no dar de comer al huésped. Los europeos que se encuentran en un bar pagan cada uno. Entre los rusos, uno paga por todos, hoy éste, mañana aquél: cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 129-134.

Porque el reconocimiento del pecado y el consiguiente arrepentimiento alivian, explica Schubart, el ruso es fácil en declararse culpable y hacer penitencia. En cambio, el occidental prefiere justificarse, elogiarse y parecer más de lo que es en realidad. El ruso no solamente reconoce sin ambages sus faltas y debilidades, sino que hasta las exagera, por una urgencia de liberación espiritual. Sobre este sentimiento de culpa se funda su ansia de sufrir. Quiere sufrir, porque el sufrir mitiga el peso con que la culpa oprime. Así llega a ser un verdadero maestro en el arte de sufrir. Soporta el sufrimiento con calma, se acostumbra a él, llega a amarlo y hasta a saborearlo.

Sobre la base de estos presupuestos, la idea del sacrificio constituye un tema central en la espiritualidad rusa. Por cierto que también los otros pueblos son capaces de sacrificio. Mas ellos se sacrifican por fines determinados, no por amor al sacrificio. El ruso carga el acento sobre el valor del acto más que sobre el valor del efecto[85]. Sólo el sacrificio abre el camino que conduce fuera de este mundo. Sin sacrificio no hay nuevo nacimiento, sin muerte no hay resurrección. De ahí el primado del tema pascual, tan característico de su cristianismo. Pascua, y no Navidad, es la fiesta preferida de los rusos.

Esta actitud frente al dolor va muy unida con la humildad y con la libertad. El ruso es libre porque es humilde. "Grande es Rusia por su humildad", dice Dostoievski. En este punto el hombre prometeico está inhabilitado para comprender al ruso. No distingue humildad de humillación. Piensa que el humilde se rebaja, y que quien se rebaja es un esclavo. El espíritu de humildad es lo más secreto y precioso de la vida espiritual del pueblo ruso, prolongando de algún modo el infinito anonadamiento del Verbo encarnado y

85 Cf. W. Schubart, op. cit., pp. 93-94.

de la Santísima Virgen. Para Dostoievski, la humilde tierra –*humus*–, en su maternidad, es imagen de Nuestra Señora; todas sus creaciones literarias se nutren interiormente de una intuición central que es la del sentido profundo de la humildad, y en última instancia de la humillación de Jesucristo[86]. Besar la tierra y "recibir" el sufrimiento, recibirlo como se recibe a un huésped de honor: tal es uno de los temas predilectos de Dostoievski. Padecer con los que padecen, padecer incansablemente hasta que la última lágrima del último niño esté seca. El beso de la tierra es el acto de humildad, la suprema humillación del hombre orgulloso, que de la tierra bebe el sufrimiento. En la resignación al sufrimiento encuentra el espíritu ruso un gozo indecible, el sabor anticipado de las delicias de la eternidad. El sufrimiento es el camino; Cristo lo es también. Por consiguiente, amando el camino, amamos a Cristo[87].

En ninguna parte sufre tanto el pobre como en Europa. No sólo por la miseria de las penurias sino por tener que esconderlas. En Rusia el pobre no se sonroja, no tiene que encubrir su dolor, lo soporta más fácilmente. Aun al mendigo le queda un resto de dignidad. Algo semejante acaece con los sirvientes respecto de sus patrones. Al mirar a su señor, el ruso se siente invadido por una secreta compasión: ¡Pobre, has cargado sobre tus hombros el ejercicio del poder! ¡Cuán difícil te ha de ser encontrar la salvación de tu alma! Hasta en la servidumbre rusa hay un fulgor de dignidad, de libertad, de espontaneidad.

86 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, pp. 200-202.

87 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, p. 183.

VI. AUTOCRACIA, NOBLEZA Y PUEBLO

El dominio tátaro introdujo en el carácter ruso algo que antes no tenía, a saber, cierta tendencia al servilismo. Previamente al yugo tátaro, la sociedad y el alma rusas respiraban libertad. Según dijimos en el capítulo anterior, sus viejas ciudades, como por ejemplo Nóvgorod, eran comparables a las ciudades europeas medievales. El poder supremo de Nóvgorod residía en la Asamblea de los ciudadanos; el príncipe, elegido por libre sufragio, se contentaba con ser un administrador, y sobre todo un valeroso capitán para los tiempos de guerra; al tomar posesión de su cargo, prestaba juramento solemne de acatar el viejo fuero, así como los usos y franquicias de la república; si cometía perjurio, reuníase el consejo en la plaza pública, al tañido de la venerable campana, y el príncipe, declarado traidor, era destituido, expulsado, arrojado al lodo, según la enérgica expresión popular. Los siglos XIII y XIV presenciaron el apogeo de la industriosa y libre república de Nóvgorod, hasta el día en que el joven principado de Moscovia, seguro ya de su destino, bajo Iván el Temible, y no sin lucha encarnizada, descolgó sus campanas, extinguiendo la voz de bronce de las libertades rusas.

No fueron los municipios libres los únicos focos de autonomía que inquietaron a la naciente autocracia. También hemos de nombrar a *los cosacos,* quienes durante mucho tiempo formaron una suerte de aristocracia independiente e indómitamente guerrera. Distingamos entre ellos a los cosacos ucranios de Saporozhskaia Sech, a quienes Gógol levantó un monumento en *Tarás Bulba*: "En caso de guerra o de una revuelta generalizada –leemos allí–, cada uno de los cosacos se presentaba en el plazo máximo de ocho días, a caballo y con todo su equipo y armamen-

to, sin cobrar por ello más de un ducado... Así en dos semanas se había congregado un ejército que no hubiera podido conseguir ningún otro método de reclutamiento. Terminada la campaña, cada guerrero regresaba a sus prados y campos en los valles del Dnieper para seguir pescando, comerciando, haciendo cerveza y ser de nuevo un cosaco libre". Estaban también los cosacos del Don, en su mayor parte rusos y campesinos. Uno de ellos, Yermak, conquistó Siberia para Iván el Temible. Con la marcha hacia el este se fueron formando nuevos ejércitos de cosacos, integrados por campesinos libres que tomaban las armas, y no se ponían al servicio de ningún terrateniente, sino directamente del Zar, a quien estaban obligados a servir militarmente.

Tanto el Estado ruso como el Estado polaco-lituano intentaron, cada uno por su lado, entenderse con los cosacos en orden a organizarlos como milicias de fronteras. Sólo lo lograron a medias, el primero con los cosacos del Don, el segundo con los cosacos de Ucrania. Entre todos los grupos se destacaban los *saporogueses*, es decir, los cosacos establecidos más allá de los "*porogs*", los rápidos del Dnieper. Los saporogueses constituían el nervio de la cosaquería. Si bien nominalmente dependían del Estado polaco-lituano, de hecho eran independientes. Organizados a la manera de una orden militar, se consideraban caballeros, como los de Rodas y de Malta, dándose por misión la guerra santa contra los musulmanes. De religión ortodoxa, fácilmente podían convertirse en los adversarios del catolicismo polaco. En una isla del río habían establecido un recinto rodeado de empalizadas, llamado la *Sech*. Esa fortaleza era su centro de reunión. Vivían en comunidad, bajo una especie de gran maestre. Muchos de ellos eran sedentarios, poseyendo propiedades con hacienda y agricultura. Otros vivían en ciudades, como por ejemplo Kiev. Pero cuando los convocaba el gran atamán todos se reunían. Éste gozaba, durante la guerra, de una autoridad absoluta, que se di-

luía en tiempo de paz. Los cosacos no poseían leyes escritas. Los juicios eran pronunciados según el buen sentido y la tradición[88].

Las ciudades libres y los cosacos reflejan el modo primitivo y original del ser ruso. De por sí la *autocracia* representa un cuerpo extraño a la nativa idiosincrasia del pueblo. El nuevo Estado de los Zares, con su gran poder y desmesurada autoridad, fue introducido en Rusia a raíz de las invasiones de los mogoles, y tomó de ellos varios rasgos, justificando su permanencia en la necesidad de proteger un inmenso territorio constantemente amenazado y sojuzgado. Luego de la inseguridad que caracterizó a la época de las invasiones era la única manera de consolidar la seguridad. La autocracia organizó a Rusia de un modo patriarcal, donde Estado y soberano llegaron a ser una sola cosa, y donde el Zar, protegido por la Iglesia ortodoxa, fue el representante terreno y al mismo tiempo la réplica del Dios paternal[89].

Entre el Zar y el pueblo ruso estaba la *nobleza*. Procedían los nobles de la comitiva del monarca. Los Zares moscovitas les adjudicaban sueldos y tierras, a fin de que prestasen el servicio militar. Ya hemos señalado anteriormente que el origen de la nobleza rusa no es comparable al de las demás noblezas europeas, puesto que Rusia no conoció la institución del feudalismo, con sus blasones y sus armas. La aristocracia, renovada sin cesar por elementos procedentes de otras capas sociales –pues nada impedía al campesino llegar a ser mercader y pasar luego a noble, si le ayudaba la suerte–, era de dos clases: la transmisible o hereditaria, y la personal, que no es heredada. El único título de origen nacional en Rusia es el de príncipe, los demás son importados de Europa.

88 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 343 ss.

89 Cf. H. Carrère d' Encausse, *El poder confiscado. Gobernantes y gobernados en la U.R.S.S.*, Emecé, Buenos Aires, 1983, pp. 14-15.

Esta aristocracia, menos altiva que la del resto de Europa, domeñada por el poderío imperial, sujeta hasta el reinado de Pedro III al afrentoso castigo del látigo o del bastón, y a cuyos integrantes podía degradar el capricho de una Zarina convirtiéndolos en bufones, no se aisló jamás de la nación, poniéndose a su cabeza en el terreno intelectual y cultural. Pruébalo la literatura rusa, obra de nobles en gran parte, y lo confirma la ardiente simpatía por el pueblo que en ella se descubre[90].

El tercer estamento, si así lo queremos llamar, es el *pueblo*, que siempre se mostró estrechamente adherido al representante terreno de Dios, el Zar autócrata. No hay que olvidar que se trata predominantemente de un pueblo de campesinos, cuya vida se halla entretejida en una trama religiosa sobre la base de la tradicional idea del *sobor*, es decir, de la pertenencia a una comunidad viviente y fraterna, la sociedad de los creyentes, que en última instancia se identifica con el pueblo ruso[91].

Las relaciones entre el pueblo y su Zar tuvieron honda raigambre. En Rusia el poder gozó siempre de una connotación paternal puesto que el soberano era considerado, ante todo, como el padre de su pueblo, el *Bátushka.* Para el aldeano el Zar era la representación simbólica de la unidad, la grandeza y la gloria de Rusia, el jefe del Imperio y el ungido del Señor. Tocar sus prerrogativas era atentar contra la fe del campesino ruso, era poner el entero país al borde de la catástrofe. El Zar no debía solamente reinar, debía gobernar al Estado con mano firme y poderosa. Entre padres e hijos no hay agravios, y el Zar nunca afrenta al súbdito; el labriego, vestido con su pellica humilde, lo tuteaba y lo llamaba padre, y cuando lo veía pasar se descubría, aunque cayese la nieve a copos,

90 Cf. E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia...*, pp. 88-90.

91 Cf. H. Carrère d' Encausse, *El poder confiscado...*, p. 15.

cruzando la mano sobre el pecho con religiosa veneración. Le juzgaba poco menos que impecable, sagrado y casi inmortal[92].

VII. EL ALDEANO RUSO

La idea del *sobornost* signa a la gran sociedad rusa y a cada una de sus sociedades interiores. Por ejemplo, a la familia tradicional rusa. El sentido de familia es allí casi instintivo. La familia rusa, si bien es sólida y compacta, se caracteriza por una enorme apertura, hasta el punto de ser capaz de acoger en su seno a gente que por su origen le es extraña, como los servidores, los huéspedes, y a menudo hasta un grupo de amigos y de "relaciones". Una noción como la de "lacayo", importada, como el término mismo, del extranjero, con todo lo despectivo que involucra, no corresponde en absoluto al espíritu ruso; por el contrario, diversas especies de parientes pobres y de pensionistas gratuitos, de antiguas nodrizas, de niñeras retiradas y de ordenanzas que habían cumplido sus años de servicio activo, formaban siempre la guardia fronteriza de la familia rusa y se sobreentendía que tenían la misión de defenderla contra la rigidez y dureza que pudiera haber en el mundo exterior. En Rusia, más que en Occidente, la persona se integra en su medio natural, en la comunidad (*Gemeinschaft*), más bien que en la sociedad (*Gesellschaft*).[93]

92 Cf. E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia...*, p. 68.

93 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, p. 183.

El espíritu de familia y el sentido de comunidad, características del alma rusa, encuentra una concreción admirable en la aldea, en el campesino ruso.

Pierre Pascal ha publicado un libro conmovedor, llamado *Civilisation paysanne en Russie*[94], donde describe cómo era la vida del aldeano en Rusia. El autor pasó tres veranos consecutivos (1926-1927-1928) en una pequeña aldea perdida en una región boscosa del Ultra-Volga. Extraña a las ciudades, refractaria a las reformas de Pedro el Grande, agazapada en el bosque inmenso, una civilización campesina rusa, obstinada y autónoma, persistió a través de toda la época moderna, hasta las grandes reformas de colectivización llevadas a cabo en los años 30. Una civilización material, que supo edificar hermosas casas de madera y decorar los utensilios de uso cotidiano, confeccionar la propia ropa y el calzado; pero también, y sobre todo, una civilización moral, impregnada de fe religiosa y de inquebrantables virtudes éticas.

Señala Pascal que en Rusia la civilización urbana ha sido siempre un artículo de importación. Las primeras ciudades de la época de Kiev, en los siglos XI y XII, provienen de la cultura de Bizancio. En los siglos XVII y XVIII, Moscú y San Petersburgo se inspiran en Holanda, Italia, Alemania y Francia. Sobretodo San Petersburgo es la expresión más acabada de la Rusia oficial, europeizante e industrializada, separada como por un abismo de la Rusia campesina y autóctona. Por otra parte la sociedad llamada "culta" y que vivía en las ciudades, estaba persuadida de que no había nada en la Rusia campesina que mereciese interés. Apenas si entendía el idioma ruso. Los *mujiks*, tan parecidos a nuestros aldeanos de la Edad Media, de los cuales Rusia extraía su sustancia, eran para aquella sociedad urbana sinónimos de

94 L' Age d'Homme, Lausanne, 1969.

grosería e ignorancia. Los grandes propietarios no tenían relaciones con sus campos de decenas de miles de hectáreas sino por intermedio de una voraz jerarquía de capataces[95].

Pascal nos ha dejado una notable descripción de la vida en el campo ruso. El campesino que allí se construía su *isbá* no necesitaba comprar el material, ni siquiera los clavos. Iba al bosque y cortaba la madera; tal era su material. Su mujer cuidaba y arrancaba el lino, hilaba y tejía, vistiendo a toda la familia. Un viejo abuelo hacía los zapatos de corteza trenzada. Los libros y diarios de la ciudad casi no llegaban a la aldea; ésta tenía sus preocupaciones propias, sus curiosidades, su modo de informarse. Los campesinos poseían su manera de razonar, sus reglas de educación, su modo de concebir la vida, su moral. Tenían sus diversiones, al aire libre y en el interior de la casa; su arte, en sus diversas ramas: arquitectura, pintura, escultura, decoración; su manera peculiar de comprender, sentir y practicar el cristianismo. Todo ello era coherente, animado por una lógica profunda, sin pizca de artificiosidad[96].

La ayuda mutua, fácil y generosa, caracterizaba a la vieja aldea rusa. Allí el campesino conocía el trabajo enteramente gratuito, en que la esperanza de retribución era incierta y remota. Cuando a un vecino se le incendiaba su casa, todos los hombres disponibles de la comuna lo ayudaban a reconstruirla, no solamente con su trabajo, sino también llevándole materiales, paja y madera. Cuando el único sostén de una familia caía enfermo antes de haber efectuado su cosecha, se convenía con gusto en realizar el trabajo por él. Lo mismo se hacía en beneficio de una pobre viuda o de un huérfano sin recursos, y esto durante los años que fueran necesarios, hasta que estuviesen en condiciones

95 Cf. ibid., pp. 12-13.

96 Cf. ibid., p.11.

de bastarse. Tratábase de un deber moral inculcado por la religión y animado por la solidaridad comunal. Aquel en cuyo beneficio se había realizado el trabajo, si le era posible debía ofrecer a sus bienhechores todas las comidas del día: el desayuno, el almuerzo en el lugar del trabajo y, por fin, a la noche, un festín lo más abundante posible y bien regado con vodka. La ayuda mutua, que no se reducía al ámbito de lo económico, era una de esas manifestaciones de exuberancia, tan propia del alma rusa, semejante a la delicadeza en los vestidos, la ornamentación refinada de las casas y utensilios, los cantos y las leyendas. Se basaba en la idea de que el trabajo era algo que no se podía pagar con exactitud, que sólo podía intercambiarse libre y generosamente, y que, en esas condiciones, no era incompatible con la alegría[97].

Las fiestas religiosas eran frecuentes. El aldeano estaba impregnado de espíritu cristiano, era "naturalmente cristiano". No en vano son en ruso tan semejantes las palabras cristiano (*khristianin*) y campesino (*krestianin*). Relata Schubart que unos extranjeros que fueron a Rusia por primera vez, no pudieron librarse, según propia confesión, de la impresión de encontrarse en un lugar sagrado, de pisar tierra santa, tierra regada por las ardorosas plegarias de los creyentes. La expresión "Santa Rusia" no es frase huera[98].

Los eslavófilos, gente enamorada de su tierra natal, afirmaron categóricamente que la esencia de la nacionalidad rusa se encontraba en las costumbres e instituciones de los labriegos, no contaminados por la civilización artificial importada del corrompido Occidente, y tuvieron a gala usar el atuendo nacional: la roja blusa de seda, el chaquetón de terciopelo, la luenga barba

97 Cf. ibid., pp. 60-73.

98 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, p. 89.

y las recias botas. Según ellos, las únicas fuerzas independientes con que Rusia contaba eran el pueblo y el Zar: la inmensa grey aldeana y, en la cima, el autócrata. El imperio ruso era un estado rural. "El labrador es la quinta esencia, el núcleo, el tuétano de la nación", escribió Dostoievsky en su *Diario de un escritor.*

La escritora Pardo Bazán dice que en cierta ocasión tuvo la fortuna de ver de cerca al ídolo de la literatura eslava, el aldeano. Mordidos por un lobo rabioso, veinte o treinta campesinos de Smolensk habían sido enviados a París para ser tratados en la clínica de Pasteur. "Acompañada de algunos amigos rusos, subí al cuarto piso de un hotel modestísimo, entré en un dormitorio angosto, cuyo ambiente hacía casi irrespirable la reunión de diez o doce seres humanos. Debo decir que me produjeron impresión hondísima, que sólo puedo definir añadiendo que se me figuraron personajes bíblicos. Se me antojaba ver en cifra a un pueblo muy viejo, rudo y tosco en su aspecto exterior, pero con algo de majestuoso y monumental, y a la vez con una juventud latente y un carácter soñador, grave y religioso, distintivo de los pueblos orientales. Los rasgos de su fisonomía, y su tranquila resignación durante la dolorosa cura, todo era grande y como arbóreo. Un viejo me llamó especialmente la atención, de facciones esculturales. El brazo que desnudó era como añoso tronco de árbol, según los nudos y asperezas, y el grueso cordaje de las venas recordaba las raíces; las manos enormes, rugosas, leñosas, narraban una vida de labor, una cohabitación incesante, un trueque diario de caricias con la madre tierra"[99].

En el seno de la aldea y al amparo de la potestad imperial palpitaba una arraigada institución nacional rusa, el municipio agrario,

99 *La Revolución y la novela en Rusia...*, pp. 80-81.

conocido en Occidente bajo el nombre de *mir*[100]. En el campo ruso, la tierra pertenecía al municipio, entre cuyos miembros se distribuía periódicamente: cada individuo apto para el trabajo recibía lo que necesitaba. La comuna no era una suma de individuos, sino un conjunto de hogares. En su base estaba, como dijimos, la familia. Cuando alguno de los hijos se casaba, llegando la hora de que se "separase" del hogar, el padre le daba lo necesario para construir su casa propia junto con algunas herramientas, y la comuna le asignaba un recinto en el pueblo así como el número deseado de parcelas en el campo. De este modo se constituía un nuevo hogar. Cada año las aldeas se acrecentaban y aparecían algunas *isbás* nuevas.

La comuna no existía sólo durante sus asambleas, sino que era una comunidad de todos los instantes. Reuníanse, sin embargo, dos o tres veces por mes, generalmente el domingo después de la misa. No había convocatorias formales, ni orden del día, ni reglamento, ni votaciones; cada uno conocía de antemano los temas por tratar. Las "deliberaciones" eran desordenadas, los "discursos" abundaban en disgresiones y bromas, e incluso a veces se llegaba a la violencia. Pero, después de haber divagado y gritado mucho, a la manera rusa, se llegaba a una decisión común.

Contaba la comuna con un "delegado", encargado de coordinar las actividades, y otros miembros responsables, como por ejemplo el sereno, que vigilaba de noche, no tanto por los ladrones cuanto para avisar en caso de incendio, y los pastores, allí tan necesarios, ya que los animales eran siempre guardados en común. También la comuna tenía su propio sacerdote, así como el "consejo de la parroquia" o "fábrica", que atendía materialmente la iglesia, votando los fondos necesarios para su mantenimiento.

100 Según los etimologistas, la palabra *"mir"* significa mundo, universo, microcosmos perfecto y cerrado, que se basta a sí mismo y se rige por sus propias fuerzas.

La función más característica de la comuna era la distribución de la tierra[101]. Cada familia poseía a perpetuidad su propia casa y terrenos aledaños como el jardín o huerto. Pero los campos eran comunales. Su división entre las familias se hacía cada 9, 12 o 15 años. El fin de esas redistribuciones era volver a establecer la equidad que al fin de un tiempo tan prolongado necesariamente se veía resentida, ya que algunas familias se habían acrecentado y otras restringido. Todo cambio definitivo en el número de miembros de una familia entrañaba la modificación de su propiedad fundamental[102].

Cuando una institución se halla tan en armonía con el espíritu de un pueblo, significa que no carece de valor. Los eslavos llevan en su sangre la inclinación a agruparse en comunidad. Ello es advertible no sólo en el mundo agrario, sino también en las ciudades, con sus antiguas corporaciones obreras llamadas *arteles*. Lo cierto es que el *mir* contribuyó a crear en la aldea rusa los hábitos de la administración autónoma y de la libertad municipal. A su amparo el hombre diseminado en las vastas estepas encontró un verdadero hogar. "El cielo está muy alto, y el Zar muy lejos", solía decir melancólicamente el labriego que era víctima de alguna injusticia. Su único arrimo fue el *mir*.

¿A qué debió el *mir* su vitalidad? A que no nació en la mente de un utopista ni de un ideólogo, sino que lo produjo el clima ruso, el alma rusa, el tipo de familia rusa, de donde arranca toda la organización del Estado ruso. La familia es una especie

101 En la cosmovisión rusa la tierra era de Dios, único propietario verdadero y absoluto de la misma. Hasta cierto punto, lo era también el "padre-zar" ortodoxo, en cuanto delegado de Dios para regir la tierra rusa.

102 Sobre el tema de la comuna o *mir*, cf. P. Pascal, *Civilisation paysanne en Russie...*, pp. 29-43. Solzhenitsyn ha señalado los pros y los contra de esta institución: cf. *Août 14*, Sevil, Paris, 1983, pp. 556 ss.

de abreviado municipio; el municipio, dilatación de la familia; y todo el pueblo ruso, comunidad inmensa, colmena gigante a cuya cabeza está el Zar[103].

La sabiduría del aldeano ha quedado condensada en numerosas recopilaciones y florilegios de cantos y refranes del campo ruso[104]. Entre los grandes literatos quizás sea Gógol quien haya captado mejor el alma del campesino ruso. Véase cómo describe en *Almas muertas* la primavera en un pueblo: "De pronto se pobló la tierra, se despertaron los bosques, se rompió el silencio de los prados. Se oyeron los coros en la aldea. Todo invitaba a pasear. ¡Qué vivo era el color verde! ¡Cuánto el frescor en el aire! ¡Cómo trinaban los pájaros en los jardines! ¡Era un verdadero paraíso de gozo y alegría! La aldea cantaba y retumbaba como en una boda"[105]. En la misma obra un personaje dice a su protagonista, Chichikov: "Es necesario amar el trabajo; sin eso no se puede hacer nada. Hay que encariñarse con la finca. Y, créame, esto no es aburrido. Se inventa que la aldea es aburrida, pero yo me moriría de aburrimiento si tuviera que pasar un día en la ciudad, en esos absurdos clubs, tabernas y teatros. ¡Son unos necios, unos tontos! ¡Es una generación de asnos! Un propietario no puede, no tiene tiempo para aburrirse. En su vida no hay ni un ápice de vacío, todo está lleno. Basta con la diversidad de las ocupaciones, ¡y qué ocupaciones! Son ocupaciones que elevan el espíritu. En este trabajo, el hombre va junto con las estaciones, con la naturaleza, tomando parte en

103 En el lenguaje popular se revela el concepto oriental del Estado como familia, cuando el labriego da al superior o al Zar el nombre de padre: cf. E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia*..., pp. 68-76.

104 Véase, por ejemplo, las "Canciones populares blanco-rusas", recopiladas por P. Schein, o "Materiales para el estudio de la vida y la lengua de las poblaciones rusas del noroeste", con canciones del nacimiento, bautismo, bodas, fiestas religiosas, cosechas, funerales, cantos de peregrinos, y también proverbios, juegos, etc.

105 *Almas muertas*, en Obras Completas, Aguilar, Madrid, 1968, t. II, cap. IV, p. 1189.

todas sus manifestaciones... No encontrará usted un placer semejante en el mundo entero. En esto es precisamente en lo que imita el hombre a Dios. Dios se reservó la Creación por ser un placer superior, y exige que el hombre sea un creador del bienestar en torno suyo. ¡Y a eso le llaman un trabajo aburrido!"[106].

Por desgracia, la descripción que hemos hecho del aldeano ya no corresponde casi a la realidad actual. El comunismo ha violentado el alma rusa, y por tanto también al aldeano, su más perfecta encarnación, como lo expondremos más adelante. Sin embargo, era conveniente conocer lo que éste fue en su momento, y de algún modo sigue siendo todavía, a pesar de las apariencias, ya que la piel del aldeano suele ser bastante dura...

VIII. EL ANTIRRACIONALISMO DEL HOMBRE RUSO

Agudamente observa Schubart cómo, para el hombre prometeico, a la dictadura sociológica de las normas responde en lo psicológico la dictadura de la razón. También en esto Kant es un autor fundamental. Completamente distinta es la postura espiritual de los rusos, que viven un poco a la buena de Dios. El ruso es visceralmente antirracionalista, dejando que sus sentimientos se desborden cual corceles impetuosos que no se dejan uncir con facilidad a la carroza de la razón. De ahí que la vida rusa sea más viva, más vibrante, menos trabada que la europea.

106 Ibid., pp. 1165-1166.

El pensador ruso tiende a ser poeta. La mejor filosofía rusa ha de ser buscada en obras que, por lo que atañe a la forma, pertenecen al género de la literatura. Según Berdiaev, el filósofo más grande entre los rusos no es otro que Dostoievski. Para la manera de entender del ruso lo permanente y eterno sólo puede ser expresado, mas no comprobado; el análisis solamente sirve para descubrir lo que pertenece al nivel de lo perecedero. Por eso a los silogismos prefiere los símbolos. Las verdades son símbolos de lo absoluto, parábolas, poesías. El modo de pensar oriental ha sido siempre así. Siempre ha tenido algo de profecía, de sacerdocio, de visión. El hombre prometeico –hecho en base a la disciplina y la voluntad– es un conquistador del conocimiento. La verdad no se le entrega, sino que él se apropia de ella.

El hombre occidental, prosigue Schubart sus observaciones sobre este tema, no se interesa demasiado por el conjunto. Lo confunde con lo completo. Sólo conoce el todo como suma de sus componentes. Partiendo de lo puntual, quiere llegar a través de lo mucho hasta la totalidad, conquistándola fatigosamente trozo a trozo. Mas la universalidad no es algo cuantitativo. No consiste en saber lo más posible, sino en considerar las cosas dentro de su trabazón arquitectónica; no conocerlo todo, sino descubrir lo esencial. La cultura prometeica descansa en el número. El intento de Galileo era medir todo lo susceptible de medición, y procurar hacer susceptible de medición todo lo que no lo era todavía. La estadística es una ciencia auténticamente europea.

El hombre prometeico es el hombre de la parte, un especialista, un conocedor exhaustivo de una región bien concreta del saber. En la región vecina ya es un analfabeto. Penetra con la mirada en profundidad, pero no ve el conjunto. Es preciso, pero le falta grandiosidad. En cambio el hombre ruso es, con todas las ventajas y deficiencias que ello entraña, el hombre de la visión universal. Tiende siempre a ver unido lo que al parecer está se-

parado. De ahí que entre los rusos es posible, aún hoy, encontrar investigadores de ciencias exactas que son también verdaderos místicos. Florenski, pensador profundamente religioso, fue al mismo tiempo un gran experto en electrónica. Asimismo el ruso une la política con la vida espiritual. Esta tendencia a lo universal no deja de tener, como insinuábamos líneas arriba, su cara negativa. Con facilidad el pensador ruso se desanima ante una empresa demasiado ardua, a la que tendría que dar cima. No sabe dividir. No sabe contentarse con una parte. Todo lo quiere descubrir de golpe, y cuando ello no le resulta posible, se desconcierta y fácilmente se cruza de brazos.

El carácter simbolista y poético del filósofo ruso lo conduce al rechazo de los sistemas demasiado terminados, tales como los que trató de construir la filosofía moderna de Occidente. Considera como una osadía fuera de lugar el intento de apretujar en un sistema la compleja plenitud del mundo. Bulgákov lo calificaba de "manía hegeliana". Lo que le impide ser un pensador sistemático no es tanto la falta de penetración intelectual sino la humildad ínsita en su alma. A sus ojos los sistemas clausurados desgarran el delicado tejido de la verdad. Por eso prefiere la forma modesta de la contemplación, sobre la base de que el pensamiento sólo debe reflejar, no sojuzgar, y por eso también se expresa preferentemente en ensayos, en escritos de ocasión o en poesías. Así piensa desde tiempos inmemoriales el Oriente: en símiles, proverbios, parábolas. Los libros más profundos del Oriente propiamente no acaban, sino que se detienen[107].

Este modo de reflexionar se refleja en el idioma. La *lengua rusa*, afirma Weidlé, carece de la precisión conceptual propia de las lenguas occidentales; es imprecisa hasta en su fonética. Los

107 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 106-117.

sinónimos rusos difieren más bien por matices irracionales y poéticos que por divergencias de sentido que podrían definirse con exactitud. El idioma ruso, a su vez, es más concreto, más cálido, más cordial, más próximo a las cosas y a las emociones, singularmente adecuado para traducir una experiencia "vivida"[108].

Dicha inclinación tiene también incidencias en el campo de la teología y el culto. La *teología* rusa no puede ser de impostación racional, puesto que para el ruso, "racional" es casi sinónimo de "racionalista". Los teólogos bizantinos, fieles a la máxima del Damasceno: "No decir nada que salga de nosotros", no se atrevían a consignar en los escritos sus elucubraciones personales. Aplicar a la exposición de los dogmas la especulación filosófica y el análisis metafísico, les parecía un crimen de lesa patrística, una especie de atentado contra las Sagradas Escrituras. Bastaba con parafrasear los conceptos ya elaborados en tiempos pretéritos por los grandes teólogos. Rusia heredó este estilo de Bizancio. Por eso también en el campo teológico se muestra el antirracionalismo radical del alma rusa: para la ortodoxia, las ideas son poco menos que armas de la cultura laica en orden a la implantación de una organización terrestre. La Iglesia ortodoxa mira con preferencia a lo eterno y no a lo temporal, lo que explica su actitud prevalentemente apocalíptica[109].

Quizás se deba a ello la importancia capital que reviste la liturgia para el alma rusa. Varias son las razones que confluyen: la belleza teológica y estética insuperable de las liturgias orientales; el temperamento propio de los rusos, mucho más inclinado a las percepciones sensibles y simbólicas que a la especulación escolástica; el analfabetismo del pueblo, para quien el culto es el libro

108 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, p. 188.

109 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, p. 102.

abierto de la fe, y, por último, la carencia de una literatura estrictamente teológica. Precisamente en la piedad litúrgica, los fieles ortodoxos encuentran el ambiente adecuado, donde "no hay que decir nada que salga de nosotros", donde no hay que razonar, sino introducirse en la nube de incienso vertical que, según un escritor ruso, "bajo la acción de los rayos del sol espiritual trinitario se convierte en vapores místicos y se disuelve *in Excelsis*"[110].

IX. EL SOBRENATURALISMO DEL HOMBRE RUSO

Lo que el alma rusa, indeclinablemente creyente, concibe como el mundo "natural", no es el mundo al que nosotros consideramos tal, el cosmos sometido a la fijeza de las leyes físico-matemáticas. Para el ruso lo natural es lo *sobrenatural*, el mundo místico, patente a los ojos de los santos, en el que entrevé la verdadera naturaleza, la realidad sustancial, el estado *normal* de las cosas. Lo que el alma ortodoxa rusa se representa como el verdadero mundo de Dios no es, pues, el cosmos, donde las leyes naturales parecieran prevalecer sobre el Legislador divino, donde la pretendida inmutabilidad de las leyes físicas pareciera más bien disciplinar a Dios que estar disciplinada por Él.

El otro es el verdadero universo. Y así el hombre ruso todo lo sobrenaturaliza, aun lo que pertenece al orden natural. O, más bien, interpretando con exactitud la idea mística rusa, lo "sobrenatural" es para él lo "verdaderamente real". Los santos tauma-

110 Cf. ibid., pp. 100-101.

turgos no hacen sino correr el telón de fondo que separa al hombre de la realidad efectiva, permitiéndole entrever el mundo tal como lo ha ideado y creado Dios[111]. Por cierto que semejante actitud no deja de tener serios peligros: ignorar la debida distinción de lo natural y lo sobrenatural, desconocer la gratuidad del orden sobrenatural, pensar que lo "natural" es irreal, e incluso inexistente.

De este "sobrenaturalismo" se deriva el menosprecio que el alma rusa experimenta por la sabiduría y prudencia humanas. El orden de cosas donde interviene la justicia humana, es un orden malo, un orden antievangélico, anticristiano, por mucho que lo llamen natural. El evangelio de Cristo y el orden natural, las bienaventuranzas y la prudencia humana, son dos cosas que mutuamente se excluyen. Y así, con el "absolutismo" que caracteriza su pliegue mental, no vacila en declarar que el orden natural es el ámbito del demonio. No hay más que dos caminos por seguir: o sublimar dicho orden, lo que quiere decir "sobrenaturalizarlo", en la perfecta santidad, o abolirlo del todo, dirección hacia la que impele la rebeldía rusa, nacida bajo la forma del nihilismo, acerca del cual luego trataremos ampliamente[112].

No hay que buscar escapatorias, insiste el ruso, los reinos de este mundo, con su gloria, son del demonio, y le han sido entregados. Sigamos su razonamiento: ¿Sobre qué se basa el orden natural que sirve de fundamento a los reinos de este mundo? Sobre la ética que, a su vez, se apoya sobre la justicia. Pero Cristo dijo: "No juzguéis", porque la justicia es sólo de Dios. De ahí que, aun cuando el ruso cumpla de hecho con "el deber", podría decirse que no lo ama. Por cierto que semejante menosprecio del deber, e incluso el lugar que se atribuye a la caridad casi como supliendo

111 Cf. ibid., p. 104.
112 Cf. ibid., p. 172.

a la justicia, pueden acarrear serias consecuencias, no sólo en el campo de la doctrina sino también de la práctica; sin embargo, no carecen de belleza y contribuyen a corregir en alguna medida el modo como el Occidente entiende a veces la moral, reduciéndola a un catálogo de prohibiciones y a una idea del bien que se agota en la obediencia a un principio abstracto. El fariseísmo no es, por cierto, la tentación del ruso; sus pecados son los del publicano[113].

X. LA RELIGIOSIDAD DEL HOMBRE RUSO

El ruso es un hombre naturalmente religioso, e incluso no resulta exagerado hablar del cristianismo innato del alma rusa.

Enmarca esta instintiva religiosidad el ambiente de *silencio* que envuelve la existencia del hombre ruso. En la leyenda de Dostoievski sobre el Gran Inquisidor, la imagen de Cristo queda encubierta y difuminada, como en una figura de Rembrandt, y envuelta en un denso e impenetrable silencio, mientras el Gran Inquisidor habla, acusa, se justifica. Ante ese silencio tan enormemente elocuente, el juez va perdiendo poco a poco su seguridad. Finalmente Cristo le da una respuesta que lo desarma; lo besa y se retira. En este silencio hay todo un mundo.

Porque, como afirma Schubart, existen culturas de la palabra y culturas del silencio. Tras las culturas de la palabra está el hombre dominador, el hombre de acción, el hombre abocado a

113 Cf. ibid., pp. 199-200.

los asuntos de la tierra. Tras las culturas calladas está el hombre que se entrega, el hombre contemplativo y vertical, el hombre de cara a lo eterno. Las culturas impregnadas de religiosidad, vueltas hacia lo interior, buscan el silencio y de él se rodean.

La Europa moderna es una civilización centrada en la palabra, civilización legalista, civilización racionalista. Siendo como es una civilización prometeica, no puede menos de ser una civilización de la palabra y de una palabra violada, degradada. Con Wagner la palabra tomó a su servicio la música y por mediación de Lutero entró en el *sancta sanctorum*. Una cultura de estepas se complace, en cambio, en el silencio[114].

Predispone asimismo a la religiosidad la connatural *sencillez* del hombre ruso. "La raíz de todo lo complejo debe hallarse en la sencillez –escribió un obispo ortodoxo ruso, el príncipe Juan Schakovskoy–. Faltando ésta, lo complejo se convierte en caótico". Los *staretz*, faros espirituales de la vida interior rusa, recomendaban sin descanso la sencillez e infancia espiritual. "El santo ruso huele a los pinos de sus bosques", dijo un escritor francés.

Para una mejor inteligencia de la religiosidad propia del hombre ruso, ayudará la consideración de los principales *tipos de santidad* que ha predileccionado la Iglesia ortodoxa rusa. Junto a los santos guerreros, cuyas imágenes ornan con tanta frecuencia las columnas y paredes de los templos, se destacan los *staretz*, representantes de la santidad monacal anacorética y cenobítica; los llamados "pacientes" (*strastoterpets*), y los denominados "locos por Cristo" (*iuródivi*). De los "*staretz*" trataremos ampliamente en el próximo capítulo.

114 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 151-154.

Entre los santos príncipes de Rusia los hubo que perecieron de muerte violenta, sin oponer resistencia a sus adversarios, ya sea asesinados por sus enemigos políticos, como Boris y Gleb, ya condenados a muerte en la "Horda"de los soberanos tátaros. Aunque los motivos de su muerte sean atribuibles a causas diversas, el pueblo ruso los designó a todos con el nombre de "pacientes", o *strastoterpets*, que literalmente quiere decir los que han "padecido" una pasión análoga a la Cristo[115].

Fue asimismo un "paciente" el metropolita Felipe de Moscú, ahorcado en la cárcel por orden de Iván el Temible. Hay algo de "paciente" en San Serafín de Sarov, quien no se defendió contra los bandidos que le atacaban en el bosque; e incluso en el pequeño hijo de Iván el Temible, el *tzarevitch* Dimitri, al parecer asesinado. Entre los "pacientes" hubo príncipes e hijos de labriegos, laicos, obispos y monjes. Todos ellos tienen algo de común con los mártires por el hecho de haber aceptado con resignación y aun gozosamente la muerte, renunciando a la huida y al enfrentamiento. Para el pueblo ruso son víctimas puras, que "sin resistencia" se inmolaron en sacrificio, a ejemplo de Cristo, prototipo de los que sufren inocentemente y aceptan la muerte por amor, en lugar de los culpables. En la polifacética figura de Cristo el pueblo ruso vio sobre todo el Cordero de Dios, humilde y manso, que carga los pecados del mundo y se ofrece en expiación. Contemplando a sus "pacientes", tuvo la intuición de un sacrificio semejante, y por eso los ha venerado como santos y hermanos predilectos de Cristo.

En cuanto a los "locos por Cristo" o *iuródivi*, en ninguna parte este género de vida tomó proporciones semejantes como en Rusia. La "locura por Cristo" designaba esa especie de ascesis que con-

115 Cf. E. Behr-Sigel, *Prière et Sainteté dans l'Église russe*, Cerf, Paris, 1950.

sistía en hacerse el idiota, pasar por loco, exponerse a las burlas, las injurias y los golpes por amor del Señor, para serle agradable y ganar con seguridad la vida eterna. La Iglesia canonizó a algunos de ellos. Es bajo la advocación de un *iurod* llamado Basilio (*Vassilyi*) que la devoción popular rusa puso una de las iglesias más notables de Moscú: la de San Basilio, sita en la Plaza Roja.

La mayoría de los "locos" rusos se contentaban, por lo general, con cometer extravagancias y excentricidades, lo cual se prestó, por cierto, a la aparición de iluminados. Pulularon los locos por Cristo durante los siglos XIV y XV, y luego de una breve desaparición, que coincide con una época de "parálisis eclesiástica", volvieron a reaparecer. Algunos de ellos –Nicolás Salos, por ejemplo, que enfrentó nada menos que a Iván el Temible–, creyéndose los portavoces de la conciencia popular, se dedicaban a decir cosas desagradables a los zares y a sus consejeros, o amotinaban las multitudes en tiempos de escasez contra los aprovechadores del pueblo desvalido. Durante la época de Pedro el Grande y sus inmediatos sucesores, "los locos" perdieron todo su prestigio. Pero en el siglo siguiente volvieron a levantar cabeza. Semejantes a los profetas del Antiguo Testamento, se servían de la "locura" para fustigar "el buen sentido" y la moral farisaica de los llamados "justos", atreviéndose a censurar a quien fuese necesario hacerlo.

En lo sustancial se trataba de una humillación de la razón natural, de la muerte a la "sabiduría humana", en aras de una sabiduría nueva, sobrenatural, la "sabiduría del corazón", entendiendo que la sabiduría sobrenatural se apodera del corazón sólo después de haber sido humillada lo que se llama la "razón natural". Para el pueblo ruso, los locos por Cristo han sido siempre –incluso bajo el régimen comunista– la imagen viva de aquellos "pequeños", de aquellos "pobres de espíritu", de aquellos "niños" e "inocentes", a quienes han sido revelados los misterios del reino. La "locura de la cruz", predicada por el Apóstol –"Dios

eligió la necedad del mundo para confundir a los prudentes" –, la sabiduría misteriosa y oculta de Dios, eso es lo que el cristiano ruso admira y venera en sus locos por Dios[116].

Numerosos son, pues, los tipos de santidad en que se concreta la religiosidad de los rusos. En el tropario de la fiesta de Todos los Santos, el pueblo ruso le dice a Dios: "Como un fruto de tus semillas, Señor, la tierra rusa te entrega todos los santos que la han iluminado...".

Según Schubart la religiosidad propia del hombre ruso encuentra en Occidente una especial analogía en la espiritualidad de San Francisco de Asís. No hay en Europa otra institución que esté tan saturada de espíritu ruso como la Orden por él fundada. Francisco, el más ruso de los santos occidentales, repetidas veces ha sido comparado con Serafín de Sarov. En la patria del Poverello, en la Umbría y la Toscana, circula mucha sangre eslava por las venas de los campesinos, recibida de los vénetos, los fundadores de Venecia, que eran eslavos, oriundos de los Cárpatos, como los rusos. No resulta, pues, extraño que Dostoievski se haya acordado del pueblo ruso al conocer a los campesinos de Italia. "Los rusos que viajan por Italia –escribe Liubov Dostoievski en la biografía de su padre– muchas veces quedan sorprendidos por encontrar en la Italia Central el mismo tipo de campesino que en Rusia. La misma mirada dulce y paciente, el mismo sentimiento de renuncia, el traje, el modo de ser, la manera de atarse el pañuelo a la cabeza, coinciden por completo. Por esto aman tanto los rusos a Italia. La consideramos un poco como nuestra segunda patria"[117].

116 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, pp. 138-142.

117 Cit. en W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, p. 178.

XI. LA CULTURA RUSA

Las costumbres del aldeano, el sentimiento religioso que trasuntan tantas leyendas y tradiciones, y que se encontraba todavía vivo en vísperas de la Revolución, todo ello es algo bellísimo en sí y constituye lo que podría llamarse la cultura popular. Trátase de un pueblo que canta hermosas canciones y que construye conmovedoras iglesias blancas al borde de los bosques o a orilla de los ríos, de un pueblo bien dotado y lleno de habilidad para las artes manuales.

Pero si consideramos el patrimonio estrictamente literario de la antigua Rusia, lo primero que resalta es su pobreza en comparación con la extraordinaria riqueza del folklore ruso. En el fondo, se trata menos de una literatura que de un cierto número de obras aisladas, algunas singularmente bellas, escritas por lo general en prosa, ya que casi todo lo que la antigua Rusia creó en forma de poesía ha llegado hasta nosotros por vía oral y pertenece al vasto terreno de la poesía popular. La obra de mayor envergadura que nos ha legado dicha literatura es el famoso "Cantar de la hueste de Igor" (o "Relato de la batalla" de ese príncipe). A ello habría que agregar los notables sermones de Cirilo, obispo de Turov, que datan más o menos de la misma época, es decir, de fines del siglo XII.

En lo que atañe a la pintura, ésta conoció su época de oro en el siglo XV, que alcanza su cumbre en Andréi Rublev, y se cierra con los frescos admirables del maestro Dionisy que ornan el monasterio de Therapóntov, en la Rusia septentrional.

La arquitectura rusa tiene larga tradición. Un estilo arquitectónico exquisito floreció en el ducado de Vladímir-Suzdal a

fines del siglo XII y principios del XIII; otro más rudo pero de gran belleza empezó a desarrollarse un poco antes en la región de Nóvgorod, y no declinó hasta 100 o 200 años más tarde. Durante el siglo XVI, en los alrededores de Moscú, e incluso en la misma capital, aparece un nuevo estilo que parece inspirarse en la arquitectura de madera del Norte de Rusia, sin renunciar del todo a la manera de Nóvgorod y de Suzdal. Este tercer estilo es, sin duda, el más original, el más espontáneo que haya creado Rusia. Finalmente un grupo muy interesante de iglesias moscovitas que datan de los últimos años del siglo XVII constituye, en vísperas de la desaparición definitiva de la Rusia tradicional, la primera tentativa de un estilo nuevo que se inspira también en la arquitectura de madera, pero esta vez de Ucrania. Cada uno de estos cuatro estilos arquitectónicos produjo algunas obras maestras[118].

Si consideramos en su conjunto la cultura de Rusia no podemos dejar de advertir cierta semejanza con la cultura de Grecia. Platón influyó tan profundamente en el modo de pensar ruso que pudo decir Bulgákov: "Platón nos pertenece profundamente a nosotros, los rusos". Un icono de Rublev se halla en relación más directa con la herencia artística griega, por la plenitud y carácter rítmico de sus formas, que cualquier obra italiana de la misma época, de Masaccio o Ghiberti. Resulta notablemente sugestivo que, como señala Weidlé, los términos rusos que designan ciertos estados de ánimo elevados, tales como los de meditación, contrición, aspiración a la sabiduría, a la humildad, a la castidad, a la bondad activa, no sean sino la exacta traducción de compuestos griegos, y hayan conservado esa marca distintiva de las nociones morales concebidas por los griegos y que consiste en la fusión de la idea de bien con la idea de lo bello. Decía Rozánov que "la ortodoxia responde admirablemente a las necesidades del alma

118 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, pp. 44-49.

armoniosa, no a las del alma turbulenta" Pues bien, si alguna vez existió una cultura del alma armoniosa, ésta ha sido, a pesar de todo lo que pueda afirmar Nietzsche, la de la antigua Grecia[119].

El espíritu armónico impregna toda la tradición cultural y religiosa de los rusos. Armonía hay en el rostro del sacerdote ruso, hombre de ojos bondadosos y facciones serenas. "El tipo del santo ruso –escribe Arseniev– se distingue en general por la tranquila y mesurada actitud espiritual, por el rostro radiante, por la suavidad y sobriedad, sin mezcla de altanería e histerismo, por la virilidad y humildad al mismo tiempo". Idéntica atmósfera de armonía irradian los iconos de Rublev y de Dionisy, así como las antiguas construcciones rusas, como por ejemplo la iglesia de San Demetrio en Vladímir. El sentimiento ruso de la armonía encuentra su expresión más perfecta en el misterio del Verbo encarnado. La unión de la divinidad y humanidad en Cristo es para los rusos, al decir de Bulgákov, "el corazón propiamente dicho del cristianismo"[120].

Como lo insinuamos más arriba, los rusos establecen una estrecha relación entre la belleza y la bondad. En antiguo eslavo, o sea en el lenguaje eclesiástico ruso, la palabra *dobrotá,* que significa el bien, incluía asimismo una referencia a la belleza; era, pues, una belleza buena, una bondad bella. Así como el ruso no consiente que la verdad y la realidad estén divorciadas, y para designar a ambas emplea un mismo término: *pravda*, vocablo que significa lo que es y lo que tendría que ser, de manera semejante no puede concebir que una cosa sea bella si no es al mismo tiempo buena y verdadera: en tal caso no sería sino una expresión retórica, un adorno hueco, pura vanidad.

119 Cf. ibid., pp. 18-19.

120 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 72-73.

Señala Weidlé que en el campo de las artes muestra el ruso un singular menosprecio por las formalidades, en las que tiende a ver como una máscara, un velo brillante que probablemente nos está engañando acerca de la verdadera naturaleza de lo que envuelve. A ningún pueblo le atrae menos la superficie de las cosas, y ninguno tan inclinado a preferirla grosera a fin de estar seguro de que no lo engaña. Le cuesta aceptar que una verdadera cordialidad pueda ir unida a una impecable cortesía. Este antiformalismo, que signa a la cultura rusa, se manifiesta de manera peculiar en el uso del idioma. Rusia poseyó una lengua literaria común sólo a partir del siglo XVIII y, como anota Weidlé, aún hoy ésta sigue vacilante en ciertos aspectos, incluso en lo que se refiere a la pronunciación de algunas palabras. Semejante falta de disciplina lingüística, que no carece de inconvenientes, trae como corolario una flexibilidad y una libertad de expresión que superan a las de las lenguas de Europa occidental. Las palabras apuntan menos a la referencia exacta que a la resonancia profunda y son más bien símbolos que signos. Por eso la lengua poética está mejor trabajada y más desarrollada en Rusia que la de la prosa.

El más grande de los filósofos rusos de oficio, Soloviev, escribió su última obra en forma de diálogo. Después de él, Rozánov ha dado lo mejor de sí en forma de breves apuntes familiares, deshilvanados a designio y redactados en un estilo absolutamente intimista, cuya voluntaria negligencia no tiene igual en la literatura universal. En cuanto a los novelistas, por lo general la lengua es conscientemente rugosa, incluso en Dostoievski, cuyo genio elevó el habla de los pequeños funcionarios a la cumbre de la poesía y le confirió sabor metafísico.

La gramática musical de Occidente, de la cual se había servido Glinka con facilidad y eficacia, disgustó a sus sucesores, pareciéndoles un corsé del que era preciso deshacerse a cualquier precio. Mussorgsky y Tchaikovsky, los más rusos de los músicos

rusos, se sirvieron de métodos opuestos: el primero, rebelándose directamente contra ella, sin haberla conocido a fondo, por lo demás; el segundo, asumiéndola, pero sin aceptarla del todo, por lo que en él la emoción desborda la forma[121].

Digamos para terminar, que si consideramos de una manera global el conjunto de la cultura rusa, advertimos que toda ella está impregnada de cristianismo, así como la tierra rusa está sembrada de cúpulas y de cruces. La arquitectura rusa es religiosa. La pintura, con Rublev a la cabeza, es esencialmente religiosa. La literatura, con sus Gógol, Dostoievski y Solzhenitzyn, está embebida de religión. El pensamiento, con los padres Bulgákov y Florenski, con Soloviev y Berdiaev, es espiritualista por excelencia. La música, con Mussorgsky y Tchaikovsky, está llena de resonancias religiosas.

XII. MESIANISMO Y NIHILISMO DEL HOMBRE RUSO

Señala Schubart una característica del alma de tipo mesiánica, como es el alma rusa: mientras conserva la esperanza de poder redimir el mundo privado de su armonía, sigue soñando en el triunfo final. Pero cuando ve que el pecado ha logrado la victoria, fácilmente exclama con desdén: Si el mundo es malo, allá se las haya. Así llega al nihilismo, al ansia vigorosamente apocalíptica, al deseo de presenciar el final trágico de la historia. Y entonces el alma mesiánica del ruso, decepcionada, se lanza como

121 Cf. W. Weidlé, *Rusia ausente y presente...*, pp. 190-196.

ebria a su propia perdición. El nihilismo es el mesianismo que se invierte, que ha perdido la esperanza. No habrá ya redención, sino por el aniquilamiento de todo lo perecedero. Al no poder convivir con la nueva realidad, el hombre ruso se convierte en un destructor desesperado: este mundo no tendría que existir, es preciso hacerlo desaparecer. Así, de un pueblo de aldeanos y de santos los rusos se transforman en un pueblo de revolucionarios. Pero no se detienen en el acto mental de la rebeldía. No quieren aguardar con los brazos cruzados que el mundo pecador sea destruido por el castigo de un juez divino. Su exaltación apocalíptica no les permite esperar por más tiempo. Sienten la urgencia de ayudar, de colaborar. Ellos mismos tienen que destruir el mundo, son ellos los que deben acelerar su aniquilación. Esto es lo que se esconde tras el nihilismo ruso. Es la religiosidad rusa que se venga de la Europa ateizada y prometeica, la revancha tardía contra Napoleón. Con la Revolución bolchevique comienza el saldar cuentas con la Revolución francesa.

Lo importante es advertir hasta qué grado el nihilismo ruso es de carácter religioso. El ruso es un pueblo eminentemente mesiánico. Lleva el mesianismo en su sangre. Si un día se vuelve nihilista es porque no puede dejar de ser religioso, no puede instalarse en la mediocridad. Volveremos sobre este tema en el volumen dedicado al análisis de la Revolución bolchevique. Encontraremos muchos rasgos religiosos, teológicos y mesiánicos –si bien invertidos– en ese proyecto satánico. Recalquemos, por ahora, que el nihilismo ruso es un sentimiento religioso que pasó a la negación. El nihilista ruso encuentra en su obra destructora un "gozo creador", como lo confiesa explícitamente Bakunin. Siente sordamente que al destruir el "orden" actual hace posible otro nuevo y mejor, ofreciendo el holocausto a un Dios que no conoce o no reconoce. Un pensador tan elevado como Soloviev, con sus esperanzas cristianas de salvación, y uno tan desenfrena-

do como Bakunin, con sus blasfemias antiteas, tienen la misma capa profunda de alma. En el primer caso el acento se carga sobre lo positivo, la expectación de lo que vendrá; en el segundo, sobre lo negativo, la destrucción de lo antiguo[122].

Los sacudimientos más hondos que agitan a Rusia son siempre los que nacen de su sed de ideal. "Para mí –escribe Pardo Bazán–, este carácter hace simpático al nihilismo: manifiesta un pueblo joven capaz de ilusión histórica y de sublimes calenturas. Me concreto a exponer, no juzgo a los únicos revolucionarios que ya existen en el mundo; tengo bien poca afición a las revueltas políticas, pero al indiferentismo egoísta que invade a ciertas naciones, creo que prefiero los apasionados extremos y hasta los desbarros del nihilismo. En política, como en arte, me cautiva lo que vive"[123].

El comunismo soviético con su burocracia y su ateísmo no es, ni de lejos, una idea rusa sino europea. En cambio, es auténticamente rusa la manera como ese sistema fue aplicado en la URSS por sus seguidores y como fue recibida por sus adversarios. Los bolcheviques lo levantaron a la categoría de absoluto e hicieron de él un movimiento casi sacro. Los adversarios, por su parte, vieron en dicho sistema una vigorosa actuación del Anticristo[124]. Las fórmulas y métodos revolucionarios vinieron de afuera, pero encontraron tendencias que no esperaban sino una coyuntura favorable para manifestarse. La filosofía del nihilismo marxista se abreva en fuentes occidentales, no cabe duda, y sin embargo, sólo allí, en Rusia, pudo aplicarse con tan temible precisión.

122 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 82-84.

123 E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia...*, pp. 122-123.

124 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 148-149.

XIII. EL ESCATOLOGISMO DEL HOMBRE RUSO

La nostalgia del fin del mundo es un anhelo que se anida en el fondo del espíritu ruso, y ha encontrado expresión literaria en no pocos autores. "¿Qué ruso no se alegrará de ir aprisa? –escribe Gógol en *Almas muertas*–... anhela el vértigo...¿No te precipitas también tú, oh Rusia, como una triga vertiginosa, inalcanzable?". El último escrito de Soloviev, *Tres conversaciones*, es apocalíptico. Dostoievski anunciaba: "Se acerca el fin del mundo". Y Tolstoi: "El género humano tiene que extinguirse". Petchiorin lo anhelaba: "¡Cuán dulce es esperar el ocaso de la patria y ver en ruina la aurora universal del renacimiento del mundo!". Berdiaev preveía la conclusión de la historia en un porvenir no muy lejano. Mencionemos, por fin, un texto de la *Visión de un anónimo*, porque es muy característico de la tendencia escatológica que se anida en aquel pueblo: "Yo quisiera que toda mi ciudad natal, Románov, afluyera a orillas del Volga, con las mujeres y con los niños; que todos se precipitasen al agua y se sumergiesen hasta el fondo, para no dejarse engañar por las seducciones del mundo. ¡Qué placer si todo el mundo, de un cabo al otro, se incendiase, con todos los ancianos y todos los niños de pecho, para que ninguno de ellos recibiese así la marca del Anticristo! Después de mi ciudad natal, se convertiría en llamas toda Rusia, y después de Rusia quizás todo el orbe terráqueo".

Todos estos autores experimentan lo que se podría llamar "la poesía del ocaso", ese estado de alma al que puede aplicarse la expresión de Nietzsche: pesimismo dionisíaco. Ya no ven manera de resolver el desastre del mundo sino con la muerte del mundo y la suya propia. Mas esta muerte, al menos en su vertiente cristiana, no es un "no" último, sino la puerta oscura a través de la

cual se dirigen a la resurrección. No es la "nada" absoluta lo que anhela el ruso, ni siquiera el nihilista, sino un nuevo nacimiento, la entrada en la armonía definitiva que restaurará, esta vez de manera perfecta, aquella en que se holgaba Rusia hacia el 1200. Esa armonía se perdió mas no fue olvidada[125].

Bien señala Schubart que si no hubieran sentido esta nostalgia del fin, jamás los rusos habrían incendiado Moscú. Con qué naturalidad y qué silencio, cuán sin ostentación, se realizó ese acto de holocausto casi ritual. Ninguna ciudad conquistada por Napoleón le preparó una recepción semejante. ¡Y lo que significa Moscú para los rusos, su ciudad santa! Napoleón advirtió inmediatamente que estaba contemplando algo grande. Hay que leer los relatos de los testigos presenciales, como el del conde de Ségur, para medir el espanto que se apoderó de Napoleón cuando vio elevarse las llamas. "¡Qué hombres! ¡Ellos mismos lo hicieron! ¡Qué inaudita resolución! ¡Son escitas!". Nunca se liberó de semejante impresión. Todavía en Santa Elena se conmovía y profetizaba: "Rusia es el poder que marcha con pasos más agigantados, y con la más grande seguridad hacia el dominio del mundo". Sin embargo, no fue éste el único "incendio" que conoció Rusia. El gozo de quemarse a sí mismo, afirma Berdiaev, es una propiedad nacional rusa. Las llamas se elevaron por primera vez a mediados del siglo XVII, poco después del cisma interno de la Iglesia ortodoxa: a lo largo de veinte años más de 20.000 creyentes se autoincendiaron voluntariamente. No fue aquello un gesto de desesperación, sino un acto ritual de consagración religiosa. El mismo placer de quemarse a sí mismo rebrotó en 1812; y en 1918 se desmandó orgiásticamente. El ruso se complace en ver perecer, incluyéndose a sí mismo. Los ocasos le recuerdan el fin de todas las cosas. Conocida es la costum-

125 Cf. ibid., pp. 84-86.

bre rusa de arrojar, en sus bacanales, las copas contra la pared. En ninguna parte se renuncia con tanta facilidad a los bienes transitorios, incluida la vida. Con un gesto grandioso pasan por encima de todo lo terreno, de lo meramente terreno.

Cuando en cierta ocasión un agitador liberal enalteció ante un grupo de campesinos sus planes de reforma social, uno de ellos exclamó bonachonamente: "Pero ¿qué importa lo de este mundo?". El ruso disfruta de los bienes terrenales mientras éstos están a su alcance, y lo hace, por cierto, con dispendio, sin tacañería de ninguna especie; mas no se siente herido en lo más profundo de su ser si un día se ve obligado a sacrificarlos o a vivir privado de ellos. ¡Con qué gesto soberano Nastasia Filippovna, en *El Idiota* de Dostoievski, arroja los cien mil rublos al fuego![126].

Es quizás este espíritu escatológico el que mueve los pies de los rusos en esa atracción profunda que sienten por las peregrinaciones. Rusia deambula desde hace siglos por bosques y llanuras, en busca de lo que está más allá, en busca de Dios. "Ellos erran, vagabundean de una región a otra, a través de la vieja Rusia, por los bosques y los eriales, empujados por el viento de las estepas. Y todo este mundo canta... el viejo canto llano de la Iglesia búlgara...relatan la historia de Lázaro, el purulento, de Alejo, el hombre de Dios, que en su sed de indigencia y de martirio abandonó la casa paterna para ir no se sabe dónde"[127].

Berdiaev lo ha expresado con palabras precisas: "Todos somos acá abajo peregrinos sin hogar ni lugar. Es de la ciudad futura que tenemos hambre y sed. El vagabundeo espiritual es uno de los rasgos más salientes del carácter nacional. Corresponde perfecta-

126 Cf. ibid., pp. 90-92.

127 Ivan Bunin, *Bouche Close*, Paris, 1922.

mente a lo que se puede llamar «la idea rusa». El tipo del peregrino salido del pueblo es uno de los más notables tipos humanos que la tierra haya engendrado. Pero nosotros tuvimos también peregrinos que pertenecían a la aristocracia del nacimiento y del talento. Todos los pensadores y todos los escritores rusos son peregrinos en busca de la Divina Verdad. El vagabundeo ruso es el reverso de nuestro desinterés por las cosas de acá abajo. Es la antípoda del espíritu burgués" ("La idea religiosa rusa").

XIV. RUSIA Y ESPAÑA

Cuenta H. Smith que un crítico literario ruso le confió lo siguiente: "Siempre nos hemos sentido muy cerca de España. No solamente a causa de su guerra civil. Se trata de un pueblo noble. España es la tierra de la caballería y del romanticismo. Nosotros amamos mucho a Don Quijote"[128].

Es W. Schubart quien ha dejado las páginas más lúcidas sobre las semejanzas que median entre España y Rusia. Resumamos sus observaciones.

España no es deudora de la cultura prometeica como tampoco lo es Rusia; es su contrario, abiertamente o en secreto. De ahí que España no pueda representar el Occidente moderno frente a

128 H. Smith, *Les Russes. La vie de tous les jours en Union Soviétique...*, p. 126. El caballero de la Mancha –comenta Smith– bien podría ser un héroe ruso. Pardo Bazán, por su parte, relaciona también a Rusia con España por el espíritu paradojal que a ambas caracteriza, si bien afirma que Rusia merecería, acaso mejor que España, llamarse el país de los viceversas: *La Revolución y la novela en Rusia...*, p. 143.

Rusia. Más bien los rusos y los españoles deberían aliarse, siendo la Europa actual su enemiga común.

España se yergue frente a Europa, inasequible como un castillo. Si Rusia, también inasequible, es el reino enclavado entre Asia y Europa, España es el reino enclavado entre Europa y África. La historia de ambos países señala curiosas semejanzas. Mientras las restantes naciones de Europa podían desarrollarse libremente, los españoles y los rusos gemían bajo el yugo extranjero. Su lucha contra los infieles –aquéllos contra los moros, éstos contra los tátaros– acrisoló la fe cristiana de ambos pueblos. Casi al mismo tiempo rompieron los lazos de la esclavitud. En 1480, Iván III se niega a pagar el tributo al Khan tátaro; en 1492, Fernando cierra el período de la Reconquista con la toma de Granada. Rápidamente crecen ambos pueblos y fundan reinos de extensión insólita. Y, por fin, la marcha triunfal del mundo prometeico llega a ser fatal para ambos. Ciertamente, los dos logran rechazar la invasión napoleónica. Precisamente fueron los españoles y los rusos quienes por su amor vehemente a la libertad y a sus respectivas patrias infligieron los primeros duros golpes a las huestes francesas. Mas, a la larga, se muestran impotentes contra las ideas de 1789. El virus destructor del relativismo moderno los penetra poco a poco; el siglo XIX llega a ser para ambos una época de revolución incubada. Los primeros brotes revolucionarios coinciden otra vez en la misma época, casi en el mismo año: la revolución liberal de Riego fracasa en 1820; el motín de los decabristas rusos, en 1825. El desenlace es la guerra civil, en 1918 en Rusia, en 1936 en España, con derroche de atrocidad. En ambos casos se trata del choque entre el espíritu medieval, armónico o mesiánico, y la intrusa cultura prometeica; la lucha entre el espíritu del paisaje y el espíritu de la época.

El paisaje español, exceptuando las fajas costeras, es una llanura abrasada por el sol, con un oasis de extraordinaria belleza, una

planicie interminable que por su amplitud puede ser comparada con las estepas rusas. La comparación cuadra especialmente a Castilla, cuna del alma española. El ambiente del paisaje castellano, algo fantasmagórico, con su luz tan abundante, conduce al que lo habita más allá del horizonte del mundo, le señala el infinito, lo pone en cercanía con lo sobrenatural, comunicando a su vida un tono sacro. En este paisaje, cuya sola amplitud ensancha la mirada y el alma, sólo puede brotar, como en las estepas rusas, un hombre de sentimiento universal; y la cultura que logra crear sólo puede ser una cultura de fin.

Sólo Dios basta. Esta es la sabiduría fundamental de España: Dios y el alma; todo lo demás es nada. El rasgo fundamental de su espíritu es la religiosidad. Allí rebotó la Reforma, como al chocar con los rusos. Tampoco cuajó el Renacimiento italiano. ¡Ni Miguel Angel ni Maquiavelo! Frente a la concepción política del teórico florentino fueron precisamente reyes españoles –señores de la tierra en el Siglo de Oro– los que suministraron la contradoctrina práctica, tomando sus decisiones, por decirlo así, ante los ojos de Dios, dispuestos al más riguroso examen de conciencia. Una lección para la humanidad: tuvieron éxito durante todo el tiempo que así obraron.

El progreso técnico no le entusiasma al español. "¡Que inventen ellos!", gritó a su pueblo Unamuno, el mismo que declarara: "Yo me siento con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta a la fuerza por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución [de 1789], aprendiendo sí de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos". Los españoles no son un pueblo "moderno", como no lo son los rusos. Por eso Europa no vacila en burlarse de la España atrasada y de la Rusia rezagada.

La época medieval habría sido la más viable para el alma española. Pero ¡qué fatalidad!, mientras iba desplegándose dicha época, España sufría bajo la opresión de los árabes, y cuando, finalmente, conquistó su libertad, el mundo medieval estaba ya en agonía. Tal es el motivo más profundo por el cual España en el estrecho linde de la época medieval y la prometeica, se elevó con la rapidez de un rayo –en cuanto sacudió el yugo extranjero–, y volvió a perder altura después de unos pocos decenios. Únicamente pudo florecer el alma española mientras estaba vivo el arquetipo medieval[129]. Juntamente con la época gótica fenecieron sus grandes posibilidades.

Se ha hablado del cristianismo innato de los rusos, y también del catolicismo innato de los españoles. Según Madariaga, la religión católica es el corazón de la cultura española desde hace veinte siglos. La religiosidad impregna todas las manifestaciones de la vida española, desde el arte hasta la mística. Su teatro apenas si se alejó de los orígenes religiosos de la tragedia. En ninguna parte pudieron fundirse el escenario y el templo en una unidad tan firme, hoy apenas concebible, como en España. Calderón de la Barca dramatizaba con preferencia ideas tomadas del caudal religioso. Durante el reinado de la Casa de Austria, la monarquía española –como la rusa en tiempo de los Romanov– tenía carácter sagrado.

El alma española está lejos de todo racionalismo. "Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*". Con esta frase, Unamuno repudiaba a Kant, que cuadra tan poco a los españoles como a los rusos. "Hay que ganar la vida, que no fina, con razón, sin razón o contra ella", concluye un sone-

129 Según Schubart el barroco español, que expresó el espíritu de la Contrarreforma, fue el último destello de la cosmovisión medieval.

to del mismo Unamuno. Las figuras alargadas del Greco –como las de Dionisy– van más allá de la anatomía demasiado humana. De este mismo mundo de sueños salen el *Don Quijote*, el poema clásico de España, y *El Idiota*, la novela más rusa de Dostoievski. Don Quijote y Mischkin son hombres que se arraigan firmemente en el suelo de un mundo distinto; a los ojos del hombre vulgar han perdido de vista la realidad y no saben ya moverse en ella; aquél aparece como un loco, que comete las peores sinrazones; éste, cual un exótico desmañado, que provoca hilaridad.

El español, por ser hombre de la cultura de fin, no pone su corazón en los bienes de la tierra. Ello basta para explicar el hecho de que el incendio de Moscú sólo tenga su similar –aunque en formato más reducido– entre los españoles, en su defensa de Zaragoza en 1809.

Porque el español siente lo religioso, no es demasiado proclive a las normas; más aún, al decir de Ortega, es el pueblo de Europa más reacio a las reglas. Por el mismo motivo, se inclina a la anarquía. Del menosprecio de las reglas a la carencia de medida no hay más que un paso. Al español le falta, como al ruso, el estado anímico del medio. Es maximalista, sin zonas templadas, es hombre de afirmaciones absolutas, que no tolera componendas. Siempre oscila entre extremos, entre absolutismo y anarquía, entre santidad y salvajismo, entre Dios y el caos. Desmesurada es la sed de amor de Don Juan, desmedido el Escorial.

Sólo los hombres que viven ante el acatamiento de Dios son capaces de sentir fraternalmente. De aquí que tanto España como Rusia conocen la verdadera fraternidad: todos se saben hermanos en Cristo, iguales ante Dios, en cuya presencia están los monjes, los mendigos, los hidalgos y los reyes. Esta dignidad metafísica es la gloria del español. En la taberna el caballero no

vacila en sentarse junto al vagabundo. También el pordiosero tiene en España su dignidad.

Felipe II, para no llamar la atención, se arrodilló junto a un campesino, que por equivocación se había sentado en el banco del rey. El español, se dice, es individualista, y lo prueba su inclinación a la anarquía. Pero ese individualismo no ha de confundirse con el individualismo del liberal. El concepto español de la persona se funda sobre base cristiana y no suprime el ideal de la fraternidad.

A semejanza del ruso, el español es hombre de alma, a la que da primacía sobre las cosas. En el arte prefiere expresar el mundo interior que copiar el exterior. Entre ellos se cuentan los más eximios conocedores de almas, como Santa Teresa, San Ignacio, y tantos otros. El análisis y la sistematización no cuadran al espíritu español, que considera el símbolo, la poesía y la mística, como las formas más adecuadas para aproximarse a la verdad. Entre los cultores de las ciencias exactas figuran por cierto pocos nombres de españoles. Lo mismo sucede entre los filósofos. Los españoles descuellan más bien en la poesía o el ensayo. La forma de expresión tradicional típica en España es el romance. Su secreto está en comenzar ex abrupto, terminar de un modo sorpresivo, y conservar la apariencia de fragmento, que solamente por el que lo lee o lo escucha puede ser saboreado como un todo acabado. En el estilo del romance pintaron Velázquez, Zurbarán y Murillo.

Con la época prometeica se inicia la tragedia española. El español empieza a dudar de su propio ser y valor. Su alma se enferma. Fue mesiánica mientras esperó poder salvar este mundo para el orden sobrenatural, pero se torna nihilista cuando pierde esa esperanza.

El español desanimado se vuelve apocalíptico, más aún, anhela el fin del mundo. Porque desea catástrofes, las prevé. Cuando la cultura prometeica se iba acercando a su punto culminante, Donoso Cortés se dirigió por carta al Cardenal Fornari en los siguientes términos: "Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos y de las impaciencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa, es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres". Esto fue dicho en 1852. El mismo año y con la misma convicción compuso Kireievski su escrito titulado "Del carácter de la formación de Rusia en relación con la formación de Europa". Españoles y rusos son los primeros que hablan del fin del hombre prometeico, del inevitable ocaso, y lo hacen con inocultable fruición.

Cuando el hombre de la cultura de fin se torna ateo, se hace destructor, se subleva contra Dios y contra el mundo. No pasa indiferente delante de las iglesias, sino que las incendia. Solamente en Rusia y en España vio el mundo la profanación organizada de los templos. Solamente estos dos pueblos desde hace un siglo corren el peligro de descomponerse en bandas de nihilistas. Los mancomuna la violencia con que destruyen lo antiguo para poner en su puesto algo nuevo... o nada. Hay un nihilismo español como hay un nihilismo ruso y como no lo hay en ninguna otra parte. Es la forma en que pecan los servidores desesperados de Dios. Indica el término de un camino que de la melancolía conduce al furor y a la locura. Con salvaje destrucción se descarga el dolor de las culturas de fin, por tener todavía que vivir en un mundo sin sentido, en una nada. No es casual el gusto del español por el símbolo de la calavera, y su grito de "viva la muerte", que recuerda el "vive la mort" de Herzen. A la muerte dedica

Felipe II el Escorial, el edificio más grandioso de España. El sufrimiento acerca a la muerte y a la redención, por eso el español como el ruso arden en ansias de sufrir. La imagen de la Virgen Dolorosa es uno de los temas favoritos del arte español.

Dos artistas señalan el punto en que el mesianismo degenera en nihilismo: Goya y Vereschagin. Surgen en la misma etapa de enfermedad de sus pueblos. Son realistas según la forma, pero nihilistas por el contenido. Goya pinta el fusilamiento de unos rebeldes españoles, Vereschagin el ahorcamiento de unos nihilistas rusos.

Cuando el hombre de la cultura de fin pierde a Dios, lo pierde todo. Entonces ya no le es dado ubicarse serenamente en la tierra. Cuando no fue ya la fe el centro de la vida española, sino el poder por el poder, el oro y la vida holgada, empezó a desmigajarse el dominio español. Una tras otra fue perdiendo todas sus provincias: los Países Bajos, Milán, Nápoles, América, hasta que, finalmente, por los movimientos separatistas y particularismos intestinos, tiende a desmembrarse. El desmoronamiento de España corre parejo con su secularización. Cuanto más profundamente se ve metida España en el eón prometeico, tanto más se le ve perder su vitalidad, tanto más penosa es la impresión que produce de ser una nación envuelta en una noche oscura.

La idea nacional y ancestral española es la que está cerca de la idea rusa. Consiste en difundir el cristianismo y defender la unidad de la fe cristiana. Como hombre del sentimiento universal, el español no se detuvo en sus fronteras. En cuanto logró la consolidación interior mediante la unión de Castilla y Aragón, dirigió la mirada hacia afuera, hacia el universo. El concepto español de la comunidad no es la nación, sino el todo, el mundo. En su idealismo religioso, se fija objetivos ecuménicos, y sintiéndose soldado de Dios, hace política mesiánica, en orden a instaurar la Cristian-

dad. Carlos V, el primer gran europeo, sentíase llamado a salvar la unidad cristiana. Todas las veces que la sustancia cristiana se vio amenazada en Europa, levantáronse los españoles para defenderla, llámense Domingo, Ignacio o Teresa... Y toda la conquista de América es una empresa evangelizadora, cuya base jurídica fue la misión cristianizante de España. La creación misma de la Armada Invencible debe su origen a un impulso religioso: recatolizar Inglaterra. En la Europa moderna fueron los españoles los primeros que pensaron de un modo internacional. Partiendo de la teología, Victoria y Suárez fundaron la ciencia del derecho de las gentes.

Como enemigo de la excesiva reglamentación, el español no se siente inclinado al centralismo. El Imperio español, aun en la época de su mayor extensión, era una multitud de reinos con fueros, libertades y regiones determinadas. Mas no ocurrió lo mismo en la cuestión de la unidad eclesiástica. En este punto el español fue inexorable. Porque acá no se trataba de simples cuestiones de organización, sino de conservar pura la sustancia universal de lo religioso. Por ser la Iglesia el reflejo del Dios único en esta tierra, no puede haber más que una sola Iglesia. Cada herejía pone en tela de juicio la universalidad de Dios. De ahí el odio español a la herejía. La Inquisición fue la respuesta española a un espíritu no español.

Entre rusos y españoles no existen tan sólo semejanzas en la periferia sino en el centro del alma. Deslumbrados por la imagen falaz de la moderna civilización occidental traicionaron su misión. Por esto habrán de hacer penitencia ante todos los pueblos de la tierra. Cuando quede cancelada la culpa, se levantarán a una nueva grandeza para devolver al mundo el alma perdida[130].

130 Cf. W. Schubart, *Europa y el alma del Oriente...*, pp. 256-268.

Capítulo tercero

LA IGLESIA RUSA

No resulta fácil el abordaje del presente tema, ya que en su madeja se entrecruzan los hilos históricos de la Iglesia Católica, cuya presencia se va diluyendo en proporción directa al creciente influjo de Bizancio[131], y los de la Iglesia Ortodoxa Rusa, que se va consolidando más y más especialmente desde que Moscú conquista la principalía. Por algo esta ciudad se autoproclamará Tercera Roma, no solamente en el sentido de heredera política de la Roma Imperial, sino también de sucesora religiosa de la Roma de los Papas y de la Roma del Patriarca Ecuménico.

I. LOS ANTECEDENTES BIZANTINOS

Si queremos penetrar en la idiosincrasia de la Iglesia Rusa hemos de remontarnos a antecedentes muy lejanos, propiamente a la historia de los orígenes de Constantinopla. La ciudad fundada en el siglo IV por Constantino a orillas del Bósforo adquiriría pronto un ascendiente religioso tan grande como el de las famosas sedes episcopales de Alejandría y Antioquía, fundadas, ya mediata, ya inmediatamente por San Pablo. Sin embargo, la dignidad de aquella sede no era comparable a la de los antiguos patriarcados de

131 Sobre el desarrollo de la Iglesia Católica en Ucrania, heredera directa de la antigua Kiev, puede verse L.Glinka, *Breve historia de la Iglesia ucrania en el Milenio de su evangelización*, Buenos Aires, 1986.

Roma, Alejandría y Antioquía; tampoco poseía nada parangonable a los santos recuerdos que evocaba Jerusalén. Constantinopla era una sede enteramente nueva y sin importancia en sí misma. Sólo el hecho de ser residencia del Emperador realzaba su prestancia.

La bifurcación de la cristiandad en Iglesia de Occidente e Iglesia de Oriente comenzó, en verdad, el día mismo en que el Emperador Constantino trasladó su sede de Roma a Bizancio, bautizando a esta última, por ley del 29 de noviembre del 330, con el nombre de *Nueva Roma*. Era a todas luces evidente el decidido empeño del Emperador por destacar el antagonismo con la antigua Roma, así como su propósito de equiparar en todo lo posible la nueva capital con la vieja residencia imperial. Junto a este intento corría pareja la apetencia, si bien todavía larvada, de constituirla en una segunda Roma eclesiástica. Hasta la muerte de San Atanasio, en 373, Alejandría había sido la capital religiosa del Oriente. Ya en 381, a los dos años de que Teodosio fuese promovido a la dignidad imperial, un Concilio –el de Constantinopla– intentó arrebatar al metropolitano de Alejandría la primacía oriental. Este Concilio, segundo de los Ecuménicos, en uno de sus cánones, el tercero, trató de otorgar las máximas prerrogativas al Obispo de Bizancio, sólo inferiores a las del Obispo de Roma, porque, como allí se decía, "Constantinopla es precisamente la nueva Roma".

En consecuencia se proyectó la creación de un Patriarcado cuyo detentor, al igual que el Obispo de Roma –a quien los griegos llamaban Patriarca de Occidente–, ejerciera en los territorios orientales, dentro ciertamente de la más completa sumisión al Romano Pontífice, los mismos derechos patriarcales que éste venía reivindicando y ejerciendo en los territorios que un día comprendiera el antiguo Imperio occidental. Hasta entonces, sólo los Obispos de Alejandría y de Antioquía gozaban de facultades singulares. El Concilio de Nicea, por su parte, había concedido un cierto primado de honor, sin jurisdicción, por supuesto, al Obis-

po de Jerusalén, por el hecho de que allí había vivido Cristo. Pero las prerrogativas con que el famoso canon tercero del Concilio constantinopolitano pretendía enaltecer a una sede que carecía en absoluto de tradición apostólica, no tenía en su favor justificación histórica alguna. Roma se negó a reconocer dicho canon, entre otras razones porque fomentaba la discordia entre las sedes orientales. Es cierto que en las contiendas cristológicas, Alejandría había mostrado su inclinación al monofisismo en cuya lucha Roma se había puesto de parte de Constantinopla, por lo que ésta contaba con un motivo más para afirmarse en la jurisdicción que tan arbitrariamente venía ejerciendo. Pero Bizancio era insaciable. Afianzada su hegemonía sobre el Oriente, comenzaba ahora a luchar contra la antigua Roma, reivindicando para sí sus mismos privilegios, por ser el actual asiento de la autoridad imperial. El Patriarca de Constantinopla debía ser el Papa de Oriente. Roma entendió el juego, y al tiempo que se aprestó a defenderse, comprendió que los episodios no eran banales sino que tenían un alcance trascendente, de consecuencias imprevisibles.

De hecho, el enfrentamiento no se iría sino agravando con el correr del tiempo, sobre todo a raíz de las herejías cristológicas que en ocasiones también afectaron a Constantinopla. Baste con saber que de los 58 obispos que presidieron esa sede durante los cuatro siglos y medio de su unión inestable con Roma, o sea hasta Focio, 21 fueron herejes, o al menos amparadores de la heterodoxia.

Por su parte los Emperadores bizantinos tenían pretensiones de carácter totalitario. Sintiéndose refractarios a tolerar una autoridad eclesiástica extranjera independiente, que escapase a sus directivas, encaminaron sus esfuerzos a exaltar lo más posible al Patriarca del Imperio y a mantenerlo independiente de cualquier poder religioso. La tensión llegó a su punto culminante cuando León III el Isáurico se atrevió a afirmar: "Yo soy Emperador y también Obispo", siendo excomulgado por Gregorio III en 731.

Mientras tanto las cosas no andaban nada bien en la parte occidental. Ante el peligro que significaba para Roma la invasión de los Lombardos, los Papas buscaron en los Reyes Francos el apoyo que no podían esperar de Bizancio. Y así, cuando en 752 el rey de los Lombardos, tras haberse apoderado de Ravena, amenazó con ocupar Roma, el Papa Esteban III se dirigió a Pipino y luego de coronarlo como Rey de los Francos, lo nombró Patricio Romano y Defensor de la Silla de San Pedro. El nuevo Rey logró derrotar a los invasores, arrebatándoles las tierras que habían conquistado, en especial el Exarcado de Ravena y la Pentápolis. Bizancio nunca perdonaría a Roma el que se hubiese apoderado de territorios suyos. Poco después, en el año 800, el Papa León III coronaba solemnemente a Carlomagno en la basílica de San Pedro, gestándose así un nuevo Imperio, que de algún modo englobaba a los demás príncipes de Occidente.

A pesar de todos estos hechos, y aun a pesar del cisma formal de Miguel Cerulario, que se produciría muchos años después, en 1054, los Basileus no renunciaron por largo tiempo a su sueño de heredar el viejo y destrozado Imperio Romano, incluso manteniendo su fidelidad al Papa universal. Fueron especialmente los Comnenos quienes en el siglo XII elaboraron un plan bien concreto: el Papa otorgaría al Oriente la hegemonía sobre el Oeste de Europa y la correspondiente Corona imperial; en agradecimiento al Pontífice y a la Roma papal, la Iglesia Griega se sometería de grado o por fuerza a la Silla Apostólica. Los Papas, agobiados entonces por los conflictos con los Emperadores de Occidente, consideraron con cierto interés las proposiciones de Bizancio, que en alguna forma volvían a poner sobre el tapete el antiguo proyecto imperial de Justiniano. Sin embargo, ulteriores exigencias de la Nueva Roma pusieron punto final al desarrollo de las gestiones. Roma no estaba dispuesta a secundar las aspiraciones políticas de los Basileus, a todas luces desmedidas.

Con la muerte del Emperador Manuel, en 1180, agonizó el sueño imperial de los bizantinos sobre Occidente. El desarrollo de las Cruzadas y las relaciones siempre tensas de los occidentales con los bizantinos, condujeron a la conquista y ocupación de Bizancio por parte de los cruzados, que fue un modo bastante violento de zanjar el problema del cisma. Con mucha prudencia el Papa juzgó que la ocupación de Constantinopla –que de hecho duraría pocos años– había de estar a cargo no del Soberano de una gran potencia sino de un modesto Príncipe occidental.

Sin embargo, el soñado proyecto no caería del todo en olvido, aun durante el trajinar de las Cruzadas. Para Inocencio III la Cruzada y la vuelta de Bizancio a la Iglesia Madre estaban estrechamente ligadas; el Imperio de Bizancio habría de sobrevivir, con tal de que participase en la lucha común contra el Islam. Incluso le llegó a escribir al Emperador Alejo III en estos sorprendentes términos: "Nosotros somos las dos únicas potencias mundiales. No hay ni puede haber otra que la Santa Iglesia Romana y el Imperio de los sucesores de Justiniano. Por lo mismo, queremos vivir dentro del acuerdo más perfecto e impedir también la reaparición de la potencia imperial de Occidente, rival de una y de otro; es decir, enemiga por igual del Obispo de Roma y del Emperador de Bizancio". Pero para ello, le aclaraba, se requerían dos cosas: la sumisión plena de Constantinopla a la Iglesia Romana, y la promesa de liberar del poderío infiel a los Santos Lugares. Bien pronto, con todo, al agudizarse la tensión entre los griegos y los latinos, se desvanecieron por completo todas las esperanzas que habían hecho nacer las negociaciones entre Alejo e Inocencio. "El poder imperial –afirmaba Alejo– está muy por encima de la jurisdicción sacerdotal". E Inocencio III respondía: "Como el sol, que la sobrepasa en esplendor, está por encima de la luna, así también la potestad espiritual, que es más excelente que la temporal, deberá estar sobre ésta. Por consiguiente, el Romano Pontífice,

en atención a su dignidad jerárquica y a sus servicios en pro de la enseñanza y palabra divinas, hállase colocado sobre todos los Emperadores y Reyes". Así se fueron diluyendo, uno tras otro, los diversos proyectos de unión entre Roma y Bizancio[132].

Cuando en 1453 los Turcos ocuparon Constantinopla, no sólo terminaron con el poder imperial sino también con toda pretensión hegemónica por parte del Patriarcado de Bizancio. Para los autócratas turcos dicho Patriarcado no constituyó sino un juguete y nada más que un juguete, y progresivamente fue perdiendo su poder sobre las distintas diócesis de Asia Menor. Hoy sólo conserva el esplendor de las ceremonias antiguas.

II. LA VIDA MONÁSTICA Y LA FIGURA DE SAN SERGIO

Los santos monjes del primer período de la historia rusa –el período *premogólico*–, fueron verdaderamente fundacionales. Entre ellos sobresalen los nombres de San Antonio y San Teodosio, fundadores del célebre Monasterio de las Grutas, en Kiev, al que ya nos hemos referido páginas atrás. La tradición oriental había conocido dos tipos de monjes: el de los Padres egipcios y sirios, cuyo ascetismo heroico, su don de milagros y la altura de su contemplación no dejan de asombrarnos; y el de los monjes palestinenses, como San Eutimio, San Sabas y otros, de estampa sencilla, de un tipo de vida más accesible y menos austero, que ocupaban algo de su tiempo en menesteres ajenos a la vida intra-

132 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 188-191.

conventual. San Eutimio, por ejemplo, convirtió al cristianismo a una tribu árabe; San Sabas creó una serie de hospitales y asilos. Los dos tomaron parte activa en las luchas religiosas de su tiempo, militando decididamente contra las herejías, tanto en las ciudades como, si era preciso, en el palacio mismo del Emperador. El monacato ruso se esforzaría por imitar este segundo tipo de vida monacal, aportándole sus propios rasgos nacionales.

Tras un siglo largo de desaparición de la vida monástica, a causa de la invasión de los tátaros, resurge aquélla en el siglo XIV con la figura de *San Sergio,* en el norte de Rusia, ya que a raíz de la catástrofe mogólica, la vida de los rusos se había desplazado hacia los bosques del norte. Sergio (1315-1392), que era hijo de un noble de Rostov, al cumplir veinte años dejó su familia y se fue a la soledad, instalándose en las entrañas de un espeso bosque, a unos 70 kilómetros de Moscú. Siguiendo la vieja costumbre de los ermitaños, con sus propias manos levantó allí una cabaña y una capilla, dedicándose a la plegaria y la mortificación, en un ambiente de total incomunicación. Poco a poco se agruparon en torno a Sergio –que aparte de su rica vida interior, era un hombre de visión amplia, e incluso un erudito, que hablaba fluidamente el griego– un grupo de aspirantes a la soledad, constituyéndose muy pronto una especie de tebaida.

En el sitio mismo de aquella fundación, situada en Radonetz, se erigió el Monasterio de la Trinidad, que acabaría por ser uno de los centros de mayor influencia en la vida religiosa rusa. No por ello Sergio –uno de los representantes más notables del cristianismo kenótico ruso– renunciaría a su humilde sencillez. Era el más pobre de la comunidad, el más infatigable y mortificado de todos. Cual único medio de existencia prescribió a sus monjes el trabajo manual. Hizo de cocinero, panadero, leñador y carpintero de la comunidad. Se prosternaba ante cada visitante, en quien veía una imagen viva de Dios. Fue asimismo un gran director espiritual,

modelando con delicadeza el alma de sus monjes, y engendrando una generación de religiosos que habrían de desempeñar un papel protagónico en el resurgimiento espiritual del pueblo ruso.

La fama de San Sergio se extendió por toda Rusia. El Monasterio de la Trinidad atraía una multitud de peregrinos; príncipes y nobles acudían a él para pedir consejo; allá se solucionaron problemas de Estado y se evitaron guerras civiles. Desde ese Monasterio, plantado en medio de bosques semivírgenes, ejercía San Sergio una influencia extraordinaria sobre los destinos de su pueblo.

Pero su logro más destacado fue encender en el alma de Rusia la decisión de liberarse de los opresores mogólicos, cosa que el Santo consideraba imprescindible para la realización espiritual completa de su pueblo. Y así en 1378 se lanzó a predicar la Cruzada contra el yugo tátaro –él que probablemente jamás habría oído hablar de las cruzadas europeas– con lo cual no sólo despertaba la fe religiosa sino también la fortaleza nacional. Enardecido con sus exhortaciones, Dimitri Donskoi, gran duque de Moscú, se dirigió al Monasterio para pedirle sus consejos y su bendición. Sergio dio ánimo al gran príncipe, le impartió su bendición y designó dos religiosos para que lo acompañasen, con la orden de combatir en primera fila, cual símbolo de la asistencia divina. Dimitri, tras reunir un gran ejército, derrotó al enemigo en la batalla de Kulikovo, a orillas del río Don, el año 1380. A los ojos del pueblo la victoria de Kulikovo fue obra de Sergio en igual o mayor grado que del gran príncipe.

San Sergio es considerado como el santo más grande de Rusia. Hoy es venerado tanto por la Iglesia Ruso-Ortodoxa como por la Ruso-Católica de rito oriental.

El nombre mismo del monasterio, *Troitzky*, por él erigido, que en ruso significa Trinidad, expresa el sentido de su proyecto: la creación de una gran nación independiente y solidaria, que fuese

en la tierra algo así como el reflejo de la unidad trinitaria[133]. Gracias al influjo del gran convento en todo el territorio de Rusia –27 monasterios nacieron de ese monasterio madre– la restauración de la vida monástica fue un hecho decisivo. No pocos de los monjes que allí se formaron llegarían luego a ser Obispos de la Iglesia rusa[134].

El monaquismo ruso conoció un desarrollo semejante al del monaquismo occidental. El trabajo manual, especialmente la agricultura, era la fuente principal del sustento de los monjes, al tiempo que constituía un medio adecuado de perfección espiritual. Para ayudarlos en su trabajo, se les unieron no pocos peregrinos y algunos campesinos de los alrededores, con lo que la estepa rusa, luego de la ruina que trajo la devastación de los mogoles, se fue abriendo gradualmente a la agricultura y a la enseñanza religiosa, fuentes primordiales de la civilización y el alma rusas. Sin embargo, pronto aconteció un fenómeno del cual Occidente tuvo también experiencia. La creciente afluencia de peregrinos hacía dificultosa la vida contemplativa, y las generosas donaciones de visitantes opulentos no contribuían a mantener la austeridad deseada. Entonces algunos monjes dejaron sus conventos lanzándose nuevamente a la busca de pobreza y soledad. Y una vez más sus ermitas atrajeron numerosos candidatos, erigiéndose nuevas comunidades en el desierto. Durante los dos siglos que siguieron a la muerte de Sergio se fundaron así 140 conventos, el más importante de los cuales fue la Abadía de Solovki, famoso monasterio situado en una isla del Mar Blanco, en el lugar donde el monje Savaty, uno de los discípulos de San Sergio, había erigi-

133 En ese monasterio vivió Andréi Rublev, el más grande de los iconógrafos rusos, discípulo de San Sergio, cuya obra maestra es precisamente su conocido icono de la Trinidad.

134 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, pp. 121-123; G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 272-273.

do su primitiva celda. Con el tiempo dicha abadía se convertiría en un gran centro espiritual y en un reservorio de arte[135].

En este desarrollo de la vida monástica hemos de señalar dos tendencias, ambas provenientes de San Sergio de Radonetz, si bien divergentes. El representante de la primera de ellas fue *San Nilo Sorski* (1453-1508). Su escuela de pensamiento acentuaba la libertad de la vida espiritual, oponiéndose a cualquier tipo de coerción en materia religiosa y desaprobando una relación demasiado estrecha entre la Iglesia y el Estado. San Nilo era un monje erudito, que había pasado algún tiempo en el Monasterio de Monte Athos, siendo su espiritualidad acorde con el pensamiento hesicasta. San Nilo y sus discípulos recibieron el nombre de No-Poseedores porque se negaban a adquirir tierras y a ejercer el señorío sobre los campesinos que trabajaban en ellas. Consideraban que las preocupaciones anejas a la administración de la propiedad eran incompatibles con la profesión monástica, y que en cambio la pobreza y las privaciones eran parte del adiestramiento religioso propio de un asceta.

El punto de vista opuesto lo representaba *San José de Volokalamsk* (1439-1515). Era éste un excelente administrador, un enamorado de la piedad rusa, protector del arte y activo promotor de buenas obras. Defendía el derecho de las comunidades monásticas a poseer tierras y siervos, para poder financiar las instituciones docentes y caritativas. Sin duda que fue por su influencia que Gennady, arzobispo de Nóvgorod e íntimo amigo suyo, sostenía que había que castigar a los herejes y otros perturbadores de la

135 Bajo la URSS el antiguo monasterio fue transformado en una de las más terribles prisiones de la G. P. U., donde durante los años de persecución religiosa fueron internados un gran número de obispos y sacerdotes. Hace pocos años apareció un espléndido libro sobre dicho monasterio, de Jurij Brodskij, ilustrado con numerosas fotos y documentos: *Solovki, le isole del martirio. Da monastero a primo lager sovietico,* La Casa di Matriona, 1998.

paz religiosa, considerando que era deber del Estado la protección de la Ortodoxia y la consiguiente supresión de los errores.

Mientras estas dos escuelas de pensamiento coexistieron en Rusia, se conservó el equilibrio y la lozanía de su vida religiosa y cultural. Desgraciadamente, a raíz de algunos problemas matrimoniales de la familia del gran príncipe de Moscú, Basilio III (1505-1533), fue destituido el metropolita Varlaam de Moscú, favorable a los No-Poseedores, que desaprobaba el segundo matrimonio del príncipe, ocupando su lugar Daniel, decidido enemigo de aquéllos, y que utilizó todos los medios a su alcance para suprimir dicho movimiento, por lo que su influencia comenzó a declinar desde mediados del siglo XVI. El desarrollo religioso-cultural de Rusia se hizo entonces unilateral, se dio demasiado énfasis a los aspectos rituales, se descuidó la formación doctrinal, y se incrementó la subordinación al Estado[136].

La historia ulterior del monaquismo ruso conoció diversos avatares. No pocos monasterios fundados en el desierto se fueron haciendo cada vez más poderosos, sobre todo merced a los importantes donativos que recibían, hasta llegar a convertirse en ricas estancias, que se extendían sobre numerosas hectáreas, cultivadas por miles de siervos. Y así algunos grandes abades, al principio tan sencillos y tan pobres, se fueron convirtiendo en estancieros mundanizados y en productores de riquezas.

Sin embargo, nadie le quitará a San Sergio de Radonetz la gloria de haber dado forma y nobleza al monacato ruso. La corrupción de algunos conventos no invalida para nada la grandeza de la institución. Los monasterios fueron no sólo centros de actividad religiosa, con el consiguiente desarrollo de la vida

136 Cf. N. Zernov, *Cristianismo Oriental...*, p. 167.

espiritual, la liturgia, el arte sacro musical y arquitectónico, sino también de vida cultural y hasta de desarrollo económico-social. San Sergio está en el origen de todo esto. Y el Monasterio por él fundado, donde descansan sus restos, y aún hoy subsiste, es meta de numerosas peregrinaciones. Rusia tiene un corazón místico: el Monasterio de la Trinidad y San Sergio. Es cierto que ese lugar sería rebautizado por los comunistas con el nombre de Zagorsk, en honor de un oscuro revolucionario judío cuyo pseudónimo era Zagorski y el nombre verdadero Krachman. Pero ello no altera la verdad de la historia. Hoy se ha vuelto al nombre original.

III. AUTOCEFALÍA RELIGIOSA Y TERCERA ROMA

El año 1453, año de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, fue una fecha decisiva para el desarrollo de la Iglesia Rusa. Si la ruptura de Bizancio con Roma fue separando a la Iglesia Rusa de Roma, así la caída política de Bizancio y el consiguiente eclipse del Patriarcado Ecuménico motivaría la autonomía de la Iglesia en la Rusia moscovita.

1. Isidoro y la Unión de Florencia

Antes de producirse la independencia religiosa de Moscú respecto de Bizancio, hubo una posibilidad de reanudar las relaciones de la Iglesia Rusa con la Iglesia Católica. Y fue con ocasión del Concilio de Florencia, cuyo principal objetivo había sido precisamente restaurar la antigua cohesión, reuniendo de nuevo el Oriente cristiano con el Occidente católico.

Uno de los miembros de dicho Concilio, del lado de los orientales, era un griego llamado *Isidoro*. Nacido en Constantinopla o quizás en Tesalónica, hacia 1380, había sido monje basiliano, luego hegúmeno del monasterio de San Demetrio, sito en la capital imperial, a continuación arzobispo de Kiev, y finalmente, en 1437, metropolita de Moscú. Esta última designación había sido concertada en Bizancio entre el Emperador Juan II Paleólogo y el Patriarca de la ciudad quienes, enfrentados con la inminencia del peligro otomano, buscaban ahora el apoyo de Occidente. Bien sabían que dicho apoyo se haría mucho más viable si Constantinopla se unía nuevamente a Roma y se sometía a la obediencia del Papa. De ahí el interés de los bizantinos por el Concilio de Florencia que el Papa acababa de convocar. Isidoro era un ardiente partidario de la unidad con Roma y debía representar en Florencia a la Iglesia Rusa.

Pero esos eran los planes de Bizancio. En Moscú se veían las cosas de manera diversa. El gran príncipe Basilio II no estaba satisfecho con esa designación. Él tenía su propio candidato, el obispo ruso Jonás. Por lo demás, Isidoro apenas si había estado de paso por Moscú. El 8 de septiembre de 1437, con la autorización reticente de su soberano, partió para Italia, acompañado de un séquito de cien personas. Se dirigió primero a Ferrara, donde tuvo comienzo el Concilio, y luego a Florencia, donde prosiguió hasta el fin, luchando codo a codo con Bessarion, el promotor infatigable de la Unión, que por fin llegó a proclamarse.

Nombrado por Eugenio IV legado pontificio en Lituania, Livonia y Rusia, Isidoro fue uno de los últimos en abandonar Florencia. Tras volver a Kiev, comenzó a recorrer toda Ucrania y Bielorrusia, proclamando por doquier la Unión con Roma. Luego se encaminó a Moscú, llegando el 19 de marzo de 1441. Tan grande era el aislamiento de los rusos, que éstos todavía ignoraban las decisiones del Concilio de Florencia. El metropolita fue recibido

sin aparente oposición, con los honores debidos a su dignidad. Se dirigió enseguida con gran solemnidad a la catedral del Kremlin, donde lo esperaba Basilio II. Al terminar el oficio, donde rezó por el Papa, hizo leer, desde lo alto del ambón, la decisión de Florencia. Estalló entonces un escándalo descomunal. El gran príncipe, olvidando la santidad del lugar, lo trató de sinvergüenza y de traidor, y haciéndolo arrancar por la fuerza del altar, ordenó que lo encerrasen en un monasterio. El metropolita lograría escapar, dirigiéndose a Tver, pero allí fue encarcelado por Boris, príncipe de ese lugar. Se evadió una vez más, pasando a Nóvgorod, desde donde retornó a Roma. En 1443 Eugenio IV lo hizo cardenal, y en 1459 Pío II lo nombró Patriarca de Constantinopla. Claro que semejante título era a la sazón un simple nombre, sólo existente en los papeles, puesto que los turcos eran dueños de la sede y digitaban los nombramientos episcopales. Mientras tanto, Basilio II nombraba a Jonás metropolita de Moscú, sin solicitar ya el consentimiento de Constantinopla. Isidoro moriría en 1462.

Antes de despedirnos de Isidoro, destaquemos su atrayente personalidad. Si bien no tenía las eminentes cualidades de un Bessarion, era por cierto un hombre de Iglesia, enamorado no sólo del espíritu griego sino también de la unión con Roma, un hombre de una pieza. Llegado como extranjero y partido como hereje, no haría más que pasar fugazmente por Moscú.

Según puede verse, Moscú se apartaba decididamente de la línea trazada por Cirilo y Metodio, y seguida luego por los gobernantes durante la época kieviana, a saber, constituir un tercer bloque eclesial en la Iglesia universal, entre los bizantinos y los latinos, pero en obediencia a Roma. La actitud de los moscovitas se va orientando a la constitución de un bloque independiente no sólo de Roma sino también de Bizancio, con la pretensión de constituirse en cabeza de los bizantinos separados. Hasta Isidoro, los griegos gozaron en Rusia de un gran prestigio. Después de él,

comenzó la rusificación de la Iglesia. Asimismo Isidoro despertó, en la Rusia de Moscú, un odio al catolicismo que no se apagaría. Los rusos rechazaron la Unión de Florencia, considerándola como una tentativa de apostasía de la que los griegos de Constantinopla eran culpables. Y juzgaron que la caída de la metrópoli en manos de los turcos era el condigno y merecido castigo de Dios. La idea de la Tercera Roma se alzaba en el horizonte[137].

2. La Iglesia Rusa se independiza de Bizancio

La creciente importancia política de Moscú fue sembrando en los espíritus la idea de instaurar un Patriarcado independiente. El metropolita de Moscú había sucedido al de Vladímir –como éste había hecho con Kiev– en el carácter de jefe de la Iglesia Rusa. Kiev, Vladímir, Moscú: la filiación de una a otra sede aparecía como regular. Moscú se consideraba, pues, heredera legítima de las dos primeras. Asimismo políticamente Moscú se iba sintiendo una ciudad imperial.

Vayamos a la secuencia de los hechos históricos. En 1451, por decisión del gran príncipe de Moscú, era metropolita de Rusia el arzobispo Jonás, sucesor del depuesto y desterrado Isidoro, entendiendo ejercer jurisdicción canónica tanto en la parte oriental como occidental del país. Por su parte Casimiro, rey de Polonia, había solicitado de Roma un Metropolita que sucediese al benemérito Isidoro, Cardenal ya y residente en Roma, según dijimos más arriba. Aún hizo más el monarca polaco. En 1458 enviaba a Moscú una legación para exigir al gran príncipe que aceptase a dicho Metropolita como autoridad religiosa suprema de todas las Rusias. Semejante propuesta tenía que tropezar con una resistencia frontal.

137 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 302-304.

En 1459 llegaba a Lituania el candidato de Casimiro. Era el arzobispo Gregorio, fiel confidente y hábil secretario del metropolita Isidoro, a quien había acompañado en el Concilio de Florencia. El apoyo de Casimiro allanó el áspero camino que Gregorio tenía que recorrer. Con excepción de los obispos de Smolensk y Briansk, todos los demás se pusieron de su lado.

Los gobernantes del Principado moscovita tenían que intervenir. A su pedido se reunió en Moscú, a fines de 1459, un Concilio episcopal, de alcance verdaderamente histórico para la Iglesia Rusa, en que se hicieron presentes la mayor parte de los Obispos de la zona oriental, menos los de Nóvgorod y Tver. La situación no podía ser más delicada, porque el nuevo metropolita, Gregorio de Lituania, había sido reconocido, nombrado y consagrado por el Patriarca de Constantinopla, Gregorio Mamma, circunstancia altamente favorable en la que hacían mucho hincapié tanto el interesado como cuantos apoyaban su candidatura para metropolita de Kiev y de toda Rusia. Jonás, actual metropolita de Moscú, no podía decir otro tanto. Pero ni los Obispos de la Rusia Central ni los duques de Moscú querían aceptar a Gregorio de Lituania. Tampoco estaban dispuestos a ir a Constantinopla con el fin de recabar apoyo para su causa, no sólo porque sospechaban no encontrar acogida favorable sino porque para ellos ya había perdido todo prestigio la vieja Bizancio, ahora en poder de los turcos.

Decididos, pues, a resolver la cuestión por sí mismos, los Obispos reunidos en Moscú se proclamaron independientes del Patriarcado de Constantinopla: "Declaramos y aceptamos como Metropolita legítimo de Kiev y de toda Rusia al actual Arzobispo de Moscú, Jonás, y rechazamos a Gregorio de Lituania, como hereje que es y enviado del Papa Romano". Este grupo de obispos rusos había dado un paso de excepcional importancia, que entrañaba no sólo la separación oficial de su Iglesia respecto de Roma, sino también la afirmación definitiva de su independen-

cia respecto de Bizancio. Puédese así decir que a partir de 1459 la Iglesia Rusa quedó constituida en *unidad canónica autocefálica.* El influjo –aunque fuese nominal– de Constantinopla había terminado. Para la historia religiosa de Rusia empezaba una nueva era.

Ello, por cierto, no se hizo sin enfrentamientos en la propia Iglesia eslava. En adelante, la veremos dividida en dos sectores: uno centro-oriental, íntegramente ortodoxo, y el otro lituano-ucranio-occidental, de tendencia católica. Los Obispos de Lituania, de Ucrania y del Oeste de Rusia, excepto uno, rechazaron indignados el paso que se había dado. Pero en el interior de Rusia la propaganda era intensa, con profusión de libelos antiflorentinos, antirromanos e incluso antibizantinos. El argumento principal era el siguiente: Rusia tiene el derecho y la obligación de independizarse de Bizancio, porque la Iglesia Griega ha caído en herejía desde el momento en que aceptó la Unión de Florencia. El metropolita Jonás, por su parte, para justificar su difícil situación, afirmaba: "La caída de Constantinopla, que ha impuesto en Rusia una orientación nueva, es un castigo de Dios, una sanción del cielo por haber apostatado de la verdadera Fe". La Fe "pura y ortodoxa", aquella que, procedente de Bizancio, había penetrado en Rusia bajo San Vladímir, quedaba en adelante custodiada en Moscú.

En 1461 muere Jonás, después de haber nombrado sucesor en la persona del obispo Spiridión, según la costumbre oriental. El Jefe de la Iglesia Eslava no se llamaría ya Metropolita de Kiev, como oficialmente había sido hasta entonces llamado, sino "Metropolita de Moscú y de todas las Rusias". Cuando en 1474, por exigencias del Sultán, el Patriarca Ecuménico nombrara un Metropolita para Rusia, ni Lituania ni Moscú se dieron por enterados. Los gobernantes del Kremlin moscovita apoyaron su repulsa en el hecho de que el Patriarca de Constantinopla no tenía libertad de acción, por estar bajo el dominio del Sultán. Más aún, la intromisión del poder anticristiano en la gestión de la autori-

dad espiritual, consecuencia de la caída de Constantinopla en poder de los turcos, indicaba a las claras la voluntad de Dios. Moscú tenía que ser la sucesora de Bizancio, la *tercera y última Roma.* El Zar de todas las Rusias sería el verdadero protector de todos los griegos y eslavos subyugados por el Islam. El proceso de independencia canónica culminaría con la erección del *Patriarcado de Moscú* y el establecimiento de la autocefalía absoluta. El patriarca de Constantinopla acabaría finalmente por consentir[138].

A comienzos del siglo XVI, el monje Filoteo expuso con toda claridad los pasos que condujeron al concepto de la Tercera Roma: "La Iglesia de la *antigua Roma* cayó en la herejía apolinarista[139]; l*a Iglesia de Constantinopla...* cayó en poder de los turcos; ahora nace la Santa y Apostólica Iglesia de *la Tercera Roma*, que extendiéndose por el mundo entero, difunde por doquier como el sol la luz de la verdadera Fe. Jamás podrá haber una *Cuarta Roma*"[140].

3. Contactos de la Rusia cismática con la Iglesia de Roma

A pesar de lo acontecido, no todos los vínculos con Roma quedaron rotos. Sin embargo, hemos de decir que el sentimiento anticatólico era en Rusia de vieja data. Ya en el siglo XIII comenzó a manifestarse con absoluta claridad. A causa, sin duda, de una Bula pontificia que le animaba a ello, el Rey de Suecia había enviado tropas y obispos para que conquistasen y adoctrinasen, respectivamente, a los rusos. Al encuentro de unas y de otros, salió a la

138 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 726-735.

139 Semejante aserción se basa quizás en un texto de Cerulario contra el modo católico de celebrar la Eucaristía, a saber, con pan ázimo: "La fe en las dos naturalezas de Cristo exige la celebración de la Misa con pan fermentado. El pan sin levadura carece de alma, como el Cristo apolinarista": cit. en H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, p. 430.

140 Cit. en ibid., p. 235.

palestra el guerrero ortodoxo *Alexandr*, quien, logrando una gran victoria en la batalla de Neva (1240), ganó gloria imperecedera y el título de *Nevski*. Poco después, en 1242, las Órdenes Militares Lituanas, a semejanza de los Suecos, intentaron conquistar a Rusia e implantar en ella el Catolicismo. El resultado fue semejante. Visto el sesgo de los acontecimientos, Roma cambió de táctica, enviando legados al victorioso Alexandr para decirle que los maestros occidentales de la Fe se ponían a su disposición con el solo fin de instruir mejor a los rusos en materias concernientes a su eterna salvación. Los historiadores eclesiásticos rusos, por lo general un tanto ingenuos y bastante apasionados cuando se refieren a algo que se relaciona con Roma, aseguran sin la menor sombra de duda que el héroe nacional ruso habría respondido así: "Conocemos la historia de la Religión desde el comienzo del mundo. ¿Qué falta nos hacen nuevos maestros?". Lo que buscaba Inocencio IV era oponer al enemigo común, la marea musulmana, un dique único de toda la Cristiandad. Era por eso que se dirigía a Alexandr Nevski, el personaje medieval más destacado de Rusia, pero éste, como lo hemos referido en el primer capítulo, antes de acercarse a Occidente, prefirió mostrarse complaciente con los Khanes de la Horda de Oro. Quizá no veía otra posibilidad. Sea lo que fuere, el hecho es que entre Roma y los Tátaros, Rusia preferió a éstos y volvió la espalda a aquélla.

El P. Ammann, notable historiador eclesiástico del mundo eslavo, traza un cuadro de conjunto sobre el tema que nos ocupa: "Si nos ponemos a considerar el camino que durante los tres primeros siglos de cristianización ha recorrido, con relación a Roma, el Estado ruso y la Iglesia Eslavo-oriental, podemos establecer este hecho innegable: Uno y otra se han apartado de Roma y del Occidente. No es que hayan llegado a una ruptura definitiva, clara y violenta, no, pero sí puede observarse una evolución lenta y constante hacia la misma...En el orden estatal contribuyó

mucho a este apartamiento ruso-occidental el traslado del centro político eslavo desde la ciudad de Kiev, bien situada y magníficamente comunicada, a la de Suzdal, cerrada por completo, dada su situación norteña, al mundo exterior. Por otra parte, la irrupción de los Caballeros Cruzados en la zona de influencia rusa en Tierras Bálticas, así como también la sumisión violenta al yugo de los Tártaros tuvieron la virtud de convertir en separación efectiva lo que había comenzado por un simple distanciamiento...Choca ciertamente el hecho de que la Iglesia Oficial siguiera mansamente las huellas del Estado en esta parte; mas deberá tenerse en cuenta que la presión de los Tártaros era tan extraordinariamente vigorosa que la Ortodoxia rusa, más impotente aún que el Estado, no hubiera podido mantenerse ni por un minuto en el terreno de una estrecha conjunción con la Europa Occidental, enemiga precisamente de los invasores asiáticos. Por el contrario, era mucho más fácil el conservar la vinculación con Bizancio, tanto más cuanto que entre los Tártaros había cristianos greco-orientales. Habrá que sumar a todo esto la desfavorable circunstancia de que la Ortodoxia rusa no sentía la menor tendencia hacia la colaboración religiosa con Roma y con la Europa Occidental. Se lo impedían sus estrechos lazos con Bizancio, que para mayor desgracia ya había roto con la Roma Papal. Por si ello fuera poco vino a agravar las cosas la toma de Constantinopla por los Cruzados. Y la Iglesia de Nicea, sede provisional del Ecumenismo Oriental, en la que eran consagrados los Metropolitanos rusos, pese a ciertas oscilaciones pasajeras, había adoptado una postura rabiosamente antilatina. No tiene, pues, nada de extraño que la Iglesia estatal de Rusia caminase por las mismas sendas que los Príncipes de ésta y que éstos se alejasen más y más del Occidente"[141].

141 Cf. ibid., pp. 266-267.

Pero volvamos ahora a la época que hemos analizado en el apartado anterior, considerando especialmente las relaciones entre Iván III e Iván IV con Roma. Iván III se sentía jaqueado. Asia era siempre una presencia inquietante, amenazadora; primero habían sido los mogoles y la Horda, ahora los turcos. ¿Cómo expandir su reino, cómo penetrar en Siberia, si los turcos llegaban a sostener a los últimos tátaros, si golpeaban a los rusos por la espalda? Levantaría, pues, el estandarte de la cruzada, tanto más gustosamente cuanto que lo había recibido de la Iglesia rusa y su convocatoria provocaba invariablemente las aclamaciones del pueblo. Ello lo conduciría a tratar con Roma, incluso dejando entrever la posibilidad de la unión. Quizás sea éste el origen de la iniciativa que tomó Iván III, y que comentamos páginas atrás, de enviar una embajada a Roma para solicitar del Papa la mano de Zoé Paleólogo, que a la sazón vivía en esa ciudad, emparentando así con el último Basileus de la depuesta casa imperial.

Sin embargo, las relaciones entre Moscú y Roma alcanzaron su máximo grado de interés e importancia bajo Iván IV, el Temible. El acercamiento se planteó a raíz de una aciaga situación política. En 1563, deseando expandirse hacia el Báltico, Iván se había apoderado de Polotsk, amenazando así las provincias rutenas de Lituania. Ante este peligro, Polonia y Lituania estrecharon su alianza en 1569, y el rey polaco Batory retomó Polotsk. Advirtiendo Iván que las cosas no iban bien para él y que incluso estaba en juego su dominio sobre la propia Moscú, tuvo la idea de recurrir al arbitraje del Papa Gregorio XIII, dejando entrever la posibilidad de su conversión al catolicismo. El Papa aceptó la invitación, designando como embajador al jesuita italiano Antonio Possevino, quien partió de Roma en 1581, con la embajada rusa que Iván IV había enviado allí el 21 de marzo del año anterior.

Las negociaciones fueron interminables, según el más puro estilo oriental. Limitémonos a sus aspectos religiosos. Llegado a

Moscú, el 21 de febrero de 1582, asistió Possevino a una audiencia donde, en presencia del Zar, la corte y sus boyardos, fue invitado a alegar en favor de la unión con Roma. Lo hizo con todo su talento y su reconocida habilidad. El P. Pierling nos resume así la argumentación: "La Iglesia griega de los Atanasios, de los Crisóstomos, de los Basilios, está ligada a la Iglesia romana por vínculos indisolubles de unidad. Por tanto, no es con la antigua y venerable Bizancio con la que se trataría de romper; por el contrario, el Papa mismo desea que se permanezca fiel a las tradiciones primitivas de Oriente, a los concilios de los primeros siglos: habría que renunciar tan sólo a las innovaciones, a los abusos posteriores introducidos por los Focio y los Miguel Cerulario: así se consumaría la unidad en la verdad. Por otra parte, la concordia religiosa sería la mejor garantía para la alianza contra los turcos. Marcaría el primer paso hacia la fundación del imperio cristiano de Oriente, cuyo jefe podría ser el zar".

Iván le respondió: "¿Por qué nos señalas a los griegos? Los griegos no son para nosotros el Evangelio; no creemos en los griegos, sino en Cristo. Recibimos la fe cristiana al nacer la Iglesia cristiana, cuando llegó a estos lugares Andrés, el hermano de Pedro... Y así es como nosotros, los de Moscú, abrazamos la fe verdadera al mismo tiempo que vosotros lo hicisteis en Italia, y la hemos guardado sin violarla desde aquellos días hasta el presente". Recordemos, para entender mejor esta parte de la respuesta, que los rusos ya habían roto con Bizancio, y consideraban la caída de Constantinopla como el justo castigo divino por "el pecado de unión". La Iglesia de Rusia consideraba no sólo a los latinos, sino hasta a los griegos, indignos de mantener encendida la llama pura del cristianismo. Con el fin de ofrecer más fundamentos históricos a ese debate reavivaban el recuerdo de San Andrés apóstol el cual, según se decía, había llegado a Rusia para evangelizarla mucho tiempo antes de que los griegos bautizaran a Vladímir, con lo cual la Iglesia Rusa

empalmaba directamente con la época apostólica, sin necesidad de pasar por la intermediación de Roma o de Bizancio.

En su respuesta a Possevino, Iván se guardó muy bien de entrar en el terreno dogmático e histórico, para lo que no hubiera sido capaz. Pero cuando salió a luz el tema del primado del Papa, el Zar, que gustaba de los efectos teatrales, se puso sombrío, se levantó de su trono, y clavando en el jesuita una mirada terrible, le gritó: "¡Sábete que el Pontífice romano no es un pastor sino un lobo!". Possevino le replicó: "¿Entonces por qué te has dirigido a un lobo? ¿Por qué has pedido la intervención de aquel que tú mismo, que tus antepasados, han honrado siempre con el nombre de pastor?". Iván se encrespó, agitando su vara. Los circunstantes creyeron que iba a golpear brutalmente a su contradictor. Sin embargo, pronto se apaciguó y la discusión prosiguió su curso. Las acusaciones de Iván al Papa fueron realmente banales: que se hacía llevar en la silla gestatoria, en lugar de caminar a pie, como San Pedro y Jesucristo; que se hacía besar los pies; que llevaba en la bota una imagen de Cristo crucificado; que se afeitaba la barba... Así terminó la audiencia, con un estruendoso fracaso.

A pesar de todo, la misión de Possevino tuvo gran importancia histórica. Fue en base a sus gestiones que se llevaría a cabo un acontecimiento trascendente para la historia del Oriente cristiano: la unión de la Iglesia de Kiev con Roma, acto realizado en Brest el año 1596[142]. Esta unión quedaría sellada en sangre, algunos años después, en 1623, con el martirio de San Josafat, obispo ucranio de Polotsk y sufragáneo de la sede de Kiev. Por lo

142 Este paso de los ucranios fue duramente atacado, desde diversos frentes. Ante todo, por los bizantinos, que pretendían la metropolía de Kiev, manteniendo a esta ciudad en dependencia canónica del Patriarcado de Constantinopla. También por los rusos moscovitas, los cuales querían que todos los ucranios y bielorrusos pasaran a la jurisdicción del Patriarcado de Moscú. Los polacos, por su lado, que buscaban extender sus dominios territoriales sobre todo en Ucrania y Bielorrusia, propugnaban el rito latino para luego polonizar.

demás, Possevino fue el primer europeo que conoció la realidad oriental con sus propios ojos, y supo comprender e informar debidamente sobre la Rusia de su tiempo. La aparición de su obra "Moscovia", impresa en 1587, señala una fecha inobviable[143].

Refiriéndose G. de Reynold a esa especie de recelo instintivo y a veces hasta odio frente al catolicismo que caracterizaba al ruso moscovita, dice que no nació por cierto en la primera Rusia sino más precisamente en la Rusia de Moscú. Y enumera sus causas más relevantes: el alejamiento, la ignorancia, la toma de Constantinopla por los latinos, los incesantes conflictos de los rusos con las potencias católicas, con los suecos, lituanos, las órdenes militares alemanas y, sobre todo, los polacos. Fuerza es reconocerlo: la secular rivalidad ruso-polaca, el affaire del falso Dimitri, la política de Segismundo, la instalación en el Kremlin de su hijo Ladislao, todo este conjunto de cosas no pudo sino envenenar las relaciones de Rusia con la Santa Sede. Roma, por su parte, mal informada durante mucho tiempo sobre cuanto ocurría en esas regiones lejanas, que para ella como para Europa era el vago e inmenso mundo ruso-tátaro, difícilmente podía mirar con simpatía una nación que vivía en permanente conflicto con esa Polonia que era su hija, que representaba el baluarte de la cristiandad católica y de la civilización occidental en el oriente cristiano. La identificación entre la Iglesia Ortodoxa y el Estado moscovita transformaba las guerras políticas en guerras de religión[144].

143 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 306-309.

144 Cf. ibid., pp. 301-302.

IV. EL "RASKOL" O CISMA RUSO

En la historia de la Iglesia Rusa hay un hecho verdaderamente dramático, cuyas consecuencias se prolongan hasta el día de hoy. Nos referimos al cisma interno que estalló en el siglo XVII, dejándola profundamente desgarrada.

1. Origen del Raskol

El hecho de la revisión de los libros litúrgicos, fue el motivo ocasional, el detonante externo de una de las grandes crisis de la Iglesia Rusa: el cisma y a la vez herejía de los *Raskolnikis* o *viejos creyentes*. La Moscú religiosa de comienzos del siglo XVII se caracterizaba por una gran ignorancia teológica y científico-literaria. Aferrábanse a fórmulas y textos litúrgicos inexactos, mecánicamente reimpresos y repetidos a diario sin que fuesen comprendidos. Los cristianos moscovitas, para quienes los rituales en uso tenían un carácter poco menos que dogmático, no querían por lo general saber nada de las ediciones más criteriosas y eruditas que se utilizaban en Kiev ni de los libros que aparecían en Lituania. Desconocían el griego y, como buenos rusos, recelaban de todo cuanto venía de Occidente, y aun de la misma Bizancio. Algunos, sin embargo, más ilustrados, proponían volver a las fuentes, revisando los textos en uso, llenos de corruptelas, por culpa de copistas ineptos. Estalló así una lucha entre quienes se negaban a tocar ni una iota y los partidarios de un retorno a la tradición griega. El éxito de la contienda pareció inclinarse hacia la segunda corriente, gracias a la aparición de un hombre que, de acuerdo con el Zar, resolvió llevar adelante esa reforma que buscaba la vuelta a las fuentes griegas. Ese hombre se llamaba *Nikon*, y desde 1652 ocupaba el puesto de Patriarca de Moscú.

Nikon era un obispo de elevadas dotes morales y de vida sacerdotal ejemplar, si bien su carácter no se caracterizaba por la templanza. Resolvióse, pues, a revisar los textos litúrgicos en uso, y para tener quién lo ayudara en su empresa mandó venir al monje Arsenio Grek quien, por haber estudiado griego en el Colegio Romano de San Atanasio, estaba en condiciones de trabajar en la acomodación de los libros al texto primitivo y original. Aconsejado por Nikon, ordenó el Zar que de todas las bibliotecas de Rusia se trajeran a Moscú los libros más antiguos. También de Monte Athos se transportaron 500 textos originales. Los Patriarcas de Antioquía y Alejandría, así como otros Obispos griegos enviaron 200 libros antiguos. Con todo ese material a la vista, Nikon y sus colaboradores se abocaron a la tarea restauradora, haciendo desaparecer las interpolaciones que se habían deslizado en los libros sagrados, sobre todo a partir de 1565, y rellenando las lagunas existentes, de acuerdo a la más pura ortodoxia teológica. Este emprendimiento contaba con la adhesión de los intelectuales, que eran pocos a la sazón, de la autoridad estatal y de algunos sacerdotes.

Otra cosa que Nikon quería imponer a sus fieles eslavos era la antigua forma griega de santiguarse, a saber, con tres dedos encorvados en vez de con dos extendidos, como era la costumbre. Según G. de Reynold, al emprender semejantes reformas Nikon incurría, más que en una imprudencia, en una provocación. La Iglesia rusa ya no era griega, ni quería volver a serlo. Lo puramente ruso en la fe, las ceremonias, las creencias, la literatura, los textos, y hasta los errores de los textos, era para la Iglesia y para sus fieles, para el clero y para el pueblo en general, el criterio de la verdad religiosa. Si se puede decir que Nikon superaba a su Iglesia, a su clero y a su pueblo, por su ciencia, por su teología, por la integridad de su ortodoxia, debe a la vez reconocerse

que carecía del tino necesario para no herir inconsideradamente el instinto nacional. Lo cual presagiaba una catástrofe[145].

Los que desde el comienzo se opusieron a la reforma fueron los miembros de una asociación llamada "Hermandad", destacándose entre ellos los sacerdotes Neronow y Awwakum, quienes consideraban a Nikon poco menos que como el Anticristo. El primero, tras ser degradado por un Sínodo, fue recluido en el monasterio más septentrional de Rusia, y al segundo se lo desterró a Siberia.

El Zar, que por aquel entonces era Alexis, se mostraba del todo solidario con Nikon. Además tenía suerte en el campo de la política internacional, así como en el terreno militar, particularmente en su campaña contra Polonia. Miraba a Constantinopla con gran simpatía, e incluso aspiraba a liberarla un día del yugo turco. Todo lo cual lo impulsaba a ver con benevolencia el proceso de grecización impulsado por el Patriarca. "Soy ruso e hijo de ruso –decía–, pero mi fe y mi culto son griegos". Apoyado en el aval imperial, Nikon siguió adelante con su plan de reformas, introduciendo un nuevo Ritual para la Santa Misa basado en un Eucologio griego. El pueblo se sentía totalmente ajeno a semejantes transformaciones, o mejor dicho, profundamente trastornado y hasta herido en su fe.

Las cosas estaban yendo demasiado lejos. A raíz del cambio en el modo de persignarse, el Zar empezó a tomar distancia del Patriarca. La desconfianza de Alexis se fue acrecentando al advertir cómo Nikon exaltaba sus propias prerrogativas como representante de Dios. "El Patriarca –pregonaba– es el Vicario de Cristo. Éste, y no el Zar, es el Jefe de la Iglesia. El cielo y la tierra son un símbolo de lo que han de ser las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El poder temporal es al religioso lo que la gota de

145 Cf. ibid., pp. 341-342.

agua es a la nube que descarga la lluvia sobre la tierra. El Trono de los Príncipes de la Iglesia está en el cielo... El Zar necesita ser ungido por el Patriarca... Dios creó dos astros para iluminar la tierra: el sol y la luna, imágenes respectivas de ambas supremas potestades. El Patriarca impera sobre las almas; el Zar tan sólo tiene dominio sobre los cuerpos, sobre las cosas de este mundo visible. Es obligación de las potestades terrenales el prestar toda clase de ayuda a los Prelados y a los clérigos en todos aquellos casos en que se ejerzan contra ellos violencias e injusticias". Para confirmar su doctrina, Nikon aducía textos del Antiguo Testamento, así como episodios de la historia bizantina.

El Zar se sentía cada vez más molesto. En 1658, decidido ya a dar un paso definitivo, le hizo decir al Patriarca "que se abstuviera en adelante de usar, como venía haciéndolo, el título de Gran Señor". En el fondo tratábase de un asunto trascendente, el mismo que tanto conmovió también a la Cristiandad occidental, el tema de los dos poderes, el Trono y el Altar, y de la relación entre ambos. Tan pronto como Nikon recibió aquel aviso, se apresuró a declarar solemnemente en su catedral que había dejado de ser Patriarca. Y se retiró enseguida al monasterio de Woskressensky.

Los antiniconianos dijeron que había que proceder judicialmente contra Nikon, para lo cual se reunió un Concilio en Moscú. La presencia del Zar y del nuevo Patriarca de Moscú, así como de los Patriarcas de Alejandría y Antioquía, prestaba singular realce a la asamblea eclesiástica. También Nikon se encontraba allí, pero no como obispo sino como reo, a quien el propio Zar acusaba. El Concilio resolvió la deposición de Nikon, quien se sometió sin replicar. Pero cuando los Jefes de la Iglesia griega allí presentes declararon, según costumbre oriental, la sumisión de los poderes canónicos a la potestad civil, no pocos Obispos rusos hicieron signos de desaprobación. Rechazaban, por lo visto, tan humillante doctrina, pero no se atrevieron a formular una

protesta formal y clara, lo que quería decir que en la lucha que por la hegemonía venían sosteniendo la Iglesia y el Estado, la victoria, tanto teórica como práctica, quedaba en manos de este último[146]. En 1658, el Zar expulsó a Nikon de Moscú.

El P. Gagarin, noble ruso que entró en la Compañía de Jesús, y cuyas apreciaciones suelen ser muy ponderadas, juzga que Nikon fue un campeón valeroso de la independencia y libertad de la Iglesia, más aún, el hombre más grande que haya producido la Rusia de todos los tiempos.

La reforma litúrgica de Nikon conmovió el alma de Rusia y está, de hecho, en el origen del cisma. Porque si bien la persona de Nikon desapareció del escenario público, los libros ya corregidos se seguían usando, y la imprenta lanzaba nuevas ediciones de los mismos. Mientras tanto el Zar, creyendo que las cosas se habían arreglado, llamó de Siberia a Awwakum, el principal opositor del depuesto Patriarca. Pero en realidad la reforma nikoniana seguía su curso. Así lo consideró Awwakum, juzgando que por culpa de los cambios los rusos se estaban occidentalizando, y tras un silencio de seis meses, comenzó a combatir públicamente la Reforma. El Zar se molestó y lo volvió a desterrar, esta vez a la Rusia del norte, al tiempo que un Sínodo lo excomulgaba. Awwakum respondió excomulgándolos él a su vez. Así fue como comenzó el gran cisma, que desgarraría la Iglesia Rusa, el llamado *Raskol*.

2. Evolución del Raskol

Enorme fue la oposición a la reforma nikoniana, y muy sentida en el corazón de Rusia, a tal punto que aún hoy perduran

146 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 743-744.

los enemigos irreconciliables de Nikon, a quien no vacilan en llamar Anticristo y lobo rapaz, devorador de las ovejas que debía apacentar. En aquel tiempo fueron numerosos los que se rebelaron contra ella, y por causa de ella contra la Iglesia imperante en Rusia, contra la Ortodoxia rusa, sustancialmente nikoniana. Conviene advertir que si bien al comienzo los rebeldes siguieron aceptando la doctrina y no se apartaron sino en el ritual, con el tiempo acabaron por caer también en la herejía, rechazando algunos de ellos los sacramentos y hasta el sacerdocio. Los fieles y los sacerdotes de la Iglesia oficial los llamaron *Raskolnikis* (cismáticos), lo que no dejaba de molestarlos en lo profundo de su alma, ya que ellos se tenían por los auténticos ortodoxos, y prefirieron llamarse a sí mismos *Starowierz* (viejos creyentes). Para limar asperezas se convino en llamarlos *Starowradzi* (viejos ritualistas), denominación que ha prevalecido. Por razones prácticas nosotros emplearemos la palabra *Raskol*, que es la que se usa desde hace dos siglos en el mundo occidental[147].

147 He aquí las diferencias más llamativas entre el Raskol y la Iglesia oficial: 1° Los viejos creyentes persisten en hacer la señal de la cruz con sólo dos dedos (índice y medio), Nikon había dispuesto que en adelante se hiciera con tres, volviendo así a la manera antigua griega que estilaba persignarse con los tres primeros dedos encorvados, aludiendo al misterio de la Trinidad. Conviene saber que en los primeros tiempos los cristianos rusos se santiguaban con un solo dedo, para simbolizar su monoteísmo; al aparecer en Oriente la herejía monofisita, que afirmaba una sola naturaleza en Cristo, la Iglesia Rusa adoptó la manera de los dos dedos para simbolizar sus dos naturalezas, la divina y la humana. 2° Los ortodoxos nikonianos al recitar ciertas oraciones de la Misa dicen Aleluya tres veces, los Raskolnikis sólo dos, sustituyendo el tercero con la invocación: "¡Sé alabado Señor!". 3° Los Raskolnikis usan los libros litúrgicos antiguos, anteriores a Nikon. 4° En vez de decir, como los ortodoxos: "¡Señor nuestro, ten compasión de nosotros!", dicen: "Hijo de Dios, ten compasión de nosotros". 5° En las ceremonias que acompañan a la administración del bautismo, confirmación y matrimonio, los disidentes, al dar la vuelta en torno a la pila no proceden, como los ortodoxos, de derecha a izquierda, sino al revés. 6° En la Misa no usan cinco trozos de pan, como la Iglesia oficial, sino siete. 7° Escriben sin J el nombre de Jesús, y pronuncian Isus. 8° En vez de la cruz de cuatro puntas, introducida por Nikon, utilizan la de ocho, única admitida hasta la Reforma, sosteniendo que bajo los pies de Cristo había un travesaño. 9° Veneran sólo los iconos pintados por artistas de la vieja creencia, mientras los nikonianos admiten todas las escuelas, aunque se aparten del arte tradicional bizantino. 10° No reciben sacramentos de manos de sacerdotes ortodoxos, ni hablan con éstos sobre asuntos religiosos, huyendo de ellos como de la peste. 11° No se cortan el pelo ni se afeitan la barba y llevan la antigua chaqueta rusa.

No pasaría mucho tiempo sin que estallara una división interna –un cisma interno al cisma– a raíz de que algunos de ellos aceptaron a un sacerdote que había recibido la ordenación según el ritual reformado. Y así hubo dos partidos: el de los *popowzis* (sacerdotales) y el de los *bespopowzis* (asacerdotales). Ambos perduran hasta nuestros días[148]. La historia de los *popowzis* fue aciaga. Perseguidos por la Iglesia oficial y por la autoridad estatal, considerados como parias –fuera de la ley, civil y eclesiástica–, algunos huyeron a Kiev, otros se fueron a los bosques, volviéndose algunos de ellos poco menos que salvajes, ladrones o asesinos. Para la Eucaristía usaban pan que decían provenir todavía de los Santos Dones consagrados antes del Cisma. Cuando con el pasar de los años ya resultó ridículo seguir afirmando semejante cosa, aseguraron que habían reducido a polvo el último trozo que les quedaba, mezclándolo con cierta cantidad de levadura, por lo que podía seguirse diciendo que comulgaban todavía del Viejo Pan Consagrado. En 1775 apareció una nueva secta interna, que se negaba a rezar por el Zar y la Familia Imperial, ya que la orden de hacerlo procedía del Santo Sínodo, es decir, de la Iglesia Nueva. En cuanto a la vida conyugal, practicaban la poligamia, intercambiando sus mujeres. Para confesarse se dirigían a los más ancianos, quienes daban la carta indulgencial.

En cuanto a los *bespopowzis*, perseguidos implacablemente, ellos también, por la Iglesia y el Estado, se instalaron sobre todo en la Rusia septentrional, principalmente en Siberia, donde algunos llegaron a practicar el saqueo y el asesinato. Afirmaban que todos los sacerdotes posteriores a Nikon no eran sino lobos rapaces, que sus templos eran moradas del Anticristo, que no absolvían válidamente. Los fieles, que llevaban una vida de li-

148 H. Gómez ha escrito un libro magistral sobre la evolución de los diversos grupos cismáticos: *Las sectas rusas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1949.

bertinaje sexual, se confesaban entre sí. Algunos practicaron el bautismo de fuego, sumergiéndose en las llamas y creyendo ganar así la palma del martirio. Fundaron conventos, donde para las necesidades del culto decían que empleaban pan consagrado en tiempos preniconianos. Algunos se negaban a pisar las calles adoquinadas porque se trataba de un invento del Anticristo; otros tachaban de ateísmo a la Iglesia Ortodoxa.

En diversas ocasiones los Zares quisieron encontrar una solución a esta grave situación que dividía tan dolorosamente la cristiandad rusa. Pero de hecho el *Raskol* se radicalizó aún más cuando Pedro el Grande llevó a cabo su impía reforma subordinando el poder espiritual al poder temporal mediante el expediente de no designar nuevo titular en la sede del Patriarca que en 1700 había quedado vacante, y el ulterior establecimiento de un Santo Sínodo controlado por el Zar para la dirección de los asuntos religiosos. A partir de Pedro, que trató de "occidentalizar" a su pueblo por la fuerza, los disidentes se opusieron no sólo a la Iglesia oficial, nuevamente traidora a sus ojos, sino también a todo lo que provenía de Occidente[149].

Tal el lacerante drama del *Raskol* ruso, tan violentamente reprimido a lo largo de los siglos. Refiriéndose al mismo escribe Solzhenitsyn: "Considero que ésta es la mayor tragedia de nuestro pueblo en los últimos mil años de vida, antes de la revolución bolchevique. Los enemigos de la religión elevan siempre este reproche: que en las discordias religiosas reine semejante fanatismo. Esto sucede, simplemente, porque aquello de lo cual se trata y ocupa la religión es aquello que tiene más importancia para el hombre. Es verdad, cuando ocurrió el cisma, efectivamente, se

149 Cuando Catalina II se empeñó por introducir el cultivo de la papa en tierras rusas, los Raskolnikis se opusieron a ello, llamándolas "manzanas del demonio", porque en vez de brotar, como la mayor parte de los frutos, de la superficie, se formaban en el subsuelo.

trataba de cosas de relativa importancia, que tal vez podían ser superadas y resueltas. Pero por el contrario fueron impuestas por la fuerza, persiguiendo hombres y quemando los libros sagrados y aun los mismos hombres"[150].

La atroz persecución de los *raskolnikis*, tanto por parte de la autoridad espiritual como del poder político, encendió su entusiasmo sagrado, al tiempo que fomentó su espíritu de autonomía respecto de una autoridad que los trataba poco menos que como a fieras o bandidos. Durante la época soviética se llevarían la palma de la independencia espiritual frente al poder bolchevique. Hoy su número se eleva de 12 a 15 millones de miembros[151].

150 Entrevista al periódico alemán "Spiegel", cf. Esquiú, N° 1440, 1987.

151 Además del *Raskol* o gran cisma, pululan en Rusia multitud de sectas. Entre ellas los *Clistinos* o disciplinantes. Apelando a la frase de Jesús: "Estaré con vosotros hasta el fin de los siglos", aparecen pretendidos Cristos y pretendidas Madres de Dios. La secta nació en el siglo XVIII y evolucionó en el XIX, extendiéndose por Ucrania y Crimea. Practica la danza religiosa, y aspira a la ebriedad extática, mezclando la mística con la lujuria. Citemos también el *Escopcismo*, secta que odia el matrimonio y la carne y recurre al misticismo de la castración. En esta secta se destaca la figura mesiánica de Seliwanow, encarcelado en Suzdal, del cual se dice que no murió allí sino que vive, y hará un día su manifestación gloriosa en los alrededores de Moscú. Las dos grandes ciudades eslavas, San Petersburgo y Moscú, serán también un día teatro de los más grandes acontecimientos de la historia. La primera será testigo de la coronación de Seliwanow como Zar de todas las Rusias, y la segunda de su coronación como Juez inapelable de vivos y muertos. La Santa Rusia tendrá así un papel providencial para la salvación del mundo. El Primogénito de nuestra prosapia aparecerá en Rusia y se dejará ver en Moscú. Montado en un blanco corcel capitaneará las milicias escópicas. Y reunirá en torno suyo a los monarcas rusos, juntamente con todos los emperadores y reyes de la tierra. Cuando Seliwanow llegue al tope, subirá a los cielos como el Hijo de Dios. Será la felicidad total. El pulular de las sectas en Rusia en buena parte es consecuencia del anquilosamiento de la Iglesia oficial. Se dice que en cierta ocasión el Zar Alejandro III, preocupado por este problema, pidió explicaciones al metropolita Platón. "Majestad –respondió el culto obispo de la Iglesia rusa–, las masas buscan a Dios. El fenómeno que nos ocupa constituye una grave acusación contra la Greco-ortodoxia. Nuestro pueblo busca luz espiritual y es deber nuestro el proporcionársela. Con buenos pastores no se extravían jamás las ovejas. Pero, ¿cuántos hay de ellos en nuestra Iglesia?": cf. H. Gómez, *Las sectas rusas...*, pp. 8-9. Para una visión más global, cf. también pp. 109-371.

V. LA POLÍTICA RELIGIOSA EN LA RUSIA DE SAN PETERSBURGO

Hasta acá hemos considerado principalmente la política religiosa de los Zares de Moscú, si bien al relatar la historia del *Raskol* adelantamos algo en relación con la época de Pedro I. El traslado de Moscú a San Petersburgo, como lo hemos señalado en el primer capítulo, no fue simplemente una mudanza geográfica sino que tuvo serias implicancias en el campo religioso.

1. La reforma de Pedro el Grande

En páginas anteriores nos hemos referido a la enigmática figura del fundador de San Petersburgo, *Pedro el Grande* quien, como allí dijimos, tomó partido por el Liberalismo, el Humanismo y el Progreso, es decir, la ideología a la sazón prevalente en su admirado Occidente. Nada quería saber Pedro de cualquier cosa que oliera al cristianismo tradicional, al espíritu medieval. Leal al Iluminismo, fiel a los principios pluralistas y escépticos que predominaban en la cosmovisión europea y que culminaron en la apostasía pública del siglo XVIII, Pedro es un auténtico prosélito del espíritu del "mundo moderno".

En 1702 publicó un "Manifiesto de Tolerancia", por el que se autorizaba el libre ejercicio de otras religiones. E incluso no vaciló en asistir personalmente a reuniones cultuales de los "herejes" (cuáqueros, protestantes o católicos), hacer de padrino en el bautismo de varios niños protestantes, poner la primera piedra de un templo evangélico... Los ortodoxos lo tenían por hereje,

y siguiendo una costumbre inveterada, lo llamaron Anticristo. Era, en realidad, un librepensador, que quería introducir en el ámbito político los principios del laicismo y de la secularización. Para él, la Ortodoxia era una momia, siempre igual, como si no pasaran los siglos. La Rusia futura, la liberal, que él estaba bosquejando, se basaría en dos principios fundamentales: la total eliminación de las tradiciones político-eclesiales de Bizancio y la supremacía del Estado sobre la Iglesia[152].

En 1721, Pedro se sintió lo suficientemente fuerte como para suprimir el Patriarcado mismo, supliéndolo por una entidad corporativa llamada el Santo Sínodo. ¿Cuál fue el motivo o el pretexto para semejante medida?

En el "Reglamento eclesiástico", obra común de Pedro y de su inspirador protestantizante el obispo Teófano Prokopovitch, se lee: "La patria no tiene que temer de una asamblea corporativa los disturbios y revueltas que provoca la gestión de un jefe espiritual único, ya que el pueblo no sabe distinguir el Poder espiritual del Poder autocrático. Admirado por el respeto y la nombradía de que goza el pastor supremo, se dice a sí mismo que semejante jefe es un segundo soberano, igual en poder al autócrata, y quizás más grande que él, y que su dominio espiritual es un segundo Estado, superior al primero... Los hombres de corazón simple están tan pervertidos por esta opinión, que alzan la mirada, menos hacia el autócrata que hacia el pastor supremo. Cuando surge una discordia entre los dos Poderes, todos simpatizan antes bien con el jefe espiritual que con el jefe temporal, y se atreven a sublevarse en favor del primero, preciándose de luchar en nombre de Dios mismo. No es extraño que opinión tan belicosa incite a la acción al propio pastor". El pasaje es revela-

152 Cf. ibid., pp. 402-406.

dor. Pedro teme la aparición de un Pastor animoso, convocante, al estilo de Nikon. Autócrata de todas las Rusias, la idea de un Poder compartido con la autoridad espiritual le resultaba absolutamente intolerable. Quiere en sus manos todos los poderes, incluido el religioso. Ya no habrá más Iglesia Rusa sino Iglesia del Estado ruso, que no es lo mismo. Se pasa así de la Iglesia Nacional a la Iglesia de Estado.

En orden al logro de estos objetivos, el Reglamento se aplica a demostrar que el régimen que se necesita no es el del patriarcado, sino el de los concilios. Sólo que Pedro traduce concilio por oficina estatal. La Iglesia es tratada como una creación puramente humana, dependiente del poder civil y sometida a sus leyes. Pedro aplicará al gobierno de la Iglesia el método que había excogitado para administrar a Rusia, el sistema de los colegios. La Iglesia tuvo también el suyo. A fin de distinguirlo de los demás, se lo llamó con un nombre de resonancia religiosa: el Santo Sínodo. Sus miembros eran nombrados por el Zar, y estaban bajo el control de un Procurador general –"el ojo del Zar"–, una especie de ministro de culto, con derecho a veto, quien en nombre del Emperador ejercería sobre la Iglesia una verdadera tiranía. Según los nuevos estatutos eclesiásticos, el Zar era la cabeza de la Iglesia, su supremo jefe espiritual. El Sínodo no era sino un instrumento estatal, una pieza más en el engranaje político del zarismo.

Pronto la teoría comenzó a concretarse en hechos. Pedro elaboró la lista de los nuevos obispos, sometió a la administración estatal los bienes de la Iglesia, restringió el número de sacerdotes. Los párrocos empezaron a recibir modelos de sermones, a los que debían ajustarse. El secreto de la confesión quedó gravemente vulnerado ya que todo confesor estaba obligado a denunciar al penitente que se acusaba de haber tramado, o incluso simplemente de haber pensado un complot contra el Estado o

un atentado contra el Zar. Se suponía, es verdad, que el culpable no manifestaba arrepentimiento alguno y que perseveraba en su propósito, en cuyo caso el confesor debía negarle la absolución y denunciarlo luego a la cancillería secreta. Todo ello, por cierto, rebajaba al sacerdote, en quien se veía a un posible delator.

El día en que se inauguraron las sesiones del Santo Sínodo, el Zar Pedro, que asumió la presidencia del solemne acto, pronunció un discurso en defensa de la nueva institución, volviendo una vez más sobre las ventajas de eludir la multiplicación de autoridades: "Se evitará el extravío de las masas, pues viendo el pueblo, siempre inclinado a supersticiones, un Jefe civil y un Jerarca sumo de la Iglesia, puede caer fácilmente en el error de que existen dos potestades supremas. No hay más que una sola soberanía: la del Estado. Hay que orillar a todo trance aquellas largas discusiones entre el Sacerdocio y el Imperio, que tanta sangre han costado y tantos disgustos han proporcionado a la humanidad. La teoría de las dos espadas es absurda. No hay más que una: la del Monarca". Por su parte, los miembros del Santo Sínodo se comprometieron en los siguientes términos: "Juro ser un servidor fiel y obediente de mi Soberano, de mi dueño y señor natural, y de los augustos sucesores que él tenga a bien nombrar en virtud del poder indiscutible que posee. Reconozco que él es el Juez supremo de este colegio espiritual...".

¿Cómo no había de desprestigiarse una Iglesia que consentía a tanta humillación, dando al César lo que es de Dios? De ahí que, como dijimos más arriba, los partidarios del rito antiguo, los *raskolnikis*, prosperasen en proporción directa a la decadencia del clero oficial, sometido a tan afrentosa servidumbre.

Nada hay que revele con tanta perfección el sometimiento de la Iglesia Rusa como la actuación despótica que de hecho ejercieron los Procuradores generales del Santo Sínodo. La vida de

esta institución duró desde 1722 a 1918, casi dos siglos, perfectamente distintos entre sí. Mientras que en el siglo XVIII, las relaciones entre la Iglesia y el Estado estuvieron informadas por el volterianismo, la incredulidad y el desprecio que animaron a Pedro el Grande, y por la altivez impía de Catalina II, en el siglo XIX, en cambio, predominó el césaropapismo más agudo. En el siglo XVIII se despreciaba a la Iglesia; en el XIX, bajo el pretexto de reformarla y dignificarla, se la anuló como institución autónoma. La prisa que se dio la Iglesia para resucitar, en cuanto pudo, la figura del Patriarca, muestra el desagrado con que había tolerado la experiencia del Santo Sínodo.

Los soviéticos, que aborrecen la época zarista, han mostrado una consideración especial con el Zar Pedro. Poco antes de morir, Lenin dejó dicho a sus sucesores que debían llevar a término la industrialización iniciada por ese gran Zar 200 años atrás. Las fábricas y los talleres ocupaban en el espíritu de Pedro el lugar que tenían los monasterios en la antigua Rusia. Y llevó adelante su proyecto con un extraordinario derroche de vidas. Ninguna de sus guerras costó tantas como la construcción de la "Ciudad de Pedro", del puerto de Kronstadt y la creación de la marina imperial. Para poder llevarlas a cabo los ciudadanos rusos fueron llevados como rebaños, de un extremo al otro del territorio, y los campesinos arrancados cruelmente de sus *isbás*. Parecido a Lenin y Stalin, a los que se asemeja también en su política religiosa. No extraña, pues, que también este último, que gustaba mirarse en aquel Zar, luego de haber mandado restaurar las estatuas de Pedro, ordenase que se dedicara especial atención a su figura en los libros escolares y se consagrase una cátedra, en la Universidad de Moscú, al estudio de su reinado. "Pedro sembró

la semilla que tan maravillosamente fructificó en el actual bolchevismo", escribe acertadamente Algermissen[153].

2. Relación de los Zares con el catolicismo y la Santa Sede

Los Zares de los dos últimos siglos no cortaron del todo sus relaciones con Roma. Ni siquiera *Pedro el Grande*. Cuando éste accede al poder, se estaba organizando una coalición contra los turcos, integrada por Polonia, Austria, Venecia y Rusia; pero nada podía esperarse sin el apoyo moral de Roma. Pedro comprendió lo que significaba para Rusia una victoria sobre los turcos, única manera de lograr algún acceso al Mar Negro. El joven soberano, que sabía representar la comedia con sinceridades intermitentes, hizo circular el rumor de que era partidario de la Unión y de la Cruzada, dejando que la especie se propagase por intermedio de sus embajadores y confidentes. Durante el extraño viaje que hizo por Europa, al llegar a Viena, en 1698, visitó varias iglesias católicas, se interesó por la liturgia, departió con el cardenal Kollonitz y con el P. Wolff, un jesuita educado en la corte de Polonia y que hablaba bastante bien el ruso. Por uno de sus diplomáticos hizo correr la versión de que él atribuía la división religiosa a la falta de libros teológicos y a la corrupción de los textos por parte de los griegos, lo que sumió en una estupefacción llena de esperanza a la Santa Sede, máxime por tratarse de un Zar que, en sus orgías sacrílegas, no había vacilado en parodiar e insultar a la Iglesia católica. El hecho fue que, en 1699, los jesuitas se instalaron en Moscú y se organizó allí la comunidad católica. Tal fue una de las consecuencias de la alianza

153 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 285-288; H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 838-851 y 238; E. Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia...*, pp. 93-94.

defensivo-ofensiva firmada en 1697 por Rusia, Austria y Venecia contra los turcos.

Sin embargo, no se podía confiar en un Zar tan voluble y caprichoso. En 1705, a raíz de la guerra entablada contra Carlos XII de Suecia, un ejército ruso había cruzado la frontera de Polonia para socorrer a su rey, a la sazón aliado de Pedro. El 10 de julio, el Zar en persona llegó a Polotsk, en cuya catedral se encontraba la tumba del arzobispo Josafat, martirizado en 1623, y cuyas reliquias obraban milagros. Josafat era odiado por los rusos a causa de la Unión de Brest. La desgracia quiso que, al amanecer el 11 de julio, Pedro, en quien no se habían disipado aún los efectos del vino, entrara en el monasterio de los monjes basilianos, contiguo a la catedral. Al ver la estatua de Josafat, representado con el cráneo partido y un hacha en la mano, como símbolo de su martirio, su mirada se ensombreció, e interrogando al monje que le guiaba quién había matado a Josafat, éste, tomado de sorpresa, cometió la imprudencia de responder: "Los cismáticos". Pedro sacó la espada y lo mató. Cuatro monjes, que acudieron en auxilio de su compañero, cayeron también víctimas del furor del Zar, tras lo cual los otros monjes fueron encarcelados, el monasterio entregado al pillaje y la catedral convertida en depósito militar. El colmo es que esto ocurría, no en Rusia, sino en Polonia, en el reino de un aliado al que Pedro había ido a socorrer. Es verdad que el Zar, una vez repuesto, mostró un profundo remordimiento, y para hacerlo creíble fue a visitar pocos días después el colegio de los jesuitas, donde asistió devotamente a Misa, comió en el comedor de los Padres, levantó y vació 120 veces su vaso, gesto saludado otras tantas veces por salvas de artillería; allí reconoció públicamente su falta y juró repararla.

Sin embargo, después de la victoriosa batalla de Poltava, Pedro cambió una vez más de política. Vencido Carlos XII, ya no tenía necesidad de apoyarse en Polonia contra Suecia, ni en Aus-

tria contra los turcos. Por otra parte, la Santa Sede ya no le interesaba[154].

En materia religiosa la Emperatriz *Catalina* siguió la política de Pedro. Oriunda probablemente de Alemania, protestante de nacimiento, se hizo luego oficialmente ortodoxa, si bien en realidad fue librepensadora. Como se ve, era triplemente extraña al catolicismo.

En la práctica Catalina atacó duramente a los católicos que estaban bajo sus dominios, en especial a los ucranios. Por un *úkase*, se determinó que las parroquias de los uniatas debían contar al menos con cien familias, de otra manera quedaban suprimidas o incorporadas a la Ortodoxia. Ello ocasionó que en un año los uniatas perdieran 2.300 iglesias. Un nuevo *úkase* ordenó la supresión de todas las eparquías uniatas, en cuyo lugar se crearon cuatro ortodoxas. En 1796, de las 5.000 iglesias católicas existentes en Kiev, Kamianec, Lutsch y Vladímir, quedaban sólo 200. Así pues, bajo el reinado de Catalina II, los uniatas perdieron miles de iglesias, 14 monasterios basilianos y unos 8 millones de fieles católicos orientales.

En lo que atañe a sus contactos diplomáticos con la Santa Sede, Catalina experimentaba satisfacción mortificando al Papa, y coartando la acción de Roma. Cuando en 1773 Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús, Catalina prohibió la publicación del Breve pontificio en toda la extensión de su imperio, con lo cual hizo que los jesuitas de su territorio pudiesen seguir en la Orden, pues el Papa había puesto como condición para su disolución la expresa publicación del Breve. Es cierto que desde 1719, año en que Pedro I había expulsado a los jesuitas, no

154 Cf. G. de Reynold, *El mundo ruso...*, pp. 312-314.

existía en Rusia ninguna comunidad de la Compañía. Pero con la partición de Polonia, veinte establecimientos de dicha Orden, entre los cuales el célebre colegio de Polotsk, fundado en 1579 por Batory, habían pasado a depender del cetro de Catalina. Su adhesión al espíritu de los "filósofos" no podía sino llevarla a desconfiar de esos "muy astutos personajes", como ella los llamaba, pero admirando su capacidad intelectual y pedagógica, de la noche a la mañana se declaró su protectora, llegando a permitirles la fundación de un noviciado[155].

La figura de *Pablo I* no deja de ser atrayente. En ocasión de un viaje a Roma había tenido oportunidad de conocer a Pío VI, y luego mantuvo correspondencia con Pío VII. Defensor decidido de los valores tradicionales que hicieron la grandeza de Rusia, luchó empeñosamente contra el espíritu de la Revolución Francesa, para lo cual veía en Roma un aliado, y en la Iglesia católica un baluarte.

Curiosamente, los caballeros de la Orden de Malta le ofrecieron el Protectorado de su institución, lo que aceptó con toda seriedad. Pero al convertirse en jefe de una orden militar que dependía de la Santa Sede, ¿no entraba de alguna manera bajo la jurisdicción del Soberano Pontífice? A su confidente, que era el P. Gruber, un jesuita de la Rusia Blanca, le encargó en 1801 hiciera saber en Roma que "si el Papa tiene necesidad de un asilo seguro, yo le recibiría como a mi propio padre; y todas mis fuerzas serán empleadas en su defensa, y no ocurrirá como en el caso de otros príncipes, quienes, al prometerle ayuda, no querían en realidad más que desalojarle y privarle de sus mejores provincias". En distintas oportunidades le había confesado a dicho Padre: "Yo soy católico de corazón. Trate de persuadir a los obispos".

155 Cf. ibid., pp. 316-317.

Al parecer, el emperador y el jesuita soñaban juntos en la unión. Esto ocurría en un momento propicio, ya que por aquel entonces el catolicismo estaba bien visto en la sociedad petersburguesa, y era opinión generalizada que la religión greco-rusa apenas si difería de la católica. El propio metropolita, Monseñor Ambrosio, no ocultaba su simpatía por el catolicismo. Por desgracia, el asesinato de Pablo I impidió que este sueño se realizara[156].

Su sucesor, *Alejandro I*, era un hombre de psicología atormentada e inquieta. Quizás el hecho más relevante de su reinado haya sido la victoria que logró sobre los ejércitos de Napoleón. José de Maistre, quien lo conoció personalmente y observó con atención, escribe que refiriéndose a ella dijo a sus generales: "Aquel que no reconozca que todo esto viene de arriba no merece ser llamado hombre". Podría decirse que en el año 1812, año de su triunfo sobre aquel Napoleón en quien veía la encarnación del espíritu de la Revolución Francesa, se produce en él un cambio radical. Hasta ese momento había seguido una política semejante a la de Catalina. A partir de allí se vuelve religioso y casi místico, soñando con ser el pacificador y el reconstructor de Europa. Es entonces cuando se apodera de él una convicción: que el fundamento de Europa es y no puede ser sino el cristianismo. Esta nueva visión se plasmó en el gran proyecto de su vida: *la Santa Alianza*. En este acuerdo de los Príncipes cristianos para enfrentar la subversión creciente, se encuentran las siguientes palabras: "Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Salvador, Verbo eterno, Esplendor del Padre, Tesoro de amor..." Estamos a años luz del espíritu librepensador y volteriano de Pedro y Catalina. Siempre según de Maistre, sabemos que "el redactor... es nada menos que el emperador de Rusia".

156 Cf. ibid., pp. 317-318.

Semejante posición lo acercó perceptiblemente al catolicismo. En respuesta a una carta del Papa le dice: "Ruego a Vuestra Santidad quiera persuadirse de que los súbditos católicos hallarán de mi parte, en el ejercicio de su culto, la protección más constante. La religión que profesan gozará invariablemente en Rusia y en Polonia de los saludables efectos de la solicitud más fraternal. Me sería grato poder disfrutar algún día de la invitación con la cual Vuestra Santidad termina su carta, y si las circunstancias me permitieran aproximarme nuevamente a Italia, he de poner el más sincero empeño en asegurar personalmente a Vuestra Santidad el verdadero afecto que me embarga hacia su persona. Me encomiendo a las oraciones y a la bendición de Vuestra Santidad". Poco tiempo después, el Emperador le encargó al general Michaud de Beauretour una misión personal ante el Papa; algunos sostienen que con ese motivo le habría hecho algunas confidencias que dieron pie a que se creyera en una adhesión interna al catolicismo. Pero ello no se ha probado. De hecho, murió como ortodoxo en 1825.

El zar *Nicolás I* siguió un rumbo completamente diverso, retomando los planes de Catalina II contra los uniatas y su intento por reintegrarlos a la Ortodoxia. Bajo el emblema de la "Santa Rusia", desencadenó una nueva persecución, prohibiéndoles el uso de sus libros litúrgicos y arrebatando a los basilianos sus monasterios. La persecución se volvió más dura a raíz de una insurrección polaca que estalló en 1831; aun cuando los uniatas apenas si participaron en ella, el Zar aprovechó la ocasión para eliminarlos. En 1832 ordenaba la confiscación de todos los bienes de los basilianos y declaraba su completa desaparición, suprimía los seminarios, y ponía a todos los católicos ucranios y bielorrusos bajo el control del Sínodo ortodoxo de Moscú. Tras diversos avatares, de los cuatro obispos católicos unidos a Roma, tres de ellos acabaron por redactar un acta según el cual aban-

donaban la Unión y se sometían a la Ortodoxia oficial rusa. En 1839 se proclamó formalmente la supresión de la Unión y la incorporación "voluntaria" de los católicos a la autoridad religiosa moscovita. Los tres obispos fueron recibidos cordialmente en Moscú por el Zar Nicolás.

Con los tres últimos emperadores, *Alejandro II, Alejandro III* y *Nicolás II*, las relaciones entre los Zares y el catolicismo no se hicieron más fáciles, sino que más bien se dificultaron[157].

VI. CARACTERÍSTICAS DEL CRISTIANISMO RUSO

Para nuestros ojos occidentales, la Iglesia Rusa aparece como una Iglesia "inactiva" y "angelista", pobre en energías creadoras y configurativas del orden social y moral, sistemáticamente apartada de un mundo al que habría renunciado a impregnar con el espíritu del Evangelio. El cristianismo oriental, por el contrario, inclinado a una religiosidad espontánea y poco reglamentada, tiende a ver en la Iglesia Católica una institución "secularizada y enteramente mundana"; su engranaje canónico le resulta absolutamente extraño a su idiosincrasia y hasta despierta su indignación y escándalo[158].

157 Cf. ibid., pp. 318-321. Sobre la época de Nicolás II se leerá con provecho A. Wenger, *Rome et Moscou* (1900-1950), Desclée de Brouwer, Paris, 1987, pp. 7-130. Tras la caída de Nicolás II, Benedicto XV se ofreció a recibir en el Vaticano a la familia imperial. El diplomático N. Bock, secretario de la legación de Rusia cabe la Santa Sede, que más tarde se haría católico y jesuita, dejó relatado los esfuerzos del cardenal Gasparri, secretario de Estado, para salvar a la familia del Zar.

158 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 61-62. El mismo autor dice que entre los orientales es familiar un viejo axioma: *Ex oriente lux, ex occidente lex.*

Ambas impresiones son injustas. Si nos limitamos a la consideración de la Iglesia Rusa, que es nuestro tema, nos parece que no se puede afirmar de manera tan absoluta que se haya desinteresado de evangelizar la vida y las costumbres de la gente. "El pueblo ruso acogió el cristianismo de un modo tan profundo y total que es muy difícil de imaginar y comprender –afirma Solzhenitsyn–. El ruso que vivía de la tierra se llamaba a sí mismo no campesino sino *Krestjanin*, es decir, «uno que lleva la cruz». El ayuno cristiano era rigurosamente respetado con total libertad por los campesinos, en los lugares de trabajo más duro. Nuestro pueblo, en sus clases más bajas, se comportaba según el calendario de la Iglesia... Toda la vida, las reflexiones, las decisiones se orientaban según estos tiempos, según los nombres de los santos. El credo ortodoxo penetró entre nosotros en el modo de pensar y de sentir. Cuando escribía Dostoievski, todo esto se conservaba en gran parte"[159].

Estando de visita en Nóvgorod me llamó poderosamente la atención el barrio medieval de las corporaciones rusas, cada una de las cuales contaba con dos iglesias contiguas, una para el verano y otra para el invierno. Las actividades humanas y, más en general, el orden temporal rendía el debido homenaje al orden espiritual, como lo hace patente también el concepto que se tenía de la subordinación del Zar a la religión, al menos en la época prepetersburguesa. Aun cuando los derechos de los obispos y del Patriarca nunca fueron claramente definidos y el Zar tenía mucho que decir en la elección de los mismos, su autoridad espiritual era generalmente reconocida, y los Zares, por poderosos que fueran, eran siempre los primeros en dar ejemplo de obediencia filial a los Patriarcas. Dicho respeto encontraba un símbolo notable en la procesión del domingo de Ramos, cuando el Patriarca, representando a Cristo, recorría montado en un burro

159 Reportaje en la revista "Spiegel", cit. en Esquiú, N° 1440, 1987.

las calles de la capital, mientras el Zar conducía humildemente al animal de las riendas.

Fue Pedro quien dio un golpe de gracia a este ascendiente moral de la Iglesia, silenciando a los obispos, decretando la abolición del patriarcado, suprimiendo la libertad parroquial y paralizando la actividad de la Iglesia. Como resultado de ello, durante más de 200 años, la Iglesia Rusa perdió el derecho de hablar libremente. Pero quede en claro que los ortodoxos verdaderos jamás aceptaron la idea de que los emperadores, o cualesquiera otros, tuviesen derecho a controlar la Iglesia de Dios. La Iglesia era mucho más antigua que el Imperio[160].

1. La cultura religiosa

En su libro sobre la Iglesia Rusa, Hilario Gómez señala el bajo nivel cultural del mundo ortodoxo, no sólo en el ámbito del pueblo sencillo sino incluso en sus sacerdotes. El clero parroquial tiene una formación teológica muy deficiente. Sus conocimientos se limitan, por lo común, al ritual litúrgico y la administración de los sacramentos. Un abismo, al parecer, separa en este punto al Oriente del Occidente. Mientras que Rusia predileccionó siempre la liturgia llegando en ocasiones a un "ritualismo" un tanto exagerado, los escolásticos occidentales apenas si pararon mientes en el campo litúrgico y se consagraron casi con exclusividad a la especulación pura. Naturalmente, una dedicación tan plena al pensamiento filosófico y teológico no pudo menos que redundar en beneficio de la profundización en la doctrina, mucho más que en el Oriente, dedicado casi por entero al orden práctico de la liturgia. Precisamente ha sido este "contraste", este antagonismo a

160 Cf. N. Zernov, *Cristianismo Oriental...*, pp. 184-185.

flor de piel el que originó las desaveniencias más profundas y las discusiones más agudas entre ambas Iglesias. El católico occidental tiende a despreciar la religión oriental, porque le parece anquilosada y agónica. El greco-ortodoxo, en cambio, echa de menos en el catolicismo el rico "simbolismo" que tanto se trasunta en su liturgia. Más aún, para el espíritu ruso no parece una tarea digna el estudio sistemático de los dogmas, especulativamente analizados, filosóficamente escudriñados y expuestos. Por esto la Ortodoxia llama "innovadores" a los grandes teólogos occidentales, y a la dogmática elaborada por el esfuerzo de esos grandes teólogos puestos al servicio de la fe, "audacia irreverente y temeraria", que pretende adentrarse en el inaccesible santuario de los más altos misterios, respecto de los cuales, pese a todos los esfuerzos de la inteligencia, reinará siempre la más absoluta ignorancia[161].

El mismo Hilario Gómez se pone a sí mismo una objeción a lo que acaba de afirmar, a saber, el hecho innegable de que haya sido precisamente en el mundo oriental donde se libraron las grandes controversias dogmáticas, e incluso donde se esclarecieron y se fijaron los dogmas cristianos. A lo que responde que si se profundiza un tanto en este hecho histórico-teológico, se cae en la cuenta de otro fenómeno no menos indiscutible, a saber, la presencia en ese mismo mundo oriental de un antiguo "intelectualismo helénico" que, hundiéndose en exageradas sutilezas dialécticas, no supo elevarse sobre los intereses accidentales y puramente "litúrgicos". Las célebres polémicas con los arrianos, negadores de la divinidad de Cristo; con los apolinaristas, aminoradores de su divinidad; con los nestorianos, que rechazaban la divina maternidad de María, madre, según ellos, de la persona humana de Jesús; con los monofisitas, que defendían la absorción de la naturaleza humana de Cristo en su naturaleza divina; y con los mono-

161 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, p. 60.

teletas, que ponían en Cristo una sola voluntad; todas estas discusiones, afirma Gómez, pese al aparente acaloramiento dogmático, no habrían sido, al fin y al cabo, sino elucubraciones relativas a un problema de orden cultual, reductible a esta pregunta: ¿Qué culto hemos de dar a Cristo y a su Madre? Y recuerda cómo la última gran polémica dogmática de los orientales fue en torno a los iconos, cuya índole exclusivamente cultual parece innegable[162].

Santiago Hevia, por su parte, refiriéndose al espíritu del cristianismo ruso, señala la escasez de la literatura estrictamente religiosa, limitada a unos cuantos tratados teológicos para uso de los seminarios y academias eclesiásticas, calcados de los Padres orientales, especialmente de San Juan Damasceno; a textos incluidos en la *Filocalia*[163]; a vidas de santos; a poquísimos escritos redactados por autores espirituales rusos (entre ellos, obispos del siglo XVIII); y, naturalmente, a libros litúrgicos en lengua paleoeslava, de muy difícil manejo por no estar codificados; finalmente, a publicaciones piadosas, generalmente de poco nivel y mal gusto. Añádanse las recopilaciones de algunos sermones episcopales (a veces muy interesantes, como los del obispo Inocencio de Kherson), y solamente en los últimos tiempos, es decir, durante los 50 años precedentes a la revolución soviética, algunos escritos de carácter ascético y místico, de autores verdaderamente originales[164].

Estas apreciaciones de Gómez y de Hevia nos parecen demasiado severas. Preferimos las observaciones y sugerencias que E. Denisoff ha expuesto en un interesante libro titulado *L' Église*

162 Cf. ibid., pp. 49-50.

163 La palabra griega *"filocalia"* significa literalmente "amor de lo que es bello", más particularmente amor a Dios, como fuente de todas las cosas bellas, y a todo lo que conduce a la unión con la belleza divina increada. Aplicada a un libro, la palabra toma el sentido de "colección de textos selectos", "antología"; en nuestro caso, de escritos ascéticos de los Santos Padres y anacoretas orientales, reunidos por Macario de Corinto (1731-1805) y Nicodemo el Hagiorita (1749-1809).

164 Cf. S. Hevia, El *espíritu del cristianismo ruso...*, p. 91.

russe devant le thomisme. Denisoff es un sacerdote católico auténticamente ruso pero que estudió el tomismo en Roma. Tras un análisis histórico del tema propone una solución a nuestro juicio altamente enriquecedora. Comienza afirmando que es en la Iglesia latina donde se ha perpetuado la tradición filosófica; la Iglesia rusa, en cambio, no ha podido crear en sus academias una tradición filosófica comparable al movimiento tomista de Occidente. E intenta una explicación: durante los siglos medievales, los eslavos sufrieron el yugo de los mogoles, no pudiéndose pensar por aquel entonces en Seminarios ni Academias eclesiásticas; después de la muerte de Iván el Temible, el país atravesó la época turbulenta de la *Smuta*; tras el advenimiento de Pedro el Grande, las cosas se complicaron aún más.

Destaca Denisoff un importante proyecto llevado a cabo en Kiev durante el siglo XVII. Su protagonista fue el metropolita de dicha ciudad, Pedro Mohila. Este erudito eclesiástico, hijo de un ex príncipe de Moldavia, quien había estudiado en París, Oxford y otros grandes centros intelectuales europeos, y que luego entró en el Monasterio de las Grutas de Kiev, al ser nombrado Obispo se preocupó particularmente por elevar el nivel de la educación y disciplina del clero. Su obra más importante en este campo fue la creación de la Academia de Kiev, llamada también "Mohiliana", que estableció cerca del Monasterio de las Grutas. Inspirándose en las instituciones occidentales, había comenzado por fundar una escuela junto al Monasterio, que luego recibiría el título de "Colegio" y más tarde, bajo el gobierno del atamán Mazepa, fue llamada "Academia". Allí acudieron muchos jóvenes ucranios, rusos, moldavos, etc., ya que era el único centro importante para estudios superiores en todos los países eslavos. El programa incluía cursos de gramática, retórica, política, dialéctica, astronomía, filosofía y teología. El idioma para los estudios y las clases era el latín, si bien se usaba también el griego, el

antiguo eslavo y el ucranio. Durante los seis o siete años que duraban los cursos se estudiaba especialmente la filosofía aristotélica, así como la teología de los grandes escolásticos, las obras de Santo Tomás, San Buenaventura, San Alejandro de Hales, Duns Scoto, etc. Contaba con una excelente biblioteca[165].

Señala Denisoff un dato de extrema importancia en lo que toca al desarrollo de la cultura religiosa rusa, y es la infiltración que sufrió Rusia, desde comienzos del siglo XVIII, de las ideas filosóficas modernas. Tales ideas penetraron primero en los medios eclesiásticos. No en vano el reformador de la Iglesia rusa bajo Pedro el Grande, el arzobispo Teófano Prokopovitch, era un admirador de Bacon y de Descartes[166].

Es innegable que el Santo Sínodo hizo mucho en favor de la extensión de la cultura, teniendo en cuenta que hasta 1764 sólo había una Universidad en Moscú y un Gimnasio en Kazán. En 1788 se abrieron cursos en el Seminario de Nevski (San Petersburgo) en orden a formar profesores para los seminarios de las provincias. En 1797, ese Seminario y el de Kazán fueron elevados a la categoría de Academias eclesiásticas. Los métodos y las materias se tomaron de Kiev. Entre los seminarios existentes se destacaban los de Nóvgorod, Kazán, y el que funcionaba en el Monasterio de la Trinidad. En 1809 se abrió la nueva Academia

165 Gracias a esta Academia, los eslavos pudieron resistir durante siglos los embates de tantas herejías y sectas como pulularon en los territorios por ellos habitados. Grande es, pues, la gloria de la noble ciudad de Kiev: no sólo fue el lugar de donde brotó la primera luz de Cristo para los rusos en los siglos X a XII, sino también el foco de la segunda luz, por la amplia irradiación intelectual de esta Academia. Esperamos que Dios haga provenir de allí la tercera iluminación para los que durante la época soviética estuvieron sumidos en las tinieblas del ateísmo comunista.

166 ¡Curioso este personaje! Nacido en Kiev, ingresó muy joven en la orden de San Basilio, luego pasó a Roma, donde estudió teología, residiendo después en Polonia. Nombrado profesor en la Academia de Kiev, fue llamado a San Petersburgo por Pedro el Grande. Presidió luego como rector la Academia de Kiev, siendo después sucesivamente obispo de Pskov y arzobispo de Nóvgorod. Finalmente colaboró con el Zar Pedro en la lamentable reforma de la Iglesia Rusa.

de San Petersburgo (Lavra de Nevski); en 1814, la de Moscú, en la Lavra de la Trinidad; así como las de Kiev y Kazán. En 1818 había en Rusia 4 Academias y 36 seminarios.

Pero lo más importante, como acertadamente señala Denisoff, es conocer las doctrinas que se seguían en la enseñanza. Y ante todo en la enseñanza pública. Hasta mediados del siglo XIX, dominó en las universidades el idealismo alemán, representado sucesivamente por Wolf, Kant, Fichte, Schelling y Hegel. Hacia 1870 el positivismo ejerció la influencia preponderante. Los miembros más clarividentes del clero comenzaron a alarmarse, con toda razón, ante esta invasión del pensamiento moderno, tan incompatible con el cristianismo, pero constataban su propia impotencia para luchar, en el terreno filosófico, contra dicho pensamiento. No tenían ninguna formación en esa materia y no contaban con ninguna tradición que oponer a las tendencias nuevas. Sus conocimientos se limitaban al solo campo teológico. Esta carencia de cultura filosófica que caracterizó al clero ruso en el siglo pasado es lo que explica su influencia decreciente en la clase dirigente de las últimas generaciones, en la *intelligentsia*, que poco a poco se iría apartando de la fe.

Tal es para Denisoff la falencia principal de la cultura religiosa rusa. Las Academias, particularmente la de Kiev, tendrían que haberse convertido en los centros de resistencia intelectual al influjo del idealismo y del empirismo. De estas escuelas superiores hubieran debido nacer las doctrinas filosóficas que reflejasen el pensamiento de la Iglesia ortodoxa, como en Occidente el tomismo había brotado de la Universidad de París. Nada semejante acaeció entre los Ortodoxos. Al contrario, la Academia de Kiev adoptó sin resistencia el idealismo alemán, a mediados del siglo XVIII, y expulsó de su enseñanza filosófica a Aristóteles en provecho de Wolf. Dicha Academia, que en la época de Pedro el Grande contaba con no menos de 2.000 estudiantes,

ocupó siempre un lugar único en la formación de los intelectuales rusos. Hasta el último cuarto del siglo XIX, sus ex alumnos tuvieron el monopolio casi absoluto de las cátedras filosóficas en las universidades rusas. Por eso las tendencias filosóficas que en ella predominaron tienen una importancia del todo excepcional. Pues bien, se constata en sus alumnos un evidente atractivo por la filosofía moderna en sus diversas expresiones. Careciendo de una orientación filosófica determinada a lo largo de los siglos XVIII y XIX los intelectuales rusos adoptaron sin espíritu crítico sistemas claramente incompatibles con el cristianismo[167].

De todo lo cual concluye Denisoff que la teología ortodoxa de los últimos siglos, considerada en su conjunto, no puede igualar, ni en profundidad, ni en solidez. la investigación teológica del catolicismo. Lo más grave es su carencia de filosofía, lo que le impide elaborar una teología sólidamente fundada.

¿Cuál será la solución?, se pregunta. Quizás no lo sea el tomismo, sin más, ya que cuando éste aparece históricamente no existía ninguna afinidad de espíritu entre el mundo occidental y los eslavos; los escritos medievales chocan a los bizantinos, porque agitan todas las cuestiones dogmáticas que nacieron después del cisma y separan las dos confesiones. Es lo que el metropolita Pedro Mohila así como la Escuela de Kiev parecen haber comprendido al centrar su interés en la famosa obra de San Juan Damasceno, *La fe ortodoxa*, de la que publicaron un notable comentario. Este es el camino que propugna Denisoff. Que la Iglesia rusa se coloque, tanto en filosofía como en teología, bajo la égida del maestro que fue llamado "el padre de la escolástica" y "el Santo Tomás de Aquino de Oriente", San Juan Damasceno. Su parentesco de

167 Cf. E. Denisoff, *L'Église russe devant le thomisme*, Vrin, Paris, 1936, pp. 15-20; ver también H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 866-877.

espíritu con Santo Tomás se patentiza a través de toda su obra y esto a partir de la clara distinción que parece inaugurar entre la filosofía y la teología. Es probable que la revolución metodológica tomista encuentre su origen en la concepción del Damasceno, tal cual se propicia en *La fuente del conocimiento,* su obra maestra. En efecto, el autor de esta *Suma* embrionaria distingue las teorías filosóficas de las teorías teológicas, reuniendo las primeras en "Capítulos filosóficos" bajo forma de introducción, contradistinguiéndolos de los textos teológicos propiamente dichos reunidos en "La exposición de la fe ortodoxa".

Denisoff juzga que la obra damasceniana hace posible, sobre el terreno filosófico, el acercamiento de las dos ramas de la Iglesia cristiana. Para que el encuentro pueda llevarse a cabo, basta que el tomismo se reintegre al universo de la tradición patrística, conectándose con sus fuentes más lejanas, los escritos de San Justino, San Basilio, San Juan Crisóstomo, y especialmente del Pseudo-Dionisio y San Juan Damasceno. Así la cultura religiosa occidental introducirá en su enseñanza filosófica los trabajos del período patrístico griego, tan minusvalorados en sus universidades, lo que paradojalmente contribuirá a una comprensión más profunda e históricamente más exacta de sus Maestros medievales, de Santo Tomás en particular, quien de hecho se inspiró incansablemente en los Padres de Oriente, principalmente en el artista sublime de *Los Nombres Divinos*, y en el poderoso autor de *La fe ortodoxa*. La cultura oriental, a su vez, si se resuelve a penetrar más profundamente en la inspiración filosófica de los Padres de Oriente, será impulsada por el dinamismo mismo de su pensamiento, a prolongar esa corriente de la tradición filosófica hasta los Doctores medievales latinos. Constatará entonces cuán grande es el parentesco de espíritu entre el Damasceno y el Aquinate[168].

168 Cf. E. Denisoff, *L'Église russe devant le thomisme...*, pp. 46-47.50.

2. La liturgia rusa

Hemos ya señalado la preeminencia que la Iglesia rusa atribuye a la liturgia. Podríamos afirmar que en la acción cultual se encuentra quintaesenciada la sustancia más recóndita del cristianismo oriental.

a. Acción simbólica más que palabra dogmática

La historia nos señala la predilección que desde el comienzo mostraron los seguidores de Bizancio por la contemplación y el simbolismo, a diferencia de los seguidores de Roma, más positivos, más prácticos, más racionales, si se quiere, abocados preferentemente a los estudios antropológico-soteriológicos.

Estos diferentes énfasis han dejado huellas fácilmente perceptibles en el ámbito del culto. "Las liturgias griegas –escribe A. Ehrhard– muestran bastantes más ceremonias que las latinas. En las primeras, el elemento predominante es la *acción simbólica*, en tanto que en las segundas lo es la *palabra dogmática*. Las oraciones del Misal griego son mucho más largas y, por lo mismo, más ricas también en contenido teológico que las latinas. En el aspecto formal, tienen aquéllas una elevación lírico-retórica más alta y sublime que éstas. Por lo que toca al contenido objetivo, las preces griegas tienen una orientación predominantemente cristológica y trinitaria, mientras que la significación y tendencia de las latinas son antropológicas y soteriológicas. Tales diferencias tienen sus raíces en el hecho mismo de que para la Misa oriental es el Misterio divino o acción salvífica en sí lo verdaderamente primario, en tanto que para la occidental ocupa siempre el pri-

mer plano la adaptación al sujeto y por el sujeto de esa misma acción salutífera"[169].

H. Gómez sostiene que aun reconociendo de buen grado la hermosura y la solemnidad del culto oriental –lo mejor, sin duda, de la Ortodoxia–, no se puede negar que, por haber pasado a segundo plano, respecto de la liturgia, la catequesis religiosa y el adoctrinamiento moral, el pueblo ha quedado sumido en la más crasa ignorancia religiosa, en el formalismo más vacío. Una vez más, su afirmación nos parece exagerada. Preferimos contrapesarla con lo que escribió Dostoievski: "El pueblo ruso se instruyó en las iglesias, donde, durante siglos, ha escuchado himnos que valen más que sermones".

Puede agregarse asimismo que el pueblo ruso, además de alimentar su espíritu con la audición de los himnos preñados de teología, lo nutre también con la contemplación de los *iconos* o imágenes sagradas. Entre nosotros lo que vale es la palabra, mientras que la imagen es vista como cosa secundaria y accesoria. Se olvida que Cristo no es solamente el Verbo de Dios, sino también la Imagen del Padre –Icono del Padre– y que, desde los tiempos más remotos, la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo se ha realizado tanto a través de la palabra como por medio de la imagen.

Las dos cosas son necesarias: la palabra y la imagen. La palabra tiende a la "demostración", la imagen a la "mostración". Desde que el Verbo se hizo carne, la Palabra eterna se ha hecho audible, cargándose de contenido salvífico; desde que el Invisible se hizo visible, el Icono eterno se mostró a nuestros ojos, conduciéndonos a la contemplación de los misterios. La imagen

169 Cit. en H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 133-135.

forma parte de la esencia del cristianismo al mismo título que la palabra. Cristo es objeto de audición y objeto de visión.

El Oriente es la patria del icono. La iconografía es allí una parte orgánica de la tradición y constituye la base de lo que podría denominarse una "teología visual". Los rusos aman mucho aquel texto de San Juan: "Os anunciamos lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado concerniente al Verbo de vida; porque la vida se ha manifestado y nosotros la hemos visto" (1 Jo. 1, 1-3). Este texto ofrece un testimonio magnífico de la visibilización del Verbo. Al lado del orden inteligible se pone el orden visual, al lado del verbo, se pone la imagen[170].

Glosando la expresión de Dostoievski antes citada podríamos decir: "El pueblo ruso se instruyó en las iglesias donde, durante siglos, ha visto iconos que valen más que sermones".

b. La centralidad de la Resurrección de Cristo

El pensamiento griego, fecundado por la filosofía platónica, privilegió siempre con visible simpatía el aspecto universal de la Redención, el alcance cósmico de la unión hipostática. Para los greco-ortodoxos, la deificación de la humanidad rehabilitada –que no otra cosa es la Redención– ha elevado la totalidad del Cosmos, del que es rey y síntesis el hombre redimido, liberado y rejuvenecido. Leyendo a los pensadores rusos, particularmente a Soloviev, se advierte que su soteriología considera esta exégesis cósmica de la Redención como médula esencial de la Cristología. De ahí el relieve que se da en Rusia al misterio pascual. Con la resurrección de Cristo, vencedor de la muerte a través de la

170 Cf. T. Spidlik, El icono, manifestación del mundo espiritual, en Gladius 5 (1986) 85-98. Cf. también nuestro libro *El icono, esplendor de lo sagrado*, 4ª ed., Gladius, Buenos Aires 2004.

muerte, y luego eternamente impasible, ha sido también eliminado para todos los hombres aquel deterioro que les trajera el pecado de Adán. La resurrección de Cristo implica la exaltación de los miembros de su cuerpo místico, al tiempo que la potencial transfiguración de la naturaleza en su totalidad.

Entre todos los misterios de la vida de Cristo, los rusos destacan decididamente la principalía del misterio de la Resurrección[171]. Pascua es la gran fiesta del año. El cristianismo occidental es una religión de la encarnación; el cristianismo oriental, una religión de la resurrección. Siempre seguirá resonando en nuestros oídos la aclamación que, emocionados, escuchamos en el Monasterio de la Trinidad y San Sergio, durante la octava de Pascua: *Jristós Voskrese! Voístinu voskrese*! –¡Cristo resucitó! ¡Verdaderamente resucitó!–, el saludo pascual de la Iglesia Rusa, ese saludo tan familiar, tan corriente, tan difundido, tan "nacional". Se trata de una aclamación victoriosa, casi guerrera, gritada más que proferida, la aclamación del júbilo pascual, un desafío al poder de la muerte y a la tiranía del demonio, a las inanimadas y rígidas leyes del Cosmos, vencidas ahora por el poder arrollador de la vida que renace. Canto, grito, aclamación, júbilo y desafío que son herencia gloriosa del cristianismo primitivo, y que constituyen el principio intrínseco, el espíritu, el alma misma de la Iglesia Rusa.

La Iglesia oriental concentra toda su atención religiosa y su fervor místico en "la gloria de Jesús Resucitado". Los fulgores de su "vida transfigurada" esclarecen el sentido de la existencia.

171 Pese al segundo plano en que los cristianos eslavos parecen colocar el Sacrificio de la Cruz de Cristo, sin embargo, nada restan de su importancia como obra expiatoria. "El símbolo de la Muerte redentora, la Cruz y la Señal de la Cruz –afirma el teólogo ruso Zenkowski– juegan un papel extraordinariamente grande en la vida privada y litúrgica de los fieles greco-ortodoxos". Hilario Gómez, testigo presencial durante mucho tiempo de la religiosidad eslava, asegura que jamás vio en Europa tanta unción, tanto recogimiento y tanto temor de Dios como los que muestran los rusos en el sencillo acto de santiguarse: cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 338-339.

Observa H. Gómez cómo aparece aquí en toda su pujanza y valor el primitivo realismo cristiano, siempre jubiloso y rebosante de misticismo legítimo y de sentido escatológico. Ha sido ya derrotada la muerte, han sido ya vencidas las inexorables leyes de la naturaleza y ha sido triturado el poder de la corrupción y del pecado. El mundo entero, sin excluir, naturalmente, nuestro cuerpo, participa ya en esperanza de la vida eterna. Los himnos que a lo largo del año litúrgico se dejan oír en las iglesias difunden en todo el mundo oriental el espíritu resurreccionista, el júbilo de la victoria. "Como Dios verdadero que es –cantan el día de Pascua–, se ha levantado Cristo del sepulcro, mostrándose enseguida en toda su magnificencia y majestad. Consigo ha levantado también al mundo entero. El que comenzó iluminando los confines todos del Orbe con el resplandor de su venida y con los rayos deslumbrantes de su Cruz, ha dado con su Resurrección la vida y la luz a la Creación entera, ha juntado el Cielo con la Tierra. ¡Oh maravilla excelsa! La vida del Universo costó la suya al Autor del mismo. Murió porque quiso iluminar al mundo con el resplandor de su Resurrección". Es verdad que aún morimos, pero las energías de la muerte se hallan ya intrínsecamente agotadas. La victoria sobre la muerte fue completa, rotunda. El Cristo Resucitado es el contenido de toda la contemplación litúrgica, el nervio de toda la piedad rusa, el foco de la Teología oriental[172].

El primado teológico y espiritual del misterio de la Resurrección de Cristo ha traspasado las fronteras de la teología y de la piedad, reflejándose en las mejores obras de la literatura rusa. Léase, a modo de ejemplo, en la obra de Dostoievski *Los hermanos Karamázov* el capítulo titulado "Las bodas de Caná". Allí, ante la tumba del stáretz Zósima, resuena potente el grito de victoria, la

172 Cf. H. Gómez, op. cit., p. 378. Agreguemos que los rusos llaman al domingo *woskresenie*, es decir, resurrección.

alegría pascual por el triunfo de la Vida Eterna. A. Khomiakov ha descrito la resonancia social de este júbilo colectivo en un poema que lleva por título "La noche de Pascua florida en el Kremlin moscovita". Allí se lee: "Toda la ciudad de Moscú espera con ansia en el silencio de la medianoche las campanadas de las doce y el subsiguiente repique general que inician con ellas las múltiples iglesias de la fortaleza y las innumerables de aquella capital, la Ciudad Santa de Moscowa. El aire tiembla con el tañer simultáneo de tanto carillón y de tanta campana. Enseguida comienzan las oleadas de procesiones, los cánticos de júbilo, los abrazos y los besos dentro y fuera de los templos. Por doquier rezuman un júbilo cordial y un sentimiento beatífico y sublime"[173].

c. Un espacio sagrado: el templo ruso

Las iglesias rusas no son solamente edificios religiosos, con fines funcionales. Su sola estructura constituye un verdadero tratado de teología. San Germán de Constantinopla, gran confesor de la ortodoxia en el período iconoclasta, decía: "La iglesia es el cielo en la tierra, donde habita y se mueve Dios, que es más alto que el cielo". En la tradición oriental la iglesia es un símbolo del cielo nuevo y la nueva tierra, del mundo transfigurado, donde todas las creaturas se reunirán de manera jerarquizada en torno a su Creador. Es claro que semejante concepción de la iglesia parece requerir una armonía perfecta de todos los elementos que la constituyen: la arquitectura, los iconos, todo debe recordar al fiel que se encuentra en un lugar sagrado.

Los templos se dividen, según el plano del tabernáculo de Moisés y del templo de Salomón, en tres partes: el santuario, del

173 Cit. en H. Gómez, op. cit., p. 385.

lado del Oriente; el nártex, al Occidente; y la nave, parte central, entre las otras dos. Refiriéndose a esta distribución de los espacios decía San Simeón de Salónica: "La iglesia es una imagen de la Iglesia divina y representa lo que está sobre la tierra, lo que está en el cielo y lo que supera el cielo". Y precisaba: "El nártex corresponde a la tierra, la nave al cielo, y el santo santuario a lo que es más alto que el cielo"[174].

El santuario corresponde al santo de los santos, a la morada íntima del Dios trascendente. En ese ámbito, que permanece oculto a los ojos de los fieles, está el tabernáculo; sobre el altar, que es siempre cuadrado y vuelto al Oriente, en conmemoración de la estrella de los Magos y del Señor que vendrá desde allí al fin de los tiempos, reposan el evangelio, la cruz y los cálices. Un tabique llamado "iconostasio" separa el santuario de la nave, donde están los fieles. Es el antiguo cancel que se cargó de iconos en el tiempo de la victoria sobre el iconoclasmo, acrecentando así sus dimensiones originales. La forma actual del iconostasio parece remontarse al siglo XV. La puerta del centro está flanqueada a la derecha por el icono de Cristo y a la izquierda por el icono de la *Theotokos* (Madre de Dios); e inmediatamente arriba el icono de la Última Cena. La segunda fila (de abajo hacia arriba) representa la *Deesis*, palabra que significa "intercesión": Cristo está rodeado de la Virgen y de San Juan Bautista, en actitud de súplica por el género humano; la tercera reúne los iconos de las doce principales fiestas del año litúrgico; la cuarta incluye a los profetas; y la última a los patriarcas. El iconostasio está atravesado por tres puertas. Las dos de los costados, llamadas del norte y del sur, son para el paso de los ayudantes. La del medio es de dos hojas, de donde su nombre plural de "puertas reales" (*Tzarskie*

174 Cit. en L. Ouspensky, *L' icône, vision du monde spirituel,* Ed. Oecumeniques Setor, Paris, 1948, pp. 9-11.

Vrata), y simboliza a Cristo, "por quien veréis el cielo abierto" (Jo. 1,51); la veneración que entraña dicho simbolismo hace que sólo a los miembros del clero, revestidos con los ornamentos litúrgicos, les sea lícito franquearla[175].

La nave es el lugar donde se reúne el pueblo de Dios. Allí la Iglesia de la tierra contempla a la Iglesia del cielo, representada figurativamente en las columnas, las paredes y el iconostasio, recubiertos con las imágenes pintadas y polícromas de los santos. Cuando se entra, por ejemplo, en la catedral de la Asunción del Kremlin de Moscú, uno queda extasiado ante el espectáculo de ese bosque de santos que nos miran desde las paredes y columnas, arcángeles militantes, santos caballeros con lucientes armaduras, monjes y anacoretas, multitud muda que sube y baja a lo largo de los muros y pilares, y encima de todo el Pantocrator, el Señor de la historia, de los espacios y de los tiempos.

Sobre la pared occidental, opuesta al santuario, suele verse un gran fresco del Juicio Final, que ocupa la totalidad de su superficie. Al costado, la puerta de salida del templo, que da al nártex exterior, tierra no redimida, caída, espacio aún no evangelizado.

Escribe Evdokimov que el templo ruso, a semejanza del edificio prototípico de la arquitectura oriental, la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, sintetiza la unión del círculo y del cuadrado. El cuadrado o cubo representa la inmutabilidad inquebrantable, la estabilidad del proyecto realizado, dentro del cual se obra el dinamismo circular de los oficios cultuales. El espacio litúrgico se despliega según el plano vertical; es la dirección de la plegaria simbolizada por la subida del incienso, así como por la posición de las manos del sacerdote, el movimiento de la

175 Cf. P. Evdokimov, *L'art de l'icône,* Desclée, Paris, 1972, pp. 131-133.

epíclesis y la elevación de los dones. En cambio, la procesión en torno al templo o el altar designa el movimiento en torno al centro cósmico que liga la tierra y el cielo e imita el movimiento circular de los astros[176].

Si se mira una iglesia rusa desde el exterior lo que más llama la atención es la cúpula en forma de bulbo o de cebolla. Inolvidables para el que las haya visto aunque fuera una sola vez resultan las cúpulas esplendorosas de la catedral de Santa Sofía en Nóvgorod, o las de San Basilio en la Plaza Roja de Moscú, con su arco iris de colores. La cúpula da una idea de la felicidad que se abre camino en medio de los sufrimientos de la tierra; trascendiendo el mundo de los padecimientos humanos todo lo arrastra hacia lo alto. Los bulbos son como lenguas de fuego, y una iglesia con varias cúpulas es como un candelero abrasado de llamas. El resplandor del cielo penetra a través de ellas en el interior del templo, e ilumina sus bóvedas, como si el cielo descendiera a la tierra, a la Iglesia de la tierra, llenando de luz el rostro majestuoso del Pantocrator que está representado precisamente en la parte interior de la cúpula central. Este juego de llamas de las cúpulas, que se encienden con tanta frecuencia sobre el suelo ruso, simboliza la pervivencia de la Santa Rusia, aun en medio del páramo de la época soviética, y su vocación de reflejar sobre el mundo la refulgente imagen divina.

Pero todo esto, por admirable que sea, no es sino el marco exterior de aquello en torno a lo cual gira la liturgia, el sacramento del altar. La Eucaristía tiene para los rusos un alto sentido espiritual, social y cósmico. En ella se juntan lo divino y lo humano, lo celestial y lo terreno. El pan y el vino, que simbolizan todos los elementos de la tierra, quedan convertidos en Cuerpo y San-

176 Cf. ibid., pp. 125-126.

gre del Verbo encarnado. El hombre y la naturaleza entera se ven allí transformados y transfigurados. En la Sagrada Eucaristía, que constituye el momento y el lugar de máxima tensión en la vida teológica y mística de la Iglesia, se experimenta en toda su magnífica realidad la gran reconciliación, la de lo próximo con lo remoto, la del cielo con la tierra[177].

Es conocida la belleza y grandiosidad de la liturgia rusa, con su esplendor, su incienso, sus ornamentos, sus coros. Hagamos tan sólo una breve alusión al canto. Los primeros cantos que entonaron las gargantas rusas fueron de origen búlgaro, llevados a Kiev por Vladímir, junto con los sacerdotes griegos encargados de catequizar a los primeros rusos. Un poco más tarde, se acrecentó el repertorio, a raíz de la llegada de la princesa Ana, prometida de Vladímir. Es decir que desde sus comienzos la joven Iglesia rusa estuvo dotada de un excelente cantoral litúrgico, de proveniencia bizantina. El grano cayó en tierra fértil, teniendo los alumnos muy poco que aprender de sus maestros. Algunas decenas de años más tarde, ya estaban en condiciones de componer *stíjeri*, o cánticos de alabanza, con ocasión del traslado de los restos de San Nicolás a Bari (1087), o también en honor de San Teodosio de Pechersk (1095) y de los santos Boris y Gleb (1108).

El canto kieviano, que además de la influencia búlgara y griega, absorbió melodías originarias de Galitzia y de Volynia, pasó luego a Moscú, imponiéndose allí por su brevedad, sencillez y aptitud para adaptarse a cualquier ceremonia religiosa. Así como el canto kieviano, también el canto griego fue pronto adoptado por la Iglesia rusa que lo encontró muy apropiado para la interpretación de sus textos litúrgicos.

177 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 390-391.

La preocupación de oponer al canto de las Iglesias latina y uniata un modo propio, un canto polifónico, indujo en el siglo XVII a las hermandades religiosas de la Rusia del Sudoeste a armonizar las melodías sacras de la Iglesia rusa y a abandonar la antigua forma al unísono. Las relaciones que dichas hermandades mantenían con los monasterios ortodoxos del Monte Athos explica el gran número de cánticos que provienen de allí. Fue el patriarca Nikon quien impulsó esta tendencia a la polifonía.

3. La figura del stáretz

El cristianismo ruso, sobre todo si se lo considera en su vertiente popular, es la religón del más allá y no la del acá abajo. Es decir, que su horizonte se encuentra en el mundo trascendental y no en el ámbito de las realidades tangibles. Para el ruso, la verdadera vida no comienza sino en el cielo, en el reino escatológico. Mientras tanto, deberá irse preparando para ello, de modo que cuando resucite ya no se encuentre ligado por ataduras terrestres, sino que sea ligero, ágil y diáfano. Ello sólo será factible mediante un decidido menosprecio de los goces y bienes terrestres.

"Allí donde no prevalecen todavía el ideario y el procedimiento librepensadores –escribe Algermissen–, esa tendencia espontánea, natural, del ortodoxo hacia Dios tiene un no sé qué de tan profundo misterio y de tan alta simpatía que trae a la memoria los tiempos áureos de la antigua y venerable Iglesia de Oriente. Tan esencialmente teocéntrica es esa actitud de los fieles de la Religión ortodoxa que el mundo suprasensible y trascendente del Cristianismo parece en ellos propia y enteramente natural. Las grandes figuras racionalistas, como la de un Pelagio, en Europa, no se explica que existan en los dominios de la

Iglesia ortodoxa"[178]. Con tanta frecuencia como ligereza se acusa de quietista al espíritu de la ortodoxia rusa. Su aparente pasividad respecto de las cosas terrestres no es sino consecuencia de la traslación del centro de gravedad a un plano superior o, en otras palabras, del deseo de cumplir la exhortación de Cristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia".

Este modo de considerar la vida en la tierra y de prepararse para la del más allá fue inculcada al pueblo ruso especialmente por los numerosos *stártsy*, los padres espirituales de Rusia. De acuerdo a típicas concepciones del mundo oriental eran considerados como los depositarios de la tradición sagrada que debía transmitirse de *stáretz* en *stáretz* hasta el día del advenimiento del reino de la justicia y de la luz. En el entretanto, comunicaban a sus discípulos el conocimiento de las cosas que interesan acá abajo y las relaciones que habían de mantener con Dios[179].

Podría decirse que el pueblo ruso ha tenido dos guías principales: la liturgia y los *stáretz*. Decimos los *stáretz* y no los sacerdotes en general, ya que a los sacerdotes seculares, que tenían a su cargo las parroquias, y se veían sometidos a las obligaciones del matrimonio, los fieles no los estimaban demasiado y sólo esperaban de ellos que tuviesen un aspecto majestuoso, una hermosa barba y la voz fuerte y grave. En cambio los monjes eran profundamente venerados por el pueblo. Aparecían a sus ojos como hombres instruidos, lejanos, misteriosos, que llevaban una vida ascética y contemplativa. Se los creía capaces de milagros, y cuando alguno necesitaba de consejo no dudaba en acudir al monasterio. Los más grandes de esos monasterios llevaban el

178 Cit. en ibid., p. 322.

179 Cf. Brian-Chaninov, *L'Église russe...*, pp. 183-184.

nombre de *lavra* (laura), los más pequeños eran llamados *skit* o *pustinia* (ermita o desierto).

En ruso la palabra "*stáretz*" significa anciano, y evoca una idea de dignidad, de serena experiencia. Tratábase por lo general de un monje entrado en años, no siempre sacerdote, que por la meditación y la plegaria había adquirido el arte de comprender y dirigir a los que a él acudían en alguna necesidad. Enfermos de cuerpo o de alma, analfabetos o intelectuales atormentados, comerciantes o peregrinos indigentes, todos acudían al anciano admirable. Dostoievski lo describe así en *Los hermanos Karamázov*: "El *stáretz* es el que se apodera de tu alma y de tu voluntad, y las hace suyas. Al elegir a un *stáretz* renuncias a tu voluntad, se la das en completa obediencia, en plena renuncia. El que toma sobre sí esta prueba, el que acepta esta terrible escuela de la vida, lo hace libremente, con la esperanza de que después de esta larga experiencia podrá vencerse a sí mismo y hacerse señor de sí al punto de poder alcanzar, mediante esta obediencia de toda su vida, la completa libertad, es decir, liberarse de sí y evitar la suerte de quienes han vivido toda una vida sin llegar a encontrarse a sí mismos". A modo de ejemplo, puede verse el admirable retrato del *stáretz* Zósima, que ofrece el gran literato en la misma obra.

Hay que distinguir *stránnik* de *stáretz*. El "*stránnik*" es un peregrino que va de monasterio en monasterio, de iglesia en iglesia, a través de la inmensidad de la tierra rusa, al azar de sus inspiraciones, o atraído por la fama de santidad de algunos lugares o de alguna persona, en busca de la verdad y viviendo de la limosna. El "*stáretz*", en cambio, es un asceta, que vive por lo general en un monasterio, o a veces también en soledad, un padre espiritual al que se recurre en tiempos de turbación o de sufrimiento. Sucede con frecuencia que el *stáretz* es un antiguo *stránnik* que ha puesto término a su vida errante y se ha radicado en alguna parte para terminar allí sus días en la meditación y la oración.

Junto a la Iglesia estrictamente oficial, representada por los obispos, el clero parroquial y el clero regular, están, pues, los *stáretz*, que en estrecha unión con los fieles constituyen el fundamento de la fe popular, imprimiendo un carácter peculiar a todo el cristianismo ruso. El mundo ruso venera mucho más profundamente a un *stáretz*, aunque se trate de un humilde monje, sin categoría sacerdotal alguna, que al dignatario de la Iglesia, por elevado que sea su cargo, poniendo siempre la santidad personal por encima de la posición jerárquica. El pueblo acude, por cierto, a la Iglesia oficial, concretamente a su parroquia, en busca del culto y de los sacramentos; pero cuando se trata de la formación espiritual y de todo lo que atañe a la vida interior, se dirige sin dudar al *stáretz*. Como escribe Hevia, cuando la piedad rusa se manifiesta en relación con la Iglesia oficial, lleva un carácter de índole ritual, en cambio se eleva a alturas místicas en su contacto con los santos anacoretas[180].

Si se quiere, pues, encontrar a los más puros intérpretes del cristianismo ruso hay que buscarlos entre aquellos humildes hombres que, escondiéndose en el fondo de los monasterios o en las ermitas situadas en los bosques semivírgenes de la "Santa Rusia", se entregaron a Dios sin reservas, aunque a veces hayan permanecido ignorados en los grandes centros culturales. "Se trata de aquellos hombres –explica Hevia– que no se inclinaban jamás ante el césaropapismo ni ante cualquier influencia que no fuera el Cristianismo puro que habían ellos heredado directamente de las épocas primitivas mediante el monacato oriental. Son ellos los que a través de todas las vicisitudes y cataclismos históricos supieron conservar la tradición hasta nuestros días. Ellos, por su ejemplo personal y su enseñanza, penetrando en lo profundo del alma popular, habían engendrado aquel espíritu

180 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, p. 111.

tan particular y tan bien definido que podemos llamar espíritu del cristianismo ruso. Y ellos, que se encarnaron en la tradición popular y formaron aquel peculiar y original ambiente que subsistía al lado de la sojuzgada Iglesia oficial, sin jamás apartarse de su enseñanza dogmática y moral, ni formar cisma de ninguna especie, ellos son los auténticos apóstoles del Evangelio de Cristo, tal como lo entiende, como lo concibe y como lo desea vivir Rusia. Muchas veces, perseguidos por las mismas altas autoridades eclesiásticas, no por herejías de libre pensamiento, sino por su innato catolicismo, en la acepción más alta de la palabra, estos hombres no se desviaron del camino de la verdad a través de largos siglos, y si nunca habían alzado su voz en favor de la unión con Roma, es porque con toda probabilidad la mayoría de ellos apenas estaban enterados de la existencia de Roma"[181].

Refirámonos a algunos monjes más afamados. Y ante todo a *San Tikhón* (1724-1783). Nacido en una familia pobre, hijo de un modesto eclesiástico cantor, fue enviado a uno de los seminarios recién abiertos donde los hijos del clero ruso eran preparados para el sacerdocio, instruidos en la escolástica occidental. A los 31 años, lo nombraron obispo de Voronezh, zona fronteriza en aquel período, de cara a las abiertas estepas que habitaban los cosacos. La atmósfera general de desasosiego y violencia que allí reinaba, quebrantaron su salud, por lo que debió retirarse a un pequeño monasterio de Zadonsk, viviendo en ese lugar durante 16 años como simple monje. Desde allí mantuvo una nutrida correspondencia al tiempo que escribió varios libros de devoción, en los que con gran libertad de espíritu incorporaba los elementos del cristianismo occidental que le resultaban compatibles con la ortodoxia rusa. Su amor, humildad y paciencia le granjearon el profundo afecto de muchos discípulos y admiradores. Incluso

181 Ibid., pp. 95-96.

en vida lo veneraban como a un santo, y de hecho la Iglesia rusa lo canonizó en 1861. El padre Zósima en *Los hermanos Karamázov*, y todavía más el obispo Tikhón en *Demonios*, no son sino el retrato que bosquejó Dostoievski de ese santo ruso cuya admirable figura repercutió tan hondamente en la gran literatura rusa.

Desde principios del siglo XIX, la vida monástica rusa conoció un verdadero renacimiento, con la aparición de los grandes *stáretz* modernos, que pueden ser considerados como continuadores fieles de la antigua tradición.

Destácase entre ellos *San Serafín de Sarov* (1759-1833). Siendo monje en el monasterio de Sarov, situado en la provincia de Tambov, al sureste de Moscú, pidió permiso a su superior para vivir solo en un bosque contiguo. Recibida la autorización, pasó mil días y mil noches seguidos de rodillas sobre una piedra. Esto ocurrió en pleno siglo XIX y, como toda la historia del santo, nada tiene de legendario. Después de haber salido vencedor en la terrible prueba, se puso a vivir en una cabaña de madera, construida con sus propias manos junto a la famosa piedra. Un sinnúmero de testigos oculares nos aseguran que las fieras, que abundaban por aquellos bosques, principalmente los osos, se acercaban a él como mansos corderos y le obedecían en todo; pero lo más importante es que una multitud proveniente de los cuatro puntos cardinales de Rusia acudía a su choza para buscar la verdad, el consuelo y la salud. Poderoso taumaturgo y sublime maestro del espíritu, padre cariñoso de los que sufrían, su caridad y sencillez le granjearon un montón de discípulos y admiradores fervientes. Este monje extraordinario, que merecería recibir el nombre de "San Francisco del Norte", es probablemente el santo más venerado, junto con San Sergio de Radonetz, por el pueblo ruso. El "padrecito Serafín" encarna el ideal de la santidad rusa, especialmente por su inmensa bondad y "compasión" al desamparado y su extraordinaria humildad. Vestía generalmente una amplia

sotana blanca en verano y un tosco abrigo de piel de borrego en invierno. A veces le veían con el hacha en la mano, porque solía trabajar en el bosque. Como dice Hevia, incluso físicamente puede ser considerado cual prototipo del santo ruso: alto, algo encorvado, de largo pelo y blanca barba, rostro sereno surcado de arrugas, tostado por el sol y los tremendos fríos, que queman más que las llamas (Serafín nunca encendió fuego en su celda), de ojos infantiles, azules, llenos de bondad, claridad, sencillez y sabiduría. Canonizado en 1906 por el Sínodo de la Iglesia rusa, la memoria de San Serafín no ha muerto en el alma del pueblo, a pesar de que su tumba, durante mucho tiempo meta de continuas peregrinaciones, haya sido destruida por los bolcheviques quienes además hicieron desaparecer sus reliquias[182].

Inmensa irradiación espiritual ejercieron asimismo los célebres *stáretz* del Desierto de Optino, un gran monasterio situado en el corazón de Rusia, en la provincia de Kaluga, a unos 200 kilómetros al sur de Moscú, al borde del apacible río Jusdra; fuera de sus muros, en el bosque, dicho monasterio tenía el *skit*, o dependencias monásticas para una vida más aislada y solitaria. La originalidad del monasterio de *Optina Pustinia* consistió en los *stáretz* que allí florecieron y lo llenaron de prestigio a lo largo de todo el siglo XIX. Gracias a ellos se convirtió en una especie de centro de recuperación espiritual para las almas heridas por el pecado, para los que ignoraban el sentido de su existencia, para los que sufrían alguna crisis o estaban atormentados por dudas o dramas interiores.

182 Cf. ibid., pp. 126-127. Hacia el final de su vida, San Serafín había tenido visiones del porvenir que lo dejaron sumido en una inmensa tristeza. Hablaba de tiempos terribles en que se cerrarían las puertas de los monasterios, y las cruces de las iglesias serían derribadas. "Habrá tanta miseria y tanto dolor –decía– como jamás ha habido. Los ángeles no alcanzan a recoger sobre la tierra las almas de los muertos".

Desde el quinto decenio del siglo XIX, el monasterio entró en contacto con los representantes de la cultura rusa, especialmente con los literatos y, más en general, con la capa intelectual de la sociedad. La razón inicial de este acercamiento fue la edición de los manuscritos de Paisio Velitchkovsky, que en su mayoría se conservaban allí, así como las traducciones de los libros patrísticos. El primero que recibió a los intelectuales peregrinos fue el P. Leónidas. Su sucesor, el P. Macario, acogió y dio consejos a Nicolás Gógol y al eslavófilo Kiréevsky. Después del P. Macario, fue el P. Ambrosio quien continuó la luminosa tradición de los *stáretz*; a él llegaron Constantino Leontiev, los filósofos Khomiakov y Soloviev, el gran duque Constantino, y los dos más célebres literatos de su tiempo: Dostoievski y Tolstoi. El *stáretz* Ambrosio murió en 1891. Hasta 1917 hubo en Optina Pustinia unos 300 monjes[183].

4. La mística rusa

Según la significativa expresión de Bulgákov, la Ortodoxia es, esencialmente, "amor y visión de la belleza espiritual". Con sobrada razón se llamó *Filocalia –Dobrotolubie* en ruso– al libro clásico de la mística oriental. Esta tendencia transida de amor hacia la belleza espiritual no es sino el anhelo de la santidad, una participación de la luz celestial que deslumbró a los Apóstoles en el Tabor y a los emisarios de Vladímir en Santa Sofía.

El medio normal de conocimiento teológico en la Ortodoxia es el intrínseco, el espiritual, el camino del corazón, del corazón puro. Aquí es donde adquiere su significado pleno la tendencia mística y contemplativa del cristianismo ruso, una de las flores más hermosas de esa Iglesia. Nació ella, por lo que al espacio

183 Cf. ibid., pp. 130-133.

se refiere, en la soledad de los claustros, pero desde allí se comunicó hacia afuera, creciendo en el gran jardín de la tradición eclesiástica y de la vida sacramental, y haciéndose, en mayor o menor grado, propiedad de todos los fieles ortodoxos[184].

La mística oriental se caracteriza por cuatro notas principales: es cultual, divinizante, pneumática y cristológica.

a) La verdadera escuela de la mística popular es en Oriente la liturgia. Gracias a ella los fieles aprenden las cosas divinas y llegan a saborearlas. La magnificencia de lo sobrenatural irrumpe en el ámbito de lo terreno a través del culto, transportando al cristiano a las regiones de lo eterno e imperecedero, impulsándolo a la conjunción con lo divino. El principal misterio litúrgico es, desde luego, el eucarístico, donde se realizan las bodas místicas, la comunión con la divinidad. El Bautismo y la Confirmación ponen las bases de la vida unitiva que se plenifica en la Eucaristía[185].

b) La divinización (*théiosis*) es la segunda nota que caracteriza a la mística oriental. El cristianismo vivido de manera coherente hace que el hombre se vaya divinizando siempre más, no sea tan sólo imagen de Dios sino también semejanza suya. La imagen es lo ontológico, la semejanza es lo ascético-místico. "El primer hombre –enseña Macario– poseyó la imagen inamisible de Dios y la amisible semejanza con Dios"[186]. Este proceso de divinización, si bien es atribuible en última instancia a la Santísima Trinidad,

184 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 501-502.

185 Los orientales prefieren la palabra "misterio" a la palabra "sacramento", más conocida en Occidente. Misterio vale tanto como "vida participada", algo que se celebra, se solemniza. Sacramento es más bien algo que se administra y se recibe, algo por tanto de carácter prevalentemente individual. Asimismo el sacramento apunta a un fin concreto en la vida del cristiano; no así el misterio, cuya finalidad es más genérica, ordenándose ante todo a la glorificación de Dios.

186 Cit. en H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, p. 336.

la espiritualidad rusa lo pone en relación más próxima con el Cristo resucitado, como una participación en sus dotes gloriosas.

c) La tercera nota de la mística oriental es su rasgo pneumático, es decir, relativo al Espíritu Santo. La Iglesia griega, Iglesia pneumática por excelencia, considera al Espíritu Santo como el principio informante de toda la vida eclesiástica y el alma de la liturgia. Asimismo destaca el papel del Espíritu Santo en todo el proceso de la vida y del progreso espiritual, desde su iniciación por el Bautismo hasta su culminación en la mística[187].

d) La mística rusa es inseparable del misterio de Cristo, por ser mística de la Encarnación, de la Cruz, de la Transfiguración y de la Eucaristía. En el misterio del Dios hecho carne se nutre el entero proceso de la deificación humana. "Dios se hizo hombre –enseña San Atanasio– para que nosotros nos hiciéramos dioses". Pero este impulso a la deificación en Cristo no podrá realizarse sino a través de la Cruz, mediante la crucifixión diaria del hombre viejo. Sólo así el hombre se irá "transfigurando" con el Cristo del Tabor, y se irá divinizando con el Cristo de la Eucaristía[188].

Cerremos este apartado con una breve referencia a algunos de los pensadores que más han influido en la gran tradición espiritual de los orientales, sobre todo de los rusos. Podemos comenzar nombrando a *Simeón el Nuevo Teólogo* (949-1022), eximio representante de la tendencia mística griega, impregnado en la doctrina del Pseudo-Dionisio. Tras ingresar en el cenobio constantinopolitano de *Studium*, se elevó a un alto grado de vida espiritual en el de *Mamas*, donde fuera Abad por 25 años, llegando a ser uno de los más relevantes teólogos espirituales del Oriente.

187 Cf. ibid., pp. 328-329.

188 Cf. ibid., pp. 508-511.

Su experiencia interior lo condujo a la "contemplación extática de la magnificencia divina", de la luz de infinitos resplandores, por cuya virtud el rostro y el cuerpo del hombre quedan enteramente iluminados, o mejor, bañados en los fulgores de Dios. Todos están llamados a esta contemplación lumínica, transfigurativa y deificante. Los favores divinos se sintetizan en la "gracia de las gracias", a saber, la "identificación" con el Cristo eterno, lograda merced a la energía transfigurante de su divina magnificencia. El que era hombre, según la naturaleza, de alguna manera pasa a ser Dios por la gracia, "por esa gracia que yo anuncio –dice Simeón–, es decir, por la compenetración sensitiva e intelectual, esencial y espiritual con Aquel que ilumina y clarifica corporal y espiritualmente". Su mística, en la que se advierte una clara influencia de San Juan, consiste especialmente en la transformación total del hombre por la luz esplendorosa del *Logos*. El nuevo Inquilino del alma es "luz" y es "fuego". De día y de noche ilumina nuestro entendimiento, abrasa nuestra voluntad y enciende todo nuestro ser. En adelante, es Él quien piensa y quiere, habla y obra, ilustra y vivifica. El hombre, que previamente se ha humillado mediante una contrición perfecta del corazón para mejor dejarse poseer, sufre un cambio total, queda transfigurado, trasladado a otra esfera vital, convertido en luz y en fuego. "En esta situación, abrasado en vida por las llamas del fuego divino y transfigurado ya en este mundo, el hombre contempla el misterio venidero de su propia divinización. El alma, hecha un montón de brasas, un horno de viva llama, proyecta sobre el cuerpo por ella vivificado algo de esa plena iluminación interior". Esta gracia es la que lo libera de la servidumbre y de la carga del pecado, la que le otorga "la libertad en Dios".

Frente a la generosidad de un Dios que se desborda, sólo le cabe al alma expresarse a través de la doxología. Simeón ha redactado diversas oraciones en forma de himnos o plegarias del

corazón, serenas y apasionadas a la vez. "¡De verdad encontré al Señor! –leemos en una de ellas–. ¡Es fuego que hay dentro de mi corazón! Yo no sé cómo ni cuándo has venido, Señor, pero me doy perfecta cuenta de que dentro de mí estás irradiando luz. ¡Cristo mío!, eres el Sol que baña en celestes resplandores a la Luna, a mi alma. Me encuentro sumergido en un mar de luz, de luz potente, inextinguible y maravillosa. Por doquier veo resplandores cada vez más vivos, luz cada vez más clara... La luz que derramas sobre mi corazón me coloca muy por encima de este mundo sumido en la oscuridad permanente". Podría decirse que estos *Himnos del Amor divino* de Simeón constituyen sus propias *Confesiones*. Refiriéndose a las plegarias líricas de Simeón escribe Heiler: "Por su armonioso ritmo y por su extraordinaria sonoridad pertenecen a las más hermosas producciones poéticas de la literatura universal, y por su cordial efusión y profundo sentimiento, a las más notables confesiones espontáneas en la historia de la mística... Las maravillas lumínicas con toda su energía transformadora y deificante han sido vertidas aquí tan a maravilla por el poeta en la cadencia armoniosa de unas palabras tan llenas de encanto, que forzosamente ha de aparecer ante el estupefacto lector la luz increada de la magnificencia divina, que Simeón el teólogo contempló con las potencias del alma y con los ojos del cuerpo". Según el gran maestro espiritual, esa mística extática de la luz adquiere su mayor potencia lumínica en la celebración de los misterios eucarísticos: "Al recibir su Cuerpo y su Sangre Inmaculada que, a manera de luz, han tomado posesión de nuestro ser, hemos contemplado nosotros su magnificencia, la gloria que corresponde al Unigénito del Padre", escribe.

Carlos Holl, que redactó la biografía de Simeón, lo llama "el más notable místico que el Oriente alumbrara", y agrega: "En la curva de los místicos griegos, que empieza con Clemente y Orígenes, sigue luego por Gregorio de Nyssa y Dionisio Areo-

pagita y termina en los Hesicastas, ocupa Simeón el punto más alto. Su religiosidad es, acaso, la más fuerte en toda la historia greco-ortodoxa del Cristianismo personal"[189]. Simeón ha venido nutriendo la piedad oriental –principalmente rusa– hasta en el propio siglo XIX. Además de sus *Himnos al Amor divino* nos ha dejado incomparables *Homilías*. Lo que en los Himnos se expresa a modo de experiencias personales, en las Homilías se manifiesta con más reserva y pudor.

Durante los siglos XI, XII y XIII se desarrolló ampliamente en los Cenobios de Constantinopla, del Sinaí, y, sobre todo, del Monte Athos, *alma mater* del Monacato greco-ortodoxo, la mística simeoniana de la luz, si bien apuntalada con nuevas teorías para mejor explicarla. De ello se encargaron principalmente *Gregorio el Sinaíta* (+1346) y *Gregorio Palamas* (+1359), ambos del Monte Athos. El primero expuso una teoría psicotécnica de la oración mental, serena y silenciosa, en orden a preparar metódicamente al alma para la recepción de la luz divina. El segundo, que llegó a ser Arzobispo de Tesalónica, acudió a una fuente infinitamente más alta, "la luz divina increada y eterna". Según él, esa luz trascendente, que un día iluminara el Monte Tabor, envía también, de manera bastante perceptible, sus rayos esplendorosos sobre las almas fervorosas, produciendo en ellas un estado de "tranquilidad íntima", tan sosegada y tan divinamente transformadora que, enseguida, las traslada a la región de lo increado, donde quedan iluminadas, transfiguradas y deificadas. Los defensores de esta doctrina de la "tranquilidad" semibeatífica

189 Cf. ibid., pp. 535-538. Otro astro de primera magnitud en el pensamiento bizantino, que está también en el origen de la espiritualidad rusa, es el gran filósofo y teólogo platonizante, excelso sistematizador de la mística, *Nicolás Cabásilas* (1290-1363). En su libro que lleva por título *La vida en Cristo* expone su doctrina espiritual, donde parecen sintetizarse armónicamente los resultados de dos escuelas: la del sistema más bien litúrgico y racional del Pseudo-Dionisio, y la del sistema prevalentemente personal y contemplativo de Orígenes, Gregorio de Nyssa y Simeón el Teólogo.

recibieron el nombre de *Hesicastas*, equivalente al occidental de "quietistas". El quietismo de Palamas encontró en Barlaám, monje calabrés, un temible enemigo, que no vaciló en calificarlo de herético, ya que en dicho sistema la luz increada parecía confundirse con la naturaleza divina. La objeción era digna de consideración. Para responder a ella –cosa que al parecer no logró de manera convincente–, Palamas se esforzó por distinguir entre la "esencia inaccesible" de Dios y las "energías increadas" que de Él nacen y se distribuyen luego; entre el Dios uno encerrado "en sí mismo" y las "Divinidades" (Sabiduría, Fuerza, Ciencia, Vida, etc.), que son otras tantas irradiaciones, entre las que se destaca la luz esplendorosa del Tabor. La controversia duró años. Los enemigos del hesicasmo insistían mucho en el punto débil de esa teoría, a saber, la separabilidad entre la Naturaleza y la Actividad de Dios y, por tanto, en la acusación de dualismo y hasta de politeísmo. El Concilio constantinopolitano ortodoxo de 1351 declaró correcta la teología hesicasta, mientras que los teólogos occidentales se pronunciaron contra las aserciones de Palamas y sus partidarios[190].

Aludamos finalmente a un notable teólogo que a la vez fue canonista. Nos referimos a *Nicodemo de Naxos*, llamado el *Hagiorita* (1749-1809), autor de un "Enquiridion" admirable que aún hoy se lee, donde da interesantes instrucciones encaminadas a alcanzar, de modo sistemático y progresivo, una sólida mística y una oración mental intensa y provechosa. De acuerdo a su enseñanza, diversos son los medios que conducen a la unificación con la Divinidad iluminadora y transfigurante: la mortificación de lo sentidos, el control sobre las imágenes de la fantasía, la concentración de las facultades mediante la soledad, la oscuridad, la postura corporal tranquila, la mirada humilde e inclinada hacia

190 Cf. H. Gómez, *La Iglesia Rusa...*, pp. 498-499.

el pecho y la repetición de una idéntica plegaria, acompañada de movimientos rítmicos respiratorios. Esta unificación deificante tiene diversos efectos, de orden moral los unos, como la observancia de la Ley divina y la adquisición de las virtudes, y de índole contemplativa los otros, como la penetración en los misterios de la Creación y de la Redención, y en la cumbre la contemplación extática de los mismos atributos divinos, entre los cuales, de acuerdo a las más fuertes tradiciones del hesicasmo, se destaca "la luz divina", a cuyo fulgor se hacen también patentemente visibles todas las demás cualidades de Dios. Según puede verse, el Hagiorita sigue hasta acá el tema místico de la luz, tal como lo expusiera Simeón el Teólogo. Nicodemo conocía además la teología y mística occidentales, y bajo la influencia innegable de los Ejercicios ignacianos compuso una obra que tituló *Gymnástica Pneumática.* Escribió también obras hagiográficas, así como un *Florilegio* de máximas ascético-místicas de los monjes antiguos que se destacaron en sabiduría y santidad. Pero su obra más trascendente y de fama universal, escrita en colaboración con Macario de Corinto, es *El amor de los santos penitentes a la hermosura espiritual,* el libro místico más leído en el mundo oriental, una verdadera "Crestomatía" griega, que abarca once siglos de espiritualidad (del IV al XIV), y que incluye numerosos textos, entre otros de Antonio, Simeón el Teólogo y Gregorio Palamas. Esta recolección escrita en griego bajo el nombre de *Filocalia*, y que apareció por primera vez en Venecia en 1872, intenta robustecer su teoría hesicasta de la "oración mental" y de la contemplación de la "luz divina". A pesar del influjo occidental que trasunta la obra, y que le valió muchos sinsabores y reproches, la influencia que este libro ejerció sobre la vida ascético-mística de la Iglesia griega y, sobre todo, de la rusa, fue, durante todo el siglo XIX, y lo sigue siendo, verdaderamente inmensa. La *Dobrotolubie* (título de su edición eslava) está en manos de todos los monjes rusos, e incluso de todos los laicos cultos. Resulta interesante a este

respecto lo que en las *Confesiones de un peregrino ruso a su padre espiritual* reconoce su anónimo autor, un aldeano ruso, que llevó durante muchos años la vida de un peregrino penitente, a saber, que todos sus impulsos a la santidad los debió a la lectura de la *Dobrotolubie*. La *Filocalia* es hasta hoy el libro de cabecera de la tradición mística de la Iglesia oriental[191].

La mística oriental está en las antípodas de cualquier género de sentimentalismo. Es muy característico de la piedad rusa la ausencia del elemento sensible, que los rusos califican de "espiritual-erótico", y que a veces se insinúa en las hipérboles a que recurre el lenguaje piadoso occidental, totalmente inconcebibles en la espiritualidad oriental, e incluso francamente escandalosas. Quizás sea ello lo que explique la estricta prohibición de esculpir o exponer estatuas de Cristo, de la Virgen o de los Santos, que rige en la Iglesia oriental; sólo se autoriza la forma pictórica, los iconos, pero aun éstos según formas hieráticas, que trascienden el crudo realismo del mundo sensible, el mero retrato del personaje histórico, en busca de la "imagen espiritual" del santo representado[192].

191 Cf. ibid., pp. 499-501.

192 Cf. S. Hevia, *El espíritu del cristianismo ruso...*, pp. 119-120. No resulta, pues, extraño que las obras artísticas occidentales de la época del Renacimiento les parezcan poco menos que blasfemas.